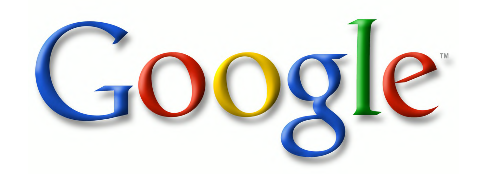
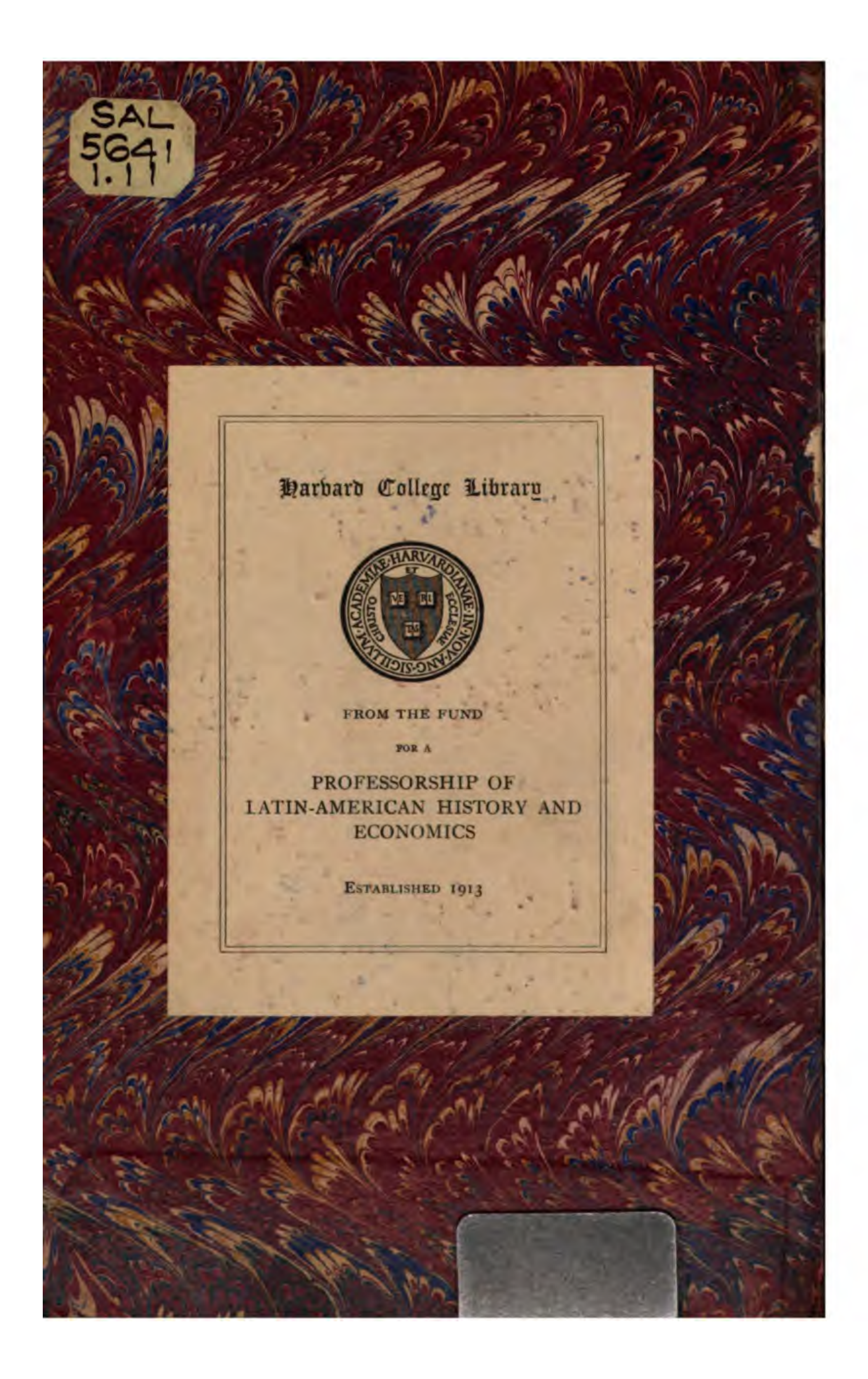
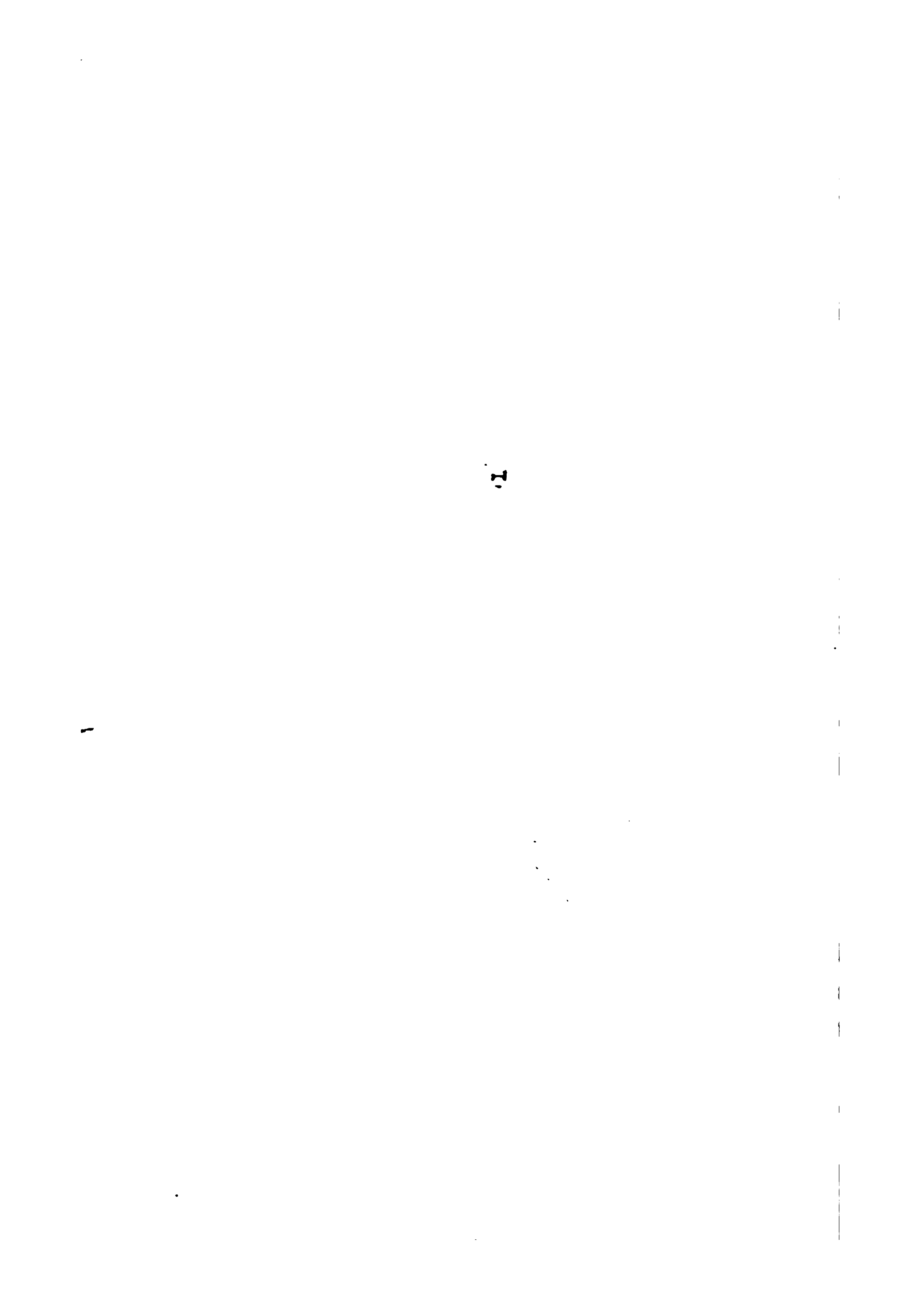





SAL
5641
1.11
Harvard College Library
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS
ESTABLISHED 1913





MARIA

NOVELA ORIGINAL

POR

JORGE ISAACS

CON UNA INTRODUCCION

POR

JOSÉ MANUEL ESTRADA

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES

IGON HERMANOS - EDITORES

CALLE BOLIVAR ESQUINA ALSINA

1879

5310— Imprenta del PORVENIR, calle Defensa 139.


Jorge Isaacs

ADVERTENCIA

Los Editores, al publicar la novela que vá á leerse, creen hacer un servicio á los que cultivan y aman la bella literatura. Un compatriota del autor, el Sr. D. Jerónimo Ossa, ha tenido la bondad de remitirnos el único ejemplar existente en Chile, lugar de su residencia, animado por el deseo de que la obra sea conocida en la República Argentina. Se lo agradecemos cordialmente, y estamos seguros de que se lo agradecerán con entusiasmo, todos aquellos bajo cuyos ojos caiga en la estacion del idilio febril.

La *Maria* es admirable, pero ¿ qué es ?

No encontramos en ella ni un soplo de Shakespeare ni un soplo de Dickens, ni menos, y por fortuna, un soplo de Dumas. Maria es una niña: niña de cualquier pais, de cualquiera sociedad, con tal de ser niña. Efraim es un jóven capaz de pensar y querer fuertemente, pero á quien conocemos en el crepúsculo de su virilidad, amando como todas las naturalezas de su temple, cuando no han sido labradas por el rozamiento brutal de la traicion ni de ninguna entre las miserias arrogantes y agresivas que sombrean los caracteres: amando esplosiva y anjélicamente. El teatro de sus amores es nuevo y espléndido: nuevo para el arte, espléndido para la pasion. Pero ni los graves perfiles del Cauca, ni la indefinida serenidad de la pampa, prestan elementos al drama, cuando no intervienen en él pasiones que se chocan y le anudan, y cuyo desarrollo le desenlaza en la catástrofe ó en la suprema delicia. Esta lucha no existe en la *Maria*. El grupo de sus actores es un grupo hermoso, demasiado hermoso, demasiado monó-

tono en su belleza, para que pueda llenar las condiciones dramáticas de la novela. ¡Qué tremenda cosa seria la vida sin la perspectiva, mas ó menos lejana y tétrica, de la muerte! ¿Cómo podrian resaltar la virtud y la fuerza sin el contraste del vicio y la debilidad?

El teatro y la novela pueden asumir infinitas formas; pero jeneralmente obedecen al imperio de la habitud en el autor, y en este caso revisten un genio nacional. En la novela francesa domina por lo comun el elemento social; y ella reproduce preferentemente cuadros de costumbres, estados morales característicos del pais en momentos dados, vicios jerárquicos, aspiraciones políticas ó económicas; porque en Francia se vive casi siempre bajo la influencia de la atmósfera esterior, y el poeta siente y piensa arrebatado por las fuerzas difusas de las cuales se alimenta. En la novela y en el teatro ingleses sobre-abundan los tipos orijinales y vigorosos, que constituyen el drama por su simple movimiento, por la accion y el combate de la pasion que caracteriza á uno ó dos personajes, que atraen á sí toda la atencion y todos los elementos que se les relacionan; porque la Inglaterra es un pueblo esencialmente individualista, en que cada uno piensa con sus sesos, y obra bien ó mal, segun que acierte ó se equivoque en la manera de entender la vida y de concebir el deber.

Sin embargo, pueden estas obras literarias emanar de una inspiracion eminentemente subjetiva á impulsos del sentimiento que contiene mayor fecundidad poética. Entónces teneis á *Werther;* á *Atala*, á *Pablo y Virjinia*, á *Graziella*, á *Maria.*

Descartemos á *Werther*. Es el abismo bañado por un rayo celeste. Aquel amor es estático y vertijinoso; ensancha un corazon y le estruja; compendia el drama en el misticismo y en el *spleen*, en el arrebato de la inmortalidad y el delirio del suicidio.

La *Atala* es obra de imajinacion, de imajinacion pura y no sujeta ni complicada por los arranques de una sensibilidad inspiratriz. Obra grandiosa y espléndida, sin duda, y que responde á un estado psicolójico del poeta; pero que no tiene ni la sencillez, ni la ternura, ni el candor de *Pablo y Virjinia*, de *Graziella* y de *Maria*.

En la *Graziella* de Lamartine la catástrofe viene de las influencias sociales. St. Pierre é Isaacs han criado una accion mas simple. Sus obras invitan al paralelo. Una y otra son el idilio interrumpido por la muerte. Dos almas igualmente puras, que se entregan recíprocamente con la lozania de su único amor, viven de los deleites de la esperanza y son separadas en la tumba.

Los esplendores de aquellas dos vidas y las amarguras de aquellas dos muertes, se encuadran, digámoslo así, en los espectáculos soberbios de dos pedazos de tierra exornados con todos los lujos de la naturaleza.

Dada la prioridad de Saint-Pierre, parece que su gloria, resistente al tiempo y á las variaciones del gusto, hubiera de eclipsar la de Isaacs, privándole del mérito de la orijinalidad, á que nunca es insensible la crítica. Sin embargo, la sencillez misma del tema destruiria esa observacion. Ninguno de ambos poetas lo ha criado: es un fenómeno eternamente reproducido, mientras el corazon humano ame y necesite amar. Su concepcion no requiere esfuerzo. Son los accesorios del cuadro y la pintura del detalle, los que dejan campo al trabajo de la imajinacion; y en ese punto los dos libros difieren entre sí, ya por los caracteres del teatro, ya por los rasgos empleados para espresar el oríjen y el crecimiento de la pasion que constituye el fondo del romance. Nada tiene Isaacs que perder en este paralelo.

Por lo demás, reputamos superior la *Maria* al *Pablo y Virjinia*. Esta encierra una tendencia doctrinaria, y es una forma especial y pintoresca dada por Saint-Pierre á su

propaganda exajerada y quimérica en favor del estado de naturaleza, espuesto con otros tonos y colores en sus *Armonías*, en la *Cabaña Indiana*, etc. La *Maria* es, simple y puramente, la historia del amor de dos jóvenes. De aqui su limpieza de toda invectiva contra la sociedad y de toda disertacion.

Pablo sucumbe á su dolor despues de la muerte de Virjinia, y la narracion de su vida pierde brillo y movimiento al pasar por los lábios de un anciano misántropo, cuyas reminiscencias amorosas no podian prestarle el fuego y el colorido que tendrian en boca del héroe mismo. Esta circunstancia es gravisima, si se tiene en cuenta las condiciones de verosimilitud exijidas por el arte, cuando refleja la emocion recóndita y los profundos misterios de una pasion. En todos los romances de su jénero, la accion se personifica jeneralmente en el narrador obedeciendo á esta exijencia.

Embebido, pues, el poeta en sus elucubraciones filosóficas, y puesta la historia en lábios de un espectador lejano, no podia esperarse que el amor de los héroes fuera espresado por la reproduccion fiel de fenómenos íntimos, y de los mil episodios en que se descubren, triviales y sin significado, para quien los mira sin ser inspirado por la iluminacion interna. Asi nada hay en los amores de Pablo y Virjinia característica ni esclusivamente humano. Su amor es el amor de dos niños ó de dos pájaros ó de dos flores : es la atraccion de la fuerza armónica y fecundante de la naturaleza.

La narracion de Isaacs es humana, circunstancial, gráfica. El héroe cuenta su amor y su amargura. Ninguna fibra del alma deja vibrar en su dolorosa historia, ningun incidente externo olvida, y todo es eficaz, porque todo es sincero: se siente en ella una vitalidad palpitante, y predispone al lector, por no sé qué modificacion simpática de la sensi-

bilidad, á reproducir, como una lámina bruñida y sonora, las iluminaciones y los acentos de la pasion narrada. Hiere todas las fuentes de nuestros propios amores, y nos reimpregna en su caudal estremeciendo todas las cuerdas de la emocion. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cándidas y fuertes, en todas sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agüeros, sus presentimientos y sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fé. La *Maria* es mas fuerte que toda indiferencia y que cualquier escepticismo. Lamartine ha dicho que las lágrimas de Virjinia y de Pablo serán siempre contajiosas para ojos de veinte años. Por nuestra parte, trasladariamos de buena gana este elocuente tributo de admiracion al autor de *Maria*.

A pesar de la sencillez del episodio, hay en la catástrofe de la *Maria* una singularidad que la diferencia ventajosamente de *Pablo* y *Virjinia*—El naufrajio es un espectáculo que cautiva, pero la muerte producida por él, y consiguientemente inesperada, no es un resorte dramático. Maria sucumbe á una enfermedad hereditaria, cuyas primeras explosiones amargan las primeras horas de su amor. Su muerte es, por consiguiente, presentida, esperada. El amor de los jóvenes lucha contra aquella sombría perspectiva, y cuando en la efusion de sus alegrías la alejan por intérvalos, el ave negra les suscita dolientes supersticiones, que la reproducen y la fijan tenazmente en su horizonte.

Por fin, la *Maria* resiste el paralelo, respecto de la grandeza y el color de las descripciones de la naturaleza, y escede, cuanto lo hemos notado, en la concepcion del plan, en la sencillez y la eficacia de la narracion, al romance de Saint-Pierre, tenido hasta hoy por el modelo de su jénero, y sustituido en adelante, si no nos equivocamos mucho, á lo menos en América, por la admirable creacion del poeta colombiano.

J. M. Estrada.

MARIA

Capítulo I

Era yo niño aun cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio á mis estudios en el colejio de ***, establecido en Bogotá hacia pocos años, y famoso en toda la república por aquel tiempo.

En la noche víspera de mi viaje, despues de la velada, entró á mi cuarto una de mis hermanas, y sin decirme una sola palabra cariñosa, porque los sollozos la embargaban la voz, cortó de mi cabeza unos cabellos: cuando salió, habian rodado por mi cuello algunas lágrimas suyas.

Me dormí llorando y esperimenté como un vago presentimiento de muchos pesares que debia sufrir despues. Esos cabellos quitados á una cabeza infantil; esa precaucion del amor contra la muerte delante de tanta vida, hicieron que durante mi sueño vagase mi alma por todos aquellos sitios donde yo habia pasado sin comprenderlo, las horas mas felices de mi existencia.

A la mañana siguiente mi padre desató de mi cabeza, humedecida por tantas lágrimas, los brazos de mi madre. Mis hermanas al decirme sus adioses las enjugaron con besos. María esperó humildemente su turno, y balbuciendo su despedida, juntó su mejilla sonrosáda á la mia, helada por la primera sensacion de dolor.

Pocos momentos despues seguia yo á mi padre, que ocultaba el rostro á mis miradas. Las pisadas de nuestros caballos en el sendero guijarroso ahogaban mis últimos

soledades. El rumor del Zabalétas, cuyas vegas quedaban á nuestra derecha, se aminoraba por instantes. Dábamos ya la vuelta á una de las colinas de la vereda, en las que solian divisarse desde la casa viajeros deseados; volví la vista hácia ella buscando uno de tantos seres queridos: María estaba bajo las enredaderas que adornaban las ventanas del aposento de mi madre.

Capítulo II

Pasados seis años, los últimos dias de un lujoso Agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazon rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada de mi viaje, y yo gozaba de la mas perfumada mañana del verano. El cielo tenia un tinte azul pálido: hácia el oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aun, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso. Hácia el sur, flotaban las nieblas que durante la noche habian embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruian hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas ó en sendas abovedadas por florecidos písamos é higuerones frondosos. Mis ojos se habian fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guaduales; en aquellos cortijos donde habia dejado gentes virtuosas y amigas. En tales momentos no habrian conmovido mi corazon las mas sentidas árias del piano de U***; ni los perfumes que aspiraba eran tan gratos comparados con el de los vestidos lujosos de ella; si el canto de aquellas aves sin nombre, tenia armonias tan dulces á mi corazon!

Estaba mudo ante tanta belleza, cuyo recuerdo habia creido conservar en mi memoria porque alguna de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenian de ella pálidas tintas. Cuando en un salon de baile, inundado de luz, lleno de melodías voluptuosas, de aromas mil mezclados, de susurros de tantos ropajes de mujeres seductoras, encontramos aquella con quien hemos soñado á los diezciocho años, y una mirada fujitiva suya quema nuestra frente, y su voz hace enmudecer por un instante toda otra voz para nosotros, y sus flores dejan tras sí esencias desconocidas; entonces caemos en una postracion celestial: nuestra voz es impotente, nuestros oidos no escuchan ya la suya, nuestras miradas no pueden seguirla. Pero cuando, refrescada la mente, vuelve ella á la memoria horas despues, nuestros labios murmuran en cantares su alabanza, y es esa mujer, es su acento, es su mirada, es el ruido de sus pasos sobre las alfombras, lo que remeda aquel canto, que el vulgo creerá ideal. Asi el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer á quien los contempla. Las grandes bellezas de la creacion no pueden á un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan á el alma empalidecidas por la memoria infiel.

Antes de ponerse el sol, ya habia yo visto blanquear sobre la falda de la montaña la casa de mis padres. Al acercarme á ella, contaba con mirada ansiosa los grupos de sus sauces y naranjos, al traves de los cuales ví cruzar poco despues las luces que se repartian en las habitaciones.

Respiraba al fin aquel olor nunca olvidado del huerto que se vió formar. Las herraduras de mi caballo chispearon sobre el empedrado del patio. Oí un grito indefinible; era la voz de mi madre: al estrecharme ella en los brazos y acercarme á su pecho, una sombra me cubrió los ojos: era el supremo placer que conmovia á una naturaleza vírgen.

Cuando traté de reconocer en las mujeres que veia, á las hermanas que habia dejado niñas, Maria estaba en pié junto á mí, y velaban sus ojos anchos párparos orlados de largas pestañas. Fué su rostro el que se cubrió de mas notable rubor cuando al rodar mi brazo de sus hombros, rozó con su talle; y sus ojos estaban humedecidos aun, al sonreir á mi primera espresion afectuosa, como los de un niño, cuyo llanto ha acallado una caricia materna.

Capítulo III

A las ocho fuimos al comedor, el cual estaba pintorescamente situado en la parte oriental de la casa. Desde él se veian las crestas desnudas de las montañas sobre el fondo estrellado del cielo. Las auras del desierto pasaban por el jardin recojiendo aromas para venir á juguetear con los rosales que nos rodeaban. El viento voluble dejaba oir por instantes el rumor del rio. Aquella naturaleza parecia ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir á un huésped amigo.

Mi padre ocupó la cabecera de la mesa y me hizo colocar á su derecha; mi madre se sentó á la izquierda, como de costumbre; mis hermanas y los niños se situaron indistintamente, y María quedó frente á mí.

Mi padre, encanecido durante mi ausencia, me dirigia miradas de satisfaccion, y sonreia con aquel su modo malicioso y dulce á un mismo tiempo, que no he visto nunca en otros labios. Mi madre hablaba poco, porque en esos momentos era mas feliz que todos los que la rodeaban. Mis hermanas se empeñaban en hacerme probar sus colaciones y cremas; y se sonrojaba aquella á quien yo dirijia una palabra lisonjera ó una mirada examinadora. María me ocultaba sus ojos tenazmente; pero pude admirar en

ellos la brillantez y hermosura de los de las mujeres de su raza, en dos ó tres veces que á su pesar se encontraron de lleno con los mios; sus labios rojos, húmedos y graciosamente imperativos, me mostraron solo un instante el arco simétrico de su linda dentadura. Llevaba como mis hermanas, la abundante cabellera castaño-oscura, arreglada en dos trenzas, sobre el nacimiento de una de las cuales se veia un clavel encarnado. Vestia un traje de muselina lijera, casi azul, del cual solo se descubria parte del corpiño y de la falda, pues un pañolon de algodon fino color de púrpura, le ocultaba el seno hasta la base de su garganta de blancura mate. Al volver las trenzas á la espalda, de donde rodaban al inclinarse ella á servir, admiré el enves de sus brazos deliciosamente torneados, y sus manos cuidadas como las de una reina.

Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles: uno de ellos rezó el *Padre nuestro*, y sus amos completamos la oracion.

La conversacion se hizo entonces confidencial entre mis padres y yo.

María tomó en los brazos el niño que dormia en su regazo, y mis hermanas la siguieron á los aposentos: ellas la amaban mucho y se disputaban su dulce afecto.

Ya en el salon, mi padre para retirarse, les besó la frente á sus hijas. Quiso mi madre que yo viera el cuarto que se me habia destinado. Mis hermanas y María, menos timidas ya, querian observar qué efecto me causaba el esmero con que estaba adornado. El cuarto quedaba en el extremo del corredor del frente de la casa: su única ventana tenia por la parte de adentro, la altura de una mesa cómoda; en aquel momento, estando abiertas sus naves y rejas, entraban por ella floridas ramas de rosales á acabar de engalanar la mesa, en donde un hermoso florero de porcelana azul contenia trabajosamente en su copa azuce-

nas y lirios, claveles y campanillas moradas del rio. Las cortinas del lecho eran de gasa blanca atadas á las columnas con cintas anchas color de rosa; y cerca de la cabecera, por una fineza materna, estaba la Dolorosa pequeña que me habia servido para mis altares cuando era niño. Algunos mapas, asientos cómodos y un hermoso juego de baño completaban el ajuar.

—Qué bellas flores! esclamé al ver todas las que del jardin y del florero cubrian la mesa.

—María recordaba cuanto te agradaban, observó mi madre.

Volví los ojos para darle las gracias, y ví los suyos como que se esforzaban en soportar aquella vez mi mirada.

—María, dije, va á guardármelas, porque son nocivas en la pieza donde se duerme.

—Es verdad? respondió: pues las repondré mañana.

Qué dulce era su acento!

—¿Tantas así hay?

—Muchísimas; se repondrán todos los dias.

Despues que mi madre me abrazó, Emma me tendió la mano, y María, abandonándome por un instante la suya, sonrió como en la infancia me sonreia: esa sonrisa hoyuelada era la de la niña de mis amores infantiles sorprendida en el rostro de una vírjen de Rafael.

Capítulo IV

Dormí tranquilo, como cuando me adormecia en la niñez uno de los maravillosos cuentos del esclavo Pedro.

Soñé que María entraba á renovar las flores de mi mesa, y que al salir habia rozado las cortinas de mi lecho con su falda de muselina vaporosa salpicada de florecillas azules.

Cuando desperté las aves cantaban revoloteando en los follajes de los naranjos y pomarosos y los azahares llenaron mi estancia con su aroma tan luego como entreabrí la puerta.

La voz de María llegó entonces á mis oidos dulce y pura: era su voz de niña, pero mas grave y lista ya para prestarse á todas las modulaciones de la ternura y la pasion. Ay! cuántas veces en mis sueños un éco de ese mismo acento ha llegado despues á mi alma, y mis ojos han buscado en vano aquel huerto, donde la ví tan bella en aquella mañana de Agosto!

La niña cuyas inocentes caricias habian sido todas para mí, no seria ya la compañera de mis juegos; pero en las tardes doradas de verano estaria en los paseos á mi lado, en medio del grupo de mis hermanas; la ayudaria yo á cultivar sus flores predilectas; en las veladas oiria su voz, me mirarian sus ojos, nos separaria un solo paso.

Luego que me hube arreglado lijeramente los vestidos, abrí la ventana y divisé á María en una de las calles del jardin, acompañada de Emma; llevaba un traje mas oscuro que el de la víspera, y su pañolon color de púrpura, enlazado á la cintura, le caia en forma de banda sobre la falda; su larga cabellera dividida en dos crenchas, le ocultaba á medias parte de la espalda y el pecho; ella y mi hermana tenian descalzos los piés. Llevaba una vasija de porcelana poco mas blanca que los brazos que la sostenian, la que iba llenando de rosas abiertas durante la noche, desechando por marchitas las menos húmedas y lozanas. Ella, riendo con su compañera, hundia sus mejillas mas frescas que las rosas, en el tazon rebosante. Descubrióme Emma: María lo notó, y sin volverse hácia mí, cayó de rodillas para ocultarme sus piés, desatóse del talle el pañolon, y cubriéndose con él los hombros, fingia jugar con las flores. Las hijas núbiles de los patriarcas

no fueron mas hermosas en las alboradas en que recojian flores para sus altares.

Pasado el almuerzo, me llamó mi madre á su costurero.

Emma y María estaban bordando cerca de ella. Volvió esta á sonrojarse cuando me presenté; recordaba sin duda, la sorpresa que involuntariamente la habia yo dado en la mañana.

Mi madre queria verme y oirme sin cesar.

Emma, mas insinuante ya, me preguntaba mil cosas de Bogotá; me exijia que le describiera bailes espléndidos, hermosos vestidos de señora que estuvieran en uso, las mas bellas mujeres que figuraran entonces en la alta sociedad. Oian sin dejar sus labores. María me miraba algunas veces al descuido, ó hacia por lo bajo observaciones á su compañera de asiento; y al ponerse en pié para acercarse á mi madre á consultar algo sobre el bordado, pude ver sus piés primorosamente calzados: su paso lijero y digno revelaba todo el orgullo, no abatido, de nuestra raza, y el seductivo recato de la vírjen cristiana. Iluminéronse los ojos cuando mi madre manifestó deseo de que yo diese á las muchachas lecciones de gramática y jeografía, materias en que no tenian sino muy escasas nociones. Convínose en que daríamos principio á las lecciones pasados seis ú ocho dias, durante los cuales podria yo graduar el estado de los conocimientos de cada una.

Horas despues me avisaron que el baño estaba preparado y fuí á él. Un frondoso y corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellon sobre el ancho estanque de canteras bruñidas: sobrenadaban en el agua muchísimas rosas: era un baño oriental, y estaba perfumado con las flores que en la mañana habia recojido María.

Capítulo V

Habian pasado tres dias cuando me convidó mi padre á visitar sus haciendas del valle, y fué preciso complacerle; por otra parte, yo tenia interés real á favor de sus empresas. Mi madre se empeñó vivamente por nuestro pronto regreso. Mis hermanas se entristecieron. María no me suplicó como ellas, que regresase en la misma semana; pero me seguia incesantemente con los ojos durante mis preparativos de viaje.

En mi ausencia, mi padre habia mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, estensas dehesas con ganado vacuno y caballar, buenos cebaderos y una lujosa casa de habitacion, constituian lo mas notable de sus haciendas de *tierra caliente*. Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo. Hallé hombres á los que niños años antes, me habian enseñado á poner trampas á las chilacoas y guatines en la espesura de los bosques: sus padres y ellos volvieron á verme con inequívocas señales de placer. Solamente á Pedro, el buen amigo y fiel ayo, no debia encontrar: él habia derramado lágrimas al colocarme sobre el caballo el dia de mi partida para Bogotá, diciendo: «amito mio, yo no te veré mas.» El corazon le avisaba que moriria antes de mi regreso.

Pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso á sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas y acariciaba á los niños.

Una tarde, ya á puestas del sol, regresábamos de las labranzas á la fábrica, mi padre, Hijinio (mayordomo) y yo. Ellos hablaban de trabajos hechos y por hacer; á mí me ocupaban cosas mas sérias: pensaba en los dias de mi

infancia. El olor peculiar de los bosques recien derribados y el de las piñuelas en sazon; la gregueria de los loros en los guaduales y guayabales vecinos; el tañido lejano del cuerno de algun pastor, repetido por los montes: las castrueras de los esclavos que volvian espaciosamente de las labores con las herramientas al hombro; los arreboles vistos al traves de los cañaverales movedizos: todo me recordaba las tardes en que abusando mis hermanas, María y yo de alguna licencia de mi madre, obtenida á fuerza de tenacidad, nos solazábamos recojiendo guayabas de nuestros árboles predilectos, sacando *nidos* de piñuelas, muchas veces con grave lesion de brazos y manos, y espiando nidos de pericos en las cercas de los corrales.

Al encontrarnos con un grupo de esclavos, dijo mi padre á un jóven negro de notable apostura:

—Con que, Bruno, ¿todo lo de tu matrimonio está arreglado para pasado mañana?

—Sí, mi amo; le respondió quitándose el sombrero de junco y apoyándose en el mango de su pala.

—Quiénes son los padres?

—Ña Dolores y ñor Anselmo, si sumerced quiere.

—Bueno, Remijia y tú estareis bien confesados. ¿Compraste todo lo que necesitas para ella y para tí con el dinero que mandé darte?

—Todo está ya, mi amo.

—¿Y nada mas deseas?

—Su merced verá.

—El cuarto que te ha señalado Hijinio, es bueno?

—Sí, mi amo.

—Ah! ya sé. Lo que quieres es baile.

Rióse entónces Bruno, mostrando sus dientes de blancura deslumbrante, volviendo á mirar á sus compañeros.

—Justo es; te portas muy bien. Ya sabes, agregó, dirijiéndose á Hijinio: arregla eso, y que queden contentos.

—Y sus mercedes se van antes? preguntó Bruno.

—No, le respondí yo; nos damos por convidados.

En la madrugada del Sábado próximo se casaron Bruno y Remijia. Esa noche á las siete montamos mi padre y yo para ir al baile, cuya música empezábamos á oir. Cuando llegamos, Julian, esclavo capitan de la cuadrilla, salió á tomarnos el estribo y á recibir nuestros caballos. Estaba lujoso con su vestido de Domingo y le pendia de la cintura el largo machete de guarnicion plateada, insignia de su empleo. Una sala de nuestra antigua casa de habitacion habia sido desocupada de los enseres de labor que contenia, para hacer el baile en ella. Habíanla rodeado de tarimas: en una araña de madera suspendida de una de las vigas, daba vueltas media docena de luces: los músicos y cantores, mezcla de agregados, esclavos y manumisos, (1) ocupaban una de las puertas. No habia sino dos flautas de caña, un tambor improvisado, dos *alfandoques* y una pandereta; pero las finas voces de los negritos entonaban los bambucos con maestría tal; habia en sus cantos tan sentida combinacion de melancólicos, alegres y lijeros acordes; los versos que cantaban eran tan tiernamente sencillos, que el mas culto aficionado hubiera escuchado en éxtasis aquella música semi-salvaje. Penetramos en la sala con zamarros y sombreros. De los bailarines eran en ese momento Remijia y Bruno: ella con follado de boleros azules, tumbadillo de flores lacres, camisa blanca bordada de negro y gargantilla y zarcillos de cristal color de rubí, danzaba con toda la gentileza y donaire que eran de esperarse de su talle cimbrador. Bruno, doblados sobre los hombros los paños de su ruana de hilo, calzon de vistosa manta y camisa blanca aplanchada, y un *cabi-blanco* nuevo á la cintura, zapateaba con destreza admirable.

1—Los hijos de esclavos pero nacidos libres por la ley boliviana.

Pasada aquella mano, que asi llaman los campesinos cada pieza de baile, tocaron los músicos su mas hermoso bambuco, porque Julian les anunció que era para el amo. Remijia, animada por su marido y por el capitan, se resolvió al fin á bailar unos momentos con mi padre; pero entonces no se atrevia á levantar los ojos, y sus movimientos en la danza eran menos espontáneos. Al cabo de una hora nos retiramos.

Quedó mi padre satisfecho de mi atencion durante la visita que hicimos á las haciendas; mas cuando le dije que en adelante deseaba participar de sus fatigas quedándome á su lado, me manifestó casi con pesar, que se veía en el caso de sacrificar su bienestar á favor mio, cumpliéndome la promesa que me tenia hecha de tiempo atrás, de enviarme á Europa á concluir mis estudios de medicina, y que debia emprender viaje, á mas tardar dentro de cuatro meses. Al hablarme así, su fisonomía se revistió de una seriedad solemne sin afectacion que se notaba en él cuando tomaba resoluciones irrevocables. Esto pasaba la tarde en que regresábamos á la sierra. Empezaba á anochecer, que á no haber sido así, habria notado la emocion que su negativa me causaba. El resto del camino se hizo sin que anudásemos la conversacion. ¡Cuán feliz hubiera yo vuelto á ver á María, si la noticia de ese viaje no se hubiese interpuesto desde aquel momento entre mis esperanzas y ella!

Capítulo VI

Qué habia pasado en aquellos cuatro dias en el alma de María?

Iba ella á colocar una lámpara en una de las mesas del salon cuando me acerqué á saludarla; y ya habia yo es-

trañado no verla en medio del grupo de la familia en la escalera donde acabábamos de desmontarnos. El temblor de su mano espuso la lámpara; y yo la presté mi ayuda, menos tranquilo de lo que creí estarlo. Parecióme lijeramente pálida, y al rededor de sus ojos habia una leve sombra, imperceptible para quien la hubiese visto sin mirarla. Volvió el rostro hácia mi madre, que hablaba en ese momento; evitando así que yo pudiera examinarlo bañado por la luz que teniamos cerca: noté entonces que en el nacimiento de una de las trenzas tenia un clavel marchito; y era sin duda el que le habia yo dado la víspera de mi marcha para el Valle. La crucecilla de coral esmaltado que habia traido para ella, igual á las de mis hermanas, la llevaba al cuello pendiente de un cordon de pelo negro. Estuvo silenciosa, sentada en medio de las butacas que ocupábamos mi madre y yo. Como la resolucion de mi padre sobre mi viaje no se apartaba de mi memoria, debí de parecerle á ella triste, pues me dijo en voz casi baja:

—¿Te ha hecho daño el viaje?

—No, Maria, le contesté; pero nos hemos asoleado y hemos andado tanto......

Iba á decirla algo mas, pero el acento confidencial de su voz, la luz nueva para mí que sorprendí en sus ojos, me impidieron hacer otra cosa que mirarla, hasta que notando que se avergonzaba de la involuntaria fijeza de mis miradas, y encontrándome examinado por una de mi padre (mas terribles cuando una pasajera sonrisa plegaba sus lábios poéticos), salí del salon con direccion á mi cuarto.

Cerré las puertas. Allí estaban las flores recojidas por ella para mí: las ajé con mis besos; quise aspirar de una vez todos sus aromas, buscando en ellos los de los vestidos de Maria; bañélas con mis lágrimas.... Ah! Los que no habeis llorado de felicidad así, llorad de desesperacion, si

ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volvereis á amar ya!

Primer amor!... Noble orgullo de sentirse amado: sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro á favor de la mujer querida: felicidad que comprada para un dia con las lágrimas de toda una existencia, recibiriamos como un don de Dios: perfume para todas las horas del porvenir, flor guardada en el alma y que no es dado marchitar á los desengaños: único tesoro que no puede arrebatarnos la envidia de los hombres: delirio delicioso.... inspiracion del cielo.... María! María! Cuánto te amé! Cuánto te amara!

Capitulo VII

Cuando hizo mi padre su último viaje á las Antillas, Salomon, primo suyo á quien mucho habia amado desde la niñez, acababa de perder su esposa. Muy jóvenes habian venido juntos á Sud-América; y en uno de sus viajes se enamoró mi padre de la hija de un español, intrépido capitan de navio, que despues de haber dejado el servicio por algunos años, se vió forzado en 1819 á tomar nuevamente las armas en defensa de los reyes de España, y que murió fusilado en Majagual, el 20 de Mayo de 1820.

La madre de la jóven que mi padre amaba exijió por condicion para dársela por esposa que renunciase él á la relijion judaica. Mi padre se hizo cristiano á los veinte años de edad. Su primo se aficionó en aquellos dias á la relijion católica, sin ceder por eso á sus instancias para que tambien se hiciese bautizar, pues sabia que lo que hecho por mi padre, le daba la esposa que deseaba, á él le impediria ser aceptado por la mujer á quien amaba en Jamaica.

Despues de algunos años de separacion volvieron á verse, pues, los dos amigos. Ya era viudo Salomon. Sara,

su esposa, le habia dejado una niña que tenia á la sazon tres años. Mi padre le encontró desfigurado moral y físicamente por el dolor, y entónces su nueva relijion le dió consuelos para su primo, consuelos que en vano habian buscado los parientes para salvarle. Instó á Salomon para que le diera su hija á fin de educarla á nuestro lado; y se atrevió á proponerle que la haria cristiana. Salomon aceptó diciéndole: « Es verdad que solamente mi hija me ha impedido emprender un viaje á la India, que mejoraria mi espíritu y remediaria mi pobreza: tambien ha sido ella mi único consuelo despues de la muerte de Sara; pero tú lo quieres, sea hija tuya. Las cristianas son dulces y buenas, y tu esposa debe ser una santa madre. Si el cristianismo dá en las desgracias supremas el alivio que tú me has dado, tal vez yo haria desdichada á mi hija dejándola judía. No lo digas á nuestros parientes, pero cuando llegues á la primera costa donde se halle un sacerdote católico, hazla bautizar y que le cambien el nombre de Ester en el de María. » Esto decia el infeliz derramando muchas lágrimas.

A pocos dias se daba á la vela en la Bahía de Montego la goleta que debia conducir á mi padre á las costas de Nueva Granada. La ligera nave ensayaba sus blancas alas, como una garza de nuestros bosques las suyas antes de emprender un largo vuelo. Salomon entró á la habitacion de mi padre, que acababa de arreglar su traje de á bordo, llevando á Ester sentada en uno de sus brazos, y pendiente del otro un cofre que contenia el equipaje de la niña: ésta tendió los brazitos á su tio, y Salomon, poniéndola en los de su amigo, cayó sollozando sentado sobre el pequeño baul. Aquella criatura, cuya cabeza preciosa acababa de bañar con una lluvia de lágrimas el bautismo del dolor antes que el de la religion de Jesus, era un tesoro sagrado; mi padre lo sabia bien, y no lo olvidó jamás. A Salomon le fué recordada por su amigo, al saltar éste á la

lancha que iba á separarlos, una promesa, y él respondió con voz ahogada: « Las oraciones de mi hija por mí y las mias por ella y su madre, subirán juntas á los piés del Crucificado! »

Contaba yo siete años cuando regresó mi padre, y desdeñé los juguetes preciosos que me trajo de su viaje, por admirar aquella niña tan bella, tan dulce y sonriente. Mi madre la cubrió de caricias, y mis hermanas la agasajaron con ternura, desde el momento en que mi padre, poniéndola en el regazo de su esposa, la dijo: « esta es la hija de Salomon, que él te envía. »

Durante nuestros juegos infantiles fué cuando sus labios empezaron á modular acentos castellanos, tan armoniosos y seductores en una linda boca de mujer y en la risueña de un niño.

Habrian corrido unos cuatro años. Al entrar yo una tarde al cuarto de mi padre, le oí sollozar: tenia los brazos cruzados sobre la mesa, y en ellos apoyaba la frente; cerca de él mi madre lloraba, y en sus rodillas reclinaba María la cabeza, sin comprender ese dolor y casi indiferente á los lamentos de su tio: era que una carta de Kingston, recibida aquel dia, daba la nueva de la muerte de Salomon. Recuerdo solamente una espresion de mi padre en aquella tarde: «si todos me ván abandonando, sin que pueda recibir sus últimos adioses, ¿á qué volveré yo á mi país? » Ay! sus cenizas debian descansar en tierra estraña, sin que los vientos del Océano, en cuyas playas retozó siendo niño, cuya inmensidad cruzó jóven y ardiente, vengan á barrer sobre la losa de su sepulcro las flores secas de los aromos y el polvo de los años!

Pocos eran entónces los que conociendo nuestra familia, pudiesen sospechar que Maria no era hija de mis padres. Hablaba bien nuestro idioma, era amable, viva é intelijente. Cuando mi madre le acariciaba la cabeza, al mismo tiempo

que á mis hermanas y á mí, ninguno hubiera podido adivinar cual era allí la huérfana.

Tenia siete años. La cabellera abundante, todavía de color castaño claro, suelta y jugueteando sobre su cintura fina y movible; los ojos parleros; el acento con algo de melancólico que no tenian nuestras voces; tal era la imájen que de ella llevé cuando partí de la casa paterna: así estaba en la mañana de aquel triste dia, bajo las enredaderas de las ventanas de mi madre.

Capitulo VIII

A prima noche llamó Emma á mi puerta para que fuera á la mesa. Me bañé el rostro para ocultar las huellas de las lágrimas, y me mudé los vestidos para disculpar mi tardanza.

No estaba María en el comedor, y en vano imajiné que sus ocupaciones la habian hecho demorarse mas de lo acostumbrado. Notando mi padre un asiento desocupado, preguntó por ella, y Emma la disculpó diciendo que desde esa tarde habia tenido dolor de cabeza y que dormia ya. Procuré no mostrarme impresionado; y haciendo todo esfuerzo para que la conversacion fuera amena, hablé con entusiasmo de todas las mejoras que habia encontrado en las fincas que acabábamos de visitar. Pero todo fué inútil: mi padre estaba mas fatigado que yo, y se retiró temprano; Emma y mi madre se levantaron para ir á acostar los niños y ver como estaba María, lo cual les agradecí, sin que me sorprendiera ya en mí ese mismo sentimiento de gratitud.

Aunque Emma volvió al comedor, la sobremesa no duró largo tiempo. Felipe y Eloisa, que se habian empeñado en que tomara parte en su juego de naipes, acusaron de so-

ñolientos mis ojos. Aquel habia solicitado inútilmente de mi madre permiso para acompañarme al dia siguiente á la montaña, por lo cual se retiró descontento.

Meditando en mi cuarto, creí adivinar la causa del sufrimiento de María. Recordé la manera como yo habia salido del salon despues de mi llegada y como la impresion que me hizo la voz confidencial de ella, fué motivo de que le contestara con todo el desacierto producido por una emocion reprimida. Convencido ya del oríjen de su pena, habria dado mil vidas por obtener un perdon suyo; pero la duda vino á agravar la turbacion de mi espíritu. Dudé del amor de María. ¿Porqué, pensaba yo, se esfuerza mi corazon en creerla sometida á este mismo martirio? Consideréme indigno de poseer tanta belleza, tanta inocencia. Echéme en cara ese orgullo que me habia ofuscado hasta el punto de creerme por él objeto de su amor, siendo solamente merecedor de su cariño de hermana. En mi locura pensé con menos terror, no, con placer casi, en mi próximo viaje.

Capitulo IX

Levantéme al dia siguiente cuando amanecia. Los resplandores que delineaban hácia el oriente las cúspides de la cordillera central, doraban en semicírculos sobre ella algunas nubes ligeras que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y bosques frondosos del valle, se veian como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellos algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recien quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un rio. La cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos, semejaba mantos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de jenios velados por las nieblas. Al frente de mi

ventana, los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecian temer las primeras brisas que vendrian á derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste. Tomé la escopeta; hice una señal al cariñoso Mayo, que sentado sobre las piernas traseras, me miraba fijamente, arrugada la frente por la excesiva atencion, aguardando la primera órden; y saltando el vallado de piedra, cojí el camino de la montaña. Al internarme, la hallé fresca y temblorosa bajo las caricias de las últimas auras de la noche. Las garzas abandonaban sus dormideros, formulando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guaduales para dirijirse á los maizales vecinos; y el diostedé saludaba el dia con su canto triste y monótono desde el corazon de la sierra.

Bajé á la vega montuosa del rio por el mismo sendero por donde lo habia hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal iba aumentando, y poco despues descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervideras en ellos; cristalinas y tersas en los remansos, rodeando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color de púrpura.

Detúveme en la mitad del puente, formado por el huracan con un cedro corpulento, el mismo por donde habia pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus lamas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis piés á mecerse en las ondas. Una vejetacion exuberante y altiva abovedaba á trechos el rio, al traves de la cual penetraban algunos rayos del sol naciente, como por la techumbre rota de un templo indiano abandonado. Mayo aulló cobarde en la ribera que yo acababa

de dejar, é instado por mí se resolvió á pasar por el puente fantástico tomando en seguida antes que yo, el sendero que conducia á la posesion del viejo José, quien esperaba de mí aquel dia el pago de su visita de bienvenida.

Despues de una pequeña cuesta pendiente y oscura, y de atravesar á saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montañes, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo habia dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño y cólor, bramaban á la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la racion matutina; en las palmeras cercanas, que habia respetado el hacha de los labradores, se mecian las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan grata algarabia, se oia á las veces el grito agudo del pajarero que desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guacamayas hambrientas que revoloteaban sobre el maizal.

Los perros del antioqueño le dieron con sus ladridos parte de mi llegada. Mayo temeroso de ellos, se me acercó mohino. José salió á recibirme, el hacha en una mano y el sombrero en la otra.

La pequeña vivienda denunciaba laboriosidad, economía y limpieza: todo era rústico, pero cómodamente dispuesto, y cada cosa en su lugar. La sala de la casita, perfectamente barrida, poyos de guadua al rededor cubiertos de esteras de junco y pieles de oso, algunas láminas de papel iluminado representando santos y prendidas con espinas de naranjo á las paredes sin blanquear, tenia á derecha é izquierda la alcoba de la mujer de José y la de las muchachas. La cocina formada de caña menuda y con el techo de hojas de la misma planta, estaba separada de la casa

por un huertecillo donde el perejil, la manzanilla, el poleo y las albahacas mezclaban sus aromas.

Las mujeres parecian vestidas con mas esmero que de ordinario. Las muchachas, Lucia y Tránsito, llevaban enaguas de zaraza morada y camisas muy blancas con *golas* de encaje, ribeteadas de trencilla negra, bajo las cuales escondian parte de sus rosarios y gargantillas de bombillas de vidrio color de ópalo. Las trenzas de sus cabellos, gruesas y de color azabache, les jugaban sobre las espaldas, al mas leve movimiento de los piés desnudos cuidados y lijeros. Me hablaban con suma timidez; y fué su padre quien notando eso, las animó diciéndolas: «¿acaso no es el mismo niño Efrain, porque venga del colegio sabido y ya mozo?» Entonces se hicieron mas joviales y risueñas: nos enlazaban amistosamente los recuerdos de los juegos infantiles, poderosos en la imajinacion de los poetas y de las mujeres. Con la vejez, la fisonomia de José habia ganado mucho: aunque no se dejaba la barba, su faz tenia algo de bíblico, como casi todas las de los ancianos de buenas costumbres del pais donde nació: una cabellera cana y abundante le sombreaba la tostada y ancha frente, y sus sonrisas revelaban tranquilidad de alma. Luisa, su mujer, mas feliz que él en la lucha con los años, conservaba en el vestir algo de la manera antioqueña, y su jovialidad y alegría dejaban comprender siempre que estaba contenta con su suerte.

José me condujo al rio, y me habló de sus siembras y cacerías mientras yo me sumerjia en el remanso diáfano desde el cual se lanzaban las aguas formando una pequeña cascada. A nuestro regreso encontramos servido en la única mesa de la casa el provocativo almuerzo. Campeaba el maiz por todas partes: en la sopa de mote servida en platos de loza vidriada y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel. El único cubierto del menaje estaba cruzado sobre mi plato blanco y orillado de azul.

Mayo se sentó á mis piés con mirada atenta, pero mas humilde que de costumbre.

José remendaba una atarraya mientras sus hijas listas pero vergonzosas, me servian llenas de cuidado, tratando de adivinarme en los ojos lo que podia faltarme. Mucho se habian embellecido, y de niñas loquillas que eran se habian hecho mujeres oficiosas.

Apurado el vaso de espesa y espumosa leche, postre de aquel almuerzo patriarcal, José y yo salimos á recorrer el huérto y la roza (1) que estaba cogiendo. El quedó admirado de mis conocimientos teóricos sobre las siembras, y volvimos á la casa una hora despues para despedirme yo de las muchachas y de la madre.

Púsele al buen viejo en la cintura el cuchillo de monte que le habia traido del *reino* (2) al cuello de Tránsito y Lucia bonitos rosarios, y en manos de Luisa un relicario que ella habia encargado á mi madre. Tomé la vuelta de la montaña cuando era medio dia por filo, segun el exámen que del sol hizo José.

Capitulo X

A mi regreso, que hice lentamente, la imájen de Maria volvió á asirse á mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas, ¿porqué me hablaban de ella? ¿Qué habia allí de María? en las sombras húmedas, en la brisa que movia los follajes, en el rumor del rio...... Era que veia el Eden, pero faltaba ella; era que no podia dejar de amarla, aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silves-

1—Llámase así en el pais el lugar que se roza, la plantacion que en él se hace, y la cosecha.

2—Cundinamarca.

tres que las hijas de José habian formado para mí, pensando yo que acaso merecerian ser tocadas por los labios de María: así se habian debilitado en tan pocas horas mis propósitos heróicos de la noche.

Apenas llegué á casa, me dirijí al costurero de mi madre: María estaba con ella; mis hermanas se habian ido al baño. Maria despues de contestarme el saludo, bajó los ojos sobre la costura. Mi madre se manifestó regocijada por mi vuelta; pues alarmados en casa con la demora, habian enviado á buscarme en aquel momento. Hablaba con ellas ponderando los progresos de José, y Mayo quitaba con la lengua á mis vestidos los codillos que se les habian prendido en las malezas.

Levantó Maria otra vez los ojos, fijándolos en el ramo de azucenas que tenia yo en la mano izquierda mientras que me apoyaba con la derecha en la escopeta; creí comprender que las deseaba, pero un temor indefinible, cierto respeto á mi madre y á mis propósitos de por la noche, me impidieron ofrecerselas. Mas me deleitaba imaginando cuán bella quedaria una de mis pequeñas azucenas sobre sus cabellos de color castaño luciente. Para ella debian ser porque habria recojido durante la mañana azahares y violetas para el florero de mi mesa. Cuando entré en mi cuarto no ví una flor allí. Si hubiese encontrado enrollada sobre la mesa una víbora, no hubiera yo sentido emocion igual á la que me ocasionó la ausencia de las flores: su fragancia habia llegado á ser algo del espíritu de María que vagaba á mi alrededor en las horas de estudio, que se mecia en las cortinas de mi lecho durante la noche!...... Ah! ¿conque era verdad que no me amaba? ¡conque habia podido engañarme tanto mi imaginacion visionaria! Y de ese ramo que habia traido para ella, ¿qué podia yo hacer? Si otra mujer, pero bella y seductora, hubiese estado allí en ese momento, en ese instante de resentimiento contra

mi orgullo, de resentimiento con María, á ella lo hubiera dado á condicion de que lo mostrase á todos, y se embelleciera con él. Lo llevé á mis labios como para despedirme por última vez de una ilusion querida, y lo arrojé por la ventana.

Capítulo XI

Hice esfuerzos para mostrarme jovial durante el resto del dia. En la comida hablé con entusiasmo de las mujeres hermosas de Bogotá, y ponderé intencionalmente las gracias y el ingenio de P*** Mi padre se complacia oyéndome; Eloisa habria querido que la sobremesa durase hasta la noche. María estuvo callada; pero me pareció que sus mejillas palidecian algunas veces y que su primitivo color no habia vuelto á ellas, así como el de las rosas que durante la noche han engalanado un festin.

Hácia la última parte de la conversacion, María habia fingido jugar con la cabellera de Juan, hermano mio de tres años de edad y á quien ella mimaba. Soportó hasta el fin; mas tan luego como se puso en pié, se dirijió ella con el niño al jardin.

Todo el resto de la tarde y en la prima noche fué necesario ayudar á mi padre en sus trabajos de escritorio.

A las ocho, y luego que las mujeres habian ya rezado sus oraciones de costumbre, nos llamaron al comedor. Al sentarnos á la mesa, quedé sorprendido viendo una de las azucenas en la cabeza de María. Habia en su rostro bellísimo tal aire de noble, inocente y dulce resignacion, que como magnetizado por algo desconocido hasta entonces para mí en ella, no me era posible dejar de mirarla.

Niña cariñosa y risueña, mujer tan pura y seductora como aquellas con quienes yo habia soñado, así la conocia;

pero resignada ante mi desden, era nueva para mí. Divinizada por la resignacion, me sentia indigno de fijar una mirada sobre su frente.

Respondí mal á unas preguntas que se me hicieron sobre José y su familia. A mi padre no se le podia ocultar mi turbacion; y dirijiéndose á María, la dijo sonriendo.

—Hermosa azucena tienes en los cabellos: yo no he visto de esas en el jardin.

María tratando de disimular su desconcierto, respondió con voz casi imperceptible:

—Es que de estas azucenas solo hay en la montaña.

Sorprendí en aquel momento una sonrisa bondadosa en los labios de Emma.

—Y quién las ha enviado? preguntó mi padre.

El desconcierto de María era notable. Yo la miraba; y ella debió de hallar algo nuevo y animador en mis ojos, pues respondió con acento mas firme:

—Efrain botó unas al huerto; y nos pareció que siendo tan raras, era lástima que se perdiesen: esta es una de ellas.

—María, la dije yo, si hubiese sabido que eran tan estimables esas flores, las habria guardado para vosotras; pero me han parecido menos bellas que las que se ponen diariamente en el florero de mi mesa.

Comprendió ella la causa de mi resentimiento, y me lo dijo tan claramente una mirada suya, que temí se oyeran las palpitaciones de mi corazon.

Aquella noche á la hora de retirarse la familia del salon, Maria estaba casualmente sentada cerca de mí. Despues de haber vacilado mucho, la dije al fin con voz que denunciaba mi emocion: «María, eran para tí: pero no encontré las tuyas.»

Ella balbucia alguna disculpa cuando tropezando en el sofá mi mano con la suya, se la retuve por un movimiento ajeno de mi voluntad. Dejó de hablar. Sus ojos me mi-

raron asombrados y huyeron de los mios. Pasóse por la frente con angustia la mano que tenia libre, y apoyó en ella la cabeza, hundiendo el brazo desnudo en el almohadon inmediato. Haciendo al fin un esfuerzo para deshacer ese doble lazo de la materia y del alma que en tal momento nos unia, púsose en pié; y como concluyendo una reflexion empezada, me dijo tan quedo que apénas pude oirla: « entónces yo recojeré todos los dias las flores mas lindas »; y desapareció.

Las almas como la de María ignoran el lenguaje mundano del amor; pero se doblegan estremeciéndose á la primera caricia de aquel á quien aman, como la adormidera de los bosques bajo el ala de los vientos.

Acababa de confesar mi amor á María; ella me habia animado á confesárselo, humillándose como una esclava á recojer aquellas flores. Me repetí con deleite sus últimas palabras; su voz susurraba aun en mi oido: « entónces, yo recojeré todos los dias las flores mas lindas. »

Capítulo XII

La luna que acababa de elevarse llena y grande bajo un cielo profundo sobre los montes enlutados, iluminaba las faldas de las montañas, blanqueadas á trechos por las copas de los yarumos, arjentando las espumas de los torrentes y difundiendo su claridad melancólica hasta el fondo del valle. Las plantas exhalaban sus mas suaves y misteriosos aromas. Ese silencio interrumpido solamente por el bramido del rio, era mas grato que nunca á mi alma.

Apoyado de codos sobre el marco de mi ventana, me imajinaba verla en medio de los rosales entre los cuales la habia sorprendido en aquella mañana primera: estaba allí recojiendo el ramo de azucenas, sacrificando su orgullo á

su amor. Era yo quien iba á turbar en adelante el sueño infantil de su corazon: podria ya hablarla de mi amor, hacerla el objeto de mi vida. Mañana! májica palabra la noche en que se nos ha dicho que somos amados! Sus miradas, al encontrarse con las mias, no tendrian ya nada que ocultarme; ella se embelleceria para felicidad y orgullo mio.

Nunca las auroras de julio en el Cauca fueron tan bellas como estàba María cuando se me presentó al dia siguiente, momentos despues de salir del baño, la cabellera de carey sombreado suelta y á medio rizar, las mejillas tintas de color de rosa suavemente desvanecido pero en algunos momentos avivado por el rubor; y jugando en sus labios cariñosos aquella sonrisa castísima que revela en las mujeres como María, una felicidad que no les es posible ocultar. Sus miradas ya mas dulces que brillantes mostraban que su sueño no era tan apacible como habia solido. Al acercármele noté en su frente una contraccion graciosa y apenas perceptible, especie de finjida severidad de que usó muchas veces para conmigo cuando despues de deslumbrarme con toda la luz de su belleza, imponia silencio á mis labios próximos á repetir lo que ella tanto sabia.

Era ya para mí una necesidad tenerla constantemente á mi lado; no perder un solo instante de su existencia abandonada á mi amor; y dichoso con lo que poseia y ávido aun de dicha, traté de hacer un paraiso de la casa paterna. Hablé á María y á mi hermana del deseo que habian manifestado de hacer algunos estudios elementales bajo mi direccion: ellas volvieron á entusiasmarse con el proyecto, y se decidió que desde ese mismo dia se daria principio.

Convirtieron uno de los ángulos del salon en gabinete de estudio; desclavaron algunos mapas de mi cuarto; desempolvaron el globo geográfico que en el escritorio de mi padre

habia permanecido hasta entonces ignorado; fueron despejadas dé adornos dos consolas para hacer de ellas mesas de estudio. Sonreia mi madre al presenciar todo aquel desarreglo que nuestro proyecto aparejaba.

Nos reuniamos todos los dias dos horas durante las cuales les esplicaba yo algun capítulo de geografía, leiamos algo de historia universal, y las mas veces muchas pájinas del «Jenio del cristianismo.» Entónces pude avaluar todos los talentos de María: mis frases quedaban grabadas indeleblemente en su memoria, y su comprension se adelantaba casi siempre con triunfo infantil á mis esplicaciones.

Emma habia sorprendido el secreto, y se complacia en nuestra inocente felicidad. ¿Cómo ocultarle yo en aquellas frecuentes conferencias lo que en mi corazon pasaba? Ella debió de observar mi mirada inmóvil sobre el rostro hechicero de su compañera mientras daba esta una esplicacion pedida. Habia visto ella temblarle la mano á Maria si la mia la colocaba en algun punto buscado inútilmente en el mapa. Y cuantas veces, sentado cerca de la mesa, ellas en pié á uno y otro lado de mi asiento, se inclinaba Maria para ver mejor algo que estaba en mi libro ó en las cartas, y su aliento, rozando mis cabellos, sus trenzas, al rodar de sus hombros, turbaron mis esplicaciones, Emma pudo verla enderezarse pudorosa.

En ocasiones, quehaceres domésticos llamaban la atencion de mis discípulas, y mi hermana tomaba siempre á su cargo ir á desempeñarlos para volver un rato despues á reunírsenos. Entonces mi corazon palpitaba fuertemente. Maria con la frente infantilmente grave y los labios casi risueños abandonaba á las mias alguna de sus manos aristocráticas sembradas de hoyuelos, hechas para oprimir frentes como las de Byron: y su acento sin dejar de tener aquella música que le era peculiar, se hacia lento y profundo al pronunciar palabras suavemente articuladas que en

vano probaria yo á recordar hoy; porque no he vuelto à oirlas, porque pronunciadas por otros labios no son las mismas, y escritas en estas pájinas aparecerian sin sentido. Pertenecen á otro idioma, del cual hace algunos años no viene á mi memoria ni una frase.

Capítulo XIII

Las pájinas de Chateaubriand iban lentamente dando tintas á la imajinacion de Maria. Ella, tan cristiana y tan llena de fé, se regocijaba al encontrar bellezas por ella presentidas en el culto católico. Su alma tomaba de la paleta que yo la ofrecia, los mas preciosos colores para hermosearlo todo; y el fuego poético, don del cielo que hace admirables á los hombres que lo poseen y diviniza á las mujeres que á su pesar lo revelan, daba á su semblante encantos desconocidos para mí hasta entonces en el rostro humano. Los pensamientos del poeta, acojidos en el alma de aquella mujer tan seductora en medio de su inocencia, volvian á mí como éco de una armonía lejana y conocida cuyas notas apaga la distancia y se pierden en la soledad.

Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como Maria, bella y transitoria como fué esta para mí, ella, mi hermana y yo, sentados sobre la ancha piedra de la pendiente, desde donde veiamos á la derecha en la honda vega rodar las corrientes bulliciosas del rio, y teniendo á nuestros piés el valle majestuoso y callado, leía yo el episodio de Atala, y las dos, admirables en su inmovilidad y abandono, oían brotar de mis labios toda aquella melancolía aglomerada por el poeta para «hacer llorar al mundo». Mi hermana apoyado el brazo derecho en uno de mis hombros, la cabeza casi unida á la mia, seguía con los ojos las líneas

que yo iba leyendo. María, medio arrodillada, cerca de mí, no separaba sus miradas de mi rostro, miradas húmedas ya.

El sol se habia ocultado cuando con voz alterada leí las últimas pájinas del poema. La cabeza pálida de Emma descansaba sobre mi hombro. Maria se ocultaba el rostro con entrambas manos. Luego que leí aquella desgarradora despedida de Chatas sobre el sepulcro de su amada, despedida que tantas veces ha arrancado un sollozo á mi pecho: «Duerme en paz en extranjèra tierra, hija desventurada! En recompensa de tu amor, de tus sacrificios y de tu muerte, quedas abandonada hasta del mismo Chatas,» María, dejando de oir mi voz, se descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas. Era tan bella como la creacion del poeta, y yo la amaba con el amor que él imajinó. Nos dirijimos en silencio y lentamente hácia la casa. Ay! mi alma y la de Maria no solo estaban conmovidas por esa lectura, estaban abrumadas por el presentimiento.

Capitulo XIV

Pasados tres dias, una tarde que bajaba yo de la montaña, me pareció notar alguna alarma en los semblantes de los criados con quienes tropecé en los corredores interiores. Mi hermana me refirió luego que Maria habia sufrido un ataque nervioso; y al agregar que estaba aun sin sentido, procuró calmar cuanto le fué posible mi dolorosa ansiedad.

Olvidado de toda precaucion, entré á la alcoba donde estaba María, y dominando el frenesí que me hubiera hecho estrecharla contra mi corazon para volverla á la vida, me acerqué desconcertado á su lecho. A los piés de éste se habia sentado mi padre: fijó en mí una de sus miradas intensas, y volviéndola despues sobre Maria, parecia quererme hacer una reconvencion al mostrármela. Mi madre

estaba allí; pero no levantó la vista para buscarme, porque, sabedora de mi amor, me compadecia, como sabe compadecer una buena madre en la mujer amada por su hijo, á su hijo mismo.

Permanecí inmóvil contemplando á Maria, sin atreverme á averiguar cuál era su mal. Estaba como dormida: su rostro, cubierto de una palidez mortal, se veia medio oculto por la cabellera descompuesta, en la cual se descubrian estrujadas las flores que yo la habia dado en la mañana: la frente contraida revelaba un sufrimiento insoportable, y un lijero sudor le humedecia las sienes: de los ojos cerrados habian tratado de brotar lágrimas que brillaban detenidas en las pestañas.

Comprendiendo mi padre todo mi sufrimiento, se puso en pié para retirarse; mas antes de salir, se acercó al lecho, y tomando el pulso á Maria, dijo:

—Todo ha pasado, Pobre niña! Es exactamente el mismo mal que sufria su madre.

El pecho de Maria se elevó lentamente como para formar un sollozo, pero al volver á su natural estado exhaló solo un suspiro. Salido que hubo mi padre, coloquéme á la cabecera del lecho, y olvidado de mi madre y de Emma, que permanecian silenciosas, tomé de sobre el almohadon una de las manos de María, y la bañé en el torrente de mis lágrimas hasta entónces contenido. Habia yo medido toda mi desgracia: era el mismo mal de su madre: y su madre habia muerto muy jóven atacada de una epilepsia incurable. Esta idea se adueñó de todo mi sér, para quebrantarlo.

Sentí algun movimiento en esa mano yerta á la que mi aliento no podia volver el calor. Maria empezaba ya á respirar con mas libertad, y sus labios parecian esforzarse en pronunciar alguna palabra. Movió la cabeza de un lado á otro cual si tratara de deshacerse de un peso abrumador.

que yo iba leyendo. María, medio arrodillada, cerca de mí, no separaba sus miradas de mi rostro, miradas húmedas ya.

El sol se habia ocultado cuando con voz alterada leí las últimas pájinas del poema. La cabeza pálida de Emma descansaba sobre mi hombro. Maria se ocultaba el rostro con entrambas manos. Luego que leí aquella desgarradora despedida de Chatas sobre el sepulcro de su amada, despedida que tantas veces ha arrancado un sollozo á mi pecho: « Duerme en paz en extranjèra tierra, hija desventurada! En recompensa de tu amor, de tus sacrificios y de tu muerte, quedas abandonada hasta del mismo Chatas, » María, dejando de oir mi voz, se descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas. Era tan bella como la creacion del poeta, y yo la amaba con el amor que él imajinó. Nos dirijimos en silencio y lentamente hácia la casa. Ay! mi alma y la de Maria no solo estaban conmovidas por esa lectura, estaban abrumadas por el presentimiento.

Capitulo XIV

Pasados tres dias, una tarde que bajaba yo de la montaña, me pareció notar alguna alarma en los semblantes de los criados con quienes tropecé en los corredores interiores. Mi hermana me refirió luego que Maria habia sufrido un ataque nervioso; y al agregar que estaba aun sin sentido, procuró calmar cuánto le fué posible mi dolorosa ansiedad.

Olvidado de toda precaucion, entré á la alcoba donde estaba María, y dominando el frenesí que me hubiera hecho estrecharla contra mi corazon para volverla á la vida, me acerqué desconcertado á su lecho. A los piés de éste se hallaba sentado mi padre: fijó en mí una de sus miradas intensas, y volviéndola despues sobre Maria, parecia quererme hacer una reconvencion al mostrármela. Mi mad

estaba allí; pero no levantó la
sabedora de mi amor, me compa
decer una buena madre en la
su hijo mismo.

Permanecí inmóvil contempla
me á averiguar cuál era su ma
su rostro, cubierto de una pa
oculto por la cabellera descom
brian estrujadas las flores q
ñana: la frente contraida rev
table, y un lijero sudor le b
cerrados habian tratado de
detenidas en las pestañas.

Comprendiendo mi padre
en pié para retirarse; mas
y tomando el pulso á María

—Todo ha pasado, Po
mo mal que sufria su ma

El pecho de María se ele
un sollozo, pero al volver
un suspiro. Salido que
cabecera del lecho, y olvi
que permanecian silencio
una de las manos de María
mis lágrimas hasta entón
toda mi desgracia: era el
madre habia muerto muy
incurable. Esta idea se
brantarlo.

Sentí algun movimie
aliento no podia volver el
pirar con mas libertad, y
pronunciar

Pasado un momento de reposo, exhaló palabras ininteligibles pero al fin se percibió entre ellas claramente mi nombre. En pié yo, devorándola mis miradas, tal vez oprimí demasiado entre mis manos las suyas, quizá mis labios la llamaron. Abrió lentamente los ojos como heridos por una luz intensa y los fijó en mí haciendo un esfuerzo para reconocerme. Medio incorporándose un instante despues, ¿«qué es»? me dijo apartándome; ¿«qué me ha sucedido»? continuó dirijiéndose á mi madre. Tratamos de tranquilizarla, y con un acento en que habia algo de reconvencion que por entonces no pude explicarme, agregó: «ya ves? yo lo temia».

Quedó despues del acceso adolorida y profundamente triste. Volví por la noche á verla, cuando y como la etiqueta establecida en tales casos por mi padre lo permitió. Al despedirme de ella, reteniéndome un instante la mano. « hasta mañana» me dijo, y acentuó esta última palabra como solia hacerlo siempre que interrumpida nuestra conversacion en alguna velada, quedaba deseando el dia siguiente para que la concluyésemos.

Capitulo XV

Cuando salí al corredor que conducia á mi cuarto, un cierzo impetuoso columpiaba los sauces del patio; y al acercarme al huerto, le oí rasgarse en los sotos de naranjos, de donde se lanzaban las aves asustadas. Relámpagos débiles, semejantes al reflejo instantáneo de un broquel herido por el resplandor de una hoguera, parecian querer iluminar el fondo tenebroso del valle.

Recostado en una de las columnas del corredor, sin sentir la lluvia que me azotaba las sienes, pensaba en la enfermedad de María sobre la cual habia pronunciado mi

padre tan terribles palabras. Mis ojos querian volver á verla, como en las noches silenciosas y serenas que acaso no volverian ya mas!

No sé que tiempo habia pasado cuando algo como el ala vibrante de una ave vino á rozar mi frente. Miré hácia los bosques inmediatos para seguirla: era un ave negra.

Mi cuarto estaba frio; las rosas de mi ventana temblaban como si se temiesen abandonadas á los rigores del viento de invierno: el florero contenia ya marchitos y desmayados los lirios que en la mañana habia colocado en él María. En esto una ráfaga de viento apagó la lámpara; y un trueno dejó oir por largo rato su creciente retumbo; como si fuese un carro jigante despeñado de las cumbres rocallosas de las sierras.

En medio de aquella naturaleza sollozante mi alma tenía una triste serenidad.

Acababa de dar las doce el reloj del salon. Sentí pasos cerca de mi puerta y muy luego la voz de mi padre que me llamaba: «Levántate,» me dijo tan pronto como le respondí;—«María sigue mal.»

El acceso habia repetido. Despues de un cuarto de hora estaba yo apercibido para marchar. Mi padre me hacia las últimas indicaciones sobre los nuevos síntomas de la enfermedad, mientras el negrito Juan Anjel aquietaba mi caballo retinto, impaciente y asustadizo. Monté; sus cascos herrados crujieron sobre el empedrado, y un instante despues bajaba yo hácia las llanuras del valle buscando el sendero á la luz de algunos relámpagos lívidos. Iba en solicitud del doctor Mayn, que pasaba á la sazon una temporada de campo á tres leguas de nuestra hacienda.

La imájen de María, tal como la habia visto en el lecho aquella tarde, al decirme ese «hasta mañana,» que tal vez no llegaria, iba conmigo, avivando mi impaciencia; me

hacia medir incesantemente la distancia que me separaba del término de mi viaje; impaciencia que la velocidad del caballo no alcanzaba á moderar.

Las llanuras empezaban á desaparecer, huyendo en sentido contrario á mi carrera, semejantes á mantos inmensos arrollados por el huracan. Los bosques que mas cercanos creia parecian alejarse cuanto avanzaba hácia ellos. Solo algun jemido del viento entre los higuerones y chiminangos sombríos, solo el resuello fatigoso del caballo y el choque de sus cascos en los pedernales que chispeaban, interrumpian el silencio de la noche.

Algunas cabañas de Santa Elena quedaron á mi derecha, y poco despues dejé de oir los ladridos de sus perros. Vacadas dormidas sobre el camino empezaban á hacerme moderar el paso.

La hermosa casa de los señores de M** con su capilla blanca y sus bosques de ceibas, se divisaba á lo lejos á los primeros rayos de la luna naciente, cual castillo cuyas torres y techumbre hubiese desmoronado el tiempo.

El Amaime bajaba crecido con las lluvias de la noche, y su estruendo me lo anunció mucho antes de que llegase yo á la orilla. A la luz de la luna, que atravesando los follajes de las riberas, iba á platear las ondas, pude ver cuanto habia aumentado su raudal. Pero no era posible esperar: habia hecho dos leguas en una hora, y aun era poco. Puse las espuelas en los hijares del caballo, que con las orejas tendidas hácia el fondo del rio y resoplando sordamente, parecia calcular la impetuosidad de las aguas que se azotaban á sus piés: sumerjió en ellas las manos; pero como sobrecojido de un terror invencible, retrocedió veloz jirando sobre las patas. Le acaricié las crines humedecidas y el cuello aterciopelado y lo aguijonée de nuevo para que se lanzase al rio; entónces levantó las manos impacientado pidiendo al mismo tiempo toda la rienda, la que le aban-

doné, temeroso de haber errado el botadero (1) de las crecientes. El subió por la ribera unas veinte varas, tomando la ladera de un peñasco; acercó la nariz á las espumas, y levantándola en seguida, se precipitó en la corriente. El agua lo cubrió casi todo, llegándome hasta las rodillas. Las olas se encresparon poco despues al rededor de mi cintura. Con una mano le palmeaba el cuello al animal, única parte visible ya de su cuerpo, miéntras con la otra trataba de hacerle describir mas curva hácia arriba la línea de corte, porque de otro modo, perdida la parte baja de la ladera, era inaccesible por su altura y por la fuerza de las aguas, que columpiaban los guaduales desgajados. Habia pasado el peligro. Me apée para examinar las cinchas, de las cuales se habia reventado una. El noble bruto se sacudió, y un instante despues continué la marcha.

Luego que anduve un cuarto de legua, atravesé las ondas del Nima, humildes, diáfanas y tersas, que rodaban iluminadas hasta perderse en las sombras de bosques silenciosos. Dejé á la izquierda la pampa de Santa***, cuya casa, en medio de arboledas de ceibas y bajo el grupo de palmeras que elevan los follajes sobre su techo, semeja en las noches de luna, la tienda de un rey oriental colgada de los árboles de un oásis.

Eran las dos de la madrugada cuando despues de atravesar la villa de P*** me desmonté á la puerta de la casa en que vivia el médico.

Capitulo XVI

En la tarde del mismo dia se despedia de nosotros el doctor despues de haber restablecido casi completamente á María y de haberla prescrito un réjimen para evitar la

1—Lugar donde se toma el vado.

repeticion del acceso, aunque prometió visitar á la enferma con frecuencia. Yo sentia un alivio indecible al oirle asegurar que no habia peligro alguno, y por él, doble cariño del que hasta entónces le habia profesado, solamente porque tan pronta reposicion pronosticaba á María. Entré á la habitacion de ésta, luego que el médico y mi padre, que iba á acompañarle en una legua de camino, se pusieron en marcha. Estaba acabando de trenzarse los cabellos, viéndose en un espejo que mi hermana sostenia sobre los almohadones. Apartando ruborizada el mueble, me dijo:

—Estas no son ocupaciones de enferma, ¿no es verdad? pero yo ya estoy buena. Espero no volver á ocasionarte un viaje tan peligroso como el de anoche.

—En este viaje no ha habido peligros, la respondí.

—El rio, sí, el rio! yo pensé en eso y en tantas cosas que podian sucederte por causa mia:

—¿Un viaje de tres leguas? Eso llamas,......?

—Ese viaje en que has podido ahogarte, segun refirió aquí el doctor, tan sorprendido que aun no me habia pulsado y ya hablaba de eso. Tú y él al regreso habeis tenido que aguardar dos horas para que bajase el rio.

—El doctor á caballo es una maula; y su mula pacienzuda no es lo mismo que un buen caballo.

—El hombre que vive en la casita del paso, me interrumpió Maria, al reconocer esta mañana tu caballo negro, se admiró no se hubiese ahogado el jinete que anoche se botó al rio á tiempo que él le gritaba que no habia vado. Ay! no, no; yo no quiero volver á enfermarme. ¿No te ha dicho el doctor que no tendré ya novedad?

—Sí, la respondí; y me ha prometido no dejar pasar dos dias seguidos en estos quince sin venir á verte.

—Entónces no tendrás que hacer otro viaje de noche. ¿Qué habria hecho yo si......

—Me habrias llorado mucho, ¿no es verdad? repliqué sonriéndome.

Miróme por algunos momentos, y yo agregué:

—¿Puedo estar cierto acaso de morir en cualquier tiempo convencido de......

—De qué?

Y adivinando lo demás en mi mirada.

—Siempre, siempre, añadió casi en secreto, aparentando examinar los hermosos encajes de los almohadones.

—Y yo tengo cosas muy tristes que decirte, continuó despues de unos momentos de silencio: tan tristes que son la causa de mi enfermedad. Tú estabas en la montaña..... Mamá lo sabe todo; y yo oí que papá le decia á ella que mi madre habia muerto de un mal cuyo nombre no alcancé á oir; que tú estabas destinado á hacer una bella carrera; y que yo..... ah! yo no sé si es cierto lo que oi..... será que no merezco que seas como eres conmigo.

De sus ojos velados rodaron á sus mejillas pálidas, lagrimas que se apresuró á enjugar.

—No digas eso, María, no lo pienses, la dije; no; yo te lo suplico.

—Pero si yo lo he oido, y despues fué cuando no supe de mí..... ¿Porqué, entónces.....?

—Mira, yo te ruego..... yo..... ¿Quieres permitirme te mande que no hables mas de eso?

Habia dejado ella caer la frente sobre el brazo en que se apoyaba, y cuya mano estrechaba yo entre las mias, cuando oí en la pieza inmediata el ruido de los ropajes de Emma, que se acercaba.

Aquella noche á la hora de refresco, estábamos en el comedor mis hermanas y yo esperando á mis padres, que tardaban mas tiempo que el acostumbrado. Por último se les oyó hablar en el salon como dando fin á una conversacion importante. La noble fisonomía de mi padre argüia en

la lijera contraccion de las extremidades de sus labios y en la pequeña arruga perpendicular que por enmedio de las cejas le surcaba la frente, que acababa de sostener una lucha moral que le habia alterado. Mi madre estaba pálida, pero sin hacer el menor esfuerzo para mostrarse tranquila, me dijo al sentarse á la mesa:

—No me habia acordado de decirte que José estuvo esta mañana á vernos y á convidarte para una cacería; mas cuando supo la novedad ocurrida, prometió volver mañana muy temprano. ¿Sabes tú si es cierto que se casa una de sus hijas?

—Tratará de consultarte su proyecto; observó distraidamente mi padre.

—Se trata probablemente de una cacería de osos, le respondí.

—De osos? Qué! ¿cazas tú osos?

—Sí, señor; es una cacería divertida que he hecho con él algunas veces.

En mi país, repuso mi padre, te tendrian por un bárbaro ó por un héroe.

—Y sin embargo, esa clase de partidas es menos peligrosa que la de venados, la cual se hace todos los dias y en todas partes; pues aquella en lugar de exijir de los cazadores el que tiren á derrumbarse desatentados por entre breñas y cascadas, necesita solamente un poco de ajilidad y puntería certera.

Mi padre sin dejar ver ya en el semblante el ceño que antes tenia, habló de la manera como se cazan ciervos en Jamaica y de lo aficionados que habian sido sus parientes á esa clase de pasatiempo, distinguiéndose entre ellos, por su tenacidad, destreza y entusiasmo, Salomon, de quien nos refirió riendo ya, algunas anécdotas.

Al levantarnos de la mesa, se acercó á mí para decirme:

—Tu madre y yo tenemos que hablar algo contigo; ven luego á mi cuarto.

A tiempo que entraba á él, mi padre escribia dando la espalda á mi madre, que se hallaba en la parte ménos alumbrada de la habitacion, sentada en la butaca que ocupaba siempre que se detenia allí.

—Siéntate, me dijo él, dejando por un momento de escribir y mirándome por encima de los anteojos, que eran de vidrios blancos y fino engaste de oro.

Pasados algunos minutos, habiendo colocado cuidadosamente en su lugar el libro de cuentas en que estaba escribiendo, acercó un asiento al que yo ocupaba, y en voz baja habló así:

—He querido que tu madre presencie esta conversacion porque se trata de un asunto grave sobre el cual tiene ella la misma opinion que yo.

Dirijióse á la puerta para entornarla y á botar el cigarro que estaba fumando, y continuó de esta manera:

—Hace ya tres meses que estás con nosotros, y solamente pasados dos mas podrá el señor A*** emprender su viaje á Europa, y es con él con quien debes tú irte. Esa demora, hasta cierto punto, nada significa, tanto porque es justo, y muy grato para nosotros tenerte á nuestro lado despues de seis años de ausencia á que han de seguir otros, como por que observo con placer que aun aquí, es el estudio uno de tus goces predilectos. No puedo ocultarte, ni debo hacerlo, que he concebido grandes esperanzas por tu carácter y aptitudes, de que coronarás lucidamente la carrera que vas á seguir. No ignoras que pronto la familia necesitará de tu apoyo, con mayor razon despues de la muerte de tu hermano.

Luego, haciendo una pausa, prosiguió:

—Hay algo en tu conducta que es preciso decirte no está bien: tú tienes solo veinte años, y á esa edad un amor fo-

mentado inconsideradamente podria hacer ilusorias todas las esperanzas de que acabo de hablarte. Tú amas á María, y hace muchos dias que lo sé, como es natural. María es casi mi hija, y yo no tendria nada que observar, si tu edad y posicion nos permitieran pensar en un matrimonio; pero no lo permiten, y María es muy jóven. No solamente son estos los obstáculos que se presentan; hay uno quizás insuperable, y es de mi deber hablarte de él. Maria puede arrastrarte y arrastrarnos contigo á una desgracia lamentable de que está amenazada. El doctor Mayn se atreve casi á asegurar que ella morirá jóven del mismo mal á que sucumbió su madre: lo que sufrió ayer es un síncope epiléptico, que tomando incremento en cada acceso, terminará por una epilepsia del peor carácter conocido: eso dice el doctor. Responde tú ahora, meditando mucho lo que vás á decir, á una sola pregunta; responde como hombre racional y caballero que eres; y que no sea lo que vas á decir dictado por una exaltacion estraña á tu carácter, tratándose de tu porvenir y el de los tuyos. Sabes la opinion del médico, opinion que merece respeto por ser Mayn quien la dá; te es conocida la suerte de la esposa de Salomon:—¿si nosotros consintiéramos en ello, te casarias hoy con María?

—Sí, señor, le respondí.

—¿Lo arrostrarias todo?

—Todo, todo!

—Creo que no solamente hablo con un hijo sino con el caballero que en tí he tratado de formar.

Mi madre ocultó en ese momento el rostro en su pañuelo. Mi padre, enternecido tal vez por sus lágrimas y acaso tambien por la resolucion que en mi encontraba, conociendo que la voz iba á faltarle, dejó por unos instantes de hablar.

—Pues bien, continuó; puesto que esa noble resolucion te anima sí convendrás conmigo en que ántes de cinco años

no podrás ser esposo de nuestra Maria. No soy yo quien debo decirte que ella, despues de haberte amado desde niña, te ama hoy de manera que emociones intensas, nuevas para ella, son las que segun Mayn, han hecho aparecer los síntomas de la enfermedad: es decir, que tu amor y el suyo necesitan precauciones, y que en adelante, exijo me prometas, para tu bien, puesto que tanto así la amas, y para bien de ella, que seguirás los consejos del doctor, dados por si llegaba este caso. Nada le debes prometer á María, pues que la promesa de ser su esposo, una vez cumplido el plazo que he señalado, haría vuestro trato mas íntimo, y es precisamente lo que se trata de evitar. Inútiles son para tí mas esplicaciones: siguiendo esa conducta, no solamente puedes salvar á María, sino evitarte la desgracia de perderla.

—En recompensa de todo lo que concedemos, dijo volviéndose á mi madre, debes prometerme lo siguiente: no hablar á María del peligro que la amenaza, ni revelarle nada de lo que esta noche ha pasado entre nosotros. Debes saber tambien mi opinion sobre tu matrimonio con ella, si su enfermedad persistiere despues de tu regreso á este pais..., pues vamos pronto á separarnos por algunos años: como padre tuyo y de Maria, no seria de mi aprobacion esa union. Al espresar esta opinion irrevocable no es por demás hacerte saber que Salomon, en los tres últimos años de su vida, consiguió formar un capital de alguna consideracion, el cual está en mi poder, destinado á servir de dote á su hija. Mas si ella muere antes de casarse, debe pasar aquel á manos de su abuela materna que está en Kingston.

Mi padre se paseó algunos momentos por el cuarto. Creyendo yo concluida nuestra confidencia, me puse en pié para retirarme; pero él volviendo á ocupar su asiento indicándome el mio, reanudó su discurso así:

4

—Hace cuatro dias que recibi una carta del señor de M*** pidiéndome la mano de Maria para su hijo Cárlos.

No pude ocultar la sorpresa que me causaron estas palabras. Mi padre sonrió imperceptiblemente, antes de agregar:

—Dá el señor de M*** quince dias de término para aceptar ó nó su propuesta, durante los cuales vendrán á hacernos una visita que antes me tenia prometida. Todo le será fácil despues de lo pactado entre tú y nosotros.

—Buenas noches, pues, dijo poniéndome afectuosamente la mano sobre el hombro: que seas muy feliz en tu cacería; yo necesito la piel del oso que mates para ponerla á los piés de mi catre.

—Está bien, le respondí.

Mi madre me tendió la mano, y reteniendo la mia me dijo:

—Te esperamos á comer; cuidado con esos animales.

Tantas emociones se habian sucedido ajitándome en las últimas horas, que apenas podia darme cuenta de cada una de ellas, y me era imposible hacerme cargo de mi estraña y difícil situacion.

María amenazada de muerte: prometida así por recompensa á mi amor, mediante una ausencia terrible; prometida con la condicion de amarla ménos: yo obligado á moderar tan poderoso amor; amor adueñado para siempre de todo mi sér, so pena de verla desaparecer de la tierra como una de las beldades fujitivas de mis sueños, y teniendo que aparecer en adelante ingrato é insensible tal vez á sus ojos, solo por una conducta que la necesidad y la razon me obligaban á adoptar! Ya no podria yo volver á oirla aquellas confidencias hechas con voz conmovida; mis lábios no podrian tocar ni siquiera el extremo de una de sus trenzas. Mia ó de la muerte. Entre la muerte y yo, un paso mas para acercarme á ella, seria perderla; dejarla llorar en abandono, era un suplicio superior á mis fuerzas.

Corazon cobarde! no fuiste capaz de dejarte consumir por aquel fuego que mal escondido podia agostarla... ¿Dónde está ella ahora, ahora que ya no palpitas; ahora que los dias y los años pasan sobre mí sin apercibirme de que te poseo!

Cumpliendo Juan Anjel mis órdenes, llamó á la puerta de mi cuarto al amanecer.

—¿Cómo está la mañana? le pregunté.

—Mala, mi amo; quiere llover.

—Bueno. Véte á la montaña y dí á José que no me espere hoy.

Cuando abrí la ventana me arrepentí de haber enviado al negrito, quien silbando y talareando bambucos iba á internarse en la primera mancha del bosque.

Soplaba de la sierra un viento frio y destemplado que sacudia los rosales y mecia los sauces desviando en su vuelo á una que otra pareja de loros viajeros. Todas las aves, lujo del huerto en las mañanas alegres, callaban, y solamente los pellares revoloteaban en los prados vecinos, saludando con su canto al triste dia de invierno.

En breve las montañas desaparecieron bajo el velo ceniciento de una lluvia nutrida, que dejaba oir ya su creciente rumor al acercarse azotando los bosques. A la media hora, turbios y estrepitosos arroyos descendian peinando los pajonales de las laderas del otro lado del rio; el cual acrecentado, tronaba iracundo y se divisaba en las lejanas revueltas amarillento, desbordado y undoso.

Capitulo XVII

Diez dias se habian pasado desde que tuvo lugar aquella penosa conferencia. No sintiéndome capaz de cumplir los deseos de mi padre sobre la nueva especie de trato que

segun él, debia yo usar con María, y preocupado dolorosamente con la propuesta de matrimonio hecha por Cárlos, habia buscado toda clase de pretestos para alejarme de la casa. Pasé aquellos dias ya encerrado en mi cuarto, ya en la posesion de José, las mas veces vagando á pié por los alrededores. Llevaba por compañero en mis paseos algun libro en que no acertaba á poder leer, mi escopeta, que nunca disparaba, y á Mayo, que me seguia fatigado. Mientras dominado yo por una honda melancolía dejaba correr algunas horas oculto en los sitios mas agrestes, él procuraba en vano dormitar enroscado sobre la hojarasca, de donde lo desalojaban las hormigas ó lo hacian saltar impacientado los tábanos y záncudos. Cuando el viejo amigo se cansaba de la inaccion y silencio, que le eran antipáticos á pesar de sus achaques se me acercaba, y recostando la cabeza sobre una de mis rodillas, me miraba cariñosamente para alejarse despues y esperarme á algunas varas de distancia en el sendero que conducia á la casa; y en su afan porque emprendiésemos marcha, una vez conseguido que yo le siguiera, se propasaba hasta dar algunos brincos de alegría, juveniles entusiasmos en que á mas de olvidar su gravedad, salia poco airoso.

Una mañana entró mi madre en mi cuarto, y sentándose á la cabecera de la cama, de la cual no habia salido yo aun, me dijo:

—Esto no puede ser: no debes seguir viviendo así; yo no me conformo.

Como yo guardara silencio, continuó:

—Lo que haces no es lo que tu padre ha exijido; es mucho mas; y tu conducta es cruel para con nosotros y mas cruel aun para con María. Estaba persuadida de que tus frecuentes paseos tenian por objeto ir á casa de Luisa con motivo del cariño que te profesan allí; pero Braulio, que vino ayer tarde, nos hizo saber que hacia cinco dias que no

te veia. ¿Qué es lo que te causa esa profunda tristeza que no puedes dominar ni en los pocos ratos que pasas en sociedad con la familia, y que te hace buscar constantemente la soledad, cual si te fuera ya enojoso el estar con nosotros?

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—María, señora, le respondí, debe ser completamente libre para aceptar ó no la buena suerte que le ofrece Carlos; y yo, como amigo suyo, no debo hacerle ilusorias las esperanzas que fundadamente debe de alimentar para ser aceptado.

Así revelaba yo, sin poder evitarlo, el mas insoportable dolor que me habia atormentado desde la noche en que supe la propuesta de los señores de M*** Nada habian llegado á ser para mí delante de aquella propuesta los fatales pronósticos del doctor sobre la enfermedad de María; nada la necesidad de separarme de ella por muchos años.

—¿Cómo has podido imaginar tal cosa? preguntóme sorprendida mi madre. Apénas habrá visto ella dos veces á tu amigo: justamente una en que estuvo aquí él algunas horas, y otra en que fuimos á visitar á su familia.

—Pero, madre mia, poco es el tiempo que falta para que se justifique ó se desvanezca lo qué he pensado. Me parece que bien vale la pena de esperar.

—Eres muy injusto, y te arrepentirás de haberlo sido. María, por dignidad y por deber, sabiéndose dominar mejor que tú, oculta lo mucho que tu conducta la está haciendo sufrir. Me cuesta trabajo creer lo que veo: me asombra oir lo que acabas de decir. Yo, que creí darte una grande alegría y remediarlo todo haciéndote saber lo que Mayn nos dijo ayer al despedirse!

—Diga U., dígalo, le supliqué incorporándome.

—Para qué ya?

—¿Ella no será siempre...... no será siempre mi hermana?

—Tarde piensas así. ¿O es que puede un hombre ser caballero y hacer lo que tú haces? No, no; eso no debe hacerlo un hijo mio...... Tu hermana! Y te olvidas de que lo estás diciendo á quien te conoce mas que tú mismo! Tu hermana! y sé que te ama desde que os dormia á ambos sobre mis rodillas! y es ahora cuando lo crees? ahora que venia á hablarte de eso asustada por el sufrimiento que la pobrecita trata inútilmente de ocultarme.

—Yo no quiero, ni por un instante, darle motivo á U. para un disgusto como el que me deja conocer. Dígame qué debo hacer para remediar lo que ha encontrado U. reprobable en mi conducta.

—Así debe ser. ¿No deseas que la quiera tanto como á tí?

—Sí, señora; y así es, ¿no es verdad?

—Así seria, aunque me hubiera olvidado de que no tiene otra madre que yo, de las recomendaciones de Salomon y la confianza de que él me creyó digna; porque ella lo merece y te ama tanto. El doctor asegura que el mal de Maria no es el que sufrió Sara.

—¿El lo ha dicho?!

—Si: tu padre, tranquilizado ya por esa parte, ha querido que yo te lo haga saber.

¿Podré, pues, volver á ser con ella como ántes? pregunté enajenado.

—Casi......

—Oh! ella me disculpará; ¿no lo cree U.? El doctor ha dicho que no hay ya ninguna clase de peligro? agregué; es necesario que lo sepa Cárlos.

Mi madre me miró con estrañeza antes de responderme:

—¿Y por qué se le habia de ocultar? Réstame decirte lo que creo debes hacer; puesto que los señores de M*** han de venir mañana, segun lo anuncian. Dí esta tarde á María...... Pero ¿qué puedes decirla que baste á justificar tu despego sin faltar á las órdenes de tu padre? Y

aunque pudieras hablarla de lo que él te exigió, no podrias disculparte, pues que para hacer lo que has hecho en estos dias hay una causa que por orgullo y delicadeza no debes descubrir. Hé ahí el resultado. Es forzoso que yo manifieste á Maria el motivo real de tu tristeza.

—Pero si U. hace eso, si he sido ligero en creer lo que he creido, ¿qué pensará ella de mí?

—Pensará ménos mal que considerándote capaz de una veleidad é inconsecuencia mas odiosas que todo.

—Tiene U. razon hasta cierto punto; pero yo le suplico no diga á María nada de lo que acabamos de hablar. He incurrido en un error, que tal vez me ha hecho sufrir mas á mí que á ella, y debo remediarlo; le prometo á U. que lo remediaré: le exijo solamente dos dias para hacerlo como se debe.

—Bien, me dijo levantándose para irse; ¿sales hoy?

—Sí, señora.

—A dónde vas?

—Voy á pagar á Emigdio su visita de bienvenida; y es imprescindible, porque ayer le mandé á decir con el mayordomo de su padre que me esperara hoy á almorzar.

—Mas volverás temprano.

—A las cuatro ó las cinco.

—Vente á comer aquí.

—Sí. ¿Está U. otra vez satisfecha de mí?

—Cómo no, respondió sonriendo. Hasta la tarde, pues: darás finos recuerdos á las señoras, de parte mia y de las muchachas.

Capítulo XVIII

Ya estaba yo listo para marchar cuando Emma entró á mi cuarto. Extrañó verme con semblante risueño.

—¿A dónde vas tan contento? me preguntó.

—Ojalá no tuviera que ir á ninguna parte: á ver á Emigdio, que se queja de mi inconstancia en todos los tonos, siempre que me encuentro con él.

—Qué injusto, exclamó riendo. ¿Inconstante tú?

—De qué te ries?

—Pues de la injusticia de tu amigo. Pobre!

—No, no; tú te ries de otra cosa.

—De eso es, dijo tomando de mi mesa de baño una peinilla y acercándoseme. Deja que te peine yo, porque sabrá vd., señor constante, que una de las hermanas de su amigo es una linda muchacha. Lástima es, continuó haciendo el peinado ayudada de sus graciosas manos, que el señorito Efrain se haya puesto un poquito pálido en estos dias, porque las bugueñas no imajinan belleza varonil sin frescos colores en las mejillas. Pero si la hermana de Emigdio estuviese al corriente de...

—Tú estás muy parlera hoy.

—Sí? y tú muy alegre. Mírate al espejo y dime si no has quedado muy bien.

—Qué visita! esclamé oyendo la voz de María, que llamaba á mi hermana.

—De veras. Cuánto mejor seria ir á dar un paseo por los picachos del boqueron de Amaime y disfrutar del grandioso y solitario paisaje, ó andar por los montes como res herida, espantando zancudos, sin perjuicio de que Mayo se llene de nuches....pobre! que está *imposible*.

—María te llama, la interrumpí.

—Ya sé para qué es.

—Para qué?

—Para que la ayude á hacer una cosa que no debiera hacer.

—¿Se puede saber cuál?

—No hai inconveniente: me está esperando para que vayamos á cojer flores que han de servir para reemplazar

estas, dijo señalando las del florero de mi mesa; y si yo fuera ella, no volveria á poner ni una mas ahí.

—Si tú supieras.....

—Y si supieras tú.....

Mi padre, que me llamaba desde su cuarto, interrumpió aquella conversacion, que continuada, habria podido frustrar lo que desde mi última entrevista con mi madre me habia propuesto llevar á cabo.

Al entrar en el cuarto de mi padre, examinaba él en la ventana, la máquina de un hermoso reloj de bolsillo, y decia:

—Es una cosa admirable; indudablemente vale las treinta libras.

Volviéndose en seguida hácia mí, agregó:

—Este es el reloj que encargué á Lóndres; míralo.

—Es mucho mejor que el que vd. usa, observé examinándolo.

—Pero el que uso es muy exacto, y el tuyo muy pequeño: debes regalarlo á una de las muchachas y tomar para tí este.

Sin dejarme tiempo para darle las gracias añadió:

—¿Vas á casa de Emigdio? Dí á su padre que puedo preparar el potrero de guinea para que hagamos la ceba en compañia; pero que su ganado debe estar listo, precisamente, el quince del entrante.

Volví en seguida á mi cuarto á tomar mis pistolas. María, desde el jardin y al pié de mi ventana, entregaba á Emma un manojo de montenegros, mejoranas y claveles; pero el mas hermoso de estos por su tamaño y lozanía, lo tenia ella en los labios.

—Buenos dias, María, la dije apresurándome á recibirle las flores.

Ella palideciendo instantáneamente correspondió cortada al saludo, y el clavel se desprendió de la boca. Entregó-

me las flores, dejando caer algunas á los piés, las cuales recojió y puso á mi alcance cuando sus mejillas estaban nuevamente sonrosadas.

—¿Quieres, la dije al recibir las últimas, cambiarme todas estas por el clavel que tenias en los labios?

—Lo he pisado, respondió bajando la cabeza para buscarlo.

—Así pisado, te daré todas estas por él.

Permanecia en la misma actitud sin responderme.

—¿Permites que vaya yo á recojerlo?

Se inclinó entonces para tomarlo y me lo entregó sin mirarme.

Entretanto Emma finjia completa distraccion colocando las flores nuevas.

Estrechéle á María la mano con que me entregaba el clavel deseado, diciéndola:

—Gracias, gracias. Hasta la tarde.

Alzó los ojos para verme con la mas arrobadora espresion que pueden producir al combinarse en la mirada de una mujer, la ternura y el pudor, la reconvencion y las lágrimas.

Capitulo XIX

Habia hecho yo algo mas de una legua de camino y bregaba ya por abrir la puerta de golpe que daba entrada á los mangones de la hacienda del padre de Emigdio. Vencida la resistencia que oponian los goznes y ejes enmohecidos y la mas tenaz aun del pilon, compuesto de una piedra tamaña enzurronada, la cual suspendida del techo con un rejo, daba tormento á los transeuntes manteniendo cerrado aquel aparato singular, me dí por afortunado de no haberme atascado en el lodazal pedregoso, cuya antigüedad respetable se conocia por el color del agua estancada.

Atravesé un corto llano en el cual el rabo-de-zorro, el friega-plato y la zarza dominaban sobre los gramales humillados y pantanosos; allí ramoneaban algunos caballejos molenderos rapados de crin y cola, correteaban potros y meditaban burros viejos, tan lacrados y mutilados por el carguío de leña y la crueldad de sus arrieros, que Buffon se hubiera encontrado perplejo al tener que clasificarlos entre los cuadrúpedos.

La casa grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaida sobre el alto y tupido bosque del cacaotal.

No se habian agotado los obstáculos para llegar, pues tropecé con los corrales rodeados de tetillal; y ahí fué lo de rodar trancas de robustísimas guaduas sobre escalones desvencijados. Vinieron en mi auxilio dos negros, varon y mujer: él sin mas vestido que unos calzones mostraba una espalda atlética luciente con el sudor peculiar de la raza; ella con follado (1) de fula azul y sin mas camisa que un pañuelo anudado hácia la nuca y cojido por la pretina, el cual le cubria el pecho. Ambos llevaban sombrero de junco, de aquellos que á poco uso se aparaguan y toman color de techo pajizo.

Iba la risueña y fumadora pareja nada ménos que á habérselas con otra de potros á los cuales habia llegado ya su turno en el mayal; y supe á qué, porque me llamó la atencion el ver no solo al negro sino tambien á su compañera, armados de rejos de enlazar. En gritos y carreras estaban cuando me apée bajo el alar de la casa, despreciando las amenazas de dos perrazos inhospitalarios que se hallaban tendidos bajo los escaños del corredor.

Algunas angarillas y sudaderos de junco deshilachados y montados sobre el barandaje, bastaron á convencerme

1—Enaguas.

de que todos los planes hechos en Bogotá por Emigdio, impresionado con mis críticas, se habian estrellado contra lo que él llamaba chocheras de su padre. En cambio se habia mejorado notablemente la cria de ganado menor, de lo cual eran prueba las cabras de lindos colores que apestaban el patio; é igual mejora se observaba en la volatería, pues muchos pavos-reales saludaron mi llegada con gritos alarmadores, y entre los patos criollos ó de ciénaga, que nadaban en la acequia vecina, se distinguian por su porte circunspecto algunos de los llamados ingleses.

Emigdio era un escelente muchacho. Un año antes de mi regreso al Cauca, le envió su padre á Bogotá con el objeto de ponerle, segun decia el buen señor, en camino para hacerse mercader y buen tratante. Cárlos, que vivia conmigo en aquel entónces y se hallaba siempre al corriente hasta de lo que no debia saber, tropezó con Emigdio, yo no sé dónde, y me lo plantó por delante un domingo de mañana, precediéndole al entrar en nuestro cuarto para decirme: Hombre! te voy á matar de gusto: te traigo la cosa mas linda.

Yo corrí á brazar á Emigdio, quien parado á la puerta tenia la mas rara figura que imaginarse pueda. Es una insensatez pretender describirle.

Mi paisano habia venido cargando con el sombrero de pelo color de café con leche, gala de don Ignacio, su padre, en las semanas santas de sus mocedades. Sea que le viniese estrecho, sea que al conductor le pareciese bien llevarlo así, el trasto formaba con la parte posterior del largo y renegrido cuello de nuestro amigo, un ángulo de noventa grados. Aquella flacura; aquellas patillas enralecidas y lacias, haciendo juego con la cabellera mas desconsolada en su abandono que se haya visto; aquella tez amarillenta descaspando las asoleadas del camino; el cuello de la camisa hundido sin esperanza bajo las solapas de

un chaleco blanco cuyas puntas se odiaban; los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul, punta de diamante; los calzones de cambrun con anchas trabillas de cordoban, y los botines de cuero de venado alustrado, eran causa mas que suficiente para exaltar el entusiasmo de Cárlos.

Llevaba Emigdio un par de espuelas orejonas (1) en una mano y una voluminosa encomienda para mí en la otra. Me apresuré á descargarle de todo, aprovechando un instante para mirar severamente á Cárlos, quien tendido en una de las camas de nuestra alcoba, mordia una almohada llorando á lágrima viva, cosa que por poco me produce el desconcierto mas inoportuno.

Ofrecí á Emigdio asiento en el saloncito; y como eligiese un sofá de resortes, el pobre sintiendo que se hundia, procuró á todo trance buscar algo á que asirse en el aire; mas perdida toda esperanza, se rehizo como pudo, y una vez en pié dijo:

—Qué demonios! A este Cárlos no le entra el juicio. Y ahorá?... Con razon venia riéndose en la calle de la *pegadura* que me iba á hacer. Y tú tambien?... Vaya! si esta gente de aquí es el mismo *demóntres*. ¿Que te parece la que me han hecho hoy?

Cárlos salió de la alcoba, aprevechándose de la feliz ocasion y ambos pudimos reirnos ya á nuestras anchas.

—Qué Emigdio! dije á nuestro visitante: siéntate en esta butaca, que no tiene trampa. Es necesario que cries correa.

—Sí ea, (2) respondió Emigdio sentándose con desconfianza, cual si temiese un nuevo fracaso.

1—Espuelas grandes usadas en la sabana de Bogotá.

2—Modismo que consiste en repetir en tono de mofa la última parte de la última palabra del interlocutor.

—Qué te han hecho? rió mas que preguntó Cárlos.

—Háse visto? Estaba por no contarles.

—Pero por qué? insistió el implacable Cárlos echándole un brazo sobre los hombros; cuéntanos.

Emigdio se habia enfadado al fin, y á duras penas pudimos contentarle. Unas copas de vino y algunos cigarros ratificaron nuestro armisticio. Sobre el vino observó nuestro paisano que era mejor el de naranja que hacian en Buga, y el anisete verde de la venta de Paporrina. Los cigarros de Ambalema le parecieron inferiores á los que aforrados en hojas secas de plátano y perfumados con otras de higo y de naranjo picadas, traia él en los bolsillos.

Pasados dos dias estaba ya nuestro Telémaco vestido convenientemente y acicalado por el maestro Hilario; y aunque su ropa á la moda le incomodaba y las botas nuevas le hacian ver candelillas, hubo de sujetarse, estimulado por la vanidad y por Cárlos, á lo que él llamaba un martirio.

Establecido en la casa de asistencia que viviamos nosotros, nos solazaba en las horas de sobremesa refiriendo á nuestras caseras las aventuras de su viaje y emitiendo concepto sobre todo lo que le habia llamado la atencion en la ciudad. En la calle era diferente, pues nos veiamos en la necesidad de abandonarle á su propia suerte, ó sea á la jovial impertinencia de los talabarteros y buhoneros, que corrian á sitiarle apenas le divisaban, para ofrecerle sillas chocontanas, (1) arretrancas, zamarros, frenos y mil baratijas.

Por fortuna ya habia terminado Emigdio todas sus compras cuando vino á caer en cuenta de que la hija de la

1—Se llaman chocontanas porque son monturas que solo se trabajan en el pueblo de Chocontá.

señora de la casa, muchacha despavesada, despreocupadilla y reidora, se moria por él.

Cárlos, que no veia moscas, logró convencerlo de que Micaelina habia desdeñado hasta entonces los galanteos de todos los comensales; pero el diablo, que no duerme, hizo que Emigdio sorprendiese en chicoleos una noche en el comedor á su cabrion y á su amada, cuando creian dormido al infeliz, pues eran las diez, hora en que solia hallarse él en su tercer sueño; costumbre que sinceraba madrugando siempre, aunque fuese tiritando de frio.

Visto por Emigdio lo que vió y oido lo que oyó, que ojalá para su reposo y el nuestro nada hubiese visto ni oido, pensó solamente en acelerar su marcha.

Como no tenia queja de mí, hízome sus confidencias la noche víspera de viaje, diciéndome entre otros muchos desahogos:

—En Bogotá no hay señoras: éstas son todas unas coquetas de siete suelas. Cuando esta lo ha hecho, ¿qué se espera? Estoy hasta por no despedirme de ella. Qué *caray!* no hay nada como las muchachas de nuestra tierra; aquí no hay sinó peligros. Ya ves á Cárlos: anda hecho un altar de corpus, se acuesta á las once de la noche y está mas fullero (1) que nunca. Déjalo estar; que yo se lo haré saber á don Chomo para que le ponga la cereza. Me admira verte á tí pensando tan solo en tus estudios.

Partió pues Emigdio, y con él la diversion de Cárlos y de Micaelina.

Tal era en suma, el honradote y campechano amigo á quien iba yo á visitar.

Esperando verle venir del interior de la casa, dí frente á retaguardia oyendo que me gritaba al saltar una cerca del patio.

1—Provincialismo por "presumido."

—Por fin, *so* maula! ya creia que me dejabas esperándote. Siéntate, que voy allá. Y se puso á lavarse las manos que tenia ensangrentadas, en la acequia del patio.

—Qué hacias? le pregunté despues de nuestros saludos.

—Como hoy es dia de matanza y mi padre madrugó á irse á los potreros, estaba yo racionando á los negros, lo cual es una *friega;* pero ya estoy desocupado. Mi madre tiene mucho deseo de vérte; voy á avisarle que estás aquí. Quien sabe si logramos que las muchachas salgan, porque se han vuelto mas cerreras cada dia. Choto! gritó; y á poco se presentó un negrito medio desnudo, pasas monas, (1) y un brazo seco y lleno de cicatrices.

—Lleva á la canoa ese caballo y límpiame el potro alazan.

Y volviéndose á mí, despues de haberse fijado en mi cabalgadura, añadió:

—Carrizo con el retinto!

—¿Cómo se averió así el brazo ese muchacho? pregunté.

—Metiendo caña al trapiche; son tan brutos estos! no sirve ya sino para cuidar los caballos.

En breve empezaron á servir el almuerzo, miéntras yo me las habia con doña Andrea, madre de Emigdio, la que por poco deja su pañolon sin flecos durante un cuarto de hora que estuvimos conversando solos.

Emigdio fué á ponerse una chaqueta blanca para sentarse á la mesa; pero antes nos hubo presentado una negra engalanada el azafate pastuso con aguamanos, llevando colgada de uno de los brazos una toalla primorosamente bordada.

Servíanos de comedor la sala, cuyo ajuar estaba reducido á viejos canapés de vaqueta y algunos retablos quiteños que representaban santos, colgados en lo alto de las pare-

1—Provincialismo por de "color de mono."

des no muy blancas, y dos mesitas adornadas con fruteros y loros de yeso.

Sea dicha la verdad: en el almuerzo no hubo grandezas; pero se conocia que la madre y las hermanas de Emigdio entendian esó de disponerlos. La sopa de tortilla aromatizada con yerbas frescas de la huerta; el frito de plátanos, carne desmenuzada y roscas de harina de maiz; el escelente chocolate de la tierra; el queso de piedra, el pan de leche y el agua servida en antiguos y grandes jarros de plata, no dejaron que desear.

Cuando almorzábamos alcancé á ver espiando por entre una puerta medio entornada, á una de las muchachas; y su carita simpática, iluminada por unos ojos negros como chambimbes, (1) dejaba pensar que lo que ocultaba debia de armonizar muy bien con lo que dejaba ver.

Me despedí á las once de la señora Andrea; porque habiamos resuelto ir á ver á don Ignacio en los potreros donde estaba haciendo rodeo, y aprovechar el viaje para darnos un baño en el Amaime.

Emigdio se despojó de su chaqueta para reemplazarla con una ruana de hilo; de los botines de *soche* para calzarse alpargatas usadas; se abrochó unos zamarros blancos de piel melenuda de cabron; se puso un gran sombrero de Suaza con funda del percal blanco, y montó en el alazan, teniendo antes la precaucion de vendarle los ojos con un pañuelo. Como el potron se hizo una bola y escondió la cola entre las piernas, el ginete le gritó: «ya vienes con tus *fullerías*,» descargándole en seguida dos sonoros latigazos con el manat palmirano que empuñaba. Con lo que despues de dos ó tres carcobos que no lograron ni mover siquiera al caballero en su silla chocontana, monté y nos pusimos en marcha.

1—Cierta semilla muy negra y redonda.

Miéntras llegábamos al sitio del rodeo, distante de la casa mas de media legua, mi compañero, luego que se aprovechó del primer llanito aparente para tornear y *rayar* el caballo, entró en conversacion tirada conmigo. Desembuchó cuanto sabia respecto á las pretensiones matrimoniales de Cárlos, con quien habia reanudado amistad desde que volvieron á verse en el Cauca.

—I tu qué dices? acabó por preguntarme.

Esquivé mañosamente darle respuesta; y él continuó:

—¡Para qué es negarlo! Cárlos es muchacho trabajador: luego que se convenza de que no puede ser hacendado, si no deja antes á un lado los guantes y el parágüas, tiene que irle bien. Todavía se burla de mí porque enlazo, hago talanquera y *barbeo* (1) muletos; pero él tiene que hacer lo mismo ó reventar. ¿No lo has visto?

—No.

—Pues ya lo verás. ¿Me crees que no va á bañarse al rio cuando el sol está fuerte, y que si no le ensillan el caballo no monta: todo por no ponerse moreno y no ensuciarse las manos! Por lo demás es un caballero, eso sí; no hace ocho dias que me sacó de un apuro prestándome doscientos patacones que necesitaba para comprar unas novillonas. El sabe que no lo echa en saco roto; pero eso es lo que se llama servir á tiempo. En cuanto á su matrimonio...... te voy á decir una cosa, si me ofreces no chamuscarte.

—Di, hombre, di lo que quieras.

—En tu casa como que viven con mucho tono; y se me figura que una de esas niñas criadas entre holan, como las de los cuentos, necesita ser tratada como cosa bendita.

Soltó una carcajada y prosiguió:

(1) Barbear. Echar al suelo una caballería asiéndola por la oreja y mandíbula inferior.

—Lo digo porque ese don Jerónimo, padre de Cárlos, tiene mas cáscaras que un siete-cueros y es bravo como un ají chivato. Mi padre no lo puede ver desde que lo tiene metido en un pleito por linderos y yo no sé que mas. El dia que lo encuentra tenemos que ponerle por la noche fomentos de yerba mora y darle friegas de aguardiente con malambo.

Habiamos llegado ya al lugar del rodeo. En medio del corral á la sombra de un guásimo y al través de la polvareda levantada por la torada en movimiento, descubrí á don Ignacio, quien se acercó á saludarme. Montaba un cuartago rosillo y cotudo, enjaezado con un *galápago*, (1) cuyo lustre y deterioro proclamaban sus merecimientos. La exigua figura del rico propietario estaba decorada así: zamarros de leon raidos y con capellada; espuelas de plata con rodajas encascabeladas; chaqueta de género sin aplanchar y ruana blanca recargada de almidon; coronándolo todo un enorme sombrero de jipijapa, de esos que llaman cuando va al galope quien los lleva: bajo su sombra hacian la tamaña nariz y los ojillos azules de don Ignacio, el mismo juego que en la cabeza de un paleton disecado, los granates que lleva por pupilas y el prolongado pico.

Dije á don Ignacio lo que mi padre me habia encargado sobre el ganado que debian cebar en compañía.

—Está bien, me respondió. Ya ve que la novillada no puede ser mejor: todos parecen unas torres. ¿No quiere entrar á divertirse un rato?

A Emigdio se le iban los ojos viendo la faena de los vaqueros en el corral.

Ah tuso! gritó; cuidado con aflojar el pial (2)... á la cola! á la cola!

1—Silla inglesa.
2—Cuerda con que maniatan las reses para echarlas á tierra.

Me escusé con don Ignacio, dándole al mismo tiempo las gracias; él continuó:

—Nada, nada; los bogotanos les tienen miedo al sol y á los toros bravos; por eso los muchachos se echan á perder en los colegios de allá. No me dejará mentir ese niño bonito hijo de don Chomo: á las siete de la mañana lo he encontrado de camino aforrado con un pañuelo, de modo que no se le veia sino un ojo, y con paraguas. Usted por lo que veo, siquiera no usa esas cosas.

En ese momento gritaba el vaquero, que con la marca candente empuñada iba aplicándosela en la paleta á varios toros tendidos y maniatados en el corral; «Otro.... otro»... A cada uno de esos gritos seguia un berrido, y hacia don Ignacio con su cortaplumas una muesquecilla mas en una varita de guasimo que le servia de foete.

Como al levantarse las reses podia haber algunos lances peligrosos, don Ignacio despues de haber recibido mi despedida, se puso en salvo entrando á una corraleja vecina.

El sitio escojido por Emigdio en el rio era el mas adecuado para disfrutar del baño que las aguas del Amaime ofrecen en el verano, especialmente á la hora en que llegamos á su orilla. Guabos churimos, sobre cuyas flores revoloteaban millares de esmeraldas (1) nos ofrecian bajo densa sombra acolchonada hojarasca, donde estendimos las ruanas. En el fondo del profundo remanso que estaba á nuestros piés, se veian hasta los mas pequeños guijarros y jugueteaban sardinas plateadas. Abajo sobre las piedras que no cubrian las corrientes, garzones azules y garcitas blancas pescaban espiando ó se peinaban el plumaje. En la playa de enfrente rumiaban acostadas hermosas vacas; guacamayas escondidas en los follajes de los

1—Insecto así llamado por el color de sus alas.

cachimbos charlaban á media voz; y tendida en las ramas altas dormia una partida de monos en perezoso abandono. Las chicharras hacian resonar por donde quiera sus cantos monótonos. Alguna ardilla curiosa asomaba por entre el cañaveral y desaparecia velozmente.

Hácia el interior de la selva oiamos de rato en rato el trino melancólico de las chilacoas.

—Cuelga tus zamarros lejos de aquí, dije á Emigdio; porque si no, saldrémos del baño con dolor de cabeza.

Rióse él de buena gana, observándome al colocarlos en la horqueta de un árbol distante.

—¿Quieres que todo huela á rosas? el hombre debe oler á chibo.

—Seguramente; y en prueba de lo que crees, llevas en tus zamarros todo el almizcle de una cabrera.

Durante nuestro baño, sea que la noche y la orilla de un hermoso rio dispongan el ánimo á hacer confidencias, sea que yo me diese trazas para que mi amigo me las hiciera, confesóme que despues de haber guardado por algun tiempo como reliquia el recuerdo de Micaelina, se habia enamorado locamente de una preciosa *ñapanguita*, debilidad que procuraba esconder á la malicia de don Ignacio, pues que éste habia de pretender desbaratarle todo, porque la muchacha no era señora; y en fin de fines raciocinó así:

—Como si pudiera convenirme á mí el casarme con una señora para que resultara de todo que tuviera que servirle yo á ella en vez de ser servido! Y por mas caballero que yo sea, ¿qué diablos iba á hacer con una mujer de esa laya! Pero si conocieras á Zoila...... Hombre! no te pondero; hasta le harias versos...... Qué versos! se te volveria la boca agua: sus ojos son capaces de hacer ver á un ciego; tiene la risa mas ladina, los piés mas lindos, y una cintura que......

—Poco á poco, le interrumpí: ¿es decir que estás tan frenéticamente enamorado que te echarás á ahogar si no te casas con ella?

—Me caso aunque me lleve la trampa!

—¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin consentimiento de tu padre?...... Ya se vé: tú eres hombre de barbas, y debes de saber lo que haces. ¿Y Cárlos tiene noticia de todo?

—No faltaba otra cosa! Dios me libre! Si en Buga lo tienen en las palmas de las manos y á boca que quieres. La fortuna es que Zoila vive en San Pedro y no vá á Buga sino cada márras.

—Pero á mí sí me la mostrarias.

—A tí es otra cosa; el dia que quieras te llevo.

A las tres de la tarde me separé de Emigdio, disculpándome de mil maneras para no comer con él, y las cuatro serian cuando llegué á casa.

Capítulo XX

Mi madre y Emma salieron al corredor á recibirme. Mi padre habia montado para ir á visitar los trabajos.

A poco rato se me llamó al comedor, y no tardé en acudir, porque allí esperaba encontrar á María; pero me engañé; y como le preguntase á mi madre por ella, me respondió:

—Como esos señores vienen mañana, las muchachas estan afanadas porque queden muy bien hechos algunos dulces; creo que han acabado ya y que vendrán ahora.

Iba á levantarme de la mesa cuando José, que subia del valle á la montaña arriando dos mulas cargadas de cañabrava, se paró en el altico desde el cual se divisaba el interior y gritóme:

—Buenas tardes. No puedo llegar, porque llevo una chúcara y se me hace noche. Ahí le dejo un recado con las niñas. Madrugue mucho mañana, porque la cosa está segura.

—Bien, le contesté; iré muy temprano; saludes á todos.

—No se olvide de los balines.

Y saludándome con el sombrero, continuó subiendo.

Dirigíme á mi cuarto á preparar la escopeta, no tanto por que ella necesitase de limpieza cuanto por buscar pretesto para no permanecer en el comedor, en donde al fin no se presentó María.

Tenia yo abierta en la mano una cajilla de pistones cuando ví á María venir hácia mi trayéndome el café, que probó con la cucharilla antes de verme.

Los pistones se me regaron por el suelo apenas se acercó.

Sin resolverse á verme, me dió las buenas tardes, y colocando con mano insegura el platito y la taza en la baranda, buscó por un instante con ojos cobardes, los mios, que la hicieron sonrojar; y entonces, arrodillada, se puso á recojer los pistones.

—No hagas tú eso, la dije; yo lo haré despues.

—Yo tengo muy buenos ojos para buscar cosas chiquitas, respondió; á ver la cajita.

Alargó el brazo para recibirla, esclamando al verla:

—Ay! si se han regado todos.

—No estaba llena, le observé ayudándola.

—Y que se necesitan mañana de estos, dijo soplándoles el polvo á los que tenia en la sonrosada palma de una de sus manos.

—¿ Por qué mañana y por qué de estos.

—Porque como esa caceria es peligrosa, se me figura que errar un tiro seria terrible, y conozco por la cajita

que estos son los que el doctor te regaló el otro dia, diciendo que eran ingleses y muy buenos......

—Tú lo oyes todo.

—Algo hubiera dado algunas veces por no oir. Tal vez seria mejor no ir á esa cacería. José te dejó un recado con nosotras.

—¿Quieres tú que no vaya?

—¿Y como podia yo exijir eso?

—Porqué no?

Miróme y no respondió.

—Ya me parece que no hay mas, dijo poniéndose en pié y mirando el suelo á su alrededor: yo me voy. El café estará ya frio.

—Pruébalo.

—Pero no acabes de cargar esa escopeta ahora... Está bueno, añadió tocando la taza.

—Voy á guardar la escopeta y á tomarlo; pero no te vayas. Yo habia entrado á mi cuarto y vuelto á salir.

—Hay mucho que hacer allá dentro.

—Ah, sí, la contesté: preparar postres y las galas para mañana. ¿Te vas, pues?

Hizo con los hombros, inclinando al mismo tiempo la cabeza á un lado, un movimiento que significaba: como tú quieras.

—Yo te debo una esplicacion, la dije acercándome á ella. ¿Quieres oirme?

—¿No digo que hay cosas que no quisiera oir? contestó haciendo sonar los pistones dentro de la cajita.

—Creia que lo que yo....

—Es cierto eso que vas á decir; eso que crees.

—Qué?

—Que á tí si debiera oirte; pero esta vez no.

—Qué mal habrás pensado de mí en estos dias?

Ella leia, sin contestarme, los letreros de la cajilla.

—Nada te diré, pues; pero dime qué te has supuesto.

—Para qué ya?

—¿Es decir que no me permites tampoco disculparme para contigo?

—Lo que quisiera saber es porqué has hecho eso? sinembargo, me da miedo saberlo por lo mismo que para nada he dado motivo; y siempre pensé que tendrias alguno que yo no debia saber... Mas como parece que estás contento otra vez... yo tambien estoy contenta.

—Yo no merezco que seas tan buena como eres conmigo.

—Quizás seré yo quien no merezco...

—He sido injusto contigo, y si lo permitieras, te pediria de rodillas que me perdonaras.

Sus ojos velados hacia rato lucieron con toda su belleza, y esclamó:

—Ay! no, Dios mio! Yo lo he olvidado todo... ¿oyes bien? todo! Pero con una condicion, añadió despues de una corta pausa.

—La que quieras.

—El dia que yo haga ó diga algo que te disguste, me lo dirás; y yo no volveré á hacerlo ni á decirlo. ¿No es muy fácil eso?

—Y yo? no debo exijir de tu parte lo mismo?

—No, porque yo no puedo aconsejarte á tí, ni saber siempre si lo que pienso es lo mejor; además, tú sabes lo que voy á decirte, antes que te lo diga.

—¿Estás cierta, pues, vivirás convencida de que te quiero con toda mi alma? la dije con voz baja y conmovida.

—Sí, sí, respondió muy quedo; y casi tocándome los labios con una de sus manos para significarme que callara, dió algunos pasos hácia el salon.

—¿Qué vas á hacer? la dije.

—¿No oyes que Juan me llama y llora porque no me encuentra?

Indecisa por un momento, en su sonrisa habia tal dulzura y tan amorosa languidez en su mirada, que ya habia ella desaparecido y aun las veia mi alma.

Capitulo XXI

Al dia siguiente al amanecer tomé el camino de la montaña, acompañado de Juan Angel, que iba cargado con algunos regalos de mi madre para Luisa y las muchachas. Seguíanos Mayo: su fidelidad no le dejaba escarmentar, á pesar de algunos malos ratos que habia tenido en esa clase de espediciones, impropios ya de sus años.

Pasado el puente del rio, encontramos á José y á su sobrino Braulio que venian ya á buscarme. Aquel me habló al punto de su proyecto de caza, reducido á medir un golpe certero á un tigre famoso en las cercanías y que le habia muerto algunos corderos. Teníale seguido el rastro al animal y descubierta una de sus guaridas en el nacimiento del rio á mas de media legua arriba de la posesion.

Juan Angel dejó de sudar al oir estos pormenores, y poniendo sobre la hojarasca el cesto que llevaba, nos veia con ojos tales cual si estuviera oyendo discutir un proyecto de asesinato.

José continuó hablando así de su plan de ataque:

—Respondo con mis orejas de que no se nos va. Ya veremos si el valluno Lúcas es tan jaque como dice. De Tiburcio si respondo. ¿Trae la municion gruesa?

—Sí, le respondí, y la escopeta larga.

—Hoy es el dia de Braulio. El tiene mucha gana de verle hacer á usted una jugada. porque yo le he dicho

que usted y yo llamamos errados los tiros cuando apuntamos á la frente de un oso y la bala se zampa por un ojo.

Se rió estrepitosamente, dándole palmadas sobre el hombro á su sobrino.

—Bueno, y vámonos, continuó; pero que lleve el negrito estas legumbres á la señora, porque yo me devuelvo; y esto diciendo, se echó á la espalda el cesto de Juan Anjel: ¿serán cosas dulces que la niña María pone para su primo?...

—Ahí vendrá algo que mi madre le envía á Luisa.

—Pero ¿qué es lo que ha tenido la niña? Yo la ví ayer á la pasada como si tal cosa. Parece un boton de rosa de Castilla.

—Está buena ya.

—Y tú ¿qué haces ahí que no te largas, negritico, dijo José á Juan Anjel. Carga con la guambía (1) y véte, para que vuelvas pronto, porque mas tarde no te conviene andar solo por aquí. No hay que decir nada allá abajo.

—Cuidado con no volver, le grité cuando estaba él del otro lado del rio.

Juan Anjel desapareció entre el carrizal como un guatin asustado.

Braulio era un moceton de mi edad. Hacia dos meses que habia venido de la provincia á acompañar á su tio, y estaba locamente enamorado, de tiempo atrás, de su prima Tránsito.

La fisonomía del sobrino tenia toda la nobleza que hacia interesante la del anciano; pero lo mas notable en ella era una linda boca, sin bozo aun, cuya sonrisa femenina hacia contraste con la energia varonil de las otras facciones. Manso de carácter, apuesto é infatigable en el trabajo,

1—Mochila de *cabuya*.—Soga, cordel.

era un tesoro para José y el mas adecuado marido para Tránsito.

La señora Luisa y las muchachas salieron á recibirme á la puerta de la cabaña; risueñas y afectuosas como siempre. Nuestro frecuente trato en los últimos meses habia hecho que las muchachas fuesen menos tímidas conmigo. José mismo en nuestras cacerías, es decir, en el campo de batalla, ejercia sobre mí una autoridad paternal, todo lo cual desaparecia siempre que se presentaban en casa, como si fuese un secreto nuestra amistad leal y sencilla.

—Al fin, al fin, dijo la señora Luisa tomándome por el brazo para introducirme á la salita. Siete dias! uno por uno los hemos contado.

Las muchachas me miraban sonriendo maliciosamente.

—Pero Jesus! qué pálido está, exclamó Luisa mirándome mas de cerca. Eso no está bueno así; si viniera usted con frecuencia, estaria tamaño de gordo.

—Y á ustedes ¿como les parezco? dije á las muchachas.

—Hé! contestó Tránsito: pues qué nos va á parecer, si por estarse allá en sus estudios y....

—Hemos tenido tantas cosas buenas para usted, interrumpió Lucía: dejamos dañar la primera badea de la mata nueva, esperándolo: el juéves creyendo que venia, le tuvimos una natilla tan buena....

—Y qué peje, ah Luisa, añadió José; si eso ha sido el juicio; no hemos sabido que hacer con él. Pero ha tenido razon para no venir, continuó en tono grave; ha habido motivo; y como pronto lo convidarás á que pase con nosotros un dia entero.... ¿no es así, Braulio?

—Sí, sí, paces y hablemos de eso. ¿Cuándo es ese gran dia, señora Luisa, cuándo es, Tránsito?

Esta se puso como una grana, y no hubiera levantado los ojos para ver á su novio por todo el oro del mundo.

—Eso tarda, respondió Luisa: ¿no ve que falta blanquear la casita y ponerle las puertas? vendrá siendo el dia de Nuestra Señora de Guadalupe, porque Tránsito es su devota.

—Y eso ¿cuándo es?

—¿Y no sabe? Pues el doce de diciembre. ¿No le han dicho estos muchachos que quieren hacerlo su padrino?

—No, y la tardanza en darme tan buena noticia no se la perdono á Tránsito.

—Si yo le dije á Braulio que se lo dijera á usted, porque mi padre creia que era mejor así.

—Yo agradezco tanto esa eleccion como no podeis figurároslo; mas es con la esperanza de que me hagais muy pronto compadre.

Braulio miró de la manera mas tierna á su preciosa novia y esta avergonzada salió presurosa á disponer el almuerzo, llevándose de paso á Lucía.

Mis comidas en casa de José no eran ya como la que describí en otra ocasion, yo hacia en ellas parte de la familia; y sin aparatos de mesa, salvo el único cubierto con que se me preferia siempre, recibia mi razon de *frisoles*,—frejoles, mazamorra, leche y *gamuza*, (1) de manos de la señora Luisa, sentada ni más ni ménos que José y Braulio, en un banquillo de raiz de guadua. No sin dificultad los acostumbré á tratarme así.

Viajero años despues por las montañas del país de José, he visto ya á puestas del sol llegar labradores alegres á la cabaña donde se me daba hospitalidad: luego que alababan á Dios ante el venerable jefe de la familia, esperaban en torno del hogar la cena que la anciana y cariñosa madre repartia: un plato bastaba á cada pareja de esposos; y los pequeñuelos hacian pinicos apoyados en las ro-

1—*Gamuza*—Chocolate con harina de maiz.

dillas de sus padres. Y he desviado mis miradas de esas escenas patriarcales, que me recordaban los últimos dias felices de mi juventud...

El almuerzo fué suculento como de costumbre, y sazonado con una conversacion que dejaba conocer la impaciencia de Braulio y de José por dar principio á la cacería.

Serian las diez cuando, listos ya todos, cargado Lúcas con el fiambre que Luisa nos habia preparado, y despues de las entradas y salidas de José para poner en su gran garniel de nutria tacos de cabuya y otros chismes que se le habian olvidado, nos pusimos en marcha.

Eramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peon de la chagra (2); Lúcas, neivano agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopetas. Eran de cazoleta las de los dos primeros, y excelentes, por supuesto, segun ellos. José y Braulio llevaban además lanzas cuidadosamente enastadas.

En la casa no quedó perro útil: todos, atramojados (1) de dos en dos, engrosaron la partida espedicionaria dando aullidos de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, Palomo, á quien los conejos temian con ceguera, brindó el cuello para ser contado en el número de los hábiles; pero José le despidió con un zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especialmente Tránsito, que sabia bien era su novio quien iba á correr mayores peligros, pues su idoneidad para el caso era indisputable.

Aprovechando una angosta y enmarañada trocha, empezamos á ascender por la ribera setentrional del rio. Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la

1—Quiere decir haciendita.
2—Atraillados.

cañada, encañonado por peñascos en cuyas cimas crecian, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruido á trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos borbollones y caprichosos plumajes.

Poco mas de media legua habiamos andado, cuando José deteniéndose á la desembocadura de un zanjon ancho, seco y amurallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal roidos dispersos en la arena; eran los del cordero que el dia antes se le habia puesto de cebo á la fiera. Precediéndonos Braulio, nos internamos José y yo por el zanjon. Los rastros subian. Braulio, despues de unas cien varas de ascenso, se detuvo, y sin mirarnos hizo ademan de que parásemos. Puso oido á los rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podia contener; miró hácia la alta bóveda que los cedros, jiguas y yarumos formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos y silenciosos pasos. Detúvose de nuevo al cabo de un rato; repitió el exámen hecho en la primera estacion; y mostrándonos los rasguños que tenia el tronco de un árbol que se levantaba desde el fondo del zanjon, nos dijo, despues de un nuevo exámen de las huellas: «Por aquí salió; se conoce que está bien comido y baquiano.» La chamba (1) terminaba veinte varas adelante por un paredon desde cuyo tope se conocia, por la hoya que tenia al pié, que en los dias de lluvia se despeñaban por allí las corrientes de la falda.

Contra lo que creia yo conveniente, buscamos otra vez la ribera del rio, y continuamos subiendo por ella. A poco halló Braulio las huellas del tigre en una playa, y esta vez llegaban hasta la orilla del rio.

1— Zanja.

Era necesario cerciorarnos de si la fiera habia pasado por allí al otro lado, ó si, impidiéndoselo las corrientes, ya muy descolgadas é impetuosas, habia continuado subiendo por la ribera en que estábamos, que era lo mas probable.

Braulio, la escopeta terciada á la espalda, vadeó el raudal atándose á la cintura un rejo, cuyo estremo retenia José para evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino á la cascada inmediata.

Guardábamos un silencio profundo y acallábamos uno que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los perros.

— No hay rastro acá, dijo Braulio despues de examinar las arenas y las malezas.

Al ponerse en pié, vuelto hácia nosotros, sobre la cima de un peñon, le entendimos por los ademanes que nos mandaba estar quietos.

Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que teniamos á la espalda; se inclinó ligeramente hácia adelante, firme y tranquilo, y dió fuego.

Allí! gritó señalando hácia el arbolado de las peñas cuyos filos nos era imposible divisar; y bajando á saltos á la ribera, añadió:

La cuerda firme! los perros mas arriba!

Los perros parecian estar al corriente de lo que habia sucedido: no bien los soltamos, cumpliendo la órden de Braulio, miéntras José le ayudaba á pasar el rio, desaparecieron á nuestra derecha por entre los cañaverales.

Quietos! volvió á gritar Braulio ganando ya la ribera; y miéntras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándome á mí, agregó:

—Usted aquí, patron.

Los perros perseguian de cerca la presa, que no debia de tener fácil salida, puesto que los ladridos venian de un mismo punto de la falda.

Braulio tomó una lanza de manos de José, diciéndonos á los dos:

—Ustedes mas abajo y mas altos, para cuidar este paso, porque el tigre volverá sobre su rastro si se nos escapa de donde está. Tiburcio con ustedes, agregó.

Y dirijiéndose á Lúcas:

—Los dos á costear el peñon por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó al colocar con pulso firme un piston en la chimenea de la escopeta:

—Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos á una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veiamos lo que pasaba en el peñon y podiamos guardar el paso recomendado; porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban ya fuera de combate: uno de ellos destripado á los piés de la fiera; el otro dejando ver las entrañas por entre uno de los costillares desgarrado, habia venido á buscarnos y espiraba dando quejidos lastimeros junto á la piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de robles, haciendo serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura descubierta, el tigre lanzaba unos bufidos roncos, y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacian un ruido semejante al de las castañuelas de madera. Al revolver, hostigado por los perros, no escarmentados aunque no muy sanos, se veia que su ijar izquierdo chorreaba sangre, la que á veces intentaba lamer inútilmente, porque entónces lo acosaba la jauría con ventaja.

Braulio y Lúcas se presentaron saliendo del cañaveral sobre el peñon, pero un poco mas distantes de la fiera que

nosotros. Lúcas estaba lívido, y las manchas de carate de sus pómulos, de azul turquí.

Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, pudiendo ambos grupos disparar á un tiempo sobre ella sin ofendernos mútuamente.

—Fuego todos á un tiempo! gritó José.

—No, nó; los perros, respondió Braulio; y dejando solo á su compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podia terminarlo todo; pero era cierto que algunos perros sucumbirian; y no muriendo el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos sin armas cargadas.

La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asomó por entre el cañaveral, un poco atrás de los árboles que defendian la espalda de la fiera: en el brazo derecho llevaba enristrada la lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedian ver bien.

Todos quedamos mudos; los perros mismos parecian interesados en el fin de la partida.

José gritó al fin:

—Hubi! Mataleon! hubi! Pícalo Truncho!

No convenia dar trégua á la fiera, y se evitaba así riesgo mayor á Braulio.

Los perros volvieron al ataque simultáneamente. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido.

El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de robles, hácia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin la hoja.

La fiera dió la misma vuelta en su busca; y él gritó:

—Fuego! fuego! volviendo á quedar de un brinco en el mismo punto donde habia asestado la lanzada.

El tigre lo buscaba. Lúcas habia desaparecido. Tiburcio estaba de color de aceituna. Apuntó y solo se quemó la ceba.

José disparó: el tigre rugió de nuevo tratando como de morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Este, dando una nueva vuelta tras de los robles, lanzóse hácia nosotros á recojer la lanza que le arrojaba José.

Entónces la fiera nos dió frente. Solo mi escopeta estaba disponible: disparé; el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó y cayó.

Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto del último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de él, y todos dimos á un tiempo un grito de triunfo.

La fiera arrojaba sanguaza espumosa por la boca: tenia los ojos empañados é inmóviles, y en el último parasismo de muerte estiraba las piernas temblorosas y removia la hojarasca al enrollar y desenrollar la hermosa cola.

—Valiente tiro!... qué tiro! esclamó Braulio poniéndole un pié al animal sobre el cogote: en la frente! ese sí es un pulso firme!

José, con voz no muy segura todavía (el pobre amaba tanto á su hija!) dijo limpiándose con la manga de la camisa el sudor de la frente:

—No, no... si es mecha. Santisimo patriarca! qué animal tan bien criado! Hij' un demonio! Si te toca ni se sabe!...

Miró tristemente los cadáveres de los tres perros, diciendo:

—Pobre Campanilla! es la que mas siento... tan guapa mi perra!...

Acarició luego á los otros tres, que con tamaña lengua afuera jadeaban acostados y desentendidos como si solamente se hubiera tratado de acorralar un becerro arisco.

José, tendiéndome su ruana en lo limpio, me dijo:

—Siéntese, niño; vamos á sacar bien el cuero, porque es de usted; y en seguido gritó: Lúcas!

Braulio soltó una carcajada, concluyéndola por decir:

—Ya ese estará metido en el gallinero de casa.

—Lúcas! volvió á gritar José, sin atender á lo que su sobrino decia; mas viéndonos á todos reir, preguntó:

—He! eh! pues qué es?

—Tio, si el valluno zafó desde que erré la lanzada.

José nos miraba como si le fuese imposible entendernos.

—Timanejo pícaro!

Y acercándose al rio, gritó de forma que las montañas repitieran su voz:

—Lúcas del demonio!

—Aquí tengo yo buen cuchillo para desollar, le advirtió Tiburcio.

—No, hombre; si es que ese caratoso traia el jotico (1) del fiambre, y este blanco querrá comer algo, y... yo tambien, porque aqui no hay esperanza de mazamorra.

Pero la mochila deseada estaba señalando precisamente el punto abandonado por el neivano; José, lleno de regocijo la trajo al sitio donde nos hallábamos y procedió á abrirla, despues de mandar á Tiburcio á llenar nuestros cocos de agua del rio.

Las provisiones eran, masas de choclo, (1) blancas, moradas y limpias, queso fresco y carne asada con primor: todo ello fué puesto sobre hojas de platanillo. Sacó en seguida de entre una servilleta una botella de vino tinto, pan, ciruelas é higos pasas, diciendo:

—Esta es cuenta aparte.

Las navajas machetonas salieron de los bolsillos. José nos dividió la carne, que acompañada con las masas de choclo, era un bocado regio. Agotamos el tinto, despre-

1—Maletica—Maleta pequeña. Es muy comun en el Cauca formar los diminutivos de los nombres, en ico, ica.

1—Maiz todavia tierno.

ciamos el pan, y los higos y ciruelas les gustaron mas á mis compañeros que á mi. No faltó la *panela* chancaca, dulce compañera del viajero, del cazador y del pobre. El agua estaba helada. Mis cigarros de olor (1) humearon despues de aquel rústico banquete.

José estaba de excelente humor, y Braulio se habia atrevido á llamarme padrino.

Con imponderable destreza, Tiburcio desolló el tigre, sacándole sebos que diz que servian para qué sé yo qué.

Acomodadas en las mochilas la piel, cabeza y patas del tigre nos pusimos en camino para la posesion de José, el cual tomando mi escopeta, la colocó en un mismo hombro con la suya, precediéndonos en la marcha y llamando á los perros. Deteníase de vez en cuando para recalcar sobre algunos de los lances de la partida ó para echarle alguna nueva maldicion á Lúcas.

Conocíase que las mujeres nos contaban y recontaban desde que nos alcanzaron á ver: y cuando nos acercamos á la casa estaban aun indecisas entre el susto y la alegria, pues por nuestra demora y los disparos que habian oido, suponian que habiamos corrido peligros.

Fué Tránsito quien se adelantó á recibirnos, notablemente pálida.

—Lo mataron? nos gritó.

—Sí, hija, le respondió su padre.

Todas nos rodearon, entrando en la cuenta hasta la vieja Marta que llevaba en las manos un capon á medio pelar.

Lucía se acercó á preguntarme por mi escopeta; y como yo se la mostrase, añadió en voz baja:

—Nada le ha sucedido, ¿no?

1—Llámanse así los hechos de una clase de tabaco que se produce à inmediaciones de Palmira, casi tan aromático como el habano.

—Nada, le respondí cariñosamente, pasándole por los lábios una ramita.

—Ya yo pensaba.....

—¿No ha bajado ese fantasioso de Lucas por aquí? preguntó José.

—El no, respondió Marta.

José mascullò una maldicion.

—Pero ¿dónde está lo que mataron? dijo al fin, haciéndose oir, la señora Luisa.

—Aquí, tia, contestó Braulio, y ayudado por su novia, se puso á desfruncir la mochila, diciéndole á la muchacha algo que no alcancé á oir. Ella me miró de una manera particular, y sacó de la sala un banquito para que me sentase en el empedrado, desde el cual dominaba yo la escena.

Estendida en el patio la grande y aterciopelada piel, las mujeres intentaron exhalar un grito; mas al rodar la cabeza sobre la grama, no pudieron contenerse.

—Pero ¿cómo lo mataron? cuenten! decia la señora Luisa, todos están como tristes.

—Cuéntennos, añadió Lucía.

Entónces José, tomando la cabeza del tigre entre las dos manos, dijo:

—El tigre iba á matar á Braulio cuando el señor (señalándome) le dió este balazo.

Mostró el forámen que en la frente tenia la cabeza.

Todos se volvieron á mirarme, y en cada una de esas miradas habia recompensa de sobra para una accion que la mereciera.

José siguió refiriendo con pormenores la historia de la espedicion, mientras hacia remedios á los perros heridos, lamentando la pérdida de los otros tres.

Braulio estacaba la piel ayudado por Tiburcio.

Las mujeres habian vuelto á sus faenas, y yo dormitaba sobre uno de los poyos de la salita en que Tránsito y

Lucia me habian improvisado un colchon de ruanas. Servíame de arrullo el rumor del rio, los graznidos de los ganzos, el balido del rebaño que pacia en las colinas cercanas, y los cantos de las dos muchachas que lavaban ropa en el arroyo. La naturaleza es la mas amorosa de las madres cuando el dolor se ha adueñado de nuestra alma; y si la felicidad nos acaricia, ella nos sonrie.

Capítulo XXII

Las instancias de los montañeses me hicieron permanecer con ellos hasta las cuatro de la tarde, hora en que despues de larguísimas despedidas, me puse en camino con Braulio, que se empeñó en acompañarme. Habíame aliviado del peso de la escopeta y colgado de uno de sus hombros una guambía.

Durante la marcha le hablé de su próximo matrimonio y de la felicidad que le esperaba, amándole Tránsito como lo dejaba ver. Me escuchaba en silencio, pero sonriendo de manera que estaba por demás hacerle hablar.

Habiamos pasado el rio y salido de la última ceja de monte para empezar á descender por las quiebras de la falda limpia, cuando Juan Angel, apareciéndose por entre unas moreras, se nos interpuso en el sendero, diciéndome con las manos unidas en ademan de súplica:

—Yo vine, mi amo... yo iba... pero no me haga nada su mercé... yo no vuelvo á tener miedo.

—Que has hecho! qué es? le interrumpí. ¿Te han enviado de casa?

—Sí, mi amo, sí, la niña; y como me dijo su mercé que volviera...

No me acordaba yo de la órden que le habia dado.

—¿ Conque no volviste de miedo ? le preguntó Braulio riendo.

Eso fué, sí, eso fué... Pero como Mayo pasó por aqui asustado, y luego ñor Lúcas, que me encontró pasando el rio, me dijo que el tigre habia matado á ñor Braulio...

Este dió rienda suelta á una estrepitosa risotada, diciéndole al fin al negrito aterrado:

—Y te has estado todo el dia metido entre estos matorrales como un conejo.

—Como ñor José me gritó que volviera pronto, porque no debia andar solo por allá arriba, respondió Juan Anjel viéndose las uñas de las manos.

Vaya ! yo te mezquino, (1) repuso Braulio ; pero es con la condicion de que en otra caceria has de ir pié con pié conmigo.

El negrito lo miró con ojos desconfiados, antes de resolverse á aceptar asi el perdon.

—¿ Convienes ? le pregunté distraido.

—Sí, mi amo.

—Pues vamos andando. Tú, Braulio, no te incomodes en acompañarme mas; vuélvete.

—Si es que yo queria...

—No ; ya ves que Tránsito está toda asustada hoy. Di allá mil cosas en mi nombre.

—Y esta guambia que llevaba... Ah, continuó, tómala tú, Juan Angel. ¿ No irás á romper la escopeta del patron por ahí ? Mira que le debo la vida á ese dije. Será lo mejor observó al recibirsela yo.

Di un apreton de manos al valiente cazador, y nos separamos. Distante ya de nosotros, gritó :

—Lo que va en la guambia es la muestra de mineral que le encargó su papá á mi tio.

1—Quiere decir "defiendo".

Y convencido de que se le habia oido se internó en el bosque.

Detúveme á dos tiros de fusil de la casa á orillas del torrente que descendia ruidoso hasta esconderse en el huerto.

Al continuar bajando busqué á Juan Anjel: habia desaparecido, y supuse que temeroso de mi enojo por su cobardia, habria resuelto solicitar amparo mejor que el ofrecido por Braulio con tan inaceptables condiciones.

Tenia yo un cariño especial al negrito; él contaba á la sazon doce años; era simpático y casi pudiera decirse que bello. Aunque intelijente, su índole tenia algo de huraña. La vida que hasta entonces habia llevado, no era la adecuada para dar suelta á su carácter; pues mediaban motivos para mimarle. Feliciana, su madre, criada que habia desempeñado en la familia funciones de aya y disfrutado de todas las consideraciones de tal, procuró siempre hacer de su hijo un buen paje para mí. Mas fuera del servicio de mesa y de cámara y de su habilidad para preparar café, en lo demás era desmañado y bisoño.

Muy cerca ya de la casa, noté que la familia estaba aun en el comedor, é inferi que Cárlos y su padre habian venido. Desviéme á la derecha, salté el vallado del huerto, y atravesé éste para llegar á mi cuarto sin ser visto.

Colgaba el saco de caza y la escopeta cuando percibí en el comedor un ruido de voces desacostumbrado. Mi madre entró á mi cuarto en ese momento, y le averigüé la causa de lo que oia.

—Es, me dijo, que los señores de M*** están aquí, y ya sabes que don Jerónimo habla siempre como si estuviese á la orilla de un rio.

Cárlos en casa, pensé: este es el momento de prueba de que habló mi padre. Cárlos habrá pasado un dia de enamorado, en ocasion propicia para admirar á su pretendida.

... hacerle ver á él cuánto la amo! No po... que seré su esposo!... Este es un tor... que yo habia imaginado.

... mirándome tal vez preocupado, me dijo:

... has vuelto triste.

... cansado.

... ha sido buena?

... á tu padre que le tienes ya la piel de ...

... una hermosísima de tigre.

... del que hacia daños por aquí.

... sido horrible.

... eran muy valientes y diestros.

... ya á mi alcance todo lo que yo podia ... baño y cambio de vestidos; y á tiempo ... la puerta despues de haber salido, le advertí ... que yo habia regresado.

... y usando de aquella voz dulce cuanto ... hacia irresistible siempre que me aconse...

... lo que hablamos los otros dias sobre ... señores; no?

... de la respuesta, añadió:

... Yo confio en que saldrás muy bien.

... de nuevo de que nada podia faltarme, salió.

... habia dicho que era mineral, no era otra ... cabeza del tigre; y con tal astucia habia con... llegar á casa ese trofeo de nuestra hazaña.

... comentarios de la escena hechos en casa despues, ... en el comedor habia sucedido esto.

... el café en el momento que llegó Juan ... que yo venia ya, é impuso á mi padre del

contenido de la mochila. Este deseoso de que don Jerónimo le diese su opinion sobre los cuarzos, mandó al negrito que los sacase; y trataba de hacerlo asi cuando dió un grito de terror y un salto de venado sorprendido.

Cada uno de los circunstantes quiso averiguar lo que había pasado. Juan Anjel, de espaldas contra la pared, los ojos tamaños y señalando con los brazos estendidos hácia el saco, esclamó:

—El tigre!

En dónde? preguntó don Jerónimo, derramando parte del café que tomaba, y poniéndose en pié con mas presteza que era de esperarse le permitiera su esférico abdómen.

Cárlos y mi padre dejaron tambien sus asientos.

Emma y María se acercaron una á otra.

—En la guambía repuso el interpelado.

A todos les volvió el alma al cuerpo.

Mi padre sacudió con precaucion el saco, y viendo rodar la cabeza sobre las baldosas, dió un paso atrás; don Jerónimo otro; y apoyando las manos en las rodillas, prorumpió!

—Mostruoso!

Cárlos, adelantándose á examinar de cerca la cabeza:

—Horrible!

Felipe, que llegaba llamado por el ruido, se puso en pié sobre un taburete. Eloisa se asió de un brazo de mi padre. Juan, medio llorando, trató de subírsele sobre las rodillas á María; y ésta, tan pálida como Emma, miró con angustia hácia las colinas, esperando verme bajar.

—Quién lo mató? preguntó Cárlos á Juan Anjel, el cual se habia serenado ya.

—La escopeta del amito.

—¿Conque la escopeta del amito sola? recalcó don Jerónimo riendo y ocupando de nuevo su asiento.

—No, mi amo, sino que ñor Braulio dijo ahora en la loma que le debia la vida á ella......

—¿Dónde está pues Efrain? preguntó intranquilo mi padre, mirando á María.

—Se quedó en la quebrada.

En este momento regresaba mi madre al comedor. Olvidando que acababa de verme, esclamó:

—Ay mi hijo!

—Viene ya, le observó mi padre.

Sí, sí; ya sé, respondió ella; pero ¿cómo habrán muerto este animal?

—Aquí fué el balazo, dijo Cárlos inclinándose á señalar el forámen de la frente.

—Pero ¿es posible; preguntó don Jerónimo á mi padre, acercando el braserillo para encender un cigarro; ¿es de creerse que usted permita esto á Efrain?

Sonrió mi padre al contestarle con algo de propia satisfaccion:

—Le encargué ahora dias una piel de oso para los piés de mi catre, y seguramente habrá preferido traerme una de tigre.

María habia visto ya en los ojos de mi madre lo que podia tranquilizarla. Se dirijió al salon llevando á Juan de la mano: éste, asido de la falda de ella y asustado aun, la impedia andar. Hubo de alzarlo, y le decia al salir:

—¿Llorando? ah feo! ¿un hombre con miedo?

Don Jerónimo, que alcanzó á oirla, observó meciéndose en su silla y arrojando una bocanada de humo:

—Ese otro tambien matará tigres.

—Vea usted á Efrain hecho un cazador de fieras, dijo Cárlos á Emma, sentándose á su lado; y en el colejio no se dignaba disparar un bodoquerazo á un paparote. (1) Y

(1) [illegible]

no señor.... recuerdo ahora que en unos asuetos le ví hacer buenos tiros en la laguna de Fontibon. ¿Y estas cacerías son frecuentes?

—Otras veces, respondióle mi hermana, ha muerto con José y Braulio osos pequeños y lobos muy bonitos.

—Yo que pensaba instarle para que hiciésemos mañana una cacería de venados, y preparándome para eso vine con mi escopeta inglesa!

—El tendrá mucho placer en divertir á usted; si ayer hubiese usted venido, hoy habrian ido ambos á la cacería.

—Ah! sí... si yo hubiera sabido...

Mayo, que habria estado despachando algunos bocados sabrosos en la cocina, pasó entonces por el comedor. Paróse en vista de la cabeza; erizado el cogote y espinazo, dió un cauto rodeo para acercarse al fin á olfatearla. Recorrió la casa á galope, y volviendo al comedor se puso á aullar: no me hallaba, y acaso le avisaba su instinto que yo habia corrido peligros.

A mi padre le impresionaron los aullidos; era hombre que creia en cierta clase de pronósticos y agüeros, preocupaciones de su raza, de las cuales no habia podido prescindir por completo.

—Mayo, Mayo, qué hay? dijo acariciando al perro, y con mal disimulada impaciencia: este niño que no llega...

A ese tiempo entraba yo al salon en un traje en que á la verdad no me hubieran reconocido sino muy de cerca Tránsito y Lucía.

María estaba allí. Apénas hubo tiempo para que se cambiase entre ella y yo un saludo y una sonrisa. Juan que estaba sentado en el regazo de María, me dijo en su mala lengua al pasar, señalándome la puerta del corredor:

—Ahí está el coco.

Y yo entré al comedor sonriendo, porque me figuraba que el niño hacia alusion á don Jerónimo.

[illegible]

[illegible] ver [illegible] á [illegible] cuarto. [illegible] me había [illegible] de verla [illegible] venido al país [illegible]

—[illegible] la examiné. ¿Con esta [illegible] de esa clase?

—[illegible] sí: á sesenta varas de distancia no bajará una línea.

—¿Á sesenta varas se hacen esos tiros?

—Es peligroso exijir todo el alcance del arma en esos casos; á cuarenta varas es ya un tiro largo.

—¿Qué tan lejos estabas cuando disparaste sobre el tigre?

—Á treinta pasos.

—Hombre, yo necesito hacer algo bueno en la cacería que tendremos, porque de otro modo dejaré enmohecer

esta escopeta y juraré no haber cazado ni tominejas en toda mi vida.

—Oh! ya verás: te haré lucir, porque haré entrar el venado al huerto.

Cárlos me hizo mil preguntas sobre sus condiscípulos, vecinas y amigas de Bogotá: entraron por mucho los recuerdos de nuestra vida estudiantina: hablóme de Emigdio y de sus nuevas relaciones con él, y rió de buena gana acordándose del cómico desenlace de los amores de nuestro amigo con Micaelina.

Cárlos habia regresado al Cauca ocho meses antes que yo. Durante ese tiempo sus patillas habian mejorado, y la negrura de ellas hacia contraste con sus mejillas sonrosadas y su boca conservaba la frescura que siempre la habia hecho admirable; la cabellera abundante y medio crespa sombreaba su tersa frente, de ordinario serena como la de un rostro de porcelana. Decididamente era un buen mozo.

Hablóme tambien de sus trabajos de campo, de las novilladas que cebaba en la actualidad, de los nuevos pastales que estaba haciendo; y por fin de la esperanza fundada que tenia de ser mui pronto un propietario acomodado. Yo le veia hacer la puntería seguro del mal suceso; pero procuraba no interrumpirle para evitarme así la incomodidad de hablarle de mis asuntos.

—Pero hombre, dijo, poniéndose en pié delante de mi mesa y despues de una larguísima disertacion sobre las ventajas de los cebaderos de guinea, sobre los de pasto natural: aquí hay muchos libros. Tú has venido cargando con todo el estante. Yo tambien estudio, es decir, leo... no hay tiempo para mas; y tengo una prima bachillera que se ha empeñado en que me engulla un diluvio de novelas. Ya sabes que los estudios serios no han sido mi flaco: por eso no quise graduarme, aunque pude haberlo hecho. No puedo prescindir del fastidio que me causa la política y

de lo que me encocora todo eso de lítis, á pesar de que mi padre se lamenta dia y noche de que no me ponga al frente de sus pleitos: tiene manía de litigar, y las cuestiones mas graves versan sobre veinte varas cuadradas de pantano ó la variacion de cauce de un zanjon que ha tenido el buen gusto de echar al lado del vecino una fajilla de nuestras tierras.

—Veamos, empezó leyendo los rótulos de los libros. « Frayssinous » « Cristo ante el siglo, » « La Biblia »... Aquí hay mucha cosa mística. « Don Quijote ».. Por supuesto: jamás he podido leer dos capítulos.

—No, eh?

—« Blair, » continuó; « Chateaubriand. » Mi prima Hortensia tiene furor por esto. « Gramática inglesa. » Qué lengua tan rebelde: no pude entrarle.

—Pero ya hablabas algo.

—El « how do you do » como el « comment ça va-t-il » del francés.

—Pero tienes una brillante pronunciacion.

—Eso me decian por estimularme.

Y siguiendo el exámen de los libros:

—« *Saquespeare* » « Calderon »... versos, ¿ no ? « teatro español » ¿ mas versos ? Confiésamelo, ¿ todavia haces versos ? Recuerdo que hacias algunos que me entristecian haciéndome pensar en el Cauca. ¿ Conque haces ?

—No.

—Me alegro de ello, porque acabarias por morirte de hambre.

—« Cortés. » continuó ;—¿ Conquista de Méjico ?

—No ; es otra cosa.

—« Tocqueville, Democracia en América »... Peste ! « Segur »... Qué runfla !

Al llegar ahí sono la campanilla del comedor avisando que el refresco estaba servido. Cárlos suspendiendo la

fiscalizacion de mis libros, se acercó al espejo, peinó sus patillas y cabellos con una peinillita de bolsillo, plegó, como una modista un lazo, el de su corbata azul, y salimos.

Capitulo XXIII

Cárlos y yo nos presentamos en el comedor. Los asientos estaban distribuidos así: presidia mi padre la mesa; á su izquierda acababa de sentarse mi madre; á su derecha, don Jerónimo desdoblaba la servilleta sin interrumpir la pesada historia de aquel pleito que por linderos sostenia con don Ignacio; á continuacion del de mi madre habia un asiento vacio y otro al lado del señor de M***; en seguido de estos y dándose frente se hallaban María y Emma, y despues los niños.

Cumplíame señalarle á Cárlos cuál de los dos asientos vacantes debia ocupar. A tiempo de enseñárselo, María, sin mirarme, apoyó una mano en la silla que tenia inmediata, como solia hacerlo, para indicarme sin que lo comprendiesen los demás, que podia estar cerca de ella. Dudando quizá ser entendida, buscó instantáneamente mis ojos con los suyos, cuyo lenguaje eu tales ocasiones me era tan familiar. No obstante, ofrecí á Cárlos la silla que ella me brindaba y me senté al lado de Emma.

Puso milagrosamente don Jerónimo punto final á su alegato de conclusion que habia presentado al juzgado el dia anterior, y volviéndose á mí, dijo:

—Vaya! que les ha costado trabajo á ustedes interrumpir sus conferencias. De todo habrá habido: buenos recuerdos del pasado, de ciertas vecindades que teniamos en Bogotá...proyectos para el porvenir...Corriente. No hay como volver á ver un condiscípulo querido. Yo tuve que

olvidarme de que ustedes deseaban verse. No acuse usted á Cárlos por tanta demora, porque él fué capaz hasta de proponerme venir solo.

Manifesté á don Jerónimo que no podia perdonarle el que me hubiese privado por tanto tiempo del placer de verlos á él y á Cárlos; y que sin embargo, seria ménos rencoroso si la permanencia de ellos en casa era larga. A lo cual me respondió con la boca no tan desocupada como fuera de desearse, y mirándome al soslayo miéntras tomaba un sorbo de chocolate:

—Eso es difícil, porque mañana empiezan las datas de sal.

Despues de un momento de pausa durante el cual sonrió mi padre imperceptiblemente, continuó:

—Y no hay remedio: si no estoy allá, debe estar éste.

—Tenemos mucho que hacer, apuntó Cárlos con cierta suficiencia de hombre de negocios; la cual debió de parecerle oportuno sabiendo qué cazar y estudiar eran mis ocupaciones ordinarias.

María, resentida tal vez conmigo, esquivaba mirarme. Estaba bella mas que nunca, así lijeramente pálida. Llevaba un traje de gasa negra profusamente salpicado de uvillas azules, cuya falda, cayendo desde la cintura en numerosísimos pliegues susurraba cuando ella andaba, tan quedo como las brisas de la noche en los rosales de mi ventana. Tenia el pecho cubierto con una pañoleta trasparente del mismo color del traje, la que parecia no atreverse á tocar ni la base de su garganta de tez de azucena: pendiente de ésta en un cordon de pelo negro brillaba una crucecita de diamantes: la cabellera, dividida en dos trenzas de abundantes guedejas le ocultaba á medias las sienes, y ondeaba en sus espaldas.

La conversacion se habia hecho jeneral; y mi hermana me preguntó casi en secreto porqué habia preferido aquel

asiento. Yo le respondí con un "así debe ser," que no la satisfizo: miróme con estrañeza y buscó luego en vano los ojos de María: estaban tenazmente velados por sus párpados de raso-perla.

Levantados los manteles, se hizo la oracion de costumbre. Nos invitó mi madre á pasar al salon: don Jerónimo y mi padre quedaron en la mesa hablando de sus empresas de campo.

Presentéle á Cárlos la guitarra de mi hermana, pues sabia yo que él ejecutaba bastante bien ese instrumento. Despues de algunas instancias convino en tocar algo. Preguntó á Emma y á Maria, mientras templaba, si no eran aficionadas al baile; y como se dirijiese en particular á la última, ella le respondió que nunca habian bailado.

El se volvió hácia mí, que regresaba en ese momento de mi cuarto, diciéndome:

—Hombre! es posible?

—Qué?

—Que no hayas dado algunas lecciones de baile á tu hermana y á tu prima. No te creia tan egoista. ¿O será que Matilde te impuso por condicion que no jeneralizaras sus conocimientos?

—Ella confió en los tuyos para hacer del Cauca un paraiso de bailarines.

—¿En los mios? Me obligas á confesar á las señoritas que habria aprovechado mas, si tú no hubieses asistido á tomar lecciones al mismo tiempo que yo.

—Pero eso consistió en que ella tenia esperanza de satisfacerte en el diciembre pasado, puesto que esperaba verte en el primer baile que se diese en Chapinero.

La guitarra estaba templada y Cárlos tocó una contradanza que él y yo teniamos motivos para no olvidar.

—¿Qué te recuerda esta pieza? preguntóme poniéndose la guitarra perpendicularmente sobre las rodillas.

—Muchas cosas, aunque ninguna particular.

—Ninguna? y aquel lance jocoserio que tuvo lugar entré los dos, en casa de la señora......?

—Ah! sí; ya caigo.

—Se trataba de evitar un mal rato á nuestra puntillosa maestra: tú ibas á bailar con ella, y yo...

—Se trataba de saber cuál de nuestras parejas debia poner la contradanza.

—Y debes confesarme que triunfé, pues te cedí mi puesto, replicó Cárlos riendo.

—Yo tuve la fortuna de no verme obligado á insistir. Haznos el favor de cantar.

Miéntras duró ese diálogo, María, que ocupaba con mi hermana el sofá á cuyo frente estábamos Cárlos y yo, fijó por un instante la mirada en mi interlocutor, para notar al punto lo que solo para ella era evidente, que yo estaba contrariado; y finjió luego distraerse en anudar sobre el regazo los rizos de las extremidades de sus trenzas.

Insistió mi madre en que Cárlos cantara. El entonó con voz llena y sonora una cancion que andaba en voga en aquellos dias, la cual empezaba así:

« El ronco son de la guerrera trompa
Llamó tal vez á la sangrienta lid,
Y entre el rumor de belicosa pompa
Marcha contento al campo el adalid. »

Una vez que Cárlos dió fin á su trova, suplicó á mi hermana y á María que cantasen tambien. Esta parecia no haber caido en cuenta de qué se trataba.

¿Habrá Cárlos descubierto mi amor, me decia yo, y complacídose por eso en hablar así? Me convencí despues de que le habia juzgado mal, y de que si era él capaz de una lijereza, nunca lo seria de una malignidad.

Emma estaba pronta. Acercándose á María, la dijo:

—¿Cantamos?

—Pero qué puedo yo cantar? la respondió.

Me aproxime á María para decirla á media voz:

—¿No hay nada que te guste cantar, nada?

Miróme entónces como lo hacia siempre al decirle yo algo en el tono con que pronuncié aquellas palabras; y jugó un instante en sus labios una sonrisa semejante á la de una linda niña que se despierta acariciada por los besos de su madre.

—Sí, las Hadas, contestó.

Los versos de esta cancion habian sido compuestos por mí. Emma, que los habia encontrado en mi escritorio, les adaptó la música de otros que estaban de moda.

En una de aquellas noches de verano en que los vientos parecen convidarse al silencio para escuchar vagos rumores y lejanos écos; en que la luna tarda ó no aparece, temiendo que su luz importune; en que el alma, como una amante adorada que por unos momentos nos deja, se deshace de nosotros poco á poco y sonriendo, para tornar mas que nunca amorosa; en una noche así, María, Emma y yo estábamos en el corredor del lado del valle, y despues de haber arrancado la última á la guitarra algunos acordes melancólicos, acompañados por otros, concertaron ellas sus voces incultas pero vírjenes como la naturaleza que cantaban. Sorprendido, me parecieron bellas y sentidas mis malas estrofas. Terminada la última, María apoyó la frente en el hombro de Emma; y cuando la levantó, entusiasmado yo murmuré á su oido el último verso. Ah! Ellos parecen conservar aun de María no sé si un aroma; algo como la humedad de sus lágrimas. Hélos aquí:

Soñé vagar por bosques de palmeras
Cuyos blondos plumajes, al hundir

Su disco el sol en las lejanas sierras,
Cruzaban resplandores de rubí.
  Del terso lago se tiñó de rosa
La superficie límpida y azul,
Y á sus orillas garzas y palomas
Posábanse en los sauces y bambús.
  Muda la tarde ante la noche muda,
Las gasas de su manto recojió:
Del indo mar dormida en las espumas
La luna hallóla y á sus piés el sol.
  Ven conmigo á vagar bajo las selvas
Donde las Hadas templan mi laud;
Ellas me han dicho que conmigo sueñas,
Que me harán inmortal si me amas tú.

Mi padre y el señor de M*** entraron al salon á tiempo que la cancion terminaba. El primero, que solo talareaba entre dientes algun aire de su pais, en los momentos en que la apacibilidad de su ánimo era completa, tenia aficion á la música y la habia tenido al baile en su juventud.

Don Jerónimo, despues de sentarse tan cómodamente como pudo en un mullido sofá, bostezó de seguida dos veces.

—No habia oido esa música con esos versos, observó Cárlos á mi hermana.

—Ella los leyó en un periódico, le contesté, y les puso la música con que se cantan otros. Los creo malos, agregué; publican tantas insulseces de esta laya en los periódicos. Son de un poeta habanero; y se conoce que Cuba tiene una naturaleza semejante á la del Cauca.

María, mi madre y mi hermana se miraron unas á otras con estrañeza, sorprendidas de la frescura con que engañaba yo á Cárlos; mas era porque no estaban al corriente del exámen que él habia hecho por la tarde de los libros de mi estante, exámen en que tan mal parados dejó á mis

autores predilectos: y acordándome con cierto rencor de lo que sobre el Quijote habia dicho, añadí:

—Tú debes haber visto esos versos en «El Dia»... y es que no te acuerdas: ... están firmados ... Almendárez.

—Como ... ria... Si son ... mente, me ... Tenga usted ... María.

Esta, ...

—¿Cóm... Dílos tú, ...

—Per... recitar... usted ...

María ... voz era ...

Cárlos ...

—Ah...

Toma ... haber visto ... sin caer ...

... s

.. le

... os pone

Llegó ... hubiese ... me dir... ... aguárdate y María...

—Y ... ma.

á la ... guita ... chiquito!

—No; tu amigo.

—Ah! sí, las flores, dije viendo las de mi florero, puestas en él por la mañana y que llevaba en un pañuelo María. ¿A dónde las llevas?

—Al oratorio, porque como no ha habido tiempo hoy para poner otras allá....

Le agradecí sobremanera la fineza de no permitir que las flores destinadas por ella para mí, adornasen esa noche mi cuarto y estuvieran al alcance de otro.

Pero ella habia dejado el ramo de azucenas que yo habia traido aquella tarde de la montaña, á pesar de estar muy visible sobre mi mesa. Cayendo en cuenta de eso, se las presenté diciéndole:

—Lleva tambien estas azucenas para el altar: Tránsito me las dió para tí, al recomendarme te avisara que te habia elejido para madrina de su matrimonio. Y como todos debemos rogar por su felicidad....

—Sí, sí, me respondió; ¿conque quiere que yo sea su madrina? añadió como consultando á mi madre.

—Eso es muy natural, la dijo ésta.

—Y yo que tengo un traje tan lindo para que le sirva ese dia! Es necesario que le digas que yo me he puesto muy contenta al saber que nos.... que me ha preferido para su madrina.

Mis hermanos, Felipe y el que le seguia, recibieron con sorpresa y placer la noticia de que pasaria la noche en el mismo cuarto que ellos. Habíanse acomodado los dos en una de las camas para que me sirviera la de Felipe: en las cortinas de esta habia prendido María el medallon de la Dolorosa, que estaba en las de mi cuarto.

Luego que los niños rezaron arrodilladitos en su cama, me dieron las buenas noches, y se durmieron despues de haberse reido de los miedos que mútuamente se metian con la cabeza del tigre.

Esa noche no solo estaba conmigo la imájen de María: los ánjeles de la casa dormian cerca de mí; y al despuntar el dia vendria ella á llamarlos para peinarlos y besar sus mejillas, despues de haberles bañado los rostros en la fuente con sus manos blancas y perfumadas como las rosas de Castilla que ellos recojian para el altar y para ella.

Capitulo XXV

Despertóme al amanecer el cuchicheo de los niños, que en vano se estimulaban á respetar mi sueño. Las palomas cojidas en esos dias, y que alicortadas obligaban ellos á permanecer en baules vacíos, jemian espiando los primeros rayos de luz que penetraban en el aposento por las rendijas.

—No abras, decia Felipe, no abras, que mi hermano está dormido, y se salen las cuncunas.

—Pero si María nos llamó ya, replicó el chiquito.

—No hay tal: yo estoy despierto hace rato, y no ha llamado.

—Sí; ya sé lo que quieres; irte corriendo primero que yo á la quebrada para decir luego que solo en tus anzuelos han caido *negros*.

—Como á mi me cuesta mi trabajo ponerlos bien.... le interrumpió Felipe.

—Vea qué gracia! Si es Juan Anjel quien te los pone en los charcos buenos.

E insistia en abrir.

—No abras, replicó Felipe enfadado ya: aguárdate veo si Efrain está dormido.

Y diciendo esto se acercó en puntillas á mi cama.

Tomélo entonces por el brazo, diciéndole:

—Ah bribon! con que le quitas los pescados al chiquito!

Riéronse ambos y se acercaron á entablar la demanda respetuosamente. Quedó. todo arreglado con la promesa que les hice de que por la tarde iria yo á presenciar la postura de los anzuelos. Levantéme y dejándolos atareados en encarcelar las palomas que aleteaban buscando salida al pié de la puerta, atravesé el jardin.

Los azahares, albahacas y rosas daban á las brisas sus mas delicados aromas, al sentirse acariciados por los primeros rayos del sol, que se asomaba ya sobre la cumbre de Morrillos, esparciendo hasta el zenit azul pequeñas nubes de rosa y oro.

Al pasar por frente á la ventana de Emma, oí que hablaban, interrumpiéndose para reir, ella y Maria. Producian sus voces, con especialidad la de Maria, por el susurro inimitable de sus eses, algo parecido al ruido que formaban las palomas y azulejos al despertarse en los follajes de los naranjos y madroños del huerto.

Conversaban bajo don Jerónimo y Cárlos, paseándose por el corredor de sus cuartos, cuando salté el vallado del huerto para caer al patio exterior.

—Opa! dijo el señor de M***, madruga usted como un buen hacendado. Yo creia que era tan dormiloncito como su amigo cuando vino de Bogotá; pero quien vive conmigo tiene que acostumbrarse á mañanear.

Siguió haciendo una larga enumeracion de las ventajas que proporciona el dormir poco; á todo lo cual podria habérsele contestado que lo que él llamaba dormir poco no era otra cosa que dormir mucho empezando temprano: pues confesaba que tenia por hábito acostarse á las siete ú ocho de la noche, para evitar la jaqueca.

La llegada de Braulio, á quien Juan Anjel habia ido á llamar á la madrugada, cumpliendo la órden que le dí por la noche, nos privó de la satisfaccion de disfrutar el final del discurso del señor de M***.

Traia Braulio un par de perros, en los cuales no habria sido fácil á otro menos conocedor de ellos que yo, reconocer los héroes de nuestra caceria del dia anterior. Mayo gruñó al verles, y vino á esconderse tras de mí con muestras de antipatía invencible; él, con su blanca piel, todavia hermosa, las orejas caidas y el ceño y mirar severos, dábase ante los lajeros del montañés un aire aristocrático imponderable.

Braulio saludó humildemente y se acercó á preguntarme por la familia á tiempo que yo le tendia la mano con afecto. Sus perros me hicieron agasajos en prueba de que les era mas simpático que Mayo.

—Tendremos ocasion de ensayar tu escopeta, dijo á Cárlos. He mandado pedir dos perros muy buenos á Santa Elena, y aquí tienes un compañero con el cual no tienen burlas los venados, y dos cachorros muy diestros.

—Esos? preguntó desdeñosamente Cárlos.

—¡Con tales *chandosos?* agregó don Jerónimo.

—Si, señor, con los mismos.

—Lo veré y no lo creeré, contestó el señor de M*** emprendiendo de nuevo sus paseos por el corredor.

—Acababan de traernos el café, y obligué á Braulio á que aceptase la taza destinada para mí. Cárlos y su padre no disimularon bien la estrañeza que les causó mi cortesía para con el montañés.

Poco despues, el señor de M*** y mi padre montaron para ir á visitar los trabajos de la hacienda. Braulio, Cárlos y yo nos dedicamos á preparar las escopetas y á graduar carga á la que mi amigo queria ensayar.

Estábamos en ello cuando mi madre me hizo saber disimuladamente que queria hablarme. Me esperaba en su costurero. María y mi hermana estaban en el baño. Haciéndome sentar cerca de ella me dijo:

—Tu padre insiste en que se dé cuenta á María de la

pretension de Cárlos. ¿ Crees tú tambien que debe hacerse así ?

—Creo debe hacerse lo que mi padre disponga.

—Se me figura que opinas de esa manera por obedecerle, no porque deje de impresionarte el que se tome esa resolucion.

—He ofrecido observar esa conducta. Por otra parte, María no es aun mi prometida y se halla en libertad para decidir lo que le parezca. Ofrecí no decirla nada de lo convenido con ustedes; y he cumplido.

—Yo temo que la emocion que va á causarle á María el imajinarse que tu padre y yo estamos lejos de aprobar lo que pasa entre vosotros, le haga mucho mal. No ha querido tu padre hablar al señor de M*** de la enfermedad de María, temeroso de que se estime eso como un pretesto de repulsa; y como él y su hijo saben que ella posee una dote... lo demás no quiero decirlo pero tú lo comprendes. Qué debemos hacer, pues, dílo tú, para que María no piense ni remotamente que nosotros nos oponemos á que sea tu esposa; sin dejar yo de cumplir al mismo tiempo con lo prevenido últimamente por tu padre.

—Tan solo hay un medio.

—Cuál.

—Voy á decírselo á usted; y me prometo que lo aprobará; le suplico desde ahora que lo apruebe. Revelémosle á María el secreto que mi padre ha impuesto sobre el consentimiento que me tiene dado de ver en ella á la que debe ser mi esposa. Yo le ofrezco á usted que seré prudente y que nada dejaremos notar á mi padre que pueda hacerle comprender esta infidencia necesaria. ¿ Podré yo seguir guardando esa conducta que él exije, sin ocasionar á María penas que la harán mayor daño que confesárselo todo? Confíe usted en mí: ¿ no es verdad que hay imposibilidad para hacer lo que mi padre desea ? ¿ usted no lo vé, no lo cree así?

Mi madre guardó silencio unos instantes, y luego sonriendo de la manera mas cariñosa, dijo:

—Bueno; pero con tal que no olvides que no debes prometerla sino aquello que puedas cumplir. ¿Y cómo le hablaré de la propuesta de Cárlos?

—Como hablaria á Emma en idéntico caso; y diciéndole despues lo que me ha prometido manifestarle. Si no estoy engañado, las primeras palabras de usted la harán esperimentar una impresion dolorosa, pues que ellas le darán motivo para temer que usted y mi padre se opongan decididamente á nuestro enlace. Ella oyó lo que hablaron alguna vez sobre su enfermedad, y solo el trato afable que usted ha seguido dándole y la conversacion habida ayer entre ella y yo, le han vuelto la esperanza. Olvídese de mí al hacerle las reflexiones indispensables sobre la propuesta de Cárlos. Yo estaré escuchando lo que hablen, trás de los bastidores de esa puerta.

Era ésta la del oratorio de mi madre.

—Tú? me preguntó admirada.

—Sí, señora, yo.

—Y para qué valerte de ese engaño?

—María se complacerá en que así lo hayas hecho, en vista de los resultados.

—¿Cuál resultado te prometes, pues?

—Saber todo lo que ella es capaz de hacer por mi.

—Pero ¿no será mejor, si es que quieres oir lo que va á decirme, que ignore siempre ella que tú lo oiste y yo lo consentí?

—Si será, si usted lo desea.

—Mala cara tienes tú de cumplir eso.

—Yo le ruego á usted que no se oponga.

—Pero ¿no estás viendo que hacer lo que pretendes, si ella llega á saberlo, es nada ménos que prometerle yo una cosa que por desgracia no sé si se pueda cumplirle, puesto

que en caso de aparecer nuevamente la enfermedad, tu padre se opondria á tu matrimonio con ella, y tendria yo que hacerlo tambien?

—Ella lo sabe; ella no consentirá nunca en ser mi esposa, si ese mal reaparece. Mas ¿ha olvidado usted lo que dijo el médico?

—Haz, pues, lo que quieras.

—Oiga usted su voz; ya están aquí. Cuide de que á Emma no vaya á ocurrírsele entrar al oratorio.

María entró sonrosada y riendo aun de lo que habia venido conversando con Emma. Atravesó con paso leve y casi infantil, el aposento de mi madre, á quien no descubrió sino cuando iba á entrar al suyo.

—Ah! esclamó; ¿aquí estaba usted? Y acercándose á ella: pero qué pálida está! ¿se siente mal de la cabeza? no? si usted hubiera tomado un baño...la mejora eso tanto...

—No, no; estoy buena; pero es que te esperaba para hablarte á solas; y como se trata de algo muy grave, temo que todo ello pueda producirte una mala impresion.

María fijó en mi madre una mirada brillante, y palideciendo le respondió:

—Qué será? qué es?...

—Siéntate aquí, la dijo mi madre señalándole un taburetico que tenia á los piés.

Sentóse, y esforzándose inútilmente por sonreir, su rostro asumió una espresion de gravedad encantadora.

—Diga usted ya, dijo como tratando de dominar la emocion, pasándose entrambas manos por la frente, y asegurando en seguida con ellas el peine de carey dorado que sostenia sus cabellos en un grueso y luciente cordon que le ceñia las sienes.

—Voy á hablarte de la manera misma que hablaria á Emma en igual circunstancia.

—Sí, señora; ya oigo.

—Tu papá me ha encargado te diga que el señor de M*** ha pedido tu mano para su hijo Cárlos...

—Yo! esclamó asombrada y haciendo un movimiento involuntario para ponerse en pié; pero volviendo á caer en su asiento, se cubrió el rostro con las manos, y oí que sollozaba.

—Qué debo decirle, María?

—¿El le ha mandado á usted que me lo diga? le preguntó con voz ahogada.

—Sí, hija; y ha cumplido con su deber haciéndotelo saber.

—Pero usted ¿por qué me lo dice?

—Y ¿qué querias que yo hiciera?

—Ah! decirle que yo no.....que yo no puedo.....que nó.

Despues de un instante, alzando á ver á mi madre, que sin poderlo evitar, lloraba con ella, la dijo:

—Todos lo saben, ¿no es verdad? todos han querido que usted me lo diga.

—Sí; todos los saben ménos Emma.

—Solamente ella.....Dios mio! Dios mio! añadió ocultando la cabeza en los brazos que apoyaba sobre las rodillas de mi madre; y permaneció así unos momentos.

Levantando luego pálido el rostro y rociado por una lluvia de lágrimas:

—Bueno, dijo; ya usted cumplió: todo lo sé ya.

—Pero, María, la interrumpió dulcemente mi madre, ¿es, pues, tanta desgracia que Cárlos quiera ser tu esposo? ¿no es.....?

—Yo le ruego...yo no quiero; yo no necesito saber mas. ¿Conque han dejado que usted me lo proponga?... todos, todos lo han consentido? Pues yo digo, agregó con voz enérjica á pesar de sus sollozos, que antes que consentir en eso me moriré. Ah! ¿ese señor no sabe que yo

tengo la misma enfermedad que mató á mi madre, siendo todavía ella muy jóven? ...Ay! que haré yo ahora sin ella?

—Y ¿no estoy yo aquí? no te quiero con toda mi alma? Mi madre era menos fuerte que ella pensaba.

Por mis mejillas rodaban lágrimas que sentia gotear ardientes sobre mis manos yertas que apoyaba en uno de los botones de la puerta trás la cual me ocultaba.

María respondió á mi madre:

—Pero entónces, ¿por qué me propone usted esto?

—Porque era necesario que ese *no* saliera de tus labios, aunque me supusiera yo que lo darías.

—Y solamente usted se supuso que lo daria yo, ¿no es así?

—Talvez algun otro lo supusiera tambien. Si supieras cuánto dolor, cuántos desvelos le ha causado este asunto al que tú juzgas mas culpable...

—¿A papá? dijo ménos pálida ya.

—No; á Efrain.

María exhaló un débil grito, y dejando caer la cabeza sobre el regazo de mi madre, se quedó inmóvil. Esta abria los labios para llamarme, cuando María volvió á enderezarse lentamente: púsose en pié y dijo casi sonriente y volviendo á asegurarse los cabellos con las manos temblorosas:

—He hecho mal en llorar así, ¿no es cierto? yo creí...

—Cálmate y enjúgate esas lágrimas: yo quiero volver á verte tan contenta como entrastes. Debes estimar la caballerosidad de su conducta...

—Sí, señora. Que no note él que he llorado ¿no? decia enjugándose con el pañuelo de mi madre.

—¿No ha hecho bien Efrain en consentir que te lo dijera todo?

—Tal vez...cómo no.

—Pero lo dices de un modo...Tu papá le puso por condicion, aunque no era necesario, que te dejara decidir libremente en este caso.

—¿Condicion? ¿condicion para qué?

—Le exijió que no te dijese nunca que sabíamos y consentíamos lo que entre vosotros pasa.

Las mejillas de María se tiñeron, al oir esto, del mas suave encarnado: así salpicadas de lágrimas, eran idénticas á aquellas rosas frescas humedecidas de rocío, que ella recojia para mí por las mañanas. Sus ojos estaban clavados en el suelo.

—¿Por qué le exijia eso? dijo al fin con voz que apenas alcanzaba á oir yo. ¿Acaso tengo yo la culpa?... hago mal, pues?...

—No, hija; pero tu papá creyó que tu enfermedad necesitaba precauciones.....

—¿Precauciones?....¿No estoy yo buena ya? ¿no creen que no volveré á sufrir nada? ¿Cómo puede Efrain ser causa de mi mal?

—Seria imposible....queriéndote tanto, y quizá mas que tú á él.

María movió la cabeza de un lado á otro, como respondiéndose algo á sí misma, y sacudiéndola en seguida con la lijereza con que solia hacerlo de niña, para alejar un recuerdo miedoso:

—¿Qué debo hacer? preguntó. Yo hago ya todo cuanto quieran.

—Cárlos tendrá hoy ocasion de hablarte de sus pretensiones.

—¿A mí?

—Sí; oye: le dirás, conservando por supuesto toda la serenidad que te sea posible, que no puedes aceptar sus proposiciones, aunque tanto te honran, porque eres muy

[illegible] verdadera pena dar
[illegible]
[illegible] dias.
[illegible] ardor que
[illegible] que si merezco seas
[illegible]
[illegible] brazo dere-
[illegible] así unos
[illegible] la mas
[illegible] acento
[illegible] que conducia á
[illegible]

[illegible]

[illegible] hizo
[illegible] á Brau-
[illegible]
[illegible] se resolviera á
[illegible] puesta
[illegible]
[illegible] que teniamos
[illegible]
[illegible] está
[illegible] que no
[illegible] de una mis-
[illegible] la mia sobre
[illegible] ¿No es así,
[illegible]
[illegible] matará
[illegible]
[illegible] Cómo dispones
[illegible]

—Eso es sabido; como se dispone siempre que se quiere hacer terminar la faena cerca de la casa: Braulio sube hasta el pié del derrumbo con sus perros de levante: Juan Anjel queda en puesto dentro de la quebrada de la honda con dos de los cuatro perros que he mandado traer de Santa Elena: tu paje con los otros dos esperará en la orilla del rio, para evitar que se nos escape el venado á la Novillera: tú y yo estaremos listos para acudir al punto que convenga.

El plan pareció bueno á Braulio, quien despues de ensillarnos los caballos ayudado por Juan Anjel, se puso en marcha con este para desempeñar la parte que le tocaba en la batida.

Mi caballo retinto que yo montaba, golpeaba el empedrado cuando íbamos á salir ya, impaciente por lucir sus habilidades, arqueado el cuello fino y lustroso como el raso negro, sacudia sus crespas crines estornudando. Cárlos iba caballero en un quiteño castaño coral que el general Flores habia enviado de regalo en esos meses á mi padre.

Recomendada al señor de M*** la mayor atencion, por si el venado venia al huerto como nos lo prometiamos, salimos del patio para emprender el ascenso de la falda, cuyo plano inclinado terminaba á treinta cuadras (1) hácia el oriente, al pié de las montañas.

Al pasar dando la vuelta á la casa, por frente á los balcones del departamento de Emma, María estaba apoyada en el barandaje de uno de ellos: parecía hallarse en uno de aquellos momentos de completa distraccion á que con frecuencia se abandonaba. Eloisa, que se hallaba á su lado, jugaba con los bucles destrenzados y espesos de la cabellera de su prima.

El ruido de nuestros caballos y los ladridos de los perros

1—CUADRA se toma por CALLE, y de ahí ha pasado á significar cien varas.

[illegible] de su enajenamiento, á tiempo que yo la [illegible] señas y que Cárlos me imitaba. Noté que [illegible] en la misma posicion y sitio hasta que nos [illegible] en la cañada de la Honda.

[illegible] primer torrente de la falda [illegible] como á reflexionar, regresó [illegible] hácia la casa.

[illegible] á Cárlos, luego que se pasó una media [illegible] descansar los mas importantes [illegible] las cacerías de venados que los montañeses [illegible]: oye: los gritos de Braulio y [illegible] perros prueban que han levantado.

[illegible] se repetian: y si se acallaban por ratos, [illegible] con mayor fuerza y á menor distancia.

[illegible] Braulio por la orilla limpia del [illegible]. No bien estuvo al lado de Juan Angel [illegible] los perros que este llevaba de cabestro y los [illegible] asiéndolos del pestorejo, hasta [illegible] que la presa debia estar cerca del paso en [illegible] animólos entonces con repetidos gritos [illegible] veloces.

[illegible] y yo nos desplegamos en la falda. [illegible] atravesarla, seguido de cerca [illegible] de Jose, el venado, que bajó por la [illegible] de lo que nos habiamos supuesto.

[illegible] le blanqueaban los ojos y al reir dejaba [illegible] de su fina dentadura. Sin embargo de [illegible] que permaneciera en la cañada, por si el [illegible] con Braulio, y casi apareado [illegible] los pajonales y ramblas que nos se[illegible]. Al caer á la vega de éste el venado, los [illegible] el rastro y el ascendió en vez de bajar. [illegible] pie á tierra para poder ayudar á [illegible] de la vega.

Perdida mas de una hora en idas y venidas, oimos al fin los ladridos de un perro, los cuales nos dieron esperanza de que se hubiera hallado de nuevo la pista. Pero Cárlos juraba al salir de un bejucal en que se habia metido sin saber cómo ni cuándo, que el bruto de su negro habia dejado ir la pieza rio abajo.

Braulio, á quien habíamos perdido de vista hacia rato, gritó con voz tal que á pesar de la distancia pudimos oirla:

—Allá vá, allá vá: dejen uno con escopeta allííí: sálganse á lo liiimpio, porque el venado se vuelve á la Hooonda.

Quedó el paje de Cárlos en su puesto, y este y yo fuimos á tomar nuestros caballos.

La pieza salia á ese tiempo de la vega, á gran distancia de los perros, y descendia hàcia la casa.

—Apéate, grité á Cárlos, y espérale sobre el cerco.

Hízolo así, y cuando el venado se esforzaba, fatigado ya, por brincar el vallado del huerto, disparó sobre él: el venado siguió; Cárlos se quedó atónito.

Braulio llegó en ese momento, y yo salté del caballo, botándole las bridas á Juan Anjel.

De la casa veian todos lo que estaba pasando. Don Jerónimo salvó, escopeta en mano, la baranda del corredor, y al ir á disparar sobre el animal, se enredó los piés dichosamente en las plantas de una éra, lo cual iba haciéndolo caer á tiempo que mi padre le decia:

—Cuidado! cuidado! mire usted que por ahí vienen todos.

Braulio siguió de cerca al venadito, evitando así que los perros lo despedazasen.

El animal entró al corredor desatentado y tembloroso, y ahogado se acostó debajo de uno de los sofás, de donde lo sacaba Braulio cuando Cárlos y yo llegábamos ya á buen paso. La partida habia sido divertida para mí; pero

él procuraba en balde ocultar la impaciencia que le habia causado errar tan bello tiro.

Emma y María se aproximaron tímidamente á tocar el venadito, suplicando que no le matásemos: él parecia entender que lo defendian, pues las miró con ojos húmedos y asombrados bramando quedo, como acaso lo solia hacer para llamar á su madre. Quedó absuelto, y Braulio se encargó de atramojarlo y ponerlo en sitio conveniente.

Pasado todo, Mayo se acercó al prisionero, lo olió á la distancia que la prudencia exigia, y volviendo á tenderse en el salon, apoyó la cabeza sobre las manos, con la mayor tranquilidad, sin que bastase tan exótica conducta á privarle de un cariño mio.

Poco despues, al despedirse Braulio de mí para volver á la montaña, me dijo:

—Su amigo está furioso, y yo soy quien le he puesto así para vengarme de la chacota que hizo de mis perros esta mañana.

Yo le pedí me explicase lo que decia.

—Me supuse, continuó Braulio, que usted le cederia el mejor tiro, y por eso dejé la escopeta de don Cárlos sin municiones cuando me la dió á cargar.

—Has hecho muy mal, le observé.

—No lo volveré hacer, y ménos con él, porque se me pone que no cazará mas con nosotros.....Ah! la señorita María me ha dado mil recados para Tránsito: le agradezco tanto que esté gustosa de ser nuestra madrina.....y no sé qué hacer para manifestárselo: usted es quien debe decírselo.

—Lo haré así; pierde cuidado.

—Adios, dijo tendiéndome francamente la mano, sin dejar por eso de tocarse el ala del sombrero con la otra; hasta el domingo.

Salió del patio llamando sus perros con el silbido agudo que producia en tales casos, oprimiendo con el índice y el pulgar el labio inferior.

Capítulo XXVII

Hasta entónces habia conseguido que Cárlos no me hiciera confidencia alguna sobre las pretensiones que en mala hora para él le habian llevado á casa.

Mas así que nos encontramos solos en mi cuarto, donde me llevó pretestando deseo de descansar y de que leyésemos algo, le conocí que iba á ponerme en la difícil situacion que tanto habia temido y de la cual habia logrado escapar hasta ahí á fuerza de maña. Se acostò en mi cama, quejándose de calor; y como le dije que iba á mandar que nos trajeran algunas frutas, me observó que le hacian daño desde que habia sufrido intermitentes. Acerquéme al estante preguntándole que deseaba que leyésemos.

—Hazme el favor de no leer nada, me contestó.

—¿Quieres que tomemos un baño en el rio?

—El sol me ha producido dolor de cabeza.

Le ofrecí álcali para que absorbiera.

—No. no; esto pasa, respondió rehusándolo.

Golpeándose luego las botas con el látigo que tenia en la mano:

—Juro no volver á cacería de ninguna especie. Caramba! mire usté que errar ese tiro......

—Eso les sucede á todos, le observé acordándome de la venganza de Braulio.

—Cómo á todos? Errarle á un venado á esa distancia, solamente á mí me sucede.

Tras un momento de silencio, dijo buscando algo con las miradas en el cuarto:

—¿Qué se han hecho las flores que habia aquí ayer? Hoy no las han repuesto.

—Si hubiera sabido que te complacia verlas ahí, las habria hecho poner. En Bogotá no eras aficionado á las flores.

Y me puse á hojear un libro que estaba abierto sobre la mesa.

—Jamás lo he sido, contestó Cárlos, pero.... no leas, hombre. Mira: hazme el favor de sentarte aquí cerca porque tengo que referirte cosas muy interesantes. Cierra la puerta.

Me ví sin salida; hice un esfuerzo para preparar mi fisonomia lo mejor que me fuera posible en tal lance, resuelto en todo caso á ocultar á Cárlos lo enorme que era la necedad que cometia haciéndome sus confianzas.

Su padre, que llegó en aquel momento al umbral de la puerta, me libró del tormento á que iba á sujetarme.

—Cárlos, dijo don Jerónimo desde afuera: te necesitamos acá. Habia en el tono de su voz algo que me pareció significar: "eso está ya muy adelantado."

Cárlos se figuró que sus asuntos marchaban gloriosamente. De un salto se puso en pié, contestando:

—Voy en este momento; y salió.

A no haber yo finjido leer con la mayor calma en aquellos instantes, probablemente se habria acercado á mí, para decirme sonriendo: «En vista de la sorpresa que te preparo vas á perdonarme el que no te haya dicho nada hasta ahora, etc.» Mas yo debí de parecerle tan indiferente á lo que pasaba como traté de finjirlo; lo cual fué conseguir mucho.

Por el ruido de las pisadas de la pareja, conocí que entraban al cuarto de mi padre.

No queriendo verme de nuevo en peligro de que Cárlos me hablase de sus asuntos, me dirijí á los aposentos de mi

madre. María se hallaba en el costurero: estaba sentada en una silla de cenchas, de la cual caia como espuma su falda de muselina blanca; la cabellera, sin trenzar aun, rodábale en bucles sobre los hombros. En la alfombra que tenia á los piés, se habia quedado dormido Juan, rodeado de sus juguetes. Ella con la cabeza ligeramente echada hácia atrás, parecia estar viendo al niño: habiéndosele caido de las manos el linon que cosia, descansaba sobre la alfombra.

Apenas sintió pasos levantó los ojos hácia á mí; pasóse por las sienes las manos para despejarlas de cabellos que no las cubrian, y vergonzosa se inclinó con presteza á recojer la costura.

—¿Dónde está mi madre? le pregunté dejando de verla para admirar la hermosura del niño dormido.

—En el cuarto de papá.

Y hallando en mi rostro lo que buscó tímidamente al dicir esto, sus labios intentaron sonreir.

Medio arrodillado yo, enjugaba con mi pañuelo la frente al chiquito.

—Ay! esclamó María, ¿acaso caí en cuenta de que se habia dormido? voy á acostarlo.

Y se acercó á tomar á Juan. Yo lo alzaba ya en mis brazos, y María lo esperaba en los suyos: besé los labios de Juan entreabiertos y purpurinos, y aproximando su rostro al de María, pasó ella los suyos sobre esa boca que sonreia al recibir nuestras caricias: cuando tal hizo lo estrechó tiernamente contra su pecho.

Salió para volver momentos despues á ocupar su asiento, junto al cual habia colocado yo el mio.

Arreglaba ella los utensilios de su caja de costura, los cuales habia desordenado Juan, cuando la dije:

—¿Has hablado con mi madre hoy tocante á cierta propuesta de Cárlos?

—Si, respondió prolongando, sin mirarme, el arreglo de la cajita.

—¡Que te ha dicho? Deja eso ahora y hablemos formalmente.

Buscó aun algo en el suelo, y tomando por último un aire de afectada seriedad, que no excluia el vivo rubor de sus mejillas ni el mal velado brillo de sus ojos, contestó:

—Muchas cosas.

—Cuáles?

—Esas que vd. aprobó que ella me dijera.

—Yo? y ¿porqué me tratas de usted hoy?

—No ve que es porque algunas veces me olvido....

—Dí las cosas de que te habló mi madre.

—Si ella no me ha mandado que las diga....Pero lo que yo le respondí se puede contar.

—Bueno; á ver.

—Le dije que.... Tampoco se puede decir esas.

—Ya me las dirás en otra ocasion, ¿no es verdad?

—Sí; hoy no.

—Mi madre me ha manifestado que estás animada á contestarle á él lo que debes, á fin de que comprenda que estimas en lo que vale el honor que te hace.

Miróme entónces fijamente sin responderme.

—Así debe ser, continué.

Bajó los ojos y siguió guardando silencio, distraida al parecer en clavar en órden las agujas en su almohadilla.

—María, ¿no me has oido? agregué.

—Sí.

Y volvió á buscar mis miradas, que me era imposible separar de su rostro. Vi entónces que en sus pestañas brillaban lágrimas.

—Pero, ¿porqué lloras? le pregunté.

—No, si no lloro... ¿acaso he llorado?

Y tomando mi pañuelo se enjugó precipitadamente los ojos.

—Te han hecho sufrir con eso. ¿no? Si te has de poner triste no hablemos mas de ello.

—No, no; hablemos.

—¿Es mucho sacrificio resolverte á oir lo que te dirá hoy Cárlos?

—Yo tengo que darle á mamá gusto; pero ella me prometió que me acompañarian. Estarás ahí ¿no es cierto?

—Y para qué así? ¿Cómo tendrá ocasion de hablarte él?

—Pues estarás tan cerca cuanto sea posible.

Y poniéndose á escuchar.

—Es mamá que viene, continuó, poniendo una mano suya en las mias, para dejarla tocar de mis lábios, como solía hacerlo cuando queria hacer completa, al separarnos, mi felicidad de algunos minutos.

Entró mi madre, y María, ya en pié, me dijo:

—El baño?

—Sí, le repuse.

—Y las naranjas cuando estés allá.

—Sí.

Mis ojos debieron de completar tan tiernamente como mi corazon lo deseaba estas respuestas, pues ella, satisfecha de mi disimulo, sonreia al oirlas.

Estaba acabando de vestirme á la sombra de los naranjos del baño, á tiempo én que don Jerónimo y mi padre, que deseaba enseñarle el mejor adorno de su jardin, llegaron á él. El agua estaba á nivel con el chorro, y se veia en ella, sobrenadando ó errantes por el fondo diáfano, las rosas que Estéfana habia derramado en el estanque.

Era Estéfana una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacia simpática para todos.

Tenía un afecto fanático por su señorita María, la cual se esmeraba en hacerla vestir graciosamente.

Llegó Estéfana poco despues que mi padre y el señor de M***; y convencida de que podia acercarse ya, me presentó una copa que contenia naranja preparada con vino y azúcar.

—Hombre, su hijo de usted vive aquí como un rey, dijo don Jerónimo á mi padre; éste le repuso, á tiempo que daban vuelta el grupo de naranjos para tomar el camino de la casa:

—Seis años ha vivido como estudiante, y le faltan por vivir así otros cinco cuando ménos.

Capitulo XXVIII

Aquella tarde, antes que se levantasen las señoras á preparar el café, como lo hacian siempre que habia estraños en casa, traje á conversacion la pesca de los niños y referí la causa por la cual les habia ofrecido presenciar ese dia la armadura de los anzuelos en la quebrada. Se aceptó mi propuesta de elegir tal sitio para paseo. Solamente María me miró como diciendo: «¿con qué no hay remedio?»

Atravesábamos ya el huerto. Habia sido necesario esperar á María y que mi hermana fuese á averiguar la causa de su demora. Daba yo el brazo á mi madre. Emma rehusó cortesmente apoyarse en el de Cárlos so pretesto de llevar de la mano á uno de los niños: María lo aceptó casi temblando, y al poner la mano en él, se detuvo á esperarme; apenas fué posible significarme que era necesario no vacilar.

Habíamos llegado al punto de la ribera, donde en la hoya de la vega, alfombrada de fina grama, sobresalen de

trecho en trecho piedras negras manchadas de musgos blancos.

La voz de Cárlos tomaba un tono confidencial: hasta entónces habia estado sin duda cobrando ánimo y empezaba á dar un rodeo para tomar buen viento. María intentó detenerse otra vez: en sus miradas á mi madre y á mí habia casi una súplica; y no me quedó otro recurso que procurar no encontrarlas. Vió en mi semblante algo que le mostrara el tormento á que estaba yo sujeto, pues en su rostro ya pálido noté un ceño de resolucion extraño en ella. Por el continente de Cárlos me persuadí de que era llegado el momento en que deseaba yo escuchar. Ella empezaba ya á hablar, y como su voz, aunque trémula, era mas clara, de lo que él parecia desear, llegaron de María á mis oidos estas frases interrumpidas:

—Habria sido mejor que usted hablase solamente con ellos... Sé estimar el honor que usted... Esta negativa...

Cárlos estaba desconcertado: María se habia soltado de su brazo, y acababa de hablar mientras jugaba con los cabellos de Juan, quien asiéndola de la falda, le mostraba un racimo de adorotes colgante del árbol vecino.

Dudo que la escena que acabo de describir con la exactitud que me es posible, fuera estimada en lo que valia por don Jerónimo, el cual con las manos dentro de las faltriqueras de su jardinera azul, se acercaba en aquel momento con mi padre; para este todo pasó como si lo hubiera oido.

María se agregó mañosamente á nuestro grupo con pretesto de ayudarle á Juan á cojer unas moras que él no alcanzaba. Como yo habia tomado ya las frutas para dárselas al niño, ella me dijo al recibírmelas.

—¿Qué hago para no volver con ese señor?

—Eso no es posible, la respondí. Y me acerqué á

Cárlos convidándole á bajar un poco mas por la vega para que viésemos un bello remanso, en donde le instaba con la mayor naturalidad que me era posible finjir que viniésemos á bañarnos la mañana siguiente. Era pintoresco el sitio; pero, decididamente, Cárlos veia en él, ménos que en cualquiera otros, la hermosura de los árboles y los bejucos florecidos que se bañaban en las espumas, como guirnaldas desatadas por el viento.

El sol al acabar de ocultarse, teñia las colinas, los bosques y las corrientes con resplandores color de topacio; con esa luz apacible y misteriosa que llaman los campesinos «el sol de los venados,» sin duda porque á tal hora salen estos habitantes de las espesuras á buscar pastos en los pajonales de las altas cuchillas ó al pié de los magueyes que crecen entre las grietas de los peñascos.

Al unirnos Cárlos y yo al grupo que formaban los demas, ya iban á tomar el camino de la casa, y mi padre con una oportunidad perfectamente esplicable, dijo á don Jerónimo:

Nosotros no debemos pasar desde ahora por valetudinarios; regresemos acompañados.

Dicho esto, tomó la mano de María para ponerla en su brazo, dejando al señor de M*** llevar á mi madre y á Emma.

—Han estado mas galantes que nosotros, dije yo á Cárlos, señalándole á mi padre y al suyo.

Y los seguimos, llevando yo en los brazos á Juan, quien abriendo los suyos se me habia presentado diciéndome:

—Que me cargues, porque hay espinas y estoy cansádo.

Refirióme despues María que mi padre le habia preguntado, cuando empezaban á vencer la cuestecilla de la vega, qué le habia dicho Cárlos; y como insistiese afablemente en que le contara, porque ella guardaba silencio, se resol-

vió al fin animada así, á decirle lo que le habia respondido á Cárlos.

—¿Es decir, le preguntó mi padre casi riendo, oida la trabajosa relacion que ella acababa de hacerle, es decir que no quieres casarte nunca?

Respondióle meneando la cabeza en señal de negativa, sin atreverse á verle.

—Hija, ¿si tendrás ya visto algun novio? continuó mi padre: ¿no dices que no?

—Sí digo, contestóle María muy asustada.

—¿Será mejor que ese buen mozo que has desdeñado? Y al decirle esto, mi padre le pasó la mano derecha por la frente para conseguir que le mirase. ¿Crees que eres muy linda?

—Yo? no, señor.

—Sí; y te lo habrá dicho alguno muchas veces. Cuéntame cómo es ese afortunado.

María temblaba sin atreverse á responder una palabra más, cuando mi padre continuó, diciéndola:

—El te acabará de merecer; tu querrás que sea un hombre de provecho...... Vamos, confiésamelo; ¿no te ha dicho que me lo ha contado todo?

—Pero si no hay que contar.

—¿Conque tienes secretos para tu papá? la dijo mirándola cariñosamente y en tono de queja; lo cual animó á María á responderle:

—Pues ¿no dice usted que se lo han contado todo?

Mi padre guardó silencio por un rato. Parecia que le entristecia algun recuerdo. Subian las gradas del corredor del huerto cuando ella le oyó decir:

—Pobre Salomon!

Y pasaba al mismo tiempo una de sus manos por la cabellera de la hija de su amigo.

Aquella noche en la cena, las miradas de María al en-

[illegible] á revelarme lo que entre mi padre [illegible] Se quedaba á veces pensativa, y creí [illegible] pronunciaban en silencio algunas pa- [illegible] solia hacerlo con los versos que le [illegible]

[illegible] en cuanto le fué posible de hacer ménos [illegible] señor de M*** y de su hijo, quien, [illegible] habia hablado con don Jerónimo sobre [illegible] tarde: todo esfuerzo fué inútil. Ha- [illegible] por la mañana el señor de M*** que [illegible] siguiente, insistió en que le era preciso [illegible] en su hacienda, y se retiró con Cár- [illegible] la noche, despues de haberse despedido [illegible] el salon.

[illegible] mi amigo á su cuarto. Todo mi afecto [illegible] revivido en esas últimas horas de su per- [illegible]: la hidalguía de su carácter, esa hidal- [illegible] pruebas me dió durante nuestra vida [illegible] magnificaba de nuevo ante mí. Casi me [illegible] la reserva que me habia visto forzado [illegible] el. Si cuando tuve noticia de sus pre- [illegible] yo, le hubiese confiado mi amor por [illegible] en aquellos tres meses habia llegado á ser [illegible] incapaz de arrostrar las fatales prediccio- [illegible] el médico, hubiera desistido de su intento; [illegible] inconsecuente y mas leal, nada tendria que [illegible] Muy pronto, si no las comprendia ya, [illegible] las causas de mi reserva, en ocasion en [illegible] tanto mal pudo haberle hecho. Esas re- [illegible] acriminaban y entristecian. Las indicacio- [illegible] de mi padre para manejar ese asunto eran [illegible] podia sincerarme con ellas. Pero no: lo [illegible] habia pasado, lo que tenia que suceder y [illegible] que ese amor, adueñado de mi alma para

siempre, la habia hecho insensible á todo otro sentimiento, ciega á cuanto no viniese de María.

Tan luego como estuvimos solos en mi cuarto, me dijo, tomando todo el aire de franqueza estudiantil, sin que en su fisonomía desapareciera por completo la contrariedad que renunciaba:

—Tengo que disculparme para contigo de una falta de confianza en tu lealtad.

Yo deseaba oirla ya esa confidencia tan temible para mí un dia antes.

—De qué falta? le respondi: no la he notado.

—¿ Qué no la has notado?

—No.

—¿ No sabes el objeto con que mi padre y yo vinimos?

—Sí.

—¿ Estás al corriente del resultado de mi propuesta?

—No bien, pero...

—Pero las adivinas.

—Es verdad.

—Bueno. Entónces ¿ porque no hablé contigo sobre lo que pretendia, ántes de hacerlo con cualquier otro, ántes de consultárselo á mi padre?

—Una delicadeza exajerada de tu parte....

—No hay tal delicadeza: lo que hubo fué torpeza, imprevision, olvido de...lo que quieras; pero eso no se llama como lo has llamado.

Se paseó por el cuarto; y deteniéndose luego delante del sillon que yo ocupaba:

—Oye, dijo, y admírate de mi candidez. Cáspita! yo no sé para qué diablos le sirve á uno haber vivido veinticuatro años. Hace poco mas de un año que me separé de tí para venirme al Cauca, y ojalá te hubiera esperado como tanto lo deseaste. Desde mi llegada á casa fuí objeto de las mas obsequiosas atenciones de tu padre y de tu

familia toda: ellos veian en mi á un amigo tuyo, porque acaso les habias hecho saber la clase de amistad que nos unia. Antes de que vinieras, ví dos ó tres veces á la señorita María y á tu hermana, ya de visita en casa, ya aquí. Hace un mes que me habló mi padre del placer que le daria yo tomando por esposa á una de las dos. Tu prima habia estinguido en mí, sin saberlo ella, todos aquellos recuerdos de Bogotá que tanto me atormentaban, como te lo decian mis primeras cartas. Convine con mi padre en que pidiera él para mí la mano de la señorita María. Por qué no procuré verte ántes? Bien es verdad que la prolongada enfermedad de mi madre me retuvo en la ciudad; pero, ¿por qué no te escribí? ¿Sabes por qué? creia que el hacerte la confidencia de mis pretensiones era como exigirte algo á mi favor, y el orgullo me impidió hacerlo. Olvidé que erás mi amigo: tú tendrias derecho, lo tienes para olvidarlo tambien. ¿Pero si tu prima me hubiese amado? si lo que no era otra cosa que las consideraciones á que tu amistad me daba derecho hubiera sido amor, ¿tú habrias consentido en que ella fuera mi mujer sin...? Vaya! yo soy un tonto en preguntártelo y tú muy cuerdo en no contestarme.

—Mira, agregó despues de un instante que estuvo acodado en la ventana; tú sabes que yo no soy hombre que se echa á morir por estas cosas: recordarás que siempre me reí de la fé con que creias en las grandes pasiones de aquellos dramas franceses que me dormia oyéndote leer en las noches de invierno. Lo que hay es otra cosa; yo tengo que casarme; y me halagaba la idea de entrar á tu casa, de ser casi tu hermano. No ha sucedido así; pero en cambio buscaré una mujer que me ame sin hacerme merecedor de tu ódio, y....

—¿De mi ódio? exclamé interrumpiéndole.

—Sí; dispensa mi franqueza. Qué niñeria; no; qué

imprudencia habria sido ponerme en semejante situacion! Bello resultado: pesadumbres para tu familia, remordimiento para mí, y la pérdida de tu amistad.

—Mucho debes amarla, continuó despues de una pausa; mucho, puesto que pocas horas me han bastado para conocerlo, á pesar de lo que has procurado ocultármelo. ¿ No es verdad que la amas así como creiste llegar á amar cuando tenias dieziocho años?

—Sí, le respondí seducido por su noble franqueza.

—¿ Y tu padre lo ignora?

—No.

—No? preguntó admirado.

Entónces le referí la conferencia que habia tenido dias antes con mi padre.

—¿ Conque todo, todo lo arrostras? interrogóme maravillado apenas hube concluido mi relacion. ¿ Y esa enfermedad que probablemente es la de su madre?... Y vas á pasar quizá la mitad de tu vida sentado sobre una tumba...?

Estas últimas palabras me hicieron extremecer, no de espanto, sinó de dolor: ellas, pronunciadas por boca de un hombre á quien no otra cosa que su afecto por mí podia dictárselas; por Cárlos, á quien ninguna alucinacion engañaba, tenian una solemnidad terrible mas terrible aun que el *sí* con el cual acababa yo de contestarlas.

Púseme en pié, y al ofrecerle mis brazos á Cárlos, me estrechó casi con ternura entre los suyos. Me separé de él abrumado de tristeza, pero libre ya del remordimiento que me humillaba cuando nuestra conferencia empezó.

Volví al salon. Mientras mi hermana ensayaba en la guitarra un valse nuevo, María me refirió la conversacion que al regreso de paseo habia tenido con mi padre. Nunca se habia mostrado tan espansiva conmigo: recordando ese diálogo, el pudor le velaba frecuentemente los ojos y el placer le jugaba en los lábios..

CAPITULO XXIX

La llegada de los correos y la visita de los señores de M*** habian aglomerado quehaceres en el escritorio de mi padre. Trabajamos todo el dia siguiente, casi sin interrupcion; pero en los momentos que nos reuníamos con la familia en el comedor, las sonrisas de María me hacian dulces promesas para la hora de descanso: á ellas les era dable hacerme leve hasta el mas penoso trabajo.

A las ocho de la noche acompañé á mi padre hasta su alcoba, y respondiendo á mi despedida de costumbre, añadió:

—Hemos hecho algo, pero nos falta mucho. Con que hasta mañana temprano.

En dias como aquel, María me esperaba siempre por la noche en el salon, conversando con Emma y mi madre, leyéndole á esta algun capítulo de la *Imitacion de la Vírjen* ó enseñando oraciones á los niños.

Tenia ella tal certeza de que me era necesario pasar á su lado algunos momentos en esa hora, que me los concedia como algo que no tenia derecho á negarme, sin ocultar el placer que yo le proporcionaba y sin ignorar el que ella me concedia. En el salon ó en el comedor, habia siempre á su lado un asiento esperándome, y un tablero de damas ó los naipes nos servian de pretesto para hablar á solas, ménos con palabras que con miradas y sonrisas. Entónces sus ojos soñolientos con el sueño del alma, no huian de los mios.

—¿Viste á tu amigo esta mañana? me preguntó procurando hallar respuesta en mi ceño.

—Sí: ¿por qué me averiguas eso ahora?

—Porque no he podido hacerlo ántes.

—¿Y qué interés tienes en saberlo?

—¿Te instó él á que le pagaras la visita?

—Sí.

—Irás á pagársela, no?

—Seguramente.

—El te quiere mucho, ¿no es así?

—Así lo he creido siempre.

—¿Y lo crees todavía?

—¿Por qué no?

—¿Lo quieres como cuando estábais ambos en el colegio?

—Sí; pero ¿por qué hablais hoy de esto?

—Es porque yo quisiera que tú fueses siempre su amigo, y que él siguiese siéndolo tuyo... Pero tú no le habrás contado nada.

—¿Nada de qué?

—Pues de eso.

—Pero ¿de qué cosa?

—Si sabes que es lo que digo... No le has dicho, ¿nó?

Yo me complacia en la dificultad que ella encontraba para preguntarme si habia hablado de nuestro amor á Cárlos, y la respondí:

—Es la primera vez que no te entiendo.

—Avemaría! ¿cómo no has de entender? Que si le has hablado de lo que......

Y como me quedase viéndola al propio tiempo que me sonreia de su infantil afan, prosiguió:

—Bueno; ya no me digas; y se puso á hacer torrecillas con las fichas del tablero en que jugábamos.

—Si no me miras, la dije, no te confieso lo que le he dicho á Cárlos.

—Ya, pues...... á ver, dí, respondióme tratando de hacer lo que yo le exijia.

—Se lo he contado todo.

—Ay! no; ¿todo?

—¿Hice mal?

—Si así debia ser...... Pero entónces, ¿por qué no se lo contaste ántes de que viniera?

—Mi padre se opuso á ello.

—Sí, pero él no habria venido; ¿y eso no hubiera sido mejor?

—Sin duda, pero yo no debia hacerlo, y hoy él está satisfecho de mí.

—Seguirá, pues, siendo tu amigo.

—No hay motivo para que deje de serlo.

—Sí, porque yo no quiero que por esto......

—Cárlos te agradecerá tanto como yo ese deseo.

—¿Conque te separaste de él como de costumbre? ¿y él se ha ido contento?

—Tan contento como era posible conseguirlo.

—Pero yo no tengo la culpa, no?

—No, María, ni él te estima menos que ántes por lo que has hecho.

—Si te quiere de véras, así debe ser. Y sabes por qué ha pasado todo así con ese señor?

—Por qué?

—Pero cuidado con reirte.

—No me reiré.

—Pero si ya estás riéndote.

—No es de lo que vas á decirme si no de lo que ya has dicho; dí, María.

—Ha sido porque yo le he rezado mucho a la Vírjen para que hiciera suceder todo así, desde ayer que mamá me habló.

—Y si la Vírjen no te hubiera concedido lo que le pedias?

—Eso era imposible: siempre me concede lo que le pido, y como esta vez yo le rogaba tanto, estaba segura de que me oiria. Mamá se vá, agregó, y Emma se está durmiendo. Ya, no?

—Quieres irte?

—¿Y qué voy á hacer?...... ¿Mucho escribiràn mañana tambien?

—Parece que sí.

—Y cuando Tránsito venga?

—¿A qué horas viene?

—Mandó decir que á las doce,

—A esa hora habremos concluido. Hasta mañana.

Respondió á mi despedida con las mismas palabras, pero admirándose de que me quedase con el pañuelo que ella tenia en la mano que me dió á estrechar. María no comprendia que ese pañuelo perfumado era un tesoro para una de mis noches. Despues se negó casi siempre á concederme ese bien hasta que vinieron los dias en que se mezclaron tantas veces nuestras lágrimas.

Capitulo XXX

En la mañana siguiente, mi padre dictaba y yo escribia, miéntras él se afeitaba, operacion que nunca interrumpia los trabajos empezados, no obstante el esmero que en ella gastaba siempre. El resto de su caballera riza, abundante aún en la parte posterior de la cabeza, y que dejaba inferir cuán hermosos serian los cabellos que llevó en su juventud, le pareció un poco larga. Entreabriendo la puerta que caia al corredor, llamó á mi hermana.

—Está en la huerta, le respondió María desde el costurero de mi madre. Necesita usted algo?

—Ven tú, María, le contestó á tiempo que yo le presentaba algunas cartas concluidas para que las firmase. ¿Quiéres que bajemos mañana? me preguntó firmando la primera.

... que hacer: yendo
... Puede ser que el
... viaje en este correo: ya
... debes estar listo. Entra,
... la cual esperaba afuera
... entornada.

... dias. Sea que hubiese
... padre sobre mi viaje, sea
... su timidez jenial delante de
... la habia hablado de nues-
... Miéntras él acababa de
... paseaba por las láminas del
... encontrado furtivamente con

... sonriendo al mostrarle los
... tengo mucho pelo?
... responderle:—Sí, señor.
... Y tomó para entregárselas
... que estaba abierto sobre una de
...arme para que puedas hacerlo

... en la mitad del cuarto dando la
... nosotros.
... trasquilarme, dijo cuando ella
... principiada la otra carta? añadió

... hablando con María mientras yo es-

... gracia que te pregunte si tengo mu-

... respondióle consultándome si iba bien la

—Pues así como los ves, continuó mi padre, fueron tan negros y abundantes como otros que yo conozco.

María soltó los que tenia en ese momento en la mano.

—Qué es? la preguntó él, volviendo la cabeza para verla.

—Que voy á peinarlos para recortar mejor.

—¿ Sabes por qué se cayeron y encanecieron tan pronto ? la preguntó despues de dictarme una frase.

—No, señor.

—Cuidado, niño, con equivocarse.

María se sonrojó, viéndome con todo el disimulo que era necesario para que mi padre no lo notase en el espejo de su mesa de baño, que tenia al frente.

—Pues cuando yo tenia veinte años, prosiguió, es decir, cuando me casé, acostumbraba bañarme la cabeza todos los dias con agua de Colonia. Qué disparate, no ?

—Y todavia, observó ella.

Mi padre rió con aquella risa armoniosa y sonora que acostumbraba.

Yo leí el final de la frase escrita, y él, dictada otra, continuó su diálogo con María.

—¿ Está ya ?

—Creo que si ;—no? añadió consultándome.

Cuando María se inclinó á sacudir los recortes de cabellos que habian caido sobre el cuello de mi padre, la rosa que ella llevaba en una de las trenzas le cayó á él á los piés. Iba ella á alzarla, pero mi padre la habia tomado ya. María volvió á ocupar su puesto tras de la silla, y él la dijo despues de verse en el espejo detenidamente.

—Yo te la pondré ahora donde estaba, para recompensarte lo bien que lo has hecho ; y acercándose á ella, agregó, colocando la flor con tanta gracia como lo hubiera podido Emma :

—Todavia se me puede tener envidia.

Detuvo á María, que se mostraba deseosa de retirarse por temor de lo que él pudiera añadir, besóle la frente y la dijo en voz baja:

—Hoy no será como ayer: acabaremos temprano.

Capitulo XXXI

Serian las once. Terminado el trabajo, estaba yo acodado en la ventana de mi cuarto.

Aquellos momentos de olvido de mí mismo, en que mi pensamiento se cernia sobre regiones que casi me eran desconocidas; momentos en que las palomas que estaban á la sombra en los naranjos agobiados de sus racimos de oro, se arrullaban amorosas; en que la voz de María, arrullo mas dulce aun, llegaba á mis oídos, tenian un encanto inefable. La infancia que en su insaciable curiosidad se asombra de cuanto la naturaleza ofrece de raro á sus miradas; la adolescencia que adivinándolo todo, se deleita involuntariamente con castas visiones de amor, presentimiento de una felicidad tantas veces esperada en vano; solo ellas saben traer aquellas horas no medidas en que el alma parece esforzarse por volver al cielo, que aun no ha podido olvidar.

No eran las ramas de los rosales, á los que las olas del arroyo robaban leves pétalos para engalanarse fugitivas; no el vuelo majestuoso de las águilas negras sobre las cimas cercanas, no era eso lo que veian mis ojos; era lo que ya no veré mas; lo que mi espíritu quebrantado por tristes realidades no busca, ó admira únicamente en sus sueños: el mundo, como Adan pudo verlo en la primera mañana de su vida.

Divisé en el negro y tortuoso camino de las lomas, á

Tránsito y á su padre, quienes venian en cumplimiento de lo que á María tenian prometido. Cruzé el huerto y subí la primera colina para aguardarlos en el puente de la cascada, visible desde el salon de la casa.

Como estábamos al raso, todavía no eran cortos los montañeses para conmigo; me dijeron todas aquellas cosas que solian en pasándose algunos dias sin vernos.

Pregunté por Braulio á Tránsito:

—Se quedó aprovechando el buen sol para la revuelta. (1) ¿Y la Vírjen de la silla?

Tránsito acostumbraba preguntarme así por María desde que cayó en cuenta de la notable semejanza entre el rostro de su futura madrina y el de una bella Madonna del oratorio de mi madre.

—La viva está buena y esperándote, la respondí; la pintada, llena de rosas y alumbrada para que te haga muy feliz.

Así que nos acercamos á la casa, María y Emma salieron á recibir á Tránsito, á la cual dijeron, entre otros agasajos, que estaba muy buena moza; y era cierto, pues la felicidad la embellecia.

José recibió, sombrero en mano, los cariñosos saludos de sus señoritas; y zafándose la guambía que. traia á la espalda llena de legumbres para regalo, entró con nosotros instado por mí, al aposento de mi madre. A su paso por el salon, Mayo, que dormia bajo una de las mesas, le gruñó, y el montañes le dijo riendo:

—Ola! abuelo, ¿todavía no me quieres? Será porque estoy tan viejo como tú.

—¿Y Lucía? preguntó María á Tránsito, ¿por qué no quiso acompañarte?

—Si es tan floja *que nó*, y tan *montuna*.

1—Desyerba.

—Pero Efrain dice que con él no es así, le observó Emma.

Tránsito rió antes de responder:

—Con el señor es menos vergonzosa, porque como vá tantas veces allá, le ha ido perdiendo el miedo.

Tratamos de saber el dia en que hubiera de efectuarse el matrimonio. José, para sacar de apuros á su hija, contestó:

—Queremos que sea de hoy en ocho dias. Si está bien pensado, lo haremos así: en casa madrugaremos mucho, y no parando llegaremos al pueblo cuando asome el sol: saliendo ustedes de aquí á las cinco, nos alcanzarán llegando; y como el señor cura tendrá todo listo, nos despacharemos temprano. Luisa es enemiga de fiestas, y las muchachas no bailan: pasaremos, pues, el domingo como todos, con la diferencia de que ustedes nos harán una visita; y el lúnes cada cual á su oficio: ¿no le parece? concluyó dirijiéndose á mí.

—Sí; pero ¿irá á pié Tránsito al pueblo?

—Hé! exclamó José.

—Pues cómo? preguntó ella admirada.

—A caballo; ¿no están ahí los mios?

—Si á mi me gusta mas andar á pié; y á Lucía no es solo eso, sino que les tiene miedo á las bestias. (1)

—Pero porqué? preguntó Emma.

—Si en la provincia solamente los blancos andan á caballo, ¿no es así, padre?

—Sí; y los que no son blancos, cuando ya están viejos.

—¿Quién te ha dicho que no eres blanca? pregunté á Tránsito; y blanca como pocas.

La muchacha se puso colorada como una guinda, al responderme:

1—Caballerías.

—Las que yo digo son las jentes ricas, las señoras.

José, luegò que fué á saludar á mi padre, se despidió prometiéndonos volver por la tarde, á pesar de nuestras instancias para que se quedase á comer con nosotros.

A las cinco, como saliese la familia á acompañar á Tránsito hasta el pié de la montaña, María que iba á mi lado me decia:

—Si hubieras visto á mi ahijada con el traje de novia que le he hecho, y los zarcillos y gargantilla que le han regalado Emma y mamá, estoy segura de que te habria parecido muy linda.

—¿Y porqué no me llamaste?

—Porque Tránsito se opuso. Tenemos que preguntarle á mamá qué dicen y qué hacen los padrinos en la ceremonia.

—De véras, y los ahijados nos enseñarán qué responden los que se casan, por si se nos llegare á ofrecer.

Ni las miradas ni los labios de María respondieron á esta alusion á nuestra futura felicidad; y permaneció pensativa miéntras andábamos el corto trecho que nos faltaba para llegar á la orilla de la montaña

Allí estaba esperando Braulio á su novia, y se adelantó risueño y respetuoso á saludarnos.

—Se les va á hacer de noche para bajar, nos dijo Tránsito.

Se despidieron cariñosamente de nosotros los montañeses. Se habian internado algun espacio en la selva cuando oimos la buena voz de Braulio que cantaba vueltas antioqueñas.

Despues de nuestro diálogo, María no habia vuelto á estar risueña. Inútilmente trataba yo de ocultarme la causa; bien la sabia por mi mal: ella pensaba al ver la felicidad de Tránsito y Braulio, en que pronto íbamos nosotros á separarnos, en que tal vez no volveriamos á vernos....

quizá en la enfermedad de que habia muerto su madre. Y yo no me atrevia á turbar su silencio.

Bajando las últimas colinas, Juan á quien ella llevaba de la mano, me dijo:

—María quiere que yo sea guapo para caminar, y ella está cansada.

Ofrecíla entónces mi brazo para que se apoyara, lo cual no habia podido hacer antes por atencion á Emma y á mi madre.

Estábamos ya á poca distancia de la casa. Se iban ya apagando los arreboles que al ocultarse el sol habia dejado sobre las sierras de occidente: la luna levantándose á nuestra espalda sobre las montañas de que nos alejábamos, proyectaba las inquietas sombras de los sauces y enredaderas del comedor en los muros pálidamente iluminados.

Yo espiaba el rostro de María, sin que ella lo notase, buscando los síntomas de su mal, á los cuales precedia siempre aquella melancolía que de súbito se habia apoderado de ella.

—¿ Porqué te has entristecido? la pregunté al fin.

—No he estado pues como siempre? me respondió cual si despertase de un lijero sueño. Y tú?

—Es porque has estado así.

—Pero ¿ no podria yo contentarte?

—Vuelve pues á estar alegre.

—¿ Alegre? preguntó como admirada; ¿ y lo estarás tambien?

—Sí, sí.

—Mira: ya estoy como quieres, me dijo sonriente; ¿ nada mas exijes?

—Nada mas.... ah! sí: aquello que me has prometido y no me has dado.

—Qué será? ¿ creerás que no me acuerdo?

—No? y los cabellos?

—¿Y si lo notan al peinarme?

—Dirás que fué cortando una cinta.

—Esto es? dijo, despues de haber buscado bajo el pañolon, mostrándome algo que le negreaba en la mano y que esta me ocultó al cerrarse.

—Sí, eso; dámelos ahora.

—Si es una cinta, contestó volviendo á guardar lo que me habia mostrado.

—Bueno; no te los exijiré mas.

—Conque bueno! y entónces para qué me los he cortado? es que falta componerlos bien; y mañana precisamente......

—Esta noche.

—Tambien; esta noche.

Mi brazo oprimió suavemente el suyo, desnudo de la muselina y encajes de la manga; su mano rodó poco á poco hasta encontrarse con la mia; la dejó levantar del mismo modo hasta mis lábios; y apoyándose con mas fuerza en mí para subir la escalera del corredor, me decia con voz lenta y de vibraciones acalladas:

—¿Ahora si estás contento? no volvamos á estar tristes.

Quiso mi padre que en aquella noche le leyese de sobremesa algo del último número de «El dia». Terminada la lectura, se retiró él, y pasé yo á la sala.

Se me acercó Juan y puso la cabeza en una de mis rodillas.

—¿No duermes esta noche? le pregunté acariciándole.

—Quiero que tú me hagas dormir, me contestó en aquella lengua que pocos podian entenderle.

—¿Y porqué no María?

—Yo estoy muy bravo con ella, repuso acomodándose mejor.

—¿Con ella? ¿Qué le has hecho?

—Si es ella la que no me quiere esta noche.

quizá
Y yo ... ento de la Caperuza,
Ba ... y no me ha hecho caso.
de la ... temer que la tristeza
—
está ... medrosos, dije al niño,
Ot ... como me has referido
no h
mad ... daré á cojer flores para
E ... al baño
apa ... mucho; ve y díle que te
sob ... te haga dormir oyendo
tra
pro ... y como entusiasmado por
der ... para que la regañes.

bu
si ... busca. A poco se presentó
ra ... nducia de la mano por fuer-
... ntaba.

si ... obligándola á sentarse á mi

... habia charlado su consenti-
... de Juan entre las manos y
... ya, díjole:
... pues, con él.
... ndiéndome los bracitos para

... ñor, le decia ella: son chanzas
...
... yo lo recibiera.
... migo, Juan? continuó María
... el señor está hombre; esta no-

che haré que le lleven la cama al cuarto de su hermano; ya él no me necesita: yo me quedaré sola y llorando por que no me quiere mas.

Se cubrió los ojos con una mano para hacerle creer que lloraba: Juan esperó un instante; mas como ella persistió en finjirle llanto, se escurrió poco á poco de mis rodillas, y se le acercó tratando de descubrirle el rostro. Encontrando los labios de María sonrientes, y amorosos los ojos, rió tambien, y abrazándosele de la cintura recostó la cabeza en su regazo, diciéndola:

—Te quiero como á los ojitos, te quiero como al corazon. Ya yo no estoy bravo ni tonto. Esta noche voy á rezar el bendito muy formal para que me hagas otros calzones.

Muéstrame los calzones que te hacen, le interrumpí.

Juan se puso en pié sobre el sofá, entre María y yo, para hacerme admirar sus primeros calzones.

—Que lindos! exclamé abrazándolo. Si me quieres bastante y eres formal, conseguiré que te hagan muchos, y te compraré silla, zamarros, espuelas....

—Y un caballito negro, me interrumpió.

—Sí.

Abrazóme dándome un prolongado beso, y al asido cuello de María, quien volvia el rostro para esquivarle los labios, la obligó á recibir idéntico agasajo. Se arrodilló donde habia estado en pié, con las manos juntas rezó devotamente el bendito y se reclinó soñoliento sobre la falda que ella le brindaba.

Noté que la mano izquierda de María jugaba con algo sobre la cabellera del niño, al paso que una sonrisa maliciosa le asomaba á los labios. Con una rápida mirada me mostró entre los cabellos de Juan el bucle de los que me tenia prometidos; y ya me apresuraba yo á tomarlos cuando ella, reteniéndolos, me dijo:

—¿Y para mí?.... tal vez sea malo exijírtelo.

—Los mios? le pregunté.

Significóme que sí, agregando:

—¿No quedarán bien en el mismo guardapelo en que tengo los de mi madre?

Capítulo XXXII.

En la mañana siguiente tuve que hacer un esfuerzo para que mi padre no comprendiese lo penoso que me era acompañarle en su visita á las haciendas de abajo. El, como lo hacia siempre que iba á emprender viaje, por corto que fuese, intervenia en el arreglo de todo, aunque no era necesario, y repetia sus órdenes mas que de costumbre. Como era preciso llevar algunas provisiones delicadas para la semana que ibamos á permanecer fuera de la casa, provisiones á las cuales era mi padre muy aficionado, riendo él al ver las que acomodaban Emma y Maria en el comedor y dentro de los *cucugos* (1) que Juan Anjel debia llevar á la arzon, dijo:

—Válgame Dios, hijas! ¿Todo eso cabrá ahí?

—Si, Señor, respondió Maria.

—Pero si con esto bastaria para un obispo. Ajá! eres tú la mas empeñada en que no lo pasemos mal.

María que estaba de rodillas acomodando y le daba la espalda á mi padre, se volvió para decirle timidamente á tiempo que yo llegaba:

—Pues como van á estarse tantos dias...

—No muchos, niña, le replicó riendo. Por mí no lo digo: todo te lo agradezco; pero este muchacho se pone tan desganado allá....Mira, agregó dirigiéndose á mí.

—¿Que cosa?

1—Cajas de cuero y madera que suelen llevarse en el arzon de la silla.

—Pues todo lo que ponen. Con tal avio hasta puede suceder que me resuelva á estarme quince dias.

—Pero si es mamá quien ha mandado, observó María.

—No hagas caso, judía;—así solia llamarla algunas veces cuando se chanceaba con ella;—todo está bueno; pero no veo aquí tinto del último que vino, y allá no hay; es necesario llevar.

—Si ya no cabe, le respondió María sonriendo.

—Ya veremos.

Y fué personalmente á la bodega por el vino que indicaba: y al regresar con Juan Anjel, recargado además con unos botes de salmon, repitió: ahora veremos.

—¿Eso tambien? esclamó ella viendo las latas.

Como mi padre trataba de sacar del cuchugo una caja ya acomodada, María, alarmándose, le observó:

—Es que esto no puede quedarse.

—¿Porqué mi hija?

—Porque son las pastas que mas le gustan y...por que las he hecho yo.

—¿Y tambien son para mí? le preguntó mi padre por lo bajo.

—Pues ¿no están ya acomodadas?

—Digo que......

—Ahora vuelvo, interrumpió ella poniéndose en pié. Aquí faltan unos pañuelos.

Y desapareció para regresar un momento despues.

Mi padre, que era tenaz cuando bromeaba, le dijo nuevamente en el mismo tono que antes, inclinándose á colocar algo cerca de ella:

—Allá cambiaremos pastas por vino.

Ella apenas se atrevia á mirarle; y notando que el almuerzo estaba servido, dijo levantándose:

—Ya está la mesa puesta, señor; y dirijiéndose á Emma: Dejemos á Estéfana lo que falta: ella lo hará bien.

Dirijiéndome yo al comedor, María salia de los aposentos de mi madre, y la detuve allí.

—Corta ahora, la dije, el pelo que quieres.

—Ay! no, yo no.

—Dí de dónde, pues.

—De donde no se note. Y me entregó unas tijeras.

Habia abierto el guarda-pelo que llevaba suspendido al cuello. Presentándome la cajilla vacía, me dijo:

—Pónlo aquí.

—¿Y el de tu madre?

—Voy á colocarlo encima para que no se vea el tuyo.

Hízolo así diciéndome:

—Me parece hoy que te vas contento.

—No, no; es por no disgustar á mi padre: es tan justo que yo le manifieste deseo de ayudarle en sus trabajos y que le ayude.

—Cierto; así debe ser; y yo procuraré tambien manifestar que no estoy triste para que mamá y Emma no se resientan conmigo.

—Piénsame mucho, la dije besando el pelo de su madre y la mano con que lo acomodaba.

—Ah! mucho, mucho! respondió mirándome con aquella ternura é inocencia que tan bien sabian hermanarse en sus ojos.

Nos separamos para llegar al comedor por diferentes entradas.

Capitulo XXXIII

Las soles de siete dias se habian apagado sobre nosotros, y altas horas de sus noches nos habian sorprendido trabajando. En la última, recostado mi padre en un catre, dictaba y yo escribia. Dió las diez el reloj del salon: le repetí la palabra final de la frase que acababa de escribir: él no

dictó mas: volvíme entónces creyendo que no me habia oido, y estaba dormido profundamente. Era él un hombre infatigable; mas aquella vez el trabajo habia sido excesivo. Disminuí la luz del cuarto, entorné ventanas y puertas, y esperé á que se despertase, paseándome en el espacioso corredor á la estremidad del cual se hallaba el escritorio.

Estaba la noche serena y silenciosa: la bóveda del cielo, azul y trasparente, lucia toda la brillantez de su ropaje nocturno de verano: en los follajes negros de las hileras de ceibas que partiendo de los lados del edificio cerraban el patio; en los ramos de los naranjos que demoraban en el fondo, revoloteaban candelillas sin número, y solo se percibia de vez en cuando el crujido de los ramajes relazados, el aleteo de algun ave asustada ó suspiros del viento.

El blanco pórtico que á setenta varas de la casa, daba entrada al patio, se destacaba en la oscuridad de la llanura proyectando sus almenas sobre la masa informe de las cordilleras lejanas, cuyas crestas delineaban á ratos fulgores de las tormentas del Pacífico.

María, me decia yo, atento á los quedos susurros, respiros de aquella naturaleza en su sueño,—María se habrá dormido sonriendo al pensar que mañana estaré de nuevo á su lado.... Pero despues! Ese despues era terrible; era mi viaje.

Parecióme oir el galope de un caballo que atravesase la llanura; supuse que seria un criado que habiamos enviado á la ciudad hacia cuatro dias, y al cual esperábamos con impaciencia, porque debia traer una correspondencia importante. A poco se acercó á la casa.

—¿Camilo? pregunté.

—Sí, mi amo, respondió entregándome un paquete de cartas despues de alabar á Dios.

El ruido de las espuelas del paje despertó á mi padre.

—¿Qué es esto, hombre? interrogó al recien llegado.

—Me despacharon á las doce, mi amo, y como el derrame del Cauca llega al Guayabo, tuve que demorarme mucho en el paso.

—Bien: dí á Feliciana que te haga poner de comer, y cuida mucho ese caballo.

Habia revisado mi padre las firmas de algunas cartas de las que contenia el paquete; y encontrando por fin la que deseaba, me dijo:

—Empieza por ésta.

Leí en voz alta algunas lineas, y al llegar á cierto punto me detuve involuntariamente.

Tomó él la carta y con los labios contraidos, mientras devoraba el contenido con los ojos, concluyó la lectura y arrojó el papel sobre la mesa diciendo:

—Ese hombre me ha muerto! lee esa carta: al cabo sucedió lo que tu madre temia.

Recojí la carta para convencerme de que era cierto lo que ya me suponia.

—Léela alto, añadió mi padre paseándose por la habitacion y enjugándose el sudor que le humedecia la frente contraida.

—Eso no tiene ya remedio, dijo, apenas concluí. Qué suma y en qué circunstancias!.... Yo soy el único culpable.

Le interrumpí para manifestarle el medio de que creia podiamos valernos para hacer menos grave la pérdida.

—Es verdad, observó oyéndome ya con alguna calma; se hará así. Pero quien lo hubiera temido! Yo moriré sin haber aprendido á desconfiar de los hombres.

Y decia la verdad: ya muchas veces en su vida comercial habia recibido iguales lecciones. Una noche estando él en la ciudad sin la familia, se presentó en su cuarto un dependiente suyo á quien habia mandado á los Chocóes á cambiar una considerable cantidad de efectos por oro, que

urjia enviar á los acreedores estranjeros. El agente le dijo:

—Vengo á que me dé usted, con qué pagar el flete de una mula, y un balazo: he jugado y perdido todo cuanto usted me entregó.

—¿Todo, todo se ha perdido? preguntóle mi padre.

—Sí, señor.

—Tome usted de esa gaveta el dinero que necesita.

Y llamando á uno de sus pajes añadió:

—El señor acaba de llegar: avisa adentro para que se le sirva.

Pero aquellos eran otros tiempos. Golpes de fortuna hay que se reciben en la juventud sin trepidar, sin pronunciar una queja: entónces se confia en el porvenir. Los que se reciben en la vejez parecen asestados por un enemigo cobarde: ya es poco el trecho que falta para llegar al sepulcro....Y cuán raros son los amigos del que muere que saben serlo de su viuda y de sus hijos! Cuántos los que espian el aliento postrero de aquel cuya mano helada ya, están estrechando, para convertirse luego en verdugos de huérfanos!....

Tres horas se habia pasado desde que tuvo lugar la escena que acabo de describir conforme me lo ha permitido el recuerdo de aquella noche fatal, á la que tantas otras habian de parecerse años despues.

Mi padre á tiempo de acostarnos me dijo desde su lecho, distante pocos pasos del mio:

—Es preciso ocultar á tu madre cuanto sea posible lo que ha sucedido; y será necesario tambien demorar un dia mas nuestro regreso.

Aunque siempre le habia oido decir á él que su sueño tranquilo le servia de alivio en todos los infortunios de la vida, cuando á poco de haberme hablado me convencí ya de que él dormia, ví en su reposo tan denodada resigna-

cion, habia tal valor en su calma, que no pude menos de permanecer por mucho espacio contemplándole.

No habia amanecido aun, y tuve que salir en busca de aire mejor para calmar la especie de fiebre que me habia atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribí y los de las guacharacas de los bosques vecinos anunciaban la aurora: la naturaleza parecia desperezarse al despertar de su sueño. A la primera luz del dia empezaron á revolotear en los plátanos y sotos los azulejos y asomas; parejas de palomas emprendian viaje á los campos vecinos; la gregueria de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las copas florecientes de los písamos del cacaotal, se levantaban las garzas con leve y lento vuelo.

Ya no volveré á admirar aquellos cantos, á respirar aquellos aromas, á contemplar aquellos paisajes llenos de luz, como en los dias alegres de mi infancia y en los hermosos de mi adolescencia: estraños habitan hoy la casa de mis padres!

Apagábase la tarde al dia siguiente, cuando mi padre y yo subiamos la verde y tendida falda para llegar á la casa de la sierra. Las yeguadas que pastaban en la vereda y sus orillas, nos daban paso resoplando asustadas, y los pellares se levantaban de las márjenes de los torrentes para amenazarnos con su canto y revuelos.

Divisábamos ya de cerca el corredor occidental, donde estaba la familia esperándonos; y allí volvió mi padre á encargarme ocultara la causa de nuestra demora y procurase aparecer sereno.

CAPITULO XXXIV

No todas las personas que nos aguardaban debian de estar en el corredor: no descubrí entre ellas á María. Al-

gunas cuadras ántes de llegar á la puerta del patio, á nuestra izquierda y sobre una de las grandes piedras desde donde se dominaba mejor el valle, estaba en pié María, y Emma la animaba para que bajase. Nos les acercamos. La cabellera de María, suelta en largos y lucientes rizos negreaba sobre la muselina de su traje color verde-mortiño: sentóse para evitar que el viento le agitase la falda, diciendo á mi hermana que reia de su afan:

—¿No vés que no puedo?

—Niña, la dijo mi padre entre sorprendido y risueño, ¿cómo has logrado subirte ahí?

Ella, avergonzada de la travesura, acaba de corresponder á nuestro saludo, y contestó:

—Como estábamos solas...

—Es decir, la interrumpió mi padre, que debemos irnos para que puedas bajar. ¿Y cómo lo hizo Emma?

—Qué gracia, si yo la ayudé.

—Era que yo no tenia susto.

—Vámonos, pues, concluyó mi padre dirijiéndose á mi; pero cuidado.

Bien sabia él que yo me quedaria. María acababa de decirme con los ojos: «no te vayas». Mi padre volvió á montar y se dirijió á la casa: mi caballo siguió poco á poco el mismo camino.

—Por aqui fué por donde subimos, me dijo María mostrándome ciertas grietas y hoyuelos en la roca.

Al acabar yo mi maniobra de ascenso, me estendió la mano, demasiado trémula para ayudarme, pero muy deseada para que no me apresurase á estrecharla entre las mias. Sentado ya á sus piés, díjome:

—¿No vés que trabajo? ¿Qué habrá dicho papá? Creerá que estamos locas.

Yo la miraba sin contestarle: la luz de sus ojos, cobarde ante los mios, y la suave palidez de sus mejillas, me de-

cian que en otros momentos que en aquel, era ella tan feliz como yo.

—Me voy sola, repitió Emma, á quien habiamos oido mal su primera amenaza; y se alejó algunos pasos para hacernos creer que iba á cumplirla.

—No, no; espéranos un instante no mas, la suplicó María poniéndose en pié.

Viendo que yo me movia, me dijo:

—Qué es?

—Es que aquí estamos bien.

—Sí; pero Emma quiere irse y mamá estará esperándote; ayúdame á bajar, que ahora no tengo miedo. A ver tu pañuelo.

Lo retorció agregando:

—Lo tienes de esta punta, y cuando ya no me alcances á dar la mano, me cojo yo de él.

Persuadida de que podia arriesgarse á bajar sin ser vista, lo hizo como lo habia proyectado, diciéndome ya al pié del peñasco:

—¿Y tú ahora?

Buscando la parte mas alta de la piedra salté al gramal, y la ofrecí el brazo para que nos dirigiésemos á la casa.

—Si no hubiera llegado, ¿cómo habrias hecho para bajar? loquita.

—Pues habria bajado sola: iba á bajar cuando llegaste; pero temí caerme porque hacia mucho viento. Ayer tambien subimos ahí, y yo bajé bien. ¿Por qué se han demorado tanto?

—Por dejar concluidos algunos negocios que no podian arreglarse desde aquí.

—Qué has hecho en estos dias?

—Desear que pasáran.

—¿Nada mas?

—Coser y pensar mucho.

—En qué?

—En muchas cosas que se piensan y no se dicen.

—¿Ni á mi?

—A tí ménos.

—Está bien.

—Porque tú las sabes.

—¿No has leido?

—No, porque me da tristeza leer sola, y ya no me gustan los cuentos de las Veladas de la Quinta, ni las tardes de la Granja. Iba á volver á leer la Atala, pero como has dicho que tiene un pasaje no sé cómo....

Y dirigiéndose á mi hermana que nos precedia algunos pasos:

—Oye, Emma.... Qué afan de ir tan aprisa?

Emma se detuvo, sonrió y siguió andando.

—Qué estabas haciendo antes de anoche á las diez?

—¿Antes de anoche? Ah! repuso deteniéndose; ¿por qué me preguntas eso?

—A esa hora estaba yo muy triste pensando en esas cosas que se piensan y no se dicen.

—No, no; tú sí.

—Sí qué?

—Si puedes decirlas.

—Cuéntame lo qué tú hacias, y te las diré.

—Me da miedo.

—¿Miedo?

—Tal vez es una bobería. Estaba sentada con mamá en el corredor de este lado, haciéndola compañía, porque me dijo que no tenia sueño: oimos como que sonaban las hojas de las ventanas de tu cuarto, y temerosa yo de que la hubiesen dejado abierta, tomé una luz del salon para ir á ver qué habia....

Qué tontería! vuelve á darme miedo cuando me acuerdo de lo que sucedió.

—Acaba, pues.

—Abrimos la puerta, y vimos posada sobre una de las hojas de la ventana, que agitaba el viento, una ave negra y de tamaño como el de una paloma muy grande; dió un chillido que yo no habia oido nunca; pareció encandilarse un momento con la luz que yo tenia en la mano, y la apagó pasando sobre nuestras cabezas á tiempo que íbamos á huir espantadas. Esa noche me soñé...Pero ¿por qué te has quedado así?

—Cómo? la respondí, disimulando la impresion que aquel relato me causaba.

Lo que ella me contaba habia pasado á la hora misma en que mi padre y yo leiamos aquella carta malhadada; y el ave negra era la misma que me habia azotado las sienes durante la tempestad de la noche en que á María le repitió el acceso; la misma que, sobrecojido, habia oido zumbar ya algunas veces sobre mi cabeza al esconderse el sol.

—Cómo? me replicó María ¿no veo que he hecho mal en referirte esto?

—Y te figuras tal?

—Si no es que me lo figuro.

—¿Que te soñaste?

—No debo decirtelo.

—¿Ni mas tarde?

—Ay! tal vez nunca.

Emma abria ya la puerta del patio.

Espéranos, le dijo María oye, que ahora si es deveras.

—Nos reunimos á ella, y las dos anduvieron asidas de las manos lo que nos faltaba para llegar al corredor. Sentiame dominado por un pavor indefinible; tenia miedo de algo aunque no me era posible adivinar de qué; pero cumpliendo la advertencia de mi padre, traté de domi-

narme, y estuve lo mas tranquilo que me fué dable, hasta que me retiré á mi cuarto con el pretesto de cambiar mi traje de camino.

Capitulo XXXV

El dia siguiente, doce de Diciembre, debia verificarse el matrimonio de Tránsito. Despues de nuestra llegada se mandó decir á José que estariamos entre siete y ocho en la parroquia. Habiase resuelto que mi madre, María, Felipe y yo seriamos los del paseo, porque mi hermana debia quedarse arreglando no sé qué regalos que debian enviarse muy de mañana á la montaña para que los encontrasen allí los novios á su regreso.

Aquella noche, pasada la cena, mi hermana tocaba la guitarra sentada en uno de los sofás del corredor de mi cuarto, y María y yo conversábamos reclinados en el barandaje.

—Tienes, me decia, algo que te molesta, y no puedo adivinar.

—Pero ¿qué puede ser? ¿no me has visto contento? ¿no he estado como esperabas que estaria al volver á tu lado?

—No; has hecho esfuerzos para mostrarte así; y sin embargo yo he descubierto lo que nunca en tí: que finjias.

—¿Pero contigo?

—Sí.

—Tienes razon; me veo precisado á vivir finjiendo.

—No, señor, yo no digo que siempre, sino que esta noche.

—Siempre.

—No; ha sido hoy.

—Vá para cuatro meses que vivo engañando...

¿A mi tambien?...á mí? ¿engañarme tú á mí?

Y trataba de verme los ojos para confirmarme por ellos lo que temia; mas como yo riese de su afan, dijo como avergonzada de él:

—Esplícame eso.

—Si no tiene esplicacion.

—Por Dios, por... por lo que mas quieras, esplícamelo.

—Todo es cierto.

No es.

—Pero déjame concluir; para vengarme de lo que acabas de pensar, no te lo diré si no me lo ruegas por lo que sabes tú que yo mas quiero.

—Yo no sé qué será.

—Pues entonces, convéncete de que te he engañado.

—No, no; ya voy á decirte; ¿pero cómo te lo puedo decir?

—Piensa.

—Ya pensé, dijo María despues de un momento de pausa.

—Dí, pues.

—Por lo que quieras mas, despues de Dios y de tú.... que yo deseo que sea á mí.

—No; así no es.

—Y cómo entónces? ah! es que lo que dices es cierto.

—Dí de otro modo.

—Voy á ver; mas si no quieres esta vez......

—Qué?

—Nada; oye: no me mires.

—No te miro.

Entónces se resolvió á decir en voz muy baja:

—Por María, que te......

—Ama tanto, concluí yo, tomando entre mis manos las suyas que con su ademan confirmaban su súplica inocente.

—Dímelo ya, insistió.

—He estado engañándote, porque no me he atrevido en tanto tiempo á confesarte cuánto te amo en realidad.

—Más todavia! ¿y porqué no lo has dicho?

—Porque he tenido miedo.

—Miedo de qué?

—De que tú me ames ménos, ménos que yo.

—¿Por eso? Entónces el engañado eres tú.

—Si yo te lo hubiera dicho......

—¿Y los ojos no dicen esas cosas sin que una quiera?

—¿Lo crees así?

—Porque los tuyos me lo han enseñado.

Díme ahora la causa porque has estado de esa manera esta noche.

—¿Has visto al doctor en estos dias?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Lo mismo que ántes: que no volverás á tener novedad; no hables de eso.

—Una palabra y no mas: ¿qué otra cosa ha dicho? El cree que mi enfermedad es la misma de mi madre, y acaso tenga razon.

—Oh, no: nunca lo ha dicho. ¿Y no estás pues, buena ya?

—Sí; y á pesar de ello muchas veces...... muchas veces he pensado con horror en ese mal. Tengo fé en que Dios me ha oido: le he pedido con tanto fervor que no me vuelva á dar eso......

—Quizá no con tanto como yo.

—Pídele siempre.

—Siempre, María. Mira: si es cierto que hay una causa para que te haya parecido que me esforzaba esta noche por estar sereno; pero ya ves que me la has hecho olvidar hace largo rato.

Le referí la noticia que habiamos recibido hacia dos dias.

—Y esa ave negra! dijo luego que concluí; y volvia con terror la vista hácia mi cuarto.

—¿Cómo puedes preocuparte tanto con una casualidad?

—Lo que soñé esa noche es lo que me preocupa.

—¿Persistes en no contarme?

—Hoy no; algun dia. Conversemos un rato con Emma antes de irte: es tan buena con nosotros......

A la media hora nos separamos prometiéndonos madrugar mucho para emprender nuestro viaje á la parroquia.

Antes de las cinco llamó Juan Anjel á mi puerta. Felipe y él hicieron tal ruido en el corredor arreglando monturas y asegurando caballos, que antes de que lo esperaran acudí en su ayuda.

Preparado todo, abrió María la puerta del salon, y presentándome una taza de café, de dos que llevaba Estéfana, me dió los buenos dias, llamando en seguida á Felipe para que recibiese la otra.

—Hoy sí, dijo este sonriendo maliciosamente. Lo que es el miedo; y el retinto está furioso.

Ella estaba tan hechicera como mis ojos debieron de decírselo: un gracioso sombrero de terciopelo negro, adornado con cintas escocesas abrochado bajo la barba con otras iguales, que en el ála dejaba ver, medio oculta por el velillo azul, una rosa salpicada aun de rocío, descansaba sobre las gruesas y lucientes trenzas cuyas estremidades ocultaba: arregazaba con una de las manos la falda negra que ceñia bajo un corpiño del mismo color un cinturon azul con broche de brillantes, y una ancha capa se le desprendia de los hombros en numerosos pliegues.

—En cuál caballo quieres ir? la pregunté

—En el retinto.

—Pero eso no puede ser, respondí sorprendido.

—Porqué? ¿temes que me bote?

—Por supuesto.

—Si yo he montado otra vez en él. ¿Acaso soy yo como ántes? Pregúntale á Emma si no es verdad que soy mas guapa que ella. Verás que mansito es el retinto conmigo.

—Pero si no admite que se le toque; y haciendo tanto tiempo que no lo montas, puede espantarse con la falda.

—Prometo no mostrarle siquiera el fuete.

Felipe, caballero ya en el Chibo, que tal era el nombre de su caballito castaño, lo atosigaba con sus espolines nuevos recorriendo el patio.

Mi madre estaba tambien apercibida para marchar: la coloqué en su rosillo predilecto, único que segun ella, no era una fiera. No estaba yo muy tranquilo cuando hice montar en el retinto á María: ella antes de saltar de la gradilla al galápago, le acarió el cuello al caballo inquieto hasta entónces: éste se quedó inmóvil esperando su carga; mordia el freno, atento hasta al mas leve ruido del ropaje.

—Ves? me dijo María ya sobre el animal; él me conoce: cuando papá lo compró para tí; tenia enferma esta mano, y yo hacia que Juan Anjel lo curara bien todas las tardes.

El caballo estornudaba desasosegado otra vez, porque seguramente conocia aquella voz acariciadora.

Partimos, y Juan Anjel nos siguió conduciendo sobre la cabeza de la silla el lío que contenia los vestidos que necesitaban en el pueblo las señoras.

La cabalgadura de María, ufana con su peso, parecia querer lucir el paso mas blando, y airoso: sus crines de azabache temblaban sobre el cuello arqueado, y cayendo por medio de las orejas breves é inquietas, le velaban importunas los brillantes ojos. María iba con él con el mismo aire de natural abandono que cuando descansaba sobre una mullida poltrona.

Despues de haber andado algunas cuadras, pareció haberle perdido completamente el miedo al caballo; y notando

[illegible] animal, me decía,
[illegible]:

[illegible]

[illegible] nada hace. Tú
[illegible] mas á ese rucio

[illegible] era así.
[illegible] llamar al lector.

[illegible] lo que merece.
[illegible] humildemente.

[illegible] favor de darme

[illegible] leguemos á los

[illegible] amenaza me ponia.
[illegible] ya á nuestro
[illegible]
[illegible] Efrain vá per-
[illegible]
[illegible] y ella, poniéndo-
[illegible] sobre los labios
[illegible] en seguida.
[illegible] le preguntó mi
[illegible]
[illegible] ese caballo, le tuviste
[illegible]
—Y [illegible] agregó Felipe.
—Ustedes me están haciendo quedar malísimamente, contestó María mirándome sonrojada: el señor estaba convencido ya de que yo era buena equitadora.
—¿Conque no tienes miedo hoy? insistió mi madre.

—Sí tengo, respondióle; pero no tanto; porque el caballo se ha amansado y como no hay quien lo regañe si se alborota...

Cuando llegamos á las pampas, el sol, rasgadas las nieblas que entoldaban las montañas á nuestra espalda, envolvia en resplandores metálicos los bosques que en fajas tortuosas ó en grupos aislados interrumpian á distancias la llanura: las linfas de los riachuelos que vadeámos abrillantadas por aquella luz, corrian á perderse en las sombras, y las lejanas revueltas del Zabaletas parecian de plata líquida y orladas por florestas azules.

María dejó entonces caer el velillo sobre su rostro, y al través de la inquieta gasa de color de cielo, buscaba algunas veces mis ojos con los suyos, ante los cuales todo el esplendor de la naturaleza que nos rodeaba, me era casi indiferente.

Al internarnos en los grandes bosques, atravesada la llanura, hacia largo rato que María y yo guardábamos silencio; solamente Felipe no habia interrumpido su charla haciendo mil preguntas á mi madre sobre cuanto veia.

En un momento en que María estuvo cerca de mí me dijo:

—¿En qué piensas tanto? Vuelves á estar como anoche, y hace un rato que no era así. ¿Es pues tan grande esa desgracia que ha sucedido?

—No pensaba en ella; tú me haces olvidarla.

—¿Es tan irremediable esa pérdida?

—Tal vez no. En lo que he estado pensando es en la felicidad de Braulio.

—¿En la de él solamente?

—Me es fácil imajinarme la de Braulio. El vá á ser desde hoy completamente dichoso; y yo voy ausentarme, yo voy á dejarte por muchos años.

Ella me habia escuchado sin mirarme, y levantando al

fin los ojos, en los cuales no se habia apagado el brillo de felicidad que en aquella mañana los iluminaba, respondió alzando el velillo:

—¿Esa pérdida no es pues muy grande?

—¿Y por qué insistes en hablar de ella?

—¿No lo adivinas? Solamente yo he pensado así, y esto me convence que no debo confiarte mi pensamiento. Prefiero que no estés contento por haberme visto alegre hoy despues de lo que me contaste anoche.

—¿Y esa noticia te causó alegria?

—Tristeza cuando me la diste; pero mas tarde...

—Mas tarde qué?

—Pensé de otro modo.

—Lo cual te hizo pasar de la tristeza á la alegría.

—No tanto, pero...

—Estar como estás hoy.

—No digo? Yo sabia que no te podia gustar verme asi, y no quiero me creas capaz de una tontería.

—A tí? ¿y te imajinas que eso puede llegar á suceder?

—¿Por qué no? Yo soy una muchacha capaz como cualquiera otra de no ver las cosas sérias como deben verse.

—No; tú no eres así.

—Sí, señor, sí; por lo menos hasta que me disculpe. Pero hablemos un rato con mamá, no sea que estrañe que converses mucho conmigo, y mientras tanto yo me resolveré á contártelo todo.

Así lo hicimos; mas despues de un cuarto de hora, mi caballo y el de María volvieron á aparearse. Salimos de nuevo á la campaña y veiamos blanquear la torrecilla de la parroquia y colorear los techos de las casas en medio de los follajes de los huertos.

—Dí, María, la dije entónces.

—Ya ves que estás deseoso tú mismo de disculparme. ¿Y si el motivo que te voy á decir no es suficiente? Me-

jor hubiera sido no estar contenta; pero como no has querido enseñarme á finjir....

—¿Cómo enseñarte lo que no sé?

—Qué buena memoria! ¿Has olvidado lo que me decias anoche? Voy á aprovecharme de esa leccion.

—Desde hoy?

—Desde ahora no, respondió sonriendo de la misma gravedad que trataba de aparentar. Oye, pues: yo no he podido prescindir de estar contenta hoy, porque luego que nos separamos anoche, pensé que de esa pérdida sufrida por papá, puede resultar.... Y ¿qué pensaria él de mí si supiera esto?

—Esplícate y yo te diré qué pensaria.

—Si esa suma que se ha perdido es tanta, se resolvió á decirme entónces, peinando al mismo tiempo con el mango del fuete las crines del caballo, papá necesitará mas de tí...... él consentirá en que le ayudes desde ahora .....

—Sí, sí, le respondí dominado por su mirada tímida y anhelosa al confesarme lo que tanto recelaba la pudiera mostrar culpable.

—¿Conque es verdad que sí?

—Relevaré á mi padre de la promesa que me tiene hecha de enviarme á Europa á terminar mis estudios; le prometeré luchar á su lado hasta el fin por salvar su crédito; y consentirá; debe consentir... Así no nos separaremos tú y yo nunca... no nos separarán. Y entonces pronto...

Sin levantar los ojos me significó que sí; y al traves de su velillo con el cual jugaba la brisa, su pudor era el pudor de un ángel.

Cuando hubimos llegado al pueblo, vino Braulio á saludarnos y á decirnos que el cura nos estaba esperando. Mi madre y María se habian cambiado los vestidos, y salimos.

El anciano cura al vernos acercar á su casita situada al lado de la iglesia, nos salió al encuentro, invitándonos á almorzar con él, de lo cual nos escusamos cuan finamente pudimos.

Al empezarse la ceremonia, el rostro de Braulio, aunque un tanto pálido, denunciaba su felicidad: Tránsito miraba tenazmente el suelo, y contestó con voz alterada al llegarle el turno: José colocado al lado del cura empuñaba con mano poco firme uno de los cirios; y sus ojos, que pasaban constantemente del rostro del sacerdote al de su hija, si no se podia decir que estaban llorosos, sí que habian llorado.

A tiempo que el ministro bendecia las manos enlazadas de los novios, Tránsito se atrevió á mirar á su marido: en aquella mirada habia amor, humildad é inocencia; era la promesa única que podia hacer al hombre que amaba despues de la que acababa de pronunciar ante Dios.

Oimos todos la misa, y al salir de la iglesia nos dijo Braulio que mientras montábamos saldrian ellos del pueblo; pero que no los alcanzaríamos muy lejos.

A la media hora dimos alcance á la linda pareja y á José, quien llevaba por delante la vieja mula rucia en que habia conducido con los regalos para el cura, legumbres para el mercado y la ropa de gala de los muchachos. Tránsito iba ya solamente con su vestido de domingo; y el de novia no le quedaba mejor: sombrerito de jipijapa, por debajo del cual caian las trenzas sobre el pañolon negro de guarda morada: la falda de zaraza rosada con muchos boleros y lijeramente recojida para librarla del rocío de los gramales, dejaba ver á veces sus lindos piés y el embozo, al descuidarse, la camisa blanca bordada de seda negra y lacre.

Acortamos el paso para ir con ella un rato y esperar á mi madre. Tránsito iba al lado de María, quitándole del

faldon las pelusas que habia recojido en los pajonales: hablaba poco, y en su porte y rostro se descubria un conjunto tal de modestia, reconocimiento y placer, que es difícil imajinar.

Al despedirnos de ellos prometiéndoles ir aquella tarde á la montaña, Tránsito sonrió á María con una dulzura casi hermanal: esta retuvo entre las suyas la mano que le ofrecia tímidamente su ahijada, diciéndole:

—Me da mucha pena el pensar que vas á hacer todo el camino á pié.

—Por qué, señorita?

—¿ Señorita ?

—Madrina ¿ no ?

—Si sí.

—Bueno. Nos iremos poco á poco; ¿verdad? dijo dirijiéndose á los montañeses.

—Sí, respondió Braulio; y si no te avergüenzas hoy tambien de apoyarte en mí para subir los repechos, no llegarás tan cansada.

Mi madre, que con Felipe nos dió el alcance en ese momento, instó á José para que al dia siguiente llevase la familia á comer con nosotros, y él quedó comprometido á empeñarse para que así fuese.

La conversacion se hizo jeneral durante el regreso, lo que María y yo procuramos para que se distrajese mi madre, la cual se quejaba de cansancio, como siempre que andaba á caballo. Solamente al acercarnos á la casa, me dijo María en voz que solo yo podia oir:

—¿ Vás á decir eso hoy á papá ?

—Sí.

—No se lo digas hoy.

—¿ Por qué ?

—Porque no.

—¿ Cuándo quieres que se lo diga ?

—Si pasados estos ocho dias no te habla nada de viaje, busca ocasion para decírselo. ¿Y sabes cuál será la mejor? Un dia despues que hayais trabajado mucho juntos: se le conoce entonces á él que está muy agradecido por lo que le ayudas.

—Pero mientras tanto no podré soportar la impacencia en que me tendrá el no saber si acepta.

—¿Y si él no conviene?

—¿Lo temes?

—Sí.

—¿Y qué haremos entónces?

—Tú, obedecerle.

—Y tú?

—Ay! quién sabe.

—Debes creer que aceptará, María.

—No, no; porque si me engañara, sé que ese engaño me haría un mal muy grande. Pero hazlo todo como te digo: así puede ser que todo salga bien.

Capítulo XXXVI

Habiamos llegado. Estrañé ver cerradas las ventanas del aposento de mi madre. La habia apeado á ella y estaba bajando á María á tiempo que Eloisa salió á recibirnos haciendo señas que no hiciésemos ruido.

—Papá, dijo, se ha vuelto á acostar, porque está enfermo.

Solamente María y yo podiamos suponer la causa, y nuestras miradas se encontraron para decírsela. Ella y mi madre entraron al instante á ver á mi padre; yo las seguí. Como él conoció que nos habiamos alarmado, nos dijo en voz balbuciente por el acceso de frio:

—No es nada: tal vez me levanté sin precaucion, y me he resfriado.

Tenia las manos y los piés yertos, y calenturienta la frente.

A la media hora, María y mi madre se hallaban ya en traje de casa. Se sirvió el almuerzo, pero ellas no asistieron al comedor. Al levantarme de la mesa, llegó Emma á decirme que mi padre me llamaba.

La fiebre habia tomado incremento. María estaba en pié y recostada contra una de las columnas de la cama. Emma á su lado y mi madre á la cabecera.

—Apaguen algunas de esas luces, decia mi padre á tiempo que yo entraba.

Solo una habia, en la mesa que le ocultaban las cortinas.

—Aquí está ya Efrain, le dijo mi madre.

Pareció no haber oido. Pasado un momento, dijo como para sí:

—Esto no tiene sino un remedio. ¿Por qué no viene Efrain para despachar de una vez todo?

Le hice notar que estaba presente.

—Bueno, continuó; tráelas para firmarlas.

Mi madre apoyaba la frente sobre una de las manos. María y Emma trataban de saber mirándome, si existian realmente tales cartas.

—Así como usted esté mas reposado se despachará todo mejor.

—Qué hombre, qué hombre! murmuró; y se quedó en seguida aletargado.

Llamóme mi madre al salon y me dijo:

—Me parece que debemos llamar al doctor: qué dices?

—Creo que debe llarmársele; porque aunque la fiebre pase, nada se pierde con hacer que venga, y si...

—No, no, interrumpió ella; siempre que alguna enfermedad le empieza así, es grave.

—Luego que despaché un paje en busca del médico, volví al lado de mi padre, quien me llamaba otra vez.

—¿A qué hora volvieron? me preguntó.

—Hace mas de una hora.

—¿Dónde está tu madre?

—Voy á llamarla.

—Que no sepa nada.

—Sí, señor; esté usted tranquilo,

—¿Pusiste esa posdata á la carta?

—Sí, señor.

—¿Sacaste del armario aquella correspondencia y los recibos?

Le dominaba de seguro la idea de remediar la pérdida que habia sufrido. Habia oido mi madre este último diálogo, y como él pareciese quedarse dormido, me preguntó:

—¿Ha tenido tu padre alguna molestia en estos dias? ¿Ha recibido alguna mala noticia? ¿qué es lo que no quiere que yo sepa?

—Nada ha sucedido que deba serle ocultado á usted, la respondí finjiendo la mayor naturalidad que me fué posible.

—Entónces ¿qué significa ese delirio? ¿Quién es el hombre de quien parece quejarse?......¿De qué cartas habla tanto?

—No puedo adivinarlo, señora.

Ella no quedó satisfecha de mis contestaciones; pero yo no debia darle otras.

A las cuatro de la tarde llegó el médico. La fiebre no habia cedido y el enfermo continuaba delirando en unos ratos, aletargado en otros. Todos los remedios domésticos que para el supuesto resfriado se le aplicaban, habian sido hasta entónces ineficaces.

Habiendo el doctor examinado y dispuesto que se preparase un baño de tina y lo necesario para ponerle unas ventosas, fué conmigo á mi cuarto. Miéntras confeccio-

naba en él una bebida, traté de saber su opinion sobre la enfermedad.

—Es probablemente una fiebre cerebral, me dijo.

—¿Y ese dolor de que se queja en la rejion del hígado?

No tiene que hacer con lo otro, pero no es despreciable.

—¿Le parece á usted muy alarmante el mal?

—Así suelen empezar estas fiebres, pero si se atacan en tiempo, se logra muchas veces vencerlas. ¿Se ha fatigado mucho su padre en estos dias?

—Si señor: estuvimos hasta ayer en las haciendas de abajo, y tuvo mucho que hacer.

—¿Ha tenido alguna contrariedad, algun disgusto sério?

—Creo que debo hablar á usted con la franqueza que exijen las circunstancias. Hace tres dias recibió la noticia de que un negocio con cuyo buen éxito necesitaba contar, se habia desgraciado.

—¿Y le afectó mucho eso? Discúlpeme usted si le hablo de esta manera; creo indispensable hacerlo. Ocasiones tendrá usted durante sus estudios, y mas frecuentemente en la práctica, para convencerse de que existen enfermedades que residiendo en el espíritu, se disfrazan con los síntomas de otras, ó se complican con las mas conocidas por la ciencia.

—Puede estar usted casi seguro de que esa desgracia de que le he hablado, ha sido la causa principal de la enfermedad.

Es sí indispensable advertir á usted que mi madre ignora lo ocurrido, porque mi padre así lo ha querido para evitarle el pesar que era consiguiente.

—Está bien: ha hecho usted perfectamente en hablarme de ese modo: esté cierto de que yo sabré utilizarme prudentemente del secreto. Cuánto siento todo eso! Ahora iremos por camino mas conocido. Vamos, agregó

poniéndose en pié, y tomando la copa en que habia mezclado las drogas : creo que esto hará muy buen efecto.

Eran ya las dos de la mañana. La fiebre no habia cedido un punto. El doctor, despues de velar hasta esa hora, se retiró suplicando lo llamásemos si se presentaba algun síntoma alarmante.

La estancia, alumbrada escasamente, estaba en profundo silencio.

Permanecia mi madre en una butaca cerca de la cabecera: por el movimiento de sus labios y por la direccion de sus miradas, fijas en un Ecce-Homo, colgado sobre la puerta que daba entrada del salon al aposento, podia conocerse que oraba. Ya, por las palabras que del delirio de mi padre habia anudado, nada de lo ocurrido se le ocultaba. A los pié de la cama, arrodillada sobre un sofá y medio oculta por las cortinas, procuraba María volver el calor á los piés del enfermo, que se habia quejado nuevamente de frio. Acerquéme á ella para decirla muy quedo:

—Retírate á descansar un rato.

—Porqué? me respondió levantando la cabeza, cuya frente tenia apoyada en uno de los brazos: cabeza tan bella en el desaliño de la velada como adornada lindamente en el paseo de la mañana anterior.

—Porque te va á hacer mál pasar toda la noche en vela.

—No lo creas; ¿qué horas son?

—Van á ser las tres.

—Yo no estoy cansada: pronto amanecerá: duerme tú mientras tanto, y si fuere necesario te haré llamar.

—¿Cómo estàn los piés?

—Ay! muy frios.

—Deja que te reemplace ahí algun rato, y despues me retiraré.

—Está bien, respondió, levantándose con tiento para no hacer el menor ruido.

Me entregó el cepillo, sonriendo al enseñarme cómo debia tomarlo para frotar las plantas. Luego que estuve instalado, me dijo:

—No es sino por un momento, mientras voy á ver qué tiene Juan, y vuelvo.

El chiquito se habia despertado y la llamaba, estrañando no verla cerca. Se oyó despues la voz acallada de María que decia ternezas á Juan, para lograr que no se levantase, y el ruido de los besos con que le acariciaba. No tardó el reloj en dar las tres: María tornó á reclamarme su puesto.

—¿Es tiempo de la bebida? la pregunté.

—Creo que sí.

—Pregúntale á mi madre.

Llevando ésta la pocion y yo la luz, nos acercamos al lecho. A nuestro llamamiento abrió mi padre los ojos, notablemente inyectados, y procuró hacerles sombra con una mano molestado por la luz. Se le instó para que tomase la bebida. Incorporóse volviendo á quejarse de dolor en el costado derecho; y despues de examinar con mirada incierta cuanto le rodeaba, dijo algunas palabras en las cuales se oyó, «sed»

—Esto la calmará, le observó mi madre presentándole el vaso.

El se dejó caer sobre las almohadas, diciendo al llevar entrambas manos al cerebro:

—Aquí!

Logramos de nuevo que hiciera un esfuerzo para levantarse; pero inútilmente.

El semblante de mi madre dejaba conocer lo que aquella postracion la acobardaba.

Sentándose María al borde de la cama y apoyada en las almohadas, dijo al enfermo con su voz mas cariñosa:

—Papá, procure levantarse para tomar esto; yo voy á ayudarle.

—Veamos, hija, contestó con voz débil.

Ella consiguió recostarlo en su pecho, mientras lo sostenía por la espalda con el brazo izquierdo. Las negras trenzas de María sombrearon aquella cabeza cana y venerable á que tan tiernamente ofrecia ella su seno por cojin.

Una vez tomada la pocion, mi madre me entregó el vaso y María volvió á colocar suavemente á mi padre sobre las almohadas.

—Ay! Jesús! cómo se ha postrado! me dijo ésta en voz muy baja, luego que estuvimos cerca de la mesa donde colocaba ella la luz.

—Esa bebida es narcótica, le indiqué por tranquilizarla.

—Pero el delirio no es tan constante ya. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Que es necesario esperar un poco para hacer remedios mas enérjicos.

—Véte á acostar, que con nosotras hay bastante ya: oye, son las tres y media. Yo despertaré á Emma para que me acompañe, y tú conseguirás que mamá descanse tambien un rato.

—Te has puesto pálida; esto vá á hacerte muchísimo daño.

Ella estaba frente al espejo del tocador de mi madre, y se vió en él pasándose las manos por las sienes para medio arreglarse los cabellos al responderme:

—No tanto: verás como nada se me nota.

—Si descansas un rato ahora, pnede ser; te haré llamar cuando sea de dia.

Conseguí que las tres me dejaran solo, y me senté á la

cabecera. El sueño del enfermo continuó intranquilo, y á veces se le percibian palabras mal articuladas del delirio.

Durante una hora desfilaron en mi imajinacion todos los cuadros horrorosos que vendrian en pos de una desgracia, en la cual no podia detenerme á pensar sin que se contrajera mi corazon dolorosamente.

Empezaba á amanecer: algunas líneas luminosas entraban por las rendijas de las puertas y ventanas; la luz de la lámpara fué haciéndose mas y mas pálida: se oian ya los cantos de los coclíes y los de las aves domésticas.

Entró el doctor.

—¿Le han llamado á usted? le pregunté.

—No; es que necesito estar aquí ahora. ¿Cómo ha continuado?

Le indiqué lo que habia yo observado; tomó el pulso, mirando al mismo tiempo su cronómetro.

—Absolutamente nada, dijo como para sí. ¿La bebida? añadió.

—La ha tomado una vez mas.

—Démosle otra toma; y para no incomodarle de nuevo, le pondremos ahora los cáusticos.

Hicímoslo todo ayudados por Emma.

El médico estaba visiblemente preocupado.

Capitulo XXXVII

Despues de tres dias, la fiebre resistia aun á todos los esfuerzos del médico para combatirla: los síntomas eran tan alarmantes que ni á él mismo le era posible ocultar en ciertos momentos la angustia que le dominaba.

Eran las doce de la noche. El doctor me llamó disimuladamente al salon para decirme:

—Usted no desconoce el peligro en que se halla su pa-

dre: no me queda ya otra esperanza que la que tengo en los efectos de una copiosa sangría que voy á darle, para lo cual está preparado convenientemente. Si ella y los medicamentos que ha tomado esta tarde, no producen de aquí al amânecer una excitacion y un delirio crecientes, es difícil conseguir ya una crísis. Es tiempo de manifestar á usted, continuó despues de alguna pausa, que si al venir el dia no se hubiere presentado, nada me resta por hacer. Por ahora haga usted que la señora se retire, porque, suceda ó no lo que deseo, ella no debe estar en la habitacion: es mas de media noche, y ese es un buen pretesto para suplicarle tome algun descanso. Si usted lo juzga conveniente, ruegue tambien á las señoritas que nos dejen solos.

Le observé que estaba seguro de que ellas se resistirian y que dado que se consiguiera, aquello podia alarmar mas á mi madre.

—Veo que usted se hace cargo de lo que está pasando sin perder el valor que el caso requiere, me dijo examinando escrupulosamente á la luz de la bujía inmediata, las lancetas de su estuche de bolsillo. No hay que desesperar todavía.

Salimos del salon para ir á poner por obra lo que él estimaba como último recurso.

Mi padre estaba dominado por el mismo sopor: durante el dia y lo que habia corrido de la noche, no lo habia interrumpido el delirio. Su inmovilidad tenia algo de lo que sucede al agotamiento de las ultimas fuerzas: casi sordo á todo llamamiento, solamente los ojos, que abria con dificultad algunas veces, dejaban conocer que oia; y su respiracion era anhelosa.

Mi madre sollozaba sentada á la cabecera de la cama, apoyada la frente en los almohadones y teniendo entre las manos una de las de mi padre. Emma y María, ayudadas

por Luisa, que aquella noche habia venido á reemplazar á sus hijas, preparaban los útiles para el baño en que se iba á dar la sangría.

Mayn pidió la luz; María la acercó á la cama: por el rostro le rodaban como á su pesar algunas lágrimas, mientras el médico estuvo haciendo el exámen que deseaba.

A la hora, terminado ya todo lo que el doctor estimaba como estremo recurso, nos dijo:

—Cuando el reloj dé las dos y media, debo estar aquí; pero si me vence el sueño, que me llamen.

Señalando en seguida al enfermo, añadió:

—Se le debe dejar en completa calma.

Y se retiró despues de haber dicho casi risueño alguna chanza á las muchachas sobre la necesidad que tienen los viejos de dormir á tiempo: jovialidad digna de agradecérsele, puesto que no tenia mas objeto que tranquilizarlas.

Mi madre volvió á ver si lo que durante una hora se había estado haciendo producia algun efecto consolador; pero logramos convencerla de que el doctor estaba lleno de esperanzas para el dia siguiente; y abrumada por el cansancio, se durmió en el departamento de Emma, donde quedó Luisa haciéndole compañía.

Dió las dos el reloj.

María y Emma sabian ya que el doctor deseaba la manifestacion de ciertos síntomas alarmantes, y espiaron largo tiempo con anhelosa curiosidad el sueño de mi padre; pero el enfermo parecia mas tranquilo, habia pedido una vez agua, aunque con voz muy débil, bastante intelijible, lo cual las habia hecho concebir esperanzas de que la sangría produjera buenos resultados.

Emma, despues de inútiles esfuerzos para evitarlo, se habia dormido en la poltrona que estaba á la cabecera de la cama. María reclinada al principio en uno de los brazos del pequeño sofá que ocupabamos, habia dejado caer

sobre este, rendida al fin, la cabeza, cuya blancura resaltaba en el damasco color de púrpura de los almohadones: habiéndosele desembozado el pañolon de seda que llevaba, negreaba rodado sobre el nevado linon de la falda, que con los boleros ajados parecia, á favor de la sombra, formada de espumas. En medio del silencio que nos rodeaba, se percibia su respiracion, suave como la de un niño que se ha dormido en nuestros brazos.

Dieron las tres. El ruido del reloj hizo hacer un lijero movimiento á María como para incorporarse; pero fué mas poderoso otra vez el sueño que su voluntad. Hundida la cintura en el ropaje que de ella descendia á la alfombra, quedaba visible un pié casi infantil, calzado con una chinela roja salpicada de lentejuelas.

La contemplaba yo, poseido de una ternura inmensa, y mis ojos, vueltos algunas veces hácia el lecho de mi padre, tornaba á buscarla, porque mi alma estaba allí, acariciando esa frente, escuchando los latidos de ese corazon, esperando oir á cada instante alguna palabra que me revelase alguno de sus sueños, porque sus labios parecia como que intentaban balbucirla.

Un quejido doloroso del enfermo interrumpió aquel enajenamiento aliviador de mi espíritu; y la realidad reapareció tan espantosa como era.

Acerquéme al lecho: mi padre que se apoyaba en uno de sus brazos, me miró con tenaz fijeza, diciéndome al cabo:

—Acércame la ropa, que es muy tarde ya.

—Es de noche señor, le respondí.

—Cómo de noche? Quiero levantarme.

—Es imposible, le observé suavemente; ¿no vé usted que eso le causaria mucho daño?

Dejó caer otra vez la cabeza en los almohadones, y pronunciaba en voz baja palabras que no entendí, mientras

movia las manos pálidas y enflaquecidas cual si estuviese haciendo una cuenta. Viéndole que buscaba algo á su lado, le presenté mi pañuelo.

—Gracias, me dijo, cual si hablase con un estraño; y despues de enjugarse los labios con él, buscó sobre la colcha que le cubria, un bolsillo para guardarlo.

Volvió á quedarse dormido algunos momentos. Me habia acercado á la mesa para saber la hora en que el delirio habia empezado, cuando él sentado en la cama y descorriendo las cortinas que le ocultaban la luz, dejó ver la cabeza lívida y de asombrada mirada, diciéndome:

—Quién está ahí?... Ola! ola!

Sobrecojido de cierto espanto invencible, á pesar de lo que prometia aquel delirio tan semejante á la locura, procuré reducirle á que se recostara. Clavando en mí una mirada casi terrible, preguntó:

—¿No estuvo él aquí? En este momento se ha levantado de esa silla

—Quién?

Pronunció el nombre que yo me temia.

Pasado un cuarto de hora, incorporóse otra vez diciéndome con voz mas vigorosa ya:

—No le permitan que entre; que me espere. A ver la ropa.

Le supliqué que no insistiera en levantarse, pero en tono imperativo replicó:

—Oh! qué necedad!... la ropa..

Se me ocurrió que María, que habia ejercido sobre él en momentos semejantes tan poderosa influencia, podria ayudarme; mas no me resolví á separarme del lecho, temeroso de que mi padre se levantase. El estado de debilidad real en que se hallaba, le impedia permanecer mucho tiempo sentado; y volvió á reclinarse aparentemente tranquilo. Entónces me acerqué á María, y tomándole

la mano que le pendia sobre la falda, la llamé muy quedo. Ella sin apartar la mano de la mia, se incorporó sin abrir los ojos; mas luego que me vió se apresuró á cubrirse los hombros con el pañolon, y poniéndose en pié me dijo:

—¿Qué se necesita, ah?

—Es, la respondí, que el delirio ha empezado, y deseo que me acompañes por si el acceso es muy fuerte.

—Cuánto tiempo hace?

—Va para una hora.

Ella se acercó al lecho casi contenta por la buena noticia que yo le daba, y alejándose en puntillas, de él, vino á decirme:

—Pero está dormido otra vez.

—Ya verás que eso dura poco.

—¿Y por qué no me habias despertado antes?

—Dormias tan profundamente que me dió pena hacerlo.

—¿Y Emma tambien? Ella tiene la culpa de que me haya dormido yo.

Se acercó á Emma y me dijo:

—Mira que linda está. Pobre! ¿la llamamos?

—Ya ves, le contesté, que dá lástima despertar á quien duerme así.

Tomó el labio inferior de mi hermana, y cojiéndole despues con ambas manos la cabeza, la llamó inclinándose hasta que se tocaron sus frentes. Emma despertó casi asustada, pero sonriendo al punto, tomó en las suyas las manos con que María le acariciaba las sienes.

Mi padre acababa de sentarse con mas facilidad de la que hasta entonces habia tenido. Permaneció unos momentos silenciosos y como espiando los ángulos oscuros del aposento.

Las muchachas le miraban aterradas.

—Voy allá, prorumpió él al fin; voy en este instante.

Buscó algo sobre la cama, y dirijiéndose de nuevo á quien creia le esperaba, añadió:

—Perdone usted que le demore un instante.

Y dirijiéndose á mí:

—Mi ropa.... ¿qué es esto? la ropa.

María y Emma permanecian inmóviles.

—Es que no está aquí, le respondi; han ido á traerla.

—¿Para qué se la han llevado?

—La habrán ido á cambiar por otra.

—Pero que demora es esta? dijo enjugándose el sudor de la frente. ¿Los caballos están listos? continuó.

—Si, señor.

—Vaya diga á Efrain que lo espero para que montemos ántes de que se haga tarde. Muévase, hombre! Juan Anjel, café. No, no... esto es intolerable.

Y se acercaba al borde de la cama para saltar al suelo: María aproximóse á él, diciendole:

—No, papá, no haga eso.

—Que no qué? la respondió con aspereza.

—Que si se levanta, se impacientará el doctor, porque le hará á usted mal.

—Qué doctor?

—Pues el médico que ha venido á verlo, porque usted está enfermo.

—Pero si estoy bueno, oyes? bueno; y quiero levantarme. ¿Ese niño dónde está, que no parece?

—Es necesario que yo llame á Mayn, dije al oido á María.

—No, no, me contestó, deteniéndome de una mano y ocultando con su cuerpo, aquel ademan á mi padre.

—Pero si es indispensable.

—Es que no debes dejarnos solas. Díle á Emma que vaya á despertar á Luisa para que le llame.

Lo hice así, y Emma salió.

Mi padre insistia, irritado ya, en levantarse. Hube de alcanzarle la ropa que pedia y me resolví á ayudarle á vestirse, cerrando ántes las cortinas. Saltó de la cama inmediatamente que se creyó vestido. Estaba lívido, contraido el ceño; ajitábale los labios un temblor constante cual si estuviese poseido de ira, y sus ojos tenian un brillo siniestro al jirar en las órbitas buscando por todas partes algo. El pié sangrado le impedia andar bien, á pesar de que habia aceptado mi brazo para apoyarse. María, en pié, las manos cruzadas sobre la falda y dejando conocer en su rostro el afan y el dolor que la angustiaban, no se atrevia á dar un paso hácia nosotros.

—Abra esa puerta, dijo mi padre acercándose á la que conducia al oratorio.

—Le obedecí. El oratorio estaba sin luz. María se apresuró á precedernos con una, y colocándola al pié de aquella bella imájen de la Virjen que tanto se le parecia, pronunció palabras que no oí, y sus ojos suplicantes se fijaron arrasados de lágrimas en el rostro de la imájen. Mi padre se detuvo en el umbral. Su mirada se hizo menos intranquila, y se apoyó con mayor fuerza en mi brazo.

—¿Desea usted sentarse? le pregunté.

—Sí... bueno... vamos, respondió con voz casi suave.

Le habia vuelto yo á acomodar en la cama cuando entró el doctor: se le refirió lo que habia pasado y se mostró contento, despues de pulsarle.

A la media hora, acercándose Mayn otra vez á examinar al enfermo, que dormia profundamente, preparó una bebida y entregándosela á María, le dijo:

—Usted va á darle esto, instándole para que lo tome con esa dulzurita que tenemos.

Ella tomó la copa con cierto temor, y nos acercamos á la cama llevando yo la luz. El doctor se ocultó á favor de las cortinas para observar al enfermo sin ser visto.

María llamó á mi padre con su mas suave acento. El, luego que despertó llevó la mano al costado, quejándose al mismo tiempo; y fijándose en María, que le instaba para que tomase la pocion, la dijo:

—Por cucharadas; no puedo levantarme.

Ella empezó á darle así la bebida.

—¿Está dulce? le preguntó.

—Sí, pero basta con eso ya.

—¿Tiene mucho sueño?

—Sí. ¿Qué horas son?

—Va á amanecer.

—¿Tu mamá?

—Descansando un rato. Tome unas cucharadas mas de esto, y dormirá muy bien despues.

El significó con la cabeza que no. María buscó los ojos del médico para consultarle, y él le hizo seña para que le diera mas de la bebida. El enfermo se resistia, y ella le dijo haciendo ademan de que probaba el contenido de la copa:

—Si es muy agradable. Otra cucharada, otra, y no mas.

Los labios de mi padre se contrajeron intentando sonreir y recibieron el líquido. María se los enjugó, con su pañuelo diciéndole con la misma ternura con que solia despedirse de Juan despues de dejarlo acostado:

—Bueno, pues: ahora dormir mucho.

Y cerró las cortinas.

—Con una enfermera como usted, le observó el doctor, á tiempo que ella colocaba la luz sobre la mesa, no se moriría ninguno de mis enfermos....

—¿Es decir, que ya?.... le interrumpió ella.

—Respondo de todo.

Capítulo XXXVIII

Corridos diez dias mi padre estaba convaleciente, y la alegria habia vuelto á nuestra casa. Cuando una enfermedad nos ha hecho temer la pérdida de una persona amada, aquel temor aviva nuestros mas dulces afectos hácia ella, y hay en los cuidados que le prodigamos, alejado ya el peligro, una ternura capaz de desarmar á la muerte misma.

Habia recomendado el médico que se procurase al espíritu del enfermo la mayor tranquilidad posible. Se evitaba cuidadosamente hablarle de negocios. Luego que pudo levantarse, le instamos que eligiera un libro para leerle en algunos ratos, y escojió el Diario de Napoleon en Santa Elena, lectura que siempre le conmovia hondamente.

Reunidos en el costurero de mi madre, nos turnábamos para leerle Emma, María y yo; y si le notábamos alguna vez dominado por la tristeza, Emma tocaba la guitarra para distraerle. Otras veces solia él hablarnos de los dias de su niñez, de sus padres y hermanos, ó nos referia con entusiasmo los viajes que habia hecho en su primera juventud. En ocasiones burlaba con mi madre criticando las costumbres del Chocó por reir al oirla hacer la defensa de su tierra natal.

—¿ Cuántos años tenia yo cuando nos casamos ? la preguntó una vez, despues de haber hablado de los primeros dias de su matrimonio, y de un incendio que los dejó completamente arruinados, á los dos meses de verificado aquel.

Veintiuno, respondió ella.

—No, hija; tenia veinte. Yo engañé á la señora (así llamaba á su suegra) temeroso de que me creyera muy

muchacho. Como las mujeres, cuando sus maridos empiezan á envejecer, no recuerdan nunca bien los años que ellos tienen, fácil me ha sido luego rectificar la cuenta.

—¿Veinte años no más? preguntó Emma admirada.

—Ya lo oyes, respondió mi madre.

—Y usted cuantos, mamá? preguntó María.

—Yo tenia dieziseis; un año mas de los que tienes tú.

—Pero díle que te cuente, dijo mi padre, la importancia que se daba para conmigo desde que tuvo quince, que fué entónces cuando yo resolví casarme con ella y hacerme cristiano.

—A ver, mamá, dijo María.

—Pregúntale á él primero, respondió mi madre, si lo resolvió á algo eso que él llama importancia que para con él me daba.

Todos nos volvimos hácia mi padre; y él dijo:

—A casarme.

Interrumpió aquella conversacion la llegada de Juan Anjel, que venia del pueblo trayendo la correspondencia. Entregó algunos periódicos y dos cartas, ambas firmadas por el señor A***, y una de ellas de fecha bastante atrasada.

Luego que ví las firmas, se las pasé á mi padre.

—Ah! sí, dijo devolviéndomelas; esperaba cartas de él.

La primera se reducia á anunciar que no podria emprender su viaje á Europa sino pasados cuatro meses, lo cual avisaba para que no se precipitasen los preparativos del mio. No me atreví á dirijir una sola mirada á Maria, temeroso de provocar una emocion mayor que la que me dominaba; pero vino en mi ayuda la reflexion que hice instantáneamente de que si mi viaje no se frustraba, me quedaban aun mas de tres meses de felicidad. María estaba pálida, y pretestaba buscar algo en su cajita de costura que tenia sobre las rodillas. Mi padre, completamente

tranquilo esperó á que yo concluyese la lectura de la primera carta para decir:

—Qué se va á hacer: veamos la otra.

Leí los primeros renglones, y comprendiendo que iba á serme imposible disimular mi turbacion, me acerqué á la ventana como para ver mejor, y poder dar así la espalda á los que me oian. La carta decia literalmente esto, en su parte sustancial:

« Hace quince dias que escribí á usted avisándole que me veia precisado á retardar por cuatro meses mas mi viaje; pero habiéndose allanado cuando y como yo no lo esperaba, los inconvenientes que se me habian presentado, me apresuro á dirijirle esta carta con el objeto de anunciarle que el 30 del próximo enero, estaré en Calí, donde espero encontrar á Efrain para que nos pongamos en marcha hácia el Puerto el 2 de febrero. »

« Aunque tuve el pesar de saber que una grave enfermedad lo habia tenido á usted en cama, poco despues recibí la agradable noticia de que estaba ya fuera de peligro. Doy á usted y á su familia la enhorabuena por el pronto restablecimiento de su salud.

« Espero, pues, que no habrá inconveniente alguno para que usted me proporcione el placer de llevar la grata compañia de Efrain, por quien, como usted sabe, he tenido siempre tan particular cariño. Sírvase mostrarle esta parte de mi carta. »

Cuando volví á buscar mi asiento, encontré con las miradas de mi padre fijas en mí. María y mi hermana salian en aquel momento al salon, y ocupé la butaca que la primera acababa de dejar, por estar este asiento mas á la sombra.

—¿ Cuántos tenemos hoy ? preguntó mi padre.

—Veintiseis, le respondí.

—Nos queda solamente un mes; es necesario no dormirse.

Habia en el acento con que pronunció aquellas palabras, y en su semblante, toda la tranquilidad que revela una resolucion inmutable.

Un paje entró à avisarme que estaba listo el caballo que una hora antes le habia mandado preparar.

—Cuando vuelvas de tu paseo, díjome mi padre, contestaremos esa carta, la cual llevarás tú mismo al pueblo, puesto que mañana debias de todos modos dar una vuelta á las haciendas.

—No me demoraré, dije saliendo.

Necesitaba disimular lo que sufria; llamar en la soledad aquella dulce esperanza que me habia halagado para dejarme luego solo ante la realidad del temido viaje; necesitaba llorar á solas para que María no viera mis lágrimas... Ah! si ella hubiese podido saber cuántas brotaban de mi corazon en aquel instante, tampoco habria esperado ya.

Descendí á las anchas vegas dèl rio, donde acercándose á las llanuras es menos impetuoso: formando majestuosas curvas, al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan á unírsele torrentes espumosos, sigue luego acariciando los follajes de los carboneros y guayabales de la orilla; desapareciendo despues bajo las últimas cintas montañosas, donde parece decir en murmullos sus últimos adioses á la soledad, y al fin léjos, muy léjos en la pampa azul, donde en aquel momento el sol al esconderse tornasolaba de púrpura y oro su manto undoso.

Al regresar ascendiendo por los tortuosos senderos de la ribera, la noche estaba engalanada ya con todos los esplendores del estío. Las espumas del rio tenian una blancura brillante, y las ondas mecian los cañaverales como diciendo secretos á las auras que venian á peinarles los plumajes. Los no sombreados remansos del rio reflejaban

en su fondo temblorosas las estrellas; y donde los ramajes de la selva de una y otra orilla se enlazaban formando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Solo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soñolientos; pero de tiempo en tiempo el bujío, guardian celoso de las espesuras, revoloteaba á mi alrededor, haciéndome oir su silbido siniestro.

La casa, aunque iluminada ya, estaba silenciosa cuando entregué en la escalera mi caballo á Juan Anjel.

Me esperaba mi padre paseándose en el salon: la familia se hallaba reunida en el oratorio.

—Has tardado, me dijo mi padre: ¿quieres que escribamos esas cartas?

—Quisiera que antes habláramos algo sobre mi viaje.

—A ver, contestó sentándose en un sofá.

Yo permanecí en pié cerca de una mesa y dando la espalda á la bujía que nos alumbraba.

—Despues de la desgracia ocurrida, le dije; despues de esa pérdida, cuyo valor puedo avaluar, estimo indispensable manifestar á usted que no lo creo obligado á hacer el sacrificio que le exije el complementar mi educacion. Antes de que los intereses de la casa sufrieran este desfalco indiqué á usted que me seria muy satisfactorio en adelante ayudarle en sus trabajos; y á su negativa de entónces nada pude replicar. Hoy las circunstancias son muy distintas: todo me hace esperar que usted aceptará mi ofrecimiento; y yo renuncio gustoso al bien que usted quiere hacerme enviándome á concluir mi carrera, porque es un deber mio relevar á usted de esa especie de compromiso que para conmigo tiene contraido.

Aunque eso, me respondió, está hasta cierto punto juiciosamente pensado, aunque haya motivos para que hoy mas que antes te sea temible ese viaje, no puedo dejar de

conocer á pesar de todo, que te dominan al hablar así nobles sentimientos. Pero debo advertirte que mi resolucion es irrevocable. Los gastos que el resto de tu educacion me cause, en nada empeorarán mi situacion, y una vez concluida tu carrera, la familia cosechará abundante fruto de la semilla que voy á sembrar. Por lo demas, añadió despues de una corta pausa, durante la cual volvió á pasearse por el salon, creo que tienes el noble orgullo necesario para no pretender cortar lastimosamente lo que tan bien has empezado.

—Haré cuanto esté á mi alcance, le contesté completamente desesperanzado ya, haré cuanto pueda para corresponder á lo que usted espera de mí.

—Así debe ser. Véte tranquilo. Estoy seguro de que á tu regreso ya habré conseguido llevar á cabo con fortuna los proyectos que tengo para pagar lo que debo. Tu posicion será pues muy buena dentro de cuatro años, y María será entónces tu esposa.

Permaneció silencioso otra vez por algunos momentos, y deteniéndose al fin delante de mí, dijo:

—Vamos, pues, á escribir: trae aquí lo necesario, no sea que me haga mal salir al escritorio.

Habia acabado de dictarme una larga y afectúosa carta para el señor A***, y quiso que mi madre, que se presentó en ese momento en el salon, la oyera leer. Esto era en el fondo lo que leia yo á tiempo que María entró trayendo el servicio de té para mi padre, ayudada por Estéfana:

«Efrain estará listo para marchar á Calí el treinta de Enero; le encontrará usted allí, y podrán seguir para la Buenaventura el dos de febrero, como usted lo desea.»

Seguian las fórmulas de estilo.

María á quien daba yo la espalda, puso sobre la mesa y al alcance de mi padre el plato y taza que llevaba. Quedó al hacerlo iluminada de lleno por la luz de la mesa:

estaba casi lívida: al recibir la tetera que le presentaba Estéfana, se apoyó con la mano izquierda en el espaldar de la silla que yo ocupaba, y tuvo que sentarse en el sofá inmediato mientras mi padre se servia el azúcar. El le presentó la taza y ella se puso en pié para llenarla, pero le temblaba la mano de tal manera, que viendo mi padre que el té se derramaba, miró á María diciéndola:

—Basta.... basta, hija.

No se le ocultaba á él la causa de aquella turbacion. Siguiendo á María con la mirada mientras ella se dirijia apresuradamente al comedor, y fijándola despues en mi madre, le hizo esta pregunta que sus labios no tenian necesidad de pronunciar:

—¿Ves esto?

Todos quedamos en silencio; y á poco salí yo con pretesto de llevar al escritorio los útiles que habia traido.

Capitulo XXXIX

A las ocho sonó la campanilla del comedor; pero no me consideré con la serenidad necesaria para estar cerca de María despues de lo ocurrido.

Mi madre llamó á la puerta de mi cuarto.

—Es posible, me dijo cuando hubo entrado, que te dejes dominar así por este pesar? ¿No podrás, pues, hacerte tan fuerte como otras veces has podido? Así ha de ser, no solo porque tu padre se disgustará, sino porque eres el llamado á darle ánimo á María.

En su voz habia al hablarme así, un dulce acento de reconvencion hermanado con el mas musical de la ternura.

Continuó haciéndome la relacion de todas las ventajas que iba á reportarme aquel viaje, sin ocultarme los dolores por los cuales tendria que pasar; y terminó diciéndome:

—Yo en estos cuatro años que no estarás á mi lado, veré en María no solamente á una hija querida sino á la mujer destinada á hacerte feliz y que tanto ha sabido merecer el amor que la tienes: le hablaré constantemente de tí y procuraré hacerle esperar tu regreso como premio de tu obediencia y de la suya.

Levanté entonces la cabeza, que sostenia mis manos sobre la mesa, y nuestros ojos arrasados de lágrimas, se buscaron y se prometieron lo que los labios no saben decir.

—Ve, pues, al comedor, me dijo antes de salir, y disimula cuanto te sea posible. Tu padre y yo hemos estado hablando mucho respecto de tí, y es muy posible que se resuelva á hacer lo que puede servirte ya de mayor consuelo.

Solamente Emma y María estaban en el comedor. Siempre que mi padre dejaba de ir á la mesa, yo ocupaba la cabecera. Sentadas á uno y otro lado de ella, me esperaban las dos, se pasó algun espacio sin que hablásemos. Sus fisonomías, ambas tan bellas denunciaban mayor pena que hubieran podido espresar; pero estaba menos pálida la de mi hermana, y sus miradas no tenian aquella brillante languidez de ojos hermosos que han llorado. Esta me dijo:

—¿Vas por fin mañana á la hacienda?

—Sí, pero no me estaré allí sino dos dias.

—Llevarás á Juan Anjel para que vea á su madre: tal vez se haya ella empeorado.

—Lo llevaré. Hijinio escribe que Feliciana está peor y que el doctor Mayn, que la habia estado recetando, ha dejado de hacerlo desde ayer, por haber seguido á Cali, donde se le llamaba con urjencia.

—Díle á Feliciana muchas cosas afectuosas en nuestro nombre, me dijo María: que si sigue enferma, le suplicaremos á mamá que nos lleve á verla.

Emma volvió á interrumpir el silencio que habia seguido al diálogo anterior, para decirme:

—Tránsito, Lucia y Braulio estuvieron aquí esta tarde y sintieron mucho no encontrarte: te dejaron muchas saludes. Nosotros habiamos pensado ir á verlas el domingo próximo: se han manejado tan finamente durante la enfermedad de papá.

—Iremos el lúnes, que ya estaré yo aquí, le repuse.

—Si hubieras visto lo que se entristecieron cuando les hablé de tu viaje á Europa....

María me ocultó el rostro volviéndose como á buscar algo en la mesa inmediata, mas ya habia visto yo brillar las lágrimas que ella intentaba ocultarnos.

Estéfana vino en aquel momento á decirla que mi madre la llamaba.

Paseábame en el comedor con la esperanza de poder hablar á María antes de que se retirase. Emma me dirijia algunas veces la palabra como para distraerme de las penosas reflexiones que conocia me estaban atormentando.

La noche continuaba serena: los rosales estaban inmóviles: en las copas de los árboles cercanos no se percibia un susurro; y solamente los sollozos del rio turbaban aquella calma y silencio imponentes. Sobre los ropajes turquís de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nívea que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca; y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante á una urna convexa de cristal azulado incrustada de diamantes.

María tardaba ya. Mi madre se acercó á indicarme que pasara al salon: me supuse que deseaba aliviarme con sus dulces promesas.

Sentado mi padre en un sofá, tenía á su lado á María, cuyos ojos no se levantaron para verme. El me señaló

un lugar desocupado cerca de ella. Mi madre se colocó en una butaca inmediata á la que ocupaba mi padre.

—Bien, mi hija, dijo éste á María, la cual, con los ojos bajos aun jugaba con la peinetita de sus cabellos,—¿quieres que repita la pregunta que te hice cuando tu mamá salió, para que me la respondas delante de Efrain?

Mi padre sonreia y ella meneó lentamente la cabeza en señal de negativa.

—Y entonces ¿como haremos? insistió él.

María se atrevió á mirarme un instante; y esa mirada me reveló todo: aun no habian pasado todos nuestros dias de felicidad!

—¿No es cierto, volvió á preguntarla mi padre, que prometes á Efrain ser su esposa cuando él regrese de Europa?

Ella volvió despues de unos momentos de silencio á buscar mis ojos con los suyos, y ocultándome de nuevo sus miradas negras y pudorosas, respondió:

—Si él lo quiere así....

—¿No sabes si lo quiere? le replicó casi riendo mi padre.

María calló sonrojada, y las vivas tintas que en sus mejillas mostró ese rubor, no desaparecieron de ellas aquella noche.

Mirábala mi madre de la manera mas tierna que ojos de madre pueden mirar. Creí por un instante que estaba gozando de alguno de esos sueños en que María me hablaba con aquel acento que le acababa de oir, y en que sus miradas tenian la brillante humedad que estaba yo espiando en ellas.

—¿Tú sabes que lo quiero así? ¿no es cierto? la dije.

—Sí lo sé, contestó con voz apagada.

—Dí á Efrain ahora, la dijo mi padre sin sonreirse ya, las condiciones con que tú y yo le hacemos esa promesa.

—Con la condicion, dijo María, de que se vaya contento.... cuanto es posible.

—Cuál otra, hija?

—La otra es que estudie mucho para volver pronto.... ¿no es?

—Sí, contestó mi padre, besándole la frente; y para merecerte. Las demás condiciones las pondrás tú. ¿Con que te gustan? añadió volviéndose á mí y poniéndose en pié.

Yo no tuve palabras que responderle; y estreché fuertemente entre las mias la mano que él me estendia al decirme:

—Hasta el lúnes, pues; fíjate bien en mis instrucciones y lee muchas veces el pliego.

Mi madre se acercó á nosotros y abrazó nuestras cabezas juntándolas de modo que involuntariamente tocaron mis lábios la mejilla de María: y salió dejándonos solos en el salon.

Largo tiempo debió correr desde que mi mano asió en el sofá la de María y nuestros ojos se encontraron para no cesar de mirarse hasta que sus lábios pronunciaron estas palabras:

—Qué bueno es papá! ¿no es verdad?

Le significqué que sí, sin que mis lábios pudieran balbucir una sílaba.

—¿Porqué no hablas? ¿Te parecen buenas las condiciones que pone?

—Sí, María. Y ¿cuáles son las tuyas en pago de tanto bien?

—Una sola.

—Díla.

—Tú la sabes.

—Sí, sí; pero hoy si debes decirla.

—Que me ames siempre así, respondió, y su mano se enlazó mas estrechamente con la mia.

CAPITULO XL

Cuando llegué á las haciendas en la mañana del dia siguiente, encontré en la casa de habitacion el médico que reemplazaba á Mayn en la asistencia de Feliciana. El, por su porte y fisonomia parecia mas un capitan retirado que lo que aseguraba ser. Me hizo saber que habia perdido toda esperanza de salvar á la enferma, pues que estaba atacada de una hepatítis que en su último período resistia ya á toda clase de aplicaciones; y concluyó manifestándome ser de opinion que se llamara un sacerdote.

Entré al aposento donde se hallaba Feliciana. Ya estaba Juan Anjel allí, y se admiraba de que su madre no le respondiera «al alabarle á Dios.» El encontrar á Feliciana en tan desesperante estado no podia menos de conmoverme.

Dí órden para que se aumentase el número de esclavas que la servian; hice colocarla en una pieza mas cómoda, á lo que ella se habia opuesto humildemente, y se mandó por el sacerdote al pueblo.

Aquella mujer que iba á morir lejos de su patria; aquella mujer que tanto afecto me habia tenido desde que fué á nuestra casa; en cuyos brazos se durmió tantas veces María siendo niña.... Pero he aquí su historia, que referida por Feliciana con rústico y patético lenguaje, entretuvo algunas veladas de mi infancia.

Magmahú habia sido desde su adolescencia uno de los jefes mas distinguidos de los ejércitos de Achanti, (1) na-

1—Cantú, hablando de los Achantis, dice: "Son negros, pero se distinguen de las razas del mismo color, pareciéndose mas á los Abisinios, en razon á que tienen el pelo largo y lácio, barba, rostro ovalado, nariz aguileña, y el cuerpo bien proporcionado.... El espíritu guerrero es general entre ellos, y son soldados desde que se encuentran en edad de tomar las armas."

cion poderosa del Africa occidental. El denuedo y pericia que habia mostrado en las frecuentes guerras que el rey Say Tuto Kuamina sostuvo con los Achimis hasta la muerte de Orsué, caudillo de estos; la completa victoria que alcanzó sobre las tribus del litoral insurreccionadas contra su rey por Cárlos Macharty, á quien Magmahú mismo dió muerte en el campo de batalla, hicieron que el monarca le colmara de honores y riquezas, confiándole al propio tiempo el mando de todas sus tropas, á despecho de los émulos del afortunado guerrero, los cuales no le perdonaron nunca el haber merecido tamaño favor.

Pasada la corta paz conseguida con el vencimiento de Macharty, pues los ingleses, con ejército propio ya, amenazaban á los Achantis, todas las fuerzas del reino salieron á campaña.

Empeñada la batalla, pocas horas bastaron á convencer á los ingleses de la insuficiencia de sus mortíferas armas contra el valor de los africanos. Indecisa aun la victoria, Magmahú, resplandeciente de oro, y terrible en su furor, recorria las huestes animándolas con su intrepidez; y su voz dominaba el estruendo de las baterias enemigas. Pero en vano envió repetidas órdenes á los jefes de las reservas para que entrasen en combate atacando al flanco mas debilitado á los invasores. La noche interrumpió la lucha; y cuando á la primera luz del siguiente dia pasó revista Magmahú á sus tropas, diezmadas por la muerte y la desercion y acobardadas por los jefes que impidieron la victoria, comprendió que iba á ser vencido, y se preparó para luchar y morir. El rey, que llegó en tales terribles momentos al campo de sus huestes, las vió, y pidió la paz. Los ingleses la concedieron y celebraron tratados con Say Tuto Kuamina. Desde aquel dia perdió Magmahú el favor de su rey.

Irritado el valiente jefe con la injusta conducta del mo-

narca, y no queriendo dar á sus émulos el placer de verle humillado, resolvió espatriarse. Antes de partir determinó arrojar á las corrientes del Tando la sangre y las cabezas de sus mas hermosos esclavos, como ofrenda á su Dios. Sinar era entre ellos el mas jóven y apuesto. Hijo éste de Orsué, el desdichado caudillo de los Achimis, cayó prisionero lidiando valeroso en la sangrienta jornada en que su padre fué vencido y muerto; mas temiendo Sinar y sus compatriotas esclavos la saña implacable de los Achenteas, les habian ocultado el prisionero que tenian.

Solamente Nay, última hija de Magmahú, conoció aquel secreto. Siendo niña todavia cuando Sinar vino como siervo á casa del vencedor de Orsué, la interesó al principio la digna mansedumbre del jóven guerrero, y mas tarde, su injenio, y hermosura. El la enseñaba las danzas de su tierra natal, los amorosos y sentidos cantares del pais de Bambuk; (1) la referia las maravillosas leyendas con que su madre lo habia entretenido en la niñez; y si algunas lágrimas rodaban entónces por la tez úvea de las mejillas del esclavo, Nay solia decirle:

—Yo pediré tu libertad á mi padre para que vuelvas á tu pais, puesto que eres tan desdichado aquí.

Y Sinar no respondia; mas sus grandes ojos dejaban de llorar y miraba á su jóven señora de manera que ella parecia en aquellos momentos la esclava.

Un dia en que Nay, acompañada de su servidumbre, habia salido á pasearse por las cercanias de Cumasia, Sinar, que guiaba el bello avestruz en que iba sentada su

1—Historiadores y jeógrafos, como Cantú, y Malte-Brun, dicen que los negros africanos son eu estremo aficionados á la danza, cantares y músicas. Siendo el "bambuco" una música que en nada se asemeja á la de los aborígenes americanos, ni á los aires españoles, no hay lijereza en asegurar que fué traida de Africa por los primeros esclavos que los conquistadores importaron al Canca, tanto mas que el nombre que hoy tiene parece no ser otro que el de "Bambuk" levemente alterado

señora como sobre blandos cojines de Bornú, hizo andar al ave tan precipitadamente, que á poco se encontraron á gran distancia de la comitiva. Sinar, deteniéndose, con las miradas llameantes y una sonrisa de triunfo en los labios, dijo á Nay señalándole un valle que tenian á los piés.

—Nay, hé allí el camino que conduce á mi pais: yo voy á huir de mis enemigos, pero tu irás conmigo: serás reina de los Achimis, y la única mujer mia: yo te amaré mas que á la madre desventurada que llora mi muerte, y nuestros descendientes serán invencibles llevando en sus venas tu sangre y la mia. Mira y ven: ¿quien se atreverá á ponerse en mi camino?

Al decir estas últimas palabras levantó el ancho manto de piel de pantera que le caia de los hombros y bajo él brillaron las culatas de dos pistolas y la guarnicion de un sable turco ceñido con un chal rojo de Zerbi.

Sinar de rodillas, cubrió de besos los piés de Nay pendientes sobre el mullido plumaje del avestruz, y éste halaba cariñoso con el pico, los vistosos ropajes de su señora.

Muda y absorta ella, al oir las amorosas y tremendas palabras del esclavo, reclinó al fin sobre su regazo la bella cabeza de Sinar diciéndole:

—Tú no quieres ser ingrato conmigo, y dices que me amas y que me llevas á ser reina en tu patria; yo no debo ser ingrata con mi padre, que me amó antes que tú, y á quien mi fuga causaría la desesperacion y la muerte. Espera y partiremos juntos con su consentimiento; espera, Sinar, que yo te amo...

Y Sinar se estremeció al sentir sobre su frente los ardientes labios de Nay.

Dias y dias corrieron, y Sinar esperaba, porque en su esclavitud era feliz.

Salió Magmahú á campaña contra las tribus insurreccionadas por Macharty, y Sinar no acompañó á su señor

á la guerra como los otros esclavos de aquel. El habia dicho á Nay:

—Prefiero la muerte antes de ir á combatir contra pueblos que fueron aliados de mi padre.

Ella, en vísperas de marchar las tropas, dió á su amante sin que él lo echase de ver, una bebida en la cual habia dezumado una planta soporífera; y el hijo de Orsué quedó así imposibilitado para marchar, pues que permaneció por varios dias dominado de un sueño invencible, el cual interrumpia Nay á voluntad, derramándole en los lábios un aceite aromático y vivificante.

Mas declarada despues la guerra por los ingleses á Say Tuto Kuamina, Sinar se presentó á Magmahú para decirle:

—Llévame contigo á las batallas: yo combatiré á tu lado contra los blancos; te prometo que mereceré comer corazones suyos asados por los sacerdotes, y que traeré en el cuello collares de dientes de los hombres rubios.

Nay le dió bálsamos preciosos para curar heridas: y poniendo plumas sagradas en el penacho de su amante, roció con lágrimas el ébano de aquel pecho que ella acababa de unjir con odorífico aceite y polvos de oro.

En la sangrienta jornada en que los jefes achanteas, envidiosos de la gloria de Magmahú, le impidieron alcanzar victoria sobre los ingleses, una bala de fusil rompió el brazo izquierdo de Sinar.

Terminada la guerra y hecha la paz, el intrépido capitan de los achantis volvió humillado á su hogar; y Nay durante algunos dias, solo dejó de enjugar el lloro que la ira arrancaba á su padre, para ir ocultamente á dar alivio á Sinar curándole amorosamente la herida.

Tomada por Magmahú la resolucion de abandonar la patria y ofrecer aquel sangriento sacrificio al rio Tando, habló asi á su hija:

—Vamos, Nay, á buscar suelo menos ingrato que éste para mis nietos. Los mas bellos y famosos jefes del Gambia, pais que visité en mi juventud, se engreirán de darme asilo en sus hogares, y de preferirte á sus mas bellas mujeres. Estos brazos están todavia fuertes para combatir, y poseo suficientes riquezas para ser poderoso donde quiera que mi techo me cubra...... Pero antes de partir es necesario que aplaquemos la cólera del Tando ensañado contra mí por mi amor á la gloria, y que le sacrifiquemos lo mas granado de nuestros esclavos; Sinar entre ellos el primero...

Nay cayó sin sentido al oir aquella terrible sentencia, dejando escapar de sus lábios el nombre de Sinar. La recojieron sus esclavas, y Magmahú fuera de sí, hizo venir á Sinar á su presencia. Desenvainando el sable, le dijo tartamudeando de ira:

—Esclavo! has puesto tus ojos en mi hija; en castigo haré que se cierren para siempre.

—Tú lo puedes, respondió sereno el mancebo: no será la mia la primera sangre de los reyes de los Achimis con que tu sable se enrojece.

Magmahú quedó desconcertado al oir tales palabras, y el temblor de su diestra hacia resonar sobre el pavimiento el corvo alfanje que empuñaba.

Nay deshaciéndose de sus esclavas, que aterradas las detenian, entró á la habitacion donde estaba Sinar y Magmahú, y abrazándosele á éste de las rodillas, bañábale con lágrimas los piés, ezclamando:

—Perdónanos, Señor, ó mátanos á ámbos!

El viejo guerrero arrojando de sí el arma terrible, se dejó caer en un divan, y murmuró, al ocultarse el rostro con las manos:

—Y ella le ama!... Orsué, Orsué! ya te han vengado.

Sentada Nay sobre las rodillas de su padre, le estrecha-

ba en sus brazos, y cubriéndole de besos la cana cabellera, le decia sollozante:

—Tendrás dos hijos en vez de uno: aliviaremos tu vejez, y su brazo te defenderá en los combates.

Levantó Magmahú la cabeza. y haciendo ademan á Sinar para que se acercara, le dijo con voz y semblante terrible estendiendo hácia él su diestra:

—Esta mano dió muerte á tu padre; con ella le arranqué del pecho el corazon...y mis ojos se gozaron en su agonía...

Nay selló con los suyos los labios de Magmahú y volviéndose precipitadamente á Sinar, estendió sus lindas manos hácia él, diciéndole con su mas amoroso acento:

—Estas curaron tus heridas, y estos ojos han llorado por tí.

Sinar cayó de hinojos ante su amada, y su señor, y éste despues de unos momentos le dijo abrazando á su hija:

—Hé aqui lo que te daré en prueba de amistad el dia en que esté seguro de la tuya.

—Juro por mis dioses y el tuyo, respondió el hijo de Orsué, que la mia será eterna.

Pasados dos dias, Nay, Sinar y Magmahú salieron de Cumasia á favor de la oscuridad de la noche, llevando treinta esclavos de ambos sexos, camellos y avestruces para cabalgar, y cargados otros con las mas preciosas alhajas y vajilla que poseian; gran cantidad de tibar (1) y cauris, (2) comestibles y agua, como para un largo viaje.

Muchos dias gastaron en aquella peligrosa peregrinacion.

La caravana tuvo la fortuna de llevar buen tiempo y de no tropezar con los sereres. (3) Durante el viaje Sinar y

1—Oro en polvo.
2—Conchas que sirven de moneda.
3—Ladrones.

[illegible]

[illegible] Kombu-Manez [illegible]

[illegible] mesnaies.

[illegible]

[illegible] y Sinar fueron [illegible] á los Kombu-Manez [illegible] contra ellos [illegible] éxito hasta [illegible] Magnaú á optar entre [illegible] á los prisioneros ó que se les vendiera á los europeos, hubo de consentir en lo último, obteniendo al propio tiempo la ventaja de que el gefe de los Kombu-Manez impusiera penas terribles á aquellos de sus súbditos [illegible] á sus dependientes ó á sus hijos.

Una tarde que Nay habia ido con algunas de sus esclavas á bañarse en las riberas del Gambia y que Sinar, bajo la sombra de un gigantesco moabab, sitio en que se aislaban siempre algunas horas en los dias de paz, la esperaba con amorosa impaciencia, dos pescadores amarraron su piragua en la misma ribera donde Sinar estaba, y en ella venian dos europeos: el uno se puso trabajosamente en tierra,

y arrodillándose sobre la playa oró por algunos momentos: los pálidos rayos del sol moribundo, atravesando los follajes, le iluminaron la faz tostada por los soles y orlada de una espesa barba, casi blanca. Como al ponerse de hinojos habia colocado sobre las arenas el ancho sombrero de cañas que llevaba, las brisas del Gambia jugaban con su larga y enmarañada cabellera. Tenia un vestido talar negro enlodado y hecho jirones, y le brillaba sobre el pecho un crucifijo de cobre.

Así le encontró Nay al acercarse en busca de su amante. Los dos pescadores subieron á ese tiempo el cadáver del otro europeo, el cual estaba vestido de la misma manera que su compañero.

Los pescadores refirieron á Sinar cómo habian encontrado á los dos blancos bajo una barraca de hojas de palmera dos leguas arriba del Gambia, espirante el jóven y unjiéndole el anciano al pronunciar oraciones en una lengua extraña.

El viejo sacerdote permaneció por algun rato abstraido de cuanto le rodeaba. Luego que se puso en pié, Sinar llevando de la mano á Nay, asustada ante aquel estranjero de tan raro traje y figura, le preguntó de dónde venia, qué objeto tenia su viaje, y de qué país era; y quedó sorprendido al oirle responder, aunque con alguna dificultad, en la lengua de los Achimis:

—Yo vengo de tu país; veo pintada en tu pecho la serpiente roja de los achimis nobles, y hablas su idioma. Mi mision es de paz y de amor: nací en Francia. ¿Las leyes de este país no permiten dar sepultura al cadáver del estranjero? Tus compatriotas lloraron sobre los de otros dos de mis hermanos, pusieron cruces sobre sus tumbas, y muchos las llevan de oro pendientes del cuello. ¿No me dejarás, pues, enterrar al estranjero?

Sinar le respondió:

—Tú debes decir la verdad, y no debes ser malo como los blancos, aunque se te parezcan; pero hay quien mande mas que yo entre los Kumbo-Manez. Ven con nosotros: te presentaré á su jefe y llevaremos el cadáver de tu amigo para saber si permite que le entierres en sus dominios.

Mientras andaban el corto trecho que los separaba de la ciudad, Sinar hablaba con el misionero, y Nay se esforzaba por entender lo que decian; seguíanles los dos pescadores conduciendo en una manta el cadáver del jóven sacerdote.

Durante el diálogo, Sinar se convenció de que el estranjero era veraz, por el modo como le respondió á las preguntas que le hizo sobre el país de los Achimis; reinaba en éste un hermano suyo, y á Sinar lo creian muerto. Explicóle el misionero los medios de que se habia valido para captarse el afecto de algunas tribus de los Achimis; afecto que tuvo por oríjen el acierto con que habia curado algunos enfermos y la circunstancia de haber sido uno de ellos la esclava favorita del rey. Los Achimis le habian dado una caravana y víveres para que se dirijiese á la costa con el único de sus compañeros que sobrevivia; pero sorprendidos en el viaje por una partida enemiga, unos de sus guardianes los abandonaron y otros fueron muertos; contentándose los vencedores con dejar sin guias en el desierto á los sacerdotes, temerosos quizá de que los vencidos volviesen á la pelea. Muchos dias habian viajado sin otra guia que el sol y sin mas alimento que las frutas que hallaban en los oásis. Dos dias hacia que habian llegado á la ribera del Gambia, donde devorado por la fiebre acababa de espirar el jóven cuando los pescadores los encontraron.

Magmahú y Sinar llevaron al sacerdote á presencia del jefe de los Kombu-Manez, el segundo le dijo:

—Hé aquí un estranjero que te suplica le permitas enterrar en tus dominios el cadáver de su hermano, y tomar



descanso para poder continuar viaje á su pais: en cambio te promete curar á tu hijo.

Aquella noche, Sinar y dos esclavos suyos ayudaron al misionero á sepultar el cadáver. Arrodillado el anciano al borde de la huesa que los esclavos iban colmando, entonó un canto profundamente triste, y la luna hacia brillar en la blanca barba del ministro lágrimas que rodaban á humedecer la tierra estranjera que le ocultaba al denodado amigo.

Capitulo XLI

Poco menos de dos semanas habian pasado desde la llegada del sacerdote frances al pais de los Kombu-Manez. Séa porque solamente Sinar podia entenderle, ó porque gustase del trato del Europeo, daban juntos diariamente largos paseos, de los cuales notó Nay que su amante regresaba preocupado y melancólico. Supúsose ella que las noticias que daba á Sinar de su pais el estranjero, debian de ser tristes; pero mas tarde creyó acertar mejor con la causa de aquella abstraccion, imajinando que los recuerdos de la patria avivados por la relacion del sacerdote, hacian desear nuevamente al hijo de Orsué el verse en su suelo natal. Mas como la amorosa ternura de Sinar para con ella aumentaba en vez de disminuir, procuró aprovechar una ocasion oportuna para confiarle sus zozobras. Apagábase una tarde calorosa, y Sinar sentado en la ribera, parecia dominado por aquella melancolía que en los pasados dias de su esclavitud tanto habia enternecido á Nay. Esta le divisó y se acercó á él con silenciosos pasos. Con la corta y ahuecada falda de carmesí salpicada de estrellas de plata, el ancho chal color de cielo, que despues de ocultarle el seno cruzándolo pendia de la cintura; turbante rojo prendido con agujas de oro y collares y pulseras

de ágata, y debia estar mas seductiva que nunca. Sentóse al lado de su amado; mas éste continuaba meditabundo. Al fin le dijo ella:

—Nunca creí que al acercarse la hora antes tan deseada por tí en que mi padre debe hacerme tu esposa, hubieras de estar como te veo. ¿Te ama él ya ménos que ántes? ¿Soy acaso menos tierna contigo, ó no te parezco tan bella como el dia en que merecí me confesaras tu amor?

Sinar, fijos los ojos en las fujitivas ondas del Gambia, parecia no haber oido. Nay le contempló en silencio unos momentos con los ojos cuajados de lágrimas, y su pecho dejó escapar un sollozo. Al oirla Sinar se volvió con precipitacion hácia ella, y viendo aquellas lágrimas, besóla tiernamente diciendole:

—¡Lloras! ¿Así recibes la felicidad que tanto hemos esperado y que al fin llega?

—Ay de mí! Jamás habias sido sordo á mi voz; jamás te habian buscado mis ojos sin que los tuyos se mostrasen halagüeños; por eso lloran.

—¿Cuándo, dí, el mas leve acento tuyo no turbó el mas profundo de mis sueños; cuándo, aunque no te esperase ni te viese, dejé de sentirte si te acercabas á mí?

—Hace un instante; y tu inocencia, Sinar, confirma tu desden y mi desventura.

—Perdon, Nay; perdóname, pues pensaba en tí.

—Que te ha dicho ese estranjero? preguntóle Nay enjugadas ya sus lágrimas, y jugando con los corales y dientes de los collares del guerrero; ¿porqué buscas con él la soledad que tantas veces me dijiste te era odiosa sin mí? ¿Te ha contado que las mujeres de su pais son blancas como el márfil y que sus ojos tienen el azul profundo de las olas del Tando? Mi madre me lo decia á mí, y habia olvidado contártelo... A ella le habló mucho del pais de los blancos un estranjero parecido al que amas segun ella

le amó; pero desde que partió de Cumasia ese hombre, mi madre se hizo odiosa á Magmahú; ella adoraba á otro Dios, y mi padre... Mi padre le dió la muerte.

Nay calló por largo rato, y Sinar se mostraba dominado otra vez por tristes pensamientos. Despertando de súbito de esa especie de embebecimiento, toma de la mano á su amada, sube con ella á la cima de un peñasco, desde el cual se divisaba el desierto sin límites y rielando de trecho en trecho el caudaloso rio, y la dice:.

—El Gambia, como el Tando, nacen del seno de las montañas. La madre no es nunca hechura de su hijo. ¿Sabes tú quién hizo las montañas?

—No.

—Un Dios las hizo. ¿Has visto al Tando retroceder en su carrera?

—No.

—El Tando vá como una lágrima á perderse en un inmenso mar, ante el bramido del cual, el rumor de un rio es como tu voz comparada con la del huracan que durante las tempestades sacude estos bosques jigantescos cual si fuesen débiles juncos. ¿Sabes tú quien hizo el mar?

—No.

—El rayo que rasga las nubes y cayendo sobre la copa del moabad le despedaza, como tu planta deshace una de sus flores secas; las estrellas que como las ágatas y perlas que bordan tus mantos de calin, tachonan el cielo; la luna, que te place contemplar en la soledad dejándote aprisionar entre mis brazos, el sol que bruñó tu tez de azabache y da luz á tus ojos, sol ante el cual el fuego de nuestros sacrificios es menor que el brillo de una luciérnaga: todas son obras de un solo Dios. El no quiere que ame á otra mujer que á tí; él manda que te ame como á mí mismo, él quiere que yo ria si ries, que llore yo si lloras, y que en cambio de tus caricias te defienda como á mi propia vida;

que si mueres llore yo sobre tu tumba hasta que vaya á juntarme contigo mas allá de las estrellas donde me esperarás.

Nay, entrambas manos cruzadas sobre el hombro de Sinar, le contemplaba enamorada y absorta, porque nunca le habia visto tan hermoso. Estrechándola él contra su corazon, besóle con ardor los labios, y continuó:

—Eso me ha dicho el estranjero para que yo te lo enseñe: su Dios debe ser nuestro Dios.

Sí, sí, replicó Nay circundándolo con los brazos, y despues de él, yo tu único amor.

Capítulo XLII

Al amanecer del dia en que el jefe de los Kombu-Mañez habia ordenado se diera principio á las pomposas fiestas que se hacian en celebracion del desposorio de Sinar, éste, Nay y el misionero bajaron sijilosamente á la ribera del Gambia y buscando allí el sitio mas recóndito, el misionero se detuvo y les habló así:

—El Dios que os he hecho amar, el Dios que adorarán vuestros hijos, no desdeña por templo los pabellones de palmeras que nos ocultan; y en este instante os está viendo. Pidámosle que os bendiga.

Adelantándose con ellos á la orilla, dijo lentamente y con voz solemne una oracion que los amantes repitieron arrodillados á uno y otro lado del sacerdote. En seguida les derramó agua sobre las cabezas pronunciando las palabras del bautismo.

El ministro permaneció orando solo algun espacio, y acercándose de nuevo á Nay y Sinar, les hizo enlazarse las manos, y antes de bendecírselas dijo á uno y á otro palabras que Nay no olvidó jamás.

Era ya la última noche que los nobles de la tribu pasaban en casa de Magmahú en danzas y festines. Hermosas mujeres los rodeaban, y ellas y ellos ostentaban sus mas bellas joyas y vestidos. Magmahú, por su jigantesca estatura y lo lujoso del traje que llevaba, se destinguia en medio de los guerreros, así como Nay habia humillado durante seis dias con sus galas y encanto á las mas bellas esposas y esclavas de los Kombu-Manez. Hachones de resinas aromáticas, sostenidos por cráneos perforados de Cambez, muertos en los combates por Magmahú, iluminaban los espaciosos aposentos. Si por momentos cesaban las músicas marciales, eran reemplazadas por la blanda y voluptuosa de las liras. Los convidados apuraban con exceso caros y enervantes licores; y todos habian ido rindiéndose lentamente al sueño. Sinar, huyendo de la algazara de la fiesta, descansaba en un lecho de sus habitaciones, miéntras Nay le refrescaba la frente con un abanico de plumas perfumadas.

De improviso se oyeron en el bosque vecino algunas detonaciones de fusiles seguidas de otras y otras que se acercaban á la morada de Magmahú. Este llamó con voz estentórea á Sinar, quien empuñando un sable salió precipitadamente en su busca. Nay estaba abrazada á su esposo cuando Magmahú decia á este:

—Los Cambez!...Son ellos!...Morirán degollados! añadia removiendo inútilmente á los valientes tendidos inertes sobre los divanes y pavimentos.

Algunos hacian esfuerzo para ponerse en pié; pero á los mas les era imposible.

El estruendo de las armas y los gritos de guerra se acercaban. Incendiadas las casas de la poblacion mas próximas á la ribera, un resplandor rojizo iluminaba el combate, y heridos por él relampagueaban los sables de los lidiadores.

Magmahú y Sinar, sordos á los alaridos de las mujeres, sordos á los lamentos de Nay, corrian hácia el sitio en que la pelea era mas encarnizada, á tiempo que una masa compacta y desordenada de soldados se dirijia á la casa del jefe achantea llamándoles á él y á Sinar, con enronquecidas voces. Trataron de parapetarse en las habitaciones de Magmahú; pero todo fué inútil, y tardio ya el coraje con que los jefes extranjeros combatian y animaban á los guerreros Kombu-Manez.

Atravesado el corazon por una bala, Magmahú cayó. Pocos de sus compañeros dejaron de correr la misma suerte.

Sinar luchó hasta el fin defendiendo cuerpo á cuerpo á Nay y su vida, hasta que un capitan de los Cambez, de cuya diestra pendia sangrienta la cabeza del misionero frances, le gritó:

—Ríndete y te concederé la vida.

Nay presentó entonces las manos para que las atase aquel hombre. Ella sabia la suerte que le esperaba, y postrándose ante él, le dijo:

—No mates á Sinar; yo soy tu esclava.

Sinar acababa de caer herido de un sablazo en la cabeza, y le ataban ya como á ella.

Los feroces vencedores recorrieron los aposentos saciando su sed de sangre al principio, y despues saqueándolos y amarrando prisioneros.

Los valientes Kombu-Manez se habian dormido en un festin y no despertaron... ó despertaron esclavos.

Cuando amos y siervos ya, no vencedores y vencidos, llegaron á la ribera del Gambia, cuyas ondas enrojecian las últimas llamaradas del incendio, los Cambez hicieron embarcar con precipitacion, en canoas que los esperaban, los numerosos prisioneros que conducian; mas no bien hubieron desatado ésta para abandonarse á las corrientes,

una nutrida descarga de fusiles, hecha por algunos Kombu-Manez, que tarde ya volvian al combate, sorprendió á los navegantes que últimos habian dejado la ribera, y los cuerpos de muchos de ellos flotaron poco despues sobre las corrientes.

Amanecia cuando los vencedores atracaron las piraguas á la ribera derecha del rio, y dejando algunos de sus soldados en ellas, continuaron los otros la marcha por tierra custodiando el convoy de prisioneros y encontrando de trecho en trêcho masas de combatientes que habian emprendido retirada por en medio de los bosques.

Durante las largas horas del viaje hasta llegar á las inmediaciones de la costa, no permitieron á Nay los conductores que se acercase á Sinar, y éste vió incesantemente rodar lágrimas por sus mejillas.

A los dos dias, una mañana antes que el sol ahuyentase las últimas sombras de la noche, condujeron á Nay y á otros prisioneros á la orilla del mar. Desde el dia anterior la habian separado de su esposo. Algunas canoas esperaban á los prisioneros varadas en las arenas, y á mucha distancia sobre la mar que el buen viento rizaba, blanqueaba el velámen de un bergantin.

—¿Donde está Sinar, que no viene con nosotros? preguntó Nay á uno de los jefes compañeros de prision al saltar á la piragua.

—Desde ayer lo embarcaron, le respondió: estará en el buque.

Ya en él Nay, busca entre los prisioneros amontonados en la bodega á Sinar. Llámale, y nadie le responde. Sus miradas extraviadas lo buscan otra vez en la sentina. Un sollozo y el nombre de su amante salieron á un mismo tiempo de su pecho, y cayó como muerta.

Cuando despertó de ese sueño quebrantador y espantoso, se halló sobre cubierta, y solo divisó á su alrededor el

nebuloso horizonte del mar. Nay no dijo ni un adios á las montañas de su pais.

Los gritos de desesperacion que dió al convencerse de la realidad de su desgracia, fueron interrumpidos por las amenazas de un blanco de la tripulacion, y como ella le dirijiese palabras amenazantes que por sus ademanes tal vez comprendió, alzó sobre Nay el látigo que empuñaba, y.... volvió á hacerla insensible á su desventura.

Una mañana despues de muchos dias de navegacion, Nay con otros esclavos estaban sobre cubierta. La epidemia que habia atacado á los prisioneros permitia se les dejara respirar aire libre, temeroso sin duda el capitan del buque de que murieran algunos. Se oyó el grito de « tierra! » dado por los marineros.

Levantó ella la cabeza de las rodillas, y divisó una línea azul mas oscura que la que rodeaba constantemente el horizonte. Algunas horas despues entró el bergantin á un puerto de Cuba donde debian desembarcar algunos negros. Las mujeres de entre estos, que iban á separarse de la hija de Magmahú, le abrazaron las rodillas sollozando, y los varones le dijeron adios, doblando las suyas ante ella y sin tratar de ocultar el llanto que derramaban. Casi se consideraron dichosos los pocos que quedaron al lado de Nay.

El buque, despues de recibir nueva carga, zarpó al dia siguiente; y la navegacion que siguió fué mas penosa por el mal tiempo. Ocho dias habrian pasado, y al visitar una noche el capitan la bodega, encontró muerto dos esclavos de los seis que escojidos entre los mas apuestos y robustos, reservaba. El uno se habia dado la muerte, y estaba bañado con la sangre de una ancha herida que tenia en el pecho, y en la cual se veia clavado aun un puñal de marinero que el infeliz habia recojido probablemente sobre cubierta: el otro habia sucumbido á la fiebre.

Los dos fueron despojados de los grillos que en una sola barra los aprisionaban á entrambos, y poco despues vió sacar Nay los cadáveres para ser arrojados al mar.

Una de las esclavas de Nay y tres de los jefes Kombu-Manez eran los últimos compañeros que le quedaban, y de estos sucumbió otro mas la misma mañana en que hubo de acercarse el buque á una costa que entendió Nay llamarse Darien. A favor de un fuerte viento norte y de la marejada, el bergantin se internó en el golfo y se colocó cautamente á poca distancia de Pisisi.

Entrada la noche, el capitan hizo poner en una lancha á Nay con los tres esclavos restantes, y embarcándose él tambien, dió órden á los marineros que debian manejarla para que se dirijiesen á cierto punto luminoso que señaló en la costa. Pronto estuvieron en tierra. Los esclavos fueron maniatados con cuerdas antes de desembarcar: y guiando uno de los marineros, siguieron por corto tiempo una senda montuosa. Al llegar á cierto punto, el capitan dió una seña particular con su silbato, y continuaron avanzando. Repetida la seña, fué contestada por otra semejante cuando ya divisaban medio oculta entre los follajes de frondosos árboles una casa, en cuyo corredor se vió luego á un hombre blanco, que con una luz en la mano, se hacia sombra en los ojos con la otra, tratando de distinguir á los recien venidos que se acercaban. Pero los amenazantes ladridos de algunos perros enormes impedian á los viajeros adelantar. Aquietados aquellos por las voces de su amo y de algunos sirvientes, pudo el capitan subir la escalera de la casa, edificada sobre estantillos, y despues de abrazarse con el dueño, trabaron diálogo, durante el cual el capitan hablaba sin duda de los esclavos, pues los señalaba frecuentemente. Dieron órden para que subiesen estos, y á ese tiempo salió al corredor una mujer jóven, blanca y bastante bella, á quien

saludó cordialmente el marino. El dueño de casa no pareció satisfecho despues del exámen que hizo de los tres compañeros de Nay; pero al fijarse en ésta, se detuvo hablando con la mujer blanca en un idioma mas dulce que el que habia usado hasta entónces; y mas musical pareció este al responderle ella, dejando ver á Nay en sus miradas una compasion que agradeció.

Era el dueño de casa un irlandes llamado William Sardick, establecido hacia dos años en el golfo de Urabá, no léjos de Turbo, y su esposa, á quien Nay oyó nombrar Gabriela, una mestiza, cartajenera de nacimiento.

Capitulo XLIII

Esplotábanse en aquel tiempo muchas minas de oro en el Chocó; y si se tiene en cuenta el rústico sistema que se empleaba para elaborarlas, bien merecen ser calificados de considerables sus productos. Los dueños ocupaban cuadrillas de esclavos en tales trabajos. Introducíanse por el Atrato la mayor parte de las mercancias estranjeras que se consumian en el Cauca, y naturalmente las que debian espenderse en el Chocó. Los mercados de Kingston y de Cartagena eran los mas frecuentados por los comerciantes importadores. Existia en Turbo una bodega.

Esto sabido, es fácil estimar cuan tácticamente habia Sardick establecido su punto de residencia: las comisiones de muchos negociantes; la compra de oro y el frecuente cambio que con los Cunas ribereños hacian de carey, tagua, pieles, cacao, caucho y jagua, por sales, aguardiente, pólvora, armas y baratijas, eran, sin contar sus utilidades como agricultor, especulaciones bastante lucrativas para tenerle satisfecho y hacerle fomentar la risueña esperanza de regresar rico á su país, de donde habia venido mise-

rable. Servíale de poderoso auxiliar su hermano Thomas, establecido en Cuba y capitan del buque negrero que he seguido en su viaje. Descargado el bergantin de los efectos que en aquella ocasion traia y que á su arribo al puerto de la Habana habia recibido, ocupado con las producciones indíjenas que William habia almacenado durante algunos meses, todo lo cual fué ejecutado en dos noches y con el mayor sijilo por los sirvientes de los contrabandistas, el capitan se dispuso á partir.

Aquel hombre que tan despiadadamente habia tratado á los compañeros de Nay, desde el dia en que al alzar un látigo sobre ella la vió desplomarse inerte á sus piés, dispensóla toda la consideracion de que su recia índole era capaz. Comprendiendo Nay que el capitan iba á embarcarse, no pudo sofocar un sollozo y lamentos suponiéndose que aquel hombre volveria á ver pronto las costas de Africa de donde la habia arrebatado. Acércase á él, le pide de rodillas y con ademanes, que no la deje, bésale los piés, é imajinando en su dolor que podrá comprenderla, le dice:

—Llévame contigo. Yo seré tu esclava; buscaremos á Sinar, y así tendrás dos esclavos en vez de uno. Tú, que eres blanco y que cruzas los mares, sabrás dónde está y podremos hallarle..... Nosotros adoramos al mismo Dios que tú; y te seremos fieles con tal que no nos separes jamás.

Debia estar bella en su doloroso frenesí. El marino la contempló en silencio; plególe los labios una sonrirsa estraña que la rubia y espesa barba que acariciaba no alcanzó á velar, pasóle por la frente una sombra roja, y sus ojos dejaron ver la mansedumbre de los del chacal cuando le acaricia la hembra. Por fin tomándole una mano y llevándola contra el pecho, la dió á entender que si prometia amarle partirian juntos. Nay, altiva como una reina, se

puso de pié, dió la espalda al irlandes y entró al aposento inmediato. En este la recibió Gabriela, y despues de indicarle temerosa que guardase silencio, le significó que habia obrado bien y le prometió amarla mucho. Como despues de señalarle el cielo le mostró un crucifijo, quedó asombrada al ver á Nay caer de rodillas ante él y orar sollozando cual si pidiese á Dios lo que los hombres la negaban.

Trascurridos seis meses, Nay se hacia entender ya en castellano, debido á la constancia con que se empeñaba Gabriela en enseñarle su lengua. Esta sabia ya como se habia convertido la africana; y lo que habia logrado comprenderle de su historia, la interesaba mas y mas en su favor. Pero casi á ninguna hora estaban sin lágrimas los ojos de la hija de Magmahú: el canto de algun ave americana que le recordaba su país, ó la vista de flores parecidas á las de los bosques del Gambia, avivaba su dolor y la hacia jemir. Como durante los cortos viajes del irlandes la permitia Gabriela dormir en su aposento, habiale oido muchas veces llamar en sueños á su padre y á su esposo.

Las despedidas de los compañeros de infortunio habian ido quebrantando el corazon de la esclava, y al fin llegó el dia en que se despidió del último. Ella no habia sido vendida y era tratada con menos crueldad, no tanto porque la amparase el afecto de su amo, sino porque la desventurada iba á ser madre, y su señor esperaba realizarla mejor una vez que naciera el manumiso. Aquel avaro negociaba de contrabando con sangre de reyes.

Nay habia resuelto que el hijo de Sinar no fuera esclavo.

En una ocasion en que Gabriela le hablaba del cielo, usó de toda su salvaje franqueza para preguntarle:

—¿Los hijos de esclavos, si mueren bautizados, pueden ser ánjeles?

La criolla adivinó el pensamiento criminal que Nay acariciaba, y se resolvió á hacerla saber que en el país en

que estaba, su hijo seria libre cuando cumpliera diez y ocho años.

Nay respondió solamente en tono de lamento.

—Diez y ocho años!

Dos meses despues dió á la luz un niño, y se empeñó en que se le cristianara inmediatamente. Asi que acarició con el primer beso á su hijo, comprendió que Dios le enviaba con él un consuelo; y orgullosa de ser madre del hijo de Sinar, volvieron á sus labios las sonrisas que parecian haber huido de ellos para siempre.

Un jóven inglés que regresaba de las Antillas al interior de Nueva Granada, descansó por casualidad en aquellos meses en casa de Sardick antes de emprender la penosa navegacion del Atrato. Traia consigo una preciosa niña de tres años, á quien parecia amar tiernamente.

Eran ellos mi padre y Ester, la cual empezaba apenas á acostumbrarse á responder á su nuevo nombre de María.

Nay se supuso que aquella niña era huérfana de madre, y le cobró particular cariño. Mi padre temia confiársela, á pesar de que María no estaba contenta sino en los brazos de la esclava ó jugando con su hijo; pero Gabriela lo tranquilizó contándole lo que ella sabia de la historia de la hija de Magmahú, relacion que conmovió al extranjero. Comprendió éste la imprudencia cometida por la esposa de Sardick al hacerle sabedor de la fecha en que habia sido traida la africana á tierra granadina, puesto que las leyes del pais prohibian desde 1821 la importacion de esclavos; y en tal virtud Nay y su hijo eran libres. Mas guardóse bien de dar á conocer á Gabriela el error cometido, y esperó una ocasion favorable para proponer á William le vendiera á Nay.

Un norteamericano que regresaba á su pais despues de haber realizado en Citará un cargamento de harina, se detuvo en casa de Sardick, esperando para continuar su via-

[illegible]

[illegible] levan [illegible] hijo [illegible] que [illegible] alegre [illegible] á servir y querer á [illegible]

[illegible] Firmado por el [illegible] de venta con todas las [illegible], mi padre escribió á continuacion [illegible] y [illegible] el pliego á Gabriela para que Nay [illegible]. [illegible] líneas renunciaba al derecho de [illegible] que pudiera tener sobre ella y su hijo.

[illegible] el yankee de lo que el inglés acababa de hacer le dijo admirado.

—No puedo esplicarme la conducta de usted. ¿Que gana esta negra con ser libre?

—Es, le respondió mi padre, que yo no necesito una esclava sino una aya que quiera mucho á esta niña.

Y sentando á María sobre la mesa en que acababa de escribir, hizo que ella le entregase á Nay el papel diciendo él al mismo tiempo á la esposa de Sinar estas palabras:

—Guarda bien eso. Eres libre para quedarte ó ir á habitar con mi esposa y mis hijos en el bello pais en que viven.

Ella recibió la carta de libertad de manos de María, tomando á la niña en los brazos, la cubrió de besos. Asiendo despues una mano de mi padre, tocóla con los lábios, y la acercó llorando à los de su hijo.

Así fueron á habitar á la casa de mis padres Feliciana y Juan Anjel.

A los tres meses, Feliciana, hermosa otra vez y conforme en su infortunio cuanto era posible, vivia con nosotros amada de mi madre, quien la distinguió siempre con especial afecto y consideracion.

En los últimos tiempos, por su enfermedad, y mas, por ser aparente para ello, cuidaba en Santa*** del huerto y la lechería; pero el principal objeto de su permanencia allí, era recibirnos á mi padre y á mí cuando bajábamos de la sierra.

Niños María y yo, en los momentos en que Feliciana era mas complaciente con nosotros, soliamos acariciarla llamándola Nay; pero pronto notamos que se entristecia si la dábamos ese nombre. Alguna vez que, sentada á la cabecera de mi cama á prima noche, me entretenia con uno de sus fantásticos cuentos, se quedó silenciosa luego que lo hubo terminado; y yo creí notar que lloraba.

—Porqué lloras? la pregunté.

—Así que seas hombre, me respondió con su mas cariñoso acento, harás viajes y nos llevarás á Juan Anjel y á mí; ¿no es cierto?

—Sí, sí, le contesté entusiasmado: iremos á la tierra de esas princesas lindas de tus historias.... me las mostrarás..... ¿Como se llama?

—Africa, contestó.

Yo me soñé esa noche con palacios de oro y oyendo músicas deliciosas.

Capìtulo XLIV

El cura habia administrado los sacramentos á la enferma.

Dejando el médico á la cabecera, monté para ir al pueblo á disponer lo necesario para el entierro y á poner en el correo aquella carta fatal dirijida al señor A***

Cuando regresé, Feliciana parecia menos quebrantada, y el médico habia concebido una lijera esperanza. Ella me preguntó por cada uno de los de la familia, y al mencionar á María, dijo:

—¿Porqué no puedo verla antes de morirme? Yo le habria recomendado tanto á mi hijo!

Y luego, como para satisfacerme por la preferencia que manifestaba hácia ella, agregó:

—Si no hubiera sido por la niña, ¿qué seria de él y de mí?

La noche fué muy mala para la enferma. Al dia siguiente, sábado, á las tres de la tarde, el médico entró á mi cuarto diciéndome:

—Morirá hoy. ¿Cómo se llamaba el marido de Feliciana?

—Sinar, le respondí.

—¿ Sinar? y qué se ha hecho? En el delirio pronuncia ese nombre.

No tuve la complacencia de tratar de enternecer al doctor refiriéndole las aventuras de Nay, y pasé á la habitacion de ella.

El médico decia la verdad: iba á morir y sus labios pronunciaban solo ese nombre cuya elocuencia no podian medir las esclavas que la rodeaban, ni aun su mismo hijo.

Me acerqué para decirle, de modo que sus oidos entorpecidos pudiesen oirme:

—Nay! Nay!....

Abrió los ojos enturbiados ya.

—¿ No me conoces?

Hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿ Quiéres qué te lea algunas oraciones?

Hizo lo misma señal.

Eran las cinco de la tarde cuando hice que alejaran á Juan Angel del lecho de su madre. Aquellos ojos que tan hermosos habian sido, jiraban amarillentos y ya sin luz en las órbitas ahuecadas: la nariz se le habia perfilado: los labios graciosos aunque lijeramente gruesos, retostados ahora por la fiebre, dejaban ver los dientes que ya no humedecian: con las manos crispadas y yertas sostenia sobre el pecho un crucifijo, y se esforzaba en vano por pronunciar el nombre de Jesus, que yo le repetia; nombre del único que podia devolverle á su esposo.

Hacia una hora que habia anochecido cuando espiró.

Luego que las esclavas la vistieron y colocaron en un ataud, cubierta desde la garganta hasta los piés de un lino blanco, fué puesta en una mesa enlutada, en cuyas cuatro esquinas habia cirios encendidos. Juan Anjel á la cabecera de la mesa derramaba lágrimas sobre la frente de su madre, y de su pecho enronquecido por los sollozos salian lastimeros alaridos.

Mandé órden al capitan de la cuadrilla de esclavos para que aquella noche la trajese á rezar en casa. Fueron llegando silenciosos, y ocupando los varones y niños toda la estension del corredor occidental; las mujeres se arrodillaron en círculo al rededor del féretro; y como las ventanas del cuarto mortuorio caian al corredor, ámbos grupos rezaban á un mismo tiempo.

Terminado el rosario, una esclava entonó la primera estrofa de una de esas salves llenas de dolorosa melancolía y desgarradores lamentos de algun corazon esclavo que oró. La cuadrilla repetia en coro cada estrofa cantada, armonizándose las graves voces de los varones con las puras y dulces de las mujeres y de los niños. Estos son los versos que de aquel himno he conservado en la memoria.

En oscuro calabozo
Cuya reja al sol ocultan
Negros y altos murallones
Que las prisiones circundan;

En que solo las cadenas
Que arrastro, el silencio turban
De esta soledad eterna
Donde ni el viento se escucha....

Muero sin ver tus montañas,
O patria! donde mi cuna
Se meció bajo los bosques
Que no cubrirán mi tumba.

Mientras sonaba el canto, las luces del féretro hacian brillar las lágrimas que rodaban por los rostros medio embozados de las esclavas, y yo procuraba inútilmente ocultarles las mias.

La cuadrilla se retiró, y solamente quedaron unas pocas mujeres que debian turnarse para orar toda la noche, y

dos hombres para que prepararan las andas en que la muerta debia ser conducida al pueblo.

Estaba muy avanzada la noche cuando logré que Juan Anjel se durmiera abrumado por su dolor. Me retiré luego á mi cuarto; pero el rumor de las voces de las mujeres que rezaban y el golpe de los machetes de los esclavos que preparaban la parihuela de guaduas, me despertaban cada vez que habia conciliado el sueño.

A las cuatro, Juan Anjel dormia aun. Los ocho esclavos que conducian el cadáver, y yo, nos pusimos en marcha. Habia dado órden al mayordomo Hijinio para que hiciera al negrito esperarme en casa, porque queria yo evitarle el lance terrible de despedirse de su madre.

Ninguno de los que acompañábamos á Feliciana pronunció una sola palabra durante el viaje. Los campesinos que conduciendo víveres al mercado nos dieron alcance, estrañaban aquel silencio, por ser costumbre entre los aldeanos del pais el entregarse á una repugnante orjia en las noches que ellos llaman de velorio, noches en las cuales los parientes y vecinos del que ha muerto, se reunen en la casa de los dolientes so pretesto de rezar por el difunto.

Una vez que las oraciones y misa mortuorias se terminaron, nos dirijimos con el cadáver al cementerio. Ya la fosa estaba acabada. Al pasar con él bajo la portada del campo santo, Juan Anjel, que habia burlado la vijilancia de Hijinio para correr en busca de su madre, nos dió alcance.

Colccado el ataud en el borde de la huesa, se abrazó de él como para impedir que se lo ocultasen. Fué necesario acercarme á él y decirle mientras le acariciaba enjugándole las lágrimas:

—No es tu madre esa que ves ahí; ella está en el cielo, y Dios no puede perdonarte esa desesperacion.

—Me dejó solo! me dejó solo! repetia el infeliz.

—No, no, le respondí: aquí estoy yo, que te he querido y te querré siempre mucho: te quedan María, mi madre, Emma.....y todas te servirán de madres.

El ataud estaba ya en el fondo de la fosa: uno de los esclavos le echó encima la primera palada de tierra. Juan Anjel, abalanzándose casi colérico hácia él, le cojió á dos manos la pala, movimiento que nos llenó de penoso estupor á todos.

A las tres de la tarde del mismo dia, dejando una cruz sobre la tumba de Nay, nos dirijimos su hijo y yo á la hacienda de la sierra. (1)

Capítulo VI.

Pasados ocho dias, empezó á calmarse el pesar que la muerte de Feliciana habia causado en los ánimos de mi madre Emma y María, sin que por esto dejase de ser ella el tema frecuente de sus conversaciones. Todos procurábamos aliviar á Juan Anjel con nuestros cuidados y afectos, siendo esto lo mejor que podiamos hacer por su madre. Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo pusiese bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debia considerarse solamente como un criado de nuestra casa. El negrito, que ya tenia noticia de mi próximo viaje, manifestó que lo único que deseaba era que le permitieran acompañarme, y mi padre le dió alguna esperanza de complacerlo.

(1) Si hay quien pueda creer exajeradas las desventuras de Nay y de sus compañeros de esclavitud, la lectura del Capítulo VI, Epoca XIV, y del XVII, Epoca XVIII, de la Historia Universal de Cantu, bastará á convencerle de que al bosquejar algunos cuadros del episodio, se han desleñado tintas que podian servir para hacerlo espantosamente verdadero; y se persuadirá además, de que el catolicismo ha sido el perseguidor tenaz y realmente desinteresado que la esclavitud ha tenido desde Pio II (1462) hasta hoy.

A pesar de lo sucedido la noche víspera de mi marcha á Santa***, María continuaba siendo para conmigo solamente lo que habia sido hasta entonces: aquel casto misterio que habia velado nuestro amor, le velaba aun. Apenas nos tomábamos la libertad de pasear algunas veces solos en el jardin y en el huerto. Olvidados entónces de mi viaje, retozaba ella á mi alrededor, recojiendo flores que ponia en su delantal para venir despues á mostrármelas, dejándome escojer las mas bellas para mi cuarto, y disputándome alguna que finjia querer reservar para el oratorio. Ayudábale yo á regar sus éras predilectas, para lo cual se recojia las mangas dejando ver sus brazos, sin apercibirse de que tan hermosos me parecian. Nos sentamos á la orilla del derrumbe, coronado de madreselvas, desde donde veiamos hervir y serpentear las corrientes del rio en el fondo profundo y montuoso de la vega. Afanábase otras veces por hacerme distinguir sobre los lampos de oro que el sol dejaba al ocultarse, leones dormidos, caballos jigantes y ruinas de castillos de jaspe y lapislazuli y cuanto se complacia en forjar con entusiasmo infantil.

Mas, si la mas leve circunstancia nos hacia pensar en el viaje temido, su brazo no se desenlazaba del mio, y deteniéndose en ciertos sitios, me buscaban sus miradas húmedas, despues de espiar en ellos algo invisible para mí.

Una tarde (hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria!) la luz de los arreboles moribundos del ocaso se confundia bajo un cielo teñido de lila con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro. Los vientos bajaban retozando de las montañas á las llanuras: las aves buscaban presurosas sus nidos en los follajes de los sotos. Los bucles de la cabellera de María, que recorria lentamente el jardin asida de mi brazo con entrámbas manos, me ha-

—¿Como no lo he de saber? Porque ese dia hubo quien supusiera que yo no queria volver á poner flores en su mesa.

—Mírame, María.

—¿Para qué? respondió sin levantar los ojos de la matita, que parecia examinar con suma atencion.

—Cada azucena que nazca aquí será un castigo cruel por un solo momento de duda. ¿Sabia yo acaso si era digno?... Vamos á sembrar tus azucenas léjos de este sitio.

Hinqué una rodilla al frente de ella.

—No, señor, me respondió alarmada y cubriendo la matica con entrambas manos.

Yo me volví á poner en pié; y cruzado de brazos esperaba á que ella terminara lo que hacia ó finjia hacer. Trató de verme sin que yo lo notase, y rió al fin levantando el rostro lleno de recompensas por un instante de supuesta severidad, diciéndome:

—Conque muy bravo, ¿no? Voy á contarle, señor, para qué son todas las azucenas que dé la mata.

Al tratar de ponerse en pié, asida de la mano que yo le ofrecí, volvió á caer arrodillada, porque la detenian algunos cabellos enredados en las ramas del rosal: los separamos, y entonces, sacudiendo graciosamente la cabeza para arreglar la cabellera, sus miradas tenian una fascinacion casi nueva. Apoyada en mi brazo, observó:

—Vámonos que va á oscurecer.

—¿Para qué son las azucenas? insistí al dirijirnos lentamente al corredor de la montaña.

Y sabes para qué servirán las rosas de la mata nueva que te mostré, ¿no?

—Sí.

—Pues las azucenas servirán para una cosa parecida.

—A ver.

—¿Te gustará encontrar en cada carta mia que recibas, un pedacito de las azucenas que dé?

—Ah! si.

—Eso será como decirte muchas cosas que algunas veces no deben escribirse y que otras me costaria mucho trabajo espresar bien, porque no me has acabado de enseñar lo necesario para que mis cartas vayan bien puestas.... Tambien es cierto.:..

—Qué es cierto?

—Que ambos tenemos la culpa.

Despues de haberse distraido en romper bajo sus piés preciosamente calzados, las hojas secas de los mandules y mameyes regadas por el viento en la callejuela que seguiamos, dijo:

—No quiero ir mañana á la montaña.

¿Pero no se sentirá Tránsito contigo? Hace un mes que se casó y no la hemos hecho la primera visita. ¿Por qué no deseas ir?

Porqué.... por nada. Le dirás que estamos atareadas con tu viaje.... cualquier cosa. Que venga ella y Lucía el domingo.

—Está bien. Yo volveré muy temprano.

—Sí; y no habrá cacería.

—Pero esa condicion es nueva; y Cárlos se reiria de saber que me la has puesto.

—Y quién ha de ir á decírselo á él?

—Tal vez yo mismo.

—Y eso para qué?

—Para consolarlo de aquel tiro que erró tan lastimosamente al venadito.

—De véras. A un tigre hubiera sido otra cosa, porque claro está que debe dar miedo.

—Lo que no sabes es que la escopeta de Cárlos no tenia municion cuando disparó: Braulio se la habia sacado.

—Y ¿ por qué hizo Braulio eso ?

—Por tomar desquite: Cárlos y el señor de M*** se habian burlado en aquella mañana de la flacura de los perros de José.

—Braulio hizo mal ; ¿ verdad ? Pero si no lo hubiera hecho así, no estaria vivo el venadito. Tú no has visto lo alegre que se pone si yo me le acerco : hasta Mayo ha conseguido que lo quiera, y muchas veces duermen juntos. Es tan lindo ! Cómo lo habrá llorado su madre !

—Suéltalo para que se vaya, pues.

—Y ¿ ella lo buscaría todavía por los montes ?

—Tal vez no.

—Por qué ?

—Porque Braulio me asegura que la venada que mató poco despues en la misma cañada de donde salió el chiquito, era la madre.

—Ay ! qué hombre ! No vuelvas á matar venadas.

Habiamos llegado al corredor, y Juan con los brazos abiertos salió al encuentro de María : ella lo levantó y desapareció con él, despues de haberle hecho reclinar la cabeza soñolienta sobre uno de aquellos hombros de porcelana sonrosada, que ni su pañolon ni su cabellera se atrevian en algunos momentos á ocultar.

Capítulo XLVI

A las dos del dia siguiente bajé de la montaña. El sol, desde el cenit, sin nubes que le estorbaran, lanzaba su intensa luz intentando abrasar todo lo que los follajes de los árboles no defendian de sus rayos de fuego. Las arboledas estaban silenciosas: la brisa no movia sus ramajes ni aleteaba un ave en ellos : las chicharras festejaban infatigables aquel dia de estío con que se engalanaba diciem-

bre: las aguas cristalinas de las fuentes rodaban precipitadas al atravesar las callejuelas para ir á secretearse bajo los tamarindos y hobos y esconderse, y despues en los yerbabuenales frondosos: el valle y sus montañas parecian iluminados por el resplandor de un espejo jigantesco.

Seguíanme Juan Anjel y Mayo. Divisé á María, que llegaba al baño acompañada de Juan y Estéfana. El perro corrió hácia ellos, y se puso á dar vueltas al rededor del bello grupo, estornudando y dando aullliditos como solia hacerlo para expresar contento. María me buscó con mirada anhelosa por todas partes, y me divisó al fin á tiempo que yo saltaba el vallado del huerto. Dirigíme hácia donde ella estaba. Sus cabellos, conservando las ondulaciones que las trenzas les habian imprimido, le caian en manojos desordenados sobre el pañolon y parte de la falda blanca, que recojia con la mano izquierda mientras con la derecha se abanicaba con una rama de albahaca.

Estaba sentada bajo el ramaje del naranjo del baño, sobre una alfombra que Estéfana acababa de extender, cuando me acerqué á saludarla.

—Que sol! me dijo; por no haber venido temprano.

—No fué posible!

—Casi nunca es posible. ¿Quieres bañarte y yo me esperaré?

—Oh! no.

—Si es por que falta en el baño algo, yo puedo ponérselo ahora.

—¿Rosas?

—Sí: pero ya las tendrá cuando vengas.

Juan que habia estado haciendo bambolear los racimos de naranjas que estaban á su alcance y casi sobre el césped, se arrodilló delante de María para que ella le desabrochara la blusa.

Ese dia traia yo una abundante provision de lirios, pues además de los que me habian guardado Tránsito y Lucía, encontré muchos en el camino: escojí los mas hermosos para entregárselos á María, y recibiendo de Juan Anjel todos los otros, los arrojé al baño. Ella exclamó:

—Ay! qué lástima! Tan lindos!

—Las ondinas, la dije, hacen lo mismo con ellos cuando se bañan en los remansos.

—Quiénes son las ondinas?

—Unas mujeres que quisieran parecerse á tí.

—¿A mí? dónde las has visto?

—En el rio las veia.

María rió, y como me alejaba, me dijo:

—No me demoraré sino un ratito.

Media hora despues entró al salon donde la esperaba yo.. Sus miradas tenian esa brillantez y sus mejillas el suave sonrosado que tanto la embellecian cuando salia del baño. Al verme se detuvo exclamando:

—Ah! por qué aquí?

—Porque supuse que entrarias.

—Y yo, que me esperabas.

Sentóse en el sofá que le indiqué, é interrumpió luego algo en que pensaba, para decirme:

—Por qué es, ah?

—Qué cosa?

—Que sucede esto siempre.

—No has dicho qué.

—Que si imagino que vas á hacer algo, lo haces.

—Y ¿por qué me avisa tambien algo que ya vienes, si has tardado? Eso no tiene explicacion.

—Yo queria saber, desde hace dias, si sucediéndome esto ahora, cuando no estés aquí ya, podrás adivinar lo que yo haga y saber yo si estás pensando....

—En tí, ¿no?

—Será. Vamos al costurero de mamá, que por esperarte no he hecho nada hoy, y ella quiere que esté á la tarde lo que estoy cosiendo.

—¿ Allá estaremos solos?

—¿ Y qué nuevo empeño es ese de que estemos siempre solos?

—Todo lo que me estorba.....

—Chit!....dijo poniéndose un dedo sobre los labios. Ya ves? están en la reposteria, añadió sentándose. ¿ Conque son muy lindas esas mujeres? preguntó sonriéndose y arreglando la costura. ¿Cómo se llaman?

—Ah! son muy lindas.

—¿ Y viven en los montes?

—En las orillas del rio.

Al sol y al agua? No deben de ser muy blancas.

—En las sombras de los bosques.

—¿ Y que hacen allí?

—No sé que hacen; lo que sí sé es que ya no las encuentro.

—¿ Y cuánto hace que te sucede esa desgracia? ¿ por qué no te esperarán? Siendo tan bonitas, estarás apesadumbrado.

—Están.....pero tú no sabes qué es estar así.

—Pues me lo esplicarás tú. ¿ Cómo están?....No, señor, agregó escondiendo en los pliegues de la irlanda que tenia sobre la falda, la mano derecha que yo habia intentado tomarle.

—Está bien.

—Porque no puedo coser, y no dices cómo están las.... ¿cómo se llaman?.

—Voy á confesártelo.

—A ver, pues.

—Están celosas de tí.

—¿ Enojadas conmigo?

—Sí.

—¡ Conmigo!

—Antes solo pensaba yo en ellas, y despues......

—¿ Despues?

—Las olvidé por tí.

—Entónces me voy á poner muy orgullosa.

Su mano derecha estaba ya jugando sobre un brazo de la butaca, y era así como solia indicarme que podia tormarla. Ella siguió diciendo:

—¿ En Europa hay ondinas?....Oigame, mi amigo, en Europa hay?

—Sí.

—Entónces quién sabe.

—Es seguro que aquellas se pintan las mejillas con zumos de flores rosadas, y se ponen corsé y botines.

María trataba de coser, pero su mano derecha no estaba firme. Mientras desenredaba la hebra, me observó:

—Yo conozco uno que se desvive por ver piés lindamente calzados. Las flores del baño se van á ir por el desagüe.

—¿Eso quiere decir que debo irme?

—Es que me dá lástima de que se pierdan.

—Algo mas es.

—De véras: que me da como pena.... y otra cosa de que nos vean tantas veces solos.... y Emma y mama ván á venir.

Capitulo XLVII

Mi padre habia resuelto ir á la ciudad antes de mi partida, tanto porque los negocios lo exijian urjentemente como para tomarse tiempo allá para arreglar mi viaje.

El 14 de Enero, víspera del dia en que debia dejarnos, á las siete de la noche y despues de haber trabajado jun-

tos algunas horas, hice llevar á su cuarto una parte de mi equipaje que debia seguir con el suyo. Mi madre acomodaba los baules arrodillada sobre una alfombra, y Emma y María la ayudaban. Ya no quedaban por acomodar sino vestidos mios: María tomó algunas piezas de estos que estaban en los asientos inmediatos, y al reconocerlas preguntó:

—¿ Esto tambien?

—Mi madre se lo recibió sin responder, y se llevó algunas veces el pañuelo á los ojos mientras los iba colocando.

Salí, y al regresar con algunos papeles que debian ponerse en los baules, encontré á María recostada en la baranda del corredor,

—Qué es, la dije? ¿por qué lloras?

—Si no lloro...

—Recuerda lo que me tienes prometido.

—Sí, ya sé: tener valor para todo esto. Si fuera posible que me dieras parte del tuyo... Pero yo no he prometido á mamá ni á tí no llorar. Sí tu ceño no estuviese diciendo mas de lo que estas lágrimas dicen, yo las ocultaria... pero despues quién las sabrá...

Enjugué con mi pañuelo las que le rodaban por las mejillas, diciéndole:

—Espérame, que vuelvo.

—Aquí?

—Sí.

Estaba en el mismo sitio. Me recliné á su lado en la baranda.

—Mira, me dijo mostrándome el valle tenebroso; mira como se han entristecido las noches: cuando vuelvan las de agosto ¿donde estarás ya?

Despues de unos momentos de silencio agregó;

—Si no hubieras venido, si como papá pensó, no hubieras vuelto antes de seguir para Europa...

—¿Habria sido mejor?

—Mejor?... mejor?... ¿Lo has creido alguna vez?

—Bien sabes que no he podido creerlo.

—Yo sí, cuando papá dijo eso que le oi de la enfermedad que tuve; y tú nunca?

—Nunca.

—Y en aquellos diez dias?

—Te amaba como ahora: pero lo que el médico y mi padre...

—Sí; mamá me lo ha dicho. ¿Cómo podré pagarte?

—Ya has hecho lo que yo podia exijirte en recompensa.

—¿Algo que valga tanto así?

—Amarme como te amé entónces, como te amo hoy; amarme mucho.

—Ay! sí. Pero aunque sea una ingratitud, eso no ha sido por pagarte lo que hiciste.

Y apoyó por unos instantes la frente sobre su mano enlazada con la mia.

—Antes, continuó, levantando lentamente la cabeza, me habria muerto de vergüenza al hablarte así... Tal vez no hago bien...

—¿Mal, María? ¿No eres, pues, casi mi esposa?

—Es que no puedo acostumbrarme á esa idea; tanto tiempo me pareció un imposible...

—Pero hoy? aun hoy?

—No puedo imajinarme como serás tú y como seré yo entónces. Que buscas? preguntóme sintiendo que mis manos registraban las suyas.

—Esto, le respondí, sacándole del dedo anular de la mano izquierda una sortija en la cual estaban grabadas las dos iniciales de los nombres de sus padres.

—¿Para usarla tú? Como no usas sortijas, no te la habia ofrecido.

—Te la devolveré el dia de nuestras bodas: reemplázala mientras tanto con esta; es la que mi madre me dió cuando me fuí para el colejio: por dentro del aro están tu nombre y el mio. A mí no me viene; á tí sí; ¿no?

—Bueno, pero esta no te la devolveré nunca. Recuerdo que en los dias de irte, se te cayó en el arroyo del huerto, y yo me descalcé para buscártela, y como me mojé mucho, mamá se enojó.

Algo oscuro como la cabellera de María y veloz como el pensamiento cruzó por delante de nuestros ojos. María dió un grito ahogado, y cubriéndose el rostro con las manos, esclamó horrorizada:—El ave negra.

Temblorosa se asió de uno de mis brazos. Un calofrio de pavor me recorrió el cuerpo. El zumbido metálico de las alas del ave ominosa no se oía ya. María estaba inmóvil. Mi madre, que salia del escritorio con una luz, se acercó alarmada por el grito que acababa de oirle á María: ésta estaba lívida.

—Qué es? preguntó mi madre.

—Esa ave que vimos en el cuarto de Efrain.

La luz tembló en la mano de mi madre, quien dijo:

—Pero, niña, ¿como te asustas así?

—Usted no sabe....Pero yo no tengo ya nada. Vamos de aquí, añadió llamándome con la mirada ya mas serena.

La campanilla del comedor sonó y nos dirijiamos allá cuando María se acercó á mi madre para decirla:

—No le vaya á contar mi susto á papá, porque se reirá de mí.

Capítulo XLVIII

A las siete de la mañana siguiente ya habia salido de casa el equipaje de mi padre, y él y yo tomábamos el café en traje de camino. Debia acompañarle hasta cerca de la

hacienda de los señores de M***, de los cuales iba á despedirme lo mismo que de otros vecinos. La familia estaba toda en el corredor cuando acercaron los caballos para que montáramos. Emma y María salieron de mi cuarto en aquel momento, lo cual me llamó la atencion. Mi padre despues de besar en una de las mejillas á mi madre, le besó la frente á María, á Emma y á cada uno de los niños hasta llegar á Juan, quien le recordó el encargo que le habia hecho de un galapaguito con pistoleras, para ensillar un potro guacho que le servia de diversion en esos dias.

Detúvose de nuevo mi padre delante de María, antes de bajar la escalera, y la dijo en voz baja, poniéndole una mano sobre la cabeza, y tratando inútilmente de conseguir que le mirara:

—Es convenido que estarás muy guapa y muy juiciosa; ¿no es verdad, mi señora?

María le significó una respuesta afirmativa, y por sus mejillas sonrosadas por el pudor, intentaron deslizarse lágrimas que ella enjugó precipitadamente.

Me despedí hasta la tarde, y estando yo cerca de María miéntras montaba mi padre, ella me dijo de modo que ninguno otro lo oyera:

—Ni un minuto despues de las cinco.

De la familia de don Jerónimo, solamente Cárlos estaba en la hacienda; este me recibió lleno de placer, y tratando de obtener de mí, desde el punto en que me abrazó, que pasara todo el dia con él.

Visitamos el injenio, costosamente montado aunque con poco gusto y arte; recorrimos el huerto, hermosa obra de los antepasados de la familia, y fuimos por último al pesebre, adornado con media docena de valiosos caballos.

Fumábamos de sobre mesa, despues del almuerzo, cuando Cárlos me dijo:

—Por lo visto, me será imposible verte antes de que nos digamos adios, con tu cara alegre de estudiante, con aquella que ponias para atormentarme al contarte algun capricho desesperador de Matilde. Pero al cabo, si estás triste porque te vas, eso significa, que estarías contento si te quedaras...Diablo de viaje!

—No seas mal agradecido, le respondí; desde que yo regrese, tendrás médico de balde.

—Cierto, hombre. ¿Crees que no habia caido en cuenta de eso? Estudia mucho para volver pronto. Si mientras tanto no me mata un tabardillo atrapado en estos llanos, es posible que me encuentres hidrópico. Estoy aburriéndome alarmantemente. Todo el mundo quiso aquí que fuera á pasar la nochebuena en Buga; y para quedarme tuve que finjir que me habia dislocado un tobillo, á riesgo de que tal conducta me despopularice lastimosamente entre la numerosa turba de mis primas. Al fin tendré que pretestar algun negocio á Bogotá, aunque sea á traer soches y ruanas como Emigdio...á traer cualquier cosa.

—¿Como una mujer? le interrumpí.

—Toma! ¿te imajinas que no he pensado en eso? Mil veces. Todas las noches hago cien proyectos. Figúrate: tirado boca arriba en un catre desde las seis de la tarde aguardando á que vengan los negros á rezar, á que me llamen despues á tomar chocolate, y oyendo luego conchavar desenraices, despajes y siembras de caña... A la madrugada de todos los dias, el primer olor de bagazal que me llega á las narices deshace todos mis castillos.

—Pero leerás.

—Qué leo? ¿Con quien hablo de lo que lea? ¿con ese cotudo de mayordomo que bosteza desde la cinco?

—Saco en limpio que necesitas urjentemente casarte, que has vuelto á pensar en Matilde y que proyectas traerla aquí.

—Al pié de la letra; eso ha sucedido así. Despues que me convenci de que habia cometido un dislate intentando casarme con tu prima (Dios y ella me lo perdonen), vino la tentacion que dices. Pero ¿sabes lo que suele sucederme? Despues de costarme tanto trabajo como resolver uno de aquellos problemas de Bracho, imajinarme bien que Matilde es ya mi mujer y que está en casa, suelto la carcajada de suponerme qué seria de la infeliz.

—Pero ¿por qué?

—Hombre, Matilde es de Bogotá como la pila de San Cárlos, como la estátua de Bolivar, como el portero Escamilla: tendria que echárseme á perder en la trasplanta. Y ¿qué podria yo hacer para evitarlo?

—Pues hacerte amar de ella siempre; proporcionarle todos los refinamientos y recreaciones posibles...en fin, tú eres rico, y ella te seria un estímulo para el trabajo. Además, estas llanuras, estos rios, estos bosques, ¿son por ventura cosas que ella ha visto? ¿Son para verse y no amarse?

—Ya me vienes con poesias. ¿Y mi padre y sus campesinadas? ¿y mis tias con sus humos y gazmoñerias? ¿y esta soledad? y el calor?...y el demonio...?

—Aguárdate, le interrumpí riéndome, no lo tomes tan á pechos.

—No hablemos mas de esto. Apúrate mucho para que vuelvas pronto á curarme. Cuando regreses, te casarás con la señorita María; no es así?

—Dios mediante..

—¿Quieres que yo sea tu padrino?

—De mil amores.

—Gracias. Es pues, cosa convenida.

—Haz que me traigan mi caballo, le dije despues de un rato de silencio.

—¿Te vas ya?

—Lo siento; pero en casa me esperan temprano; ya ves que está muy próximo el viaje... y tengo que despedirme hoy de Emigdio y de mi compadre Custodio que no están muy cerca.

—¿Te vas el treinta precisamente?

—Sí.

—Te quedan solo quince dias; no debo detenerte. Al fin te has reido de algo, aunque haya sido de mi tedio.

Ni Cárlos ni yo pudimos ocultar el pesar que nos causaba aquella despedida.

Vadeaba el Amaimito á tiempo que oí se me llamaba y divisé á mi compadre Custodio, saliendo de un bosque inmediato. Cabalgaba él en un potron melado, de rienda todavia, sobre una silla de gran cabeza: llevaba camisa de listado azul, los calzones arremangados hasta la rodilla y el capisayo atravesado á lo largo sobre los muslos. Seguíale montado en una yegua albina agobiada por los años y por cuatro racimos de plátanos, un muchacho cretino, el mismo que desempeñaba en la chacra funciones combinadas de porquero, pajarero y hortelano.

Dios me lo guarde, compadrito, me dijo el viejo cuando estuvo cerca. Si no me empecino á gritarlo, se me escabulle.

—A su casa iba, compadre.

—No me lo diga. Y yo que por poco no salgo de estas selvas, dándome forma de topar esa maneta indina que ya se volvió á horrar: pero en el trapiche me las ha de pagar todas juntas. Si no acierto á pasar por el llanito de la puerta y á ver los gualas, hastora estaria haraganeando en su busca. Me fui de jilo, y dicho y hecho: medio comido ya el muleto y tan bizarrote que parecia de dos meses. Ni el cuero se pudo sacar, que con otro me habria servido para hacer unos zamarros, que los que tengo están de la vista de los perros.

—No se le dé nada, compadre, que muletos le han de sobrar y años para verlos de recua. Vámonos, pues.

—Nada, señor, dijo mi compadre empezando á andar precediéndome; si es cansera; el tiempo está de lo pésimo. Hágase cargo; la miel á real; la rapadura, no se diga; la azucarita que sale blanca, á peso; los quesos, de balde, y los puercos tragándose todo el maiz de la cosecha, y como si se botara al rio. Los balances de su comadre, aunque la pobre es un ringlete, no dan ni para velas; no hay cochada de jabon que pague lo que se gasta; y esos garosos de guardas tras del sacatin que se las pelan... Qué le cuento; le compré al amo Don Jerónimo el rastrojo aquel del guadualito; pero que hombre tan tirano! cuatrocientos patacones y diez ternerotes de aparte me sacó.

—Y ¿de donde salieron los cuatrocientos? ¿del jabon?

—Ah usté para temático, compadre. Si rompimos hasta la alcancía de Salomé para poder pagarle.

—Y Salomé ¿sigue tan trabajadora como ántes?

—Y si no, dónde le diera la agua? labra tiras de lomillo que es lo que hay que ver, y ayuda en todo: al fin hija de su mama. Pero si le digo que esa muchacha me tiene zurumbático, no le miento.

—¿Salomé? Ella tan formalita, tan recatada...

—Ella, compadre; así tan pacatica como la ve.

—Qué sucede?

—Usté es caballero de véras y mi amigo, y se lo voy á contar, en vez de írselo á decir al señor cura de la parroquia, que yo creo que de puro santo no tiene ni malicia y se le pasea el alma por el cuerpo. Pero aguárdese paso yo primero este zanjon, porque para no embarrarse en él, se necesita baquía.

Y volviéndose al bobo que venia durmiéndose entre los plátanos:

—Vé el camino, tembo, porque si se atolla la yegua, con gusto pierdo los guangos por dejarte ahi.

El cotudo rió estúpidamente y dió por respuesta algunos rezongos inarticulados. Mi compadre continuó:

—¿Usté sí conoce á Tiburcio el mulatico que crió el difunto Murcia?

—¿No es el que se queria casar con Salomé?

—Allá llegaremos.

—No sé quién le crió. Pero vaya si le conozco: le he visto en casa de usted y en la de José, y aun hemos cazado algunas veces juntos: es un guapo mozo.

—Ahí donde lo vé, no le faltan ocho buenas vacas, su punta de puercos, su estancita y dos buenas yeguas de silla. Porque ñor Murcia, aunque vivia renegando que daba miedo, era un buen hombre, y le dejó todo eso al muchacho. Es el hijo de una mulata que le costó al viejo una rebotacion de tiricia que por poco se lo lleva, pues á los cuatro meses de haber comprado la zamba en Quilichao, se le murió; y yo supe el cuento, porque entónces me gustaba jordalear algunas veces en la chagra de ñor Murcia.

—Y que hay con Tiburcio?

—Allá voy. Pues señor, va para ocho meses que empecé á notar que el muchacho no le faltaban pretextos para venir á vernos; pero pronto le cojí la mácula, y conocí que lo que buscaba era ocasion de ver á Salomé. Un dia se lo dije por lo claro á Candelaria, y ella me salió con la repostada de que tal vez me habia caido nube á los ojos y que el cuento era rancio. Me puse en atisba un sábado en la tardecita, porque Tiburcio no faltaba en esos dias, á esa hora, y cate usté que ví á la muchacha salirle al encuentro apenas lo sintió, y no me quedó pizca de duda... Eso si nada ví que no fuera lejítimo. Pasaron dias y dias y Tiburcio no abria la boca para hablar de casamiento; pero

yo pensaba: cateando que estará á Salomé, y bien guanábano será si no se casa con ella, pues no es ninguna mechosa, y tan mujer de su casa no hay riesgo que la halle. Cuando de golpe dejó de venir Tiburcio, sin que Candelaria pudiera sacarle á la muchacha el motivo; y como á mi me tiene Salomé el respeto que debe, ménos pude averiguarle; y desde ánte de nochebuena Tiburcio no se asoma allá. Si será usted amigo del niño Justiniano hermano de don Carlitos.

—No lo veo desde que éramos chicos.

—Pues quítele las patillas que ha echado don Cárlos, y ahí lo tiene individual. Pero ojalá fuera como el hermano; es el mismo patas pero bonito mozo para qué es negarlo. Yo no sé ónde vió él á Salomé: tal vez seria agora que estuve empeñado sobre hacer el cambalache con su padre, porque el niño ese vino á herrar los terneros, y desde el mismo dia no me deja comer el plátano á gusto.

—Eso no está bueno.

—Yo, que se lo cuento con riesgo de que su comadre, si lo sabe, me diga un dia que esté lunática, que soy un garlero, sé lo que hago. Pero no hay mal que no tenga su cura: he estado dando y cavando hasta dar en el toque.

—A ver, compadre; pero dígame ántes (y dispense si hay indiscrecion en preguntárselo) ¿qué cara le hace Salomé á Justiniano?

—Déjeme, señor: si eso es lo que me tiene dia y noche como si durmiera yo sobre pringamoza... compadre, la muchacha está picada... Por no matarla... Y la pela que le doy si se mete el mandinga... Lo quiere, niño, y por eso le cuento á usté todo para que me saque con bien.

—¿Y en qué ha conocido usted que está enamorada Salomé?

—Válgame! No habré visto yo como le bailan los ojos cuando ve al blanquito, y que toda ella se pone como azo-

con g...
El ...
nos re...
—¿
difun...
—
—
—
vis...
do

p...

[illegible]

... Dominga, devuelv... en lugar de ... Todo ella se puso á tembl... este retobo no a... pero la de... yo soy maliciosa ... yo la desuello á rejo y ... mire que ... no me quiten el nombre.»

La exaltacion de mi compadre habia llegado al colmo. Santiguándose continuó:

—Jesus, creo en Dios padre! Esa cangalla es capaz de hacerme perder, un dia que se me revista la ira mala. Es buen hacer, blanco: tener un hombre de bien su hijita que tantas pesadumbres le ha costado, y que no ha de faltar quien quiera hacerlo abochornar á uno de lo mas querido.

Mi irascible compadre estaba próximo á un acceso de nternecimiento, y yo, á quien no habian parecido salvas repiques sus últimas palabras, me apresuré á decirle:

—Veamos el remedio que usted ha encontrado para el ıal, porque ya voy creyendo que es cosa grave.

—Pues ory verá: su mamá le propuso el otro dia á mi ıujer que le mandara allá á Salomé por unas semanas ara que la muchacha aprendiera á coser en fino, que es ɔdo lo que Candelaria desea. Entónces no se pudo.... Yo o lo conocia á usté como agora.

—Compadre!

—Por la verdad murió Cristo. Ya el caso es diferente: uiero que su mamá me tenga allá unos meses á la muıacha, que por ahí no se ha de ir á buscarla ese enemigo ,alo: Salomé se ajuiciará y será lo mismo que decirle al ıe quiera alborotármela que se vaya á la punta de un ıerno. Le parece?

—Por supuesto. Hoy mismo le hablaré á mi madre; ella y las muchachas se pondrán muy contentas. Yo le ometo que todo se allanará.

—Dios se lo pague, compadre. Entónces yo me daré mas de que usté hable hoy un rato solo con Salomé, como quien no quiere la cosa: le propone que vaya su casa y le dice que su mamá la está esperando. Usté cuenta luego qué ha notado, y así nos saldrá todo deho como surco. Pero si la muchacha se me encapricha, le juro que un dia de estos la encajo en uno de mis ıchos y al beaterio de Cali va á dar, que ahí no se me le de asentar una mosca, y si no sale casada, rezando aprendiendo á leer en libro, la tengo hasta que San Juan ache el dedo.

Pasábamos por el rastrojo recien comprado por Custoio, y éste me dijo:

—¿No ve qué primor de tierra y como está el espino de

mono, que es la mejor señal de buen terreno? lo único que lo daña es la falta de agua.

—Compadre, le respondí, si ya puede usted ponerle toda la que quiera.

—No embrome; entónces no lo vendo ni por el doble.

—Mi padre consiente en que usted tome cuanto necesite de los potreros de abajo: yo le hice ver lo que usted me recomendó; y él estrañó que no se le hubiese pedido ántes el permiso.

—Pero qué memoria la suya, compadrito: mire que aguardar á ahora para avisármelo....Dígamele al patron que se lo agradezco en mi alma; que ya sabe que no soy ningun ingrato, y que aquí me tiene con cuanto tengo para que me mande. Candelaria va á estar de pascuas; agua á mano para la huerta, para el sacatin, para la manguita.... Supóngase que la que pasa por casa, es un hilito y eso revuelta por los puercos de mi compañero Rudecindo, que lo que es hozar y dañarme las quinchas no vagan; de forma que para cuanto limpio hay que hacer en casa, tienen que empuntar al mudo con la yegua cargada de calabazos á Amaimito, porque para tomar agua de la Honda, mejor es tragar lejía, de la pura caparrosa que tiene.

—Es cobre, compadre.

—Eso será.

La noticia del permiso que le concedia mi padre para tomar el agua, refrescó al chagrero hasta el punto de hacer que el potron en que iba luciera la trastraba en que decia el picador lo estaba metiendo.

—De quién es ese potro? no tiene el fierro de usted.

—¿Le gusta? Es del abuelo Somera.

—Cuánto vale?

—Pues para no andar con vueltas ni regodeos, le confesaré que don Emigdio no quiso cuatro medallas; y este es un ranga delante del rusio negro mio, que ya lo tengo

de freno, y manotea al paso llano, y saca la cola que es un gusto: así me costó amansarlo: para una semana entera me baldó este brazo, porque no hay otro que le gane en lo canónigo; y un remache en el dos y dos: engordando lo tengo, pues tras la última tambarria que le dí, quedó en la espina.

Llegábamos á la casa de Custodio, y él taloneó el potro para darse trazas de abrir la puerta del patio. Apénas dió ésta tras de nosotros el último quejido y un golpe que hizo estremecer el caballete pajizo, me aconsejó mi compadre:

—Andele vivo y con tiento á Salomé á ver que le saca.

—Pierda cuidado, le respondí haciendo llegar al corredor mi caballo, al cual espantaba la ropa blanca colgada por allí.

Cuando traté de apearme ya le habia tapado mi compadre la cabeza al potro con el capisayo, y estaba teniéndome el estribo y la brida. Despues de amarrar las cabalgaduras entró gritando:

—Candelaria, Salomé.

Solo los bimbos contestaban.

—Pero ni los perros, continuó mi compadre: como si á todos se los hubiera tragado la tierra.

—Allá voy, respondió desde la cocina mi comadre.

—Hu turutas! si es que aquí está tu compadre Efrain.

—Aguárdeme una nada, compadrito, que es porque estamos bajando una rapadura y se nos quema.

—Y Fermin dónde se ha metido? preguntó Custodio.

—Se fué con los perros á buscar el puerco cimarron, respondió la voz melodiosa de Salomé.

Esta se asomó de pronto á la puerta de la cocina, miéntras mi compadre se empeñaba en ayudarme á quitar los zamarros.

Era la casita de la chagra pajiza y de suelo apisonado, pero muy limpia y recien enjalbegada: así rodeada de ca-

fés, anones, papayuelos y otros árboles frutales, no faltaba á la vivienda sino lo que iba á tener en adelante, esperanza que tan favorablemente habia mejorado el humor de su dueño: agua corriente cristalina. La salita tenia por adorno algunos taburetes aforrados en cuero crudo, un escaño, una mesa, cubierta por entónces con almidon sobre lienzos, y el aparador, donde lucian platos y escudillas de vario tamaño y color.

Cubria una alta cortina de zaraza rosada la puerta que conducia á las alcobas, y sobre la cornisa de ésta, descansaba una deteriorada imájen de la Vírjen del Rosario, completando el altarcito dos pequeñas estátuas de San José y San Antonio colocadas á uno y otro lado de la lámina.

Salió á poco de la cocina mi rolliza y reidora comadre sofocada con el calor del fogon y empuñando en la mano derecha una cagüinga. (1) Despues de darme mil quejas por mi inconstancia, terminó por decirme:

—Salomé y yo lo estábamos esperando á comer.

—Y eso?

—Aqui llegó Juan Anjel por unos reales de huevos, y la señora me mandó decir que usted venia hoy. Yo mandé llamar á Salomé al rio, porque estaba lavando, y pregúntele lo que le dije, que no me dejará mentir: «si mi compadre no viene hoy á comer aquí, lo voy á poner de vuelta y media.»

—Todo lo cual significa que me tienen preparada una boda.

—No lo habré visto yo comer con gana un sancocho hecho de mi mano; lo malo es que todavía se tarda.

—Mejor, porque así tendré tiempo de ir á bañarme. A ver Salomé, dije parándome á la puerta de la cocina,

1—Mecedor.

á tiempo que mis compadres se entraban á la sala conversando bajo; ¿qué me tienes tú?

—Jalëa y esto que le estoy haciendo, me respondió sin dejar de moler. Si supiera que lo he estado esperando como el pan bendito.

—Eso será porque me tienes muchas cosas buenas.

—Una porcion. Aguárdeme una nadita miéntras me lavo, para darle la mano aunque será ñanga, porque como ya no es mi amigo...

Esto decia, sin mirarme de lleno, y entre álegre y vergonzosa, pero dejándome ver, al sonreir su boca de medio lado, aquellos dientes de blancura inverosimil compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios: sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez escapa por su belleza á toda comparacion. Al ir y venir de los desnudos y mórbidos brazos sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta toda su flexibilidad, le temblaba la suelta cabellera sobre los hombros, y se templaban los pliegues de su camisa blanca y bordada. Sacudiendo la cabeza echada hácia atras para volver á la espalda los cabellos, se puso á lavarse las manos, y acabándoselas de secar sobre los cuadriles, me dijo:

—Como que le gusta ver moler. Si supiera, continuó mas paso, lo molida que me tienen. ¿No le digo que lo he estado esperando?

Colocada de manera que de afuera no podian verla, continuó, dándome la mano:

—Si usté no se hubiera estado un mes sin venir, me habria hecho un bien. Véa á ver si mi taita está por ahi.

—Ninguno está. ¿No puedo hacerte el mismo bien ahora?

—Ya quien sabe.

—Pero di á ver. ¿No estás persuadida de que te lo haré de mil amores?

—Si le dijera que no, seria una mentirosa, porque desde que tomó tanto empeño para que ese señor inglés viniera á verme cuando me dió el tabardillo, y muchísimo interés porque yo me alentara, me convencí de que sí me tenia cariño.

—Me alegro de que lo conozcas.

—Pero es que lo que yo tengo que contarle es tantísimo, que asi de pronto no se puede, y ántes un milagro es que ya no esté mi mama aquí... Escuche que ahí viene.

—No faltará ocasion.

—Ay señor! y yo no me conformo con que se vaya hoy sin decírselo todo.

—Con que ¿ va á bañarse, compadrito? dijo entrando Candelaria. Entónces voy á traerle una sábana bien olorosa y orita mismo se va con Salomé y su ahijado; ántes ellos traen un viaje de agua, y ésta lava unos coladores, que con el viaje del mudo por los plátanos y lo que ha habido que hacer para usté y para mandar á la parroquia, no ha quedado sino la de la tinaja.

Al oir la propuesta de la buena mujer, me persuadí de que ella habia entrado de lleno en el plan de su marido, y Salomé me hizo al descuido una muequecita expresiva, de modo que con labio y ojos me significó á un mismo tiempo: « ahora sí. »

Salí de la cocina, y paseándome en la sala miéntras se preparaba lo necesario para el viaje al baño, pensaba que sobrada razon tenia mi compadre en celar á su hija, pues á cualquiera menos malicioso que él, podia ocurrírsele que la cara de Salomé con sus lunares, y aquel talle y andar, y aquel seno, parecian cosa mas que cierta contada.

Interrumpió aquellas consideraciones Salomé, la cual parándose á la puerta, con un sombrerito raspon medio puesto, me dijo:

—¿No vamos?

Y dándome á oler la sábana que llevaba colgada en un hombro, añadió:

—¿Qué olor tiene?

—El tuyo.

—A malvas, señor.

—Pues á malvas.

—Porque yo tengo siempre muchas en mi baul. Camine y no vaya á creer que es léjos: lo vamos á llevar por debajo del cacaotal; al salir del otro lado, no hay que andar sino un pedacito, y ya estamos allá.

Fermin, cargado con los calabazos y coladeras, nos precedia. Este era mi ahijado: tenia yo trece años y él dos cuando le serví de padrino de confirmacion, debido ello al afecto que sus padres me habian dispensado siempre.

Capítulo XLIX

Salíamos del patio por detrás de la cocina cuando mi comadre nos gritaba:

—No se vayan á demorar, que la comida está en estico.

Salomé quiso cerrar la puertecita de trancas por donde habíamos entrado al cacaotal; pero yo me puse á hacerlo miéntras ella me decia:

—¿Qué hacemos con Fermin, que es tan cuentero?

—Tú lo verás.

—Ya sé: deje que estemos mas allá, y yo lo engaño.

Cubríanos la densa sombra del cacaotal, la cual parecia no tener límites. La belleza de los piés de Salomé, que la falda de pancho azul dejaba visibles hasta arriba de los tobillos, resaltaba sobre el sendero negro y la hojarasca seca. Mi ahijado iba tras de nosotros arrojando mazorcas secas y pepas de aguacate á las nagüiblancas que gemian

bajo los follajes y á los cucaracheros. Al llegar al pié de un cachimbo, se detuvo Salomé y dijo á su hermano:

—¿Si irán las vacas á ensuciar el agua? Seguro, porque á esta hora están en el bebedero de arriba. No hay mas remedio que ir en una carrera á espantarlas: corre, mi vida, y ves que no se vayan á comer el socobe que se me quedó olvidado en la horqueta del chiminango. Pero cuidado con ir á romper los trastes ó á botar algo. Ya estás allá.

Fermin no se dejó repetir la órden: bien es verdad que se le habia dado de la manera mas dulce y comprometedora.

—Ya vido? me preguntó Salomé acortando el paso y mirando hácia las ramas con mal finjida distraccion.

Se puso luego á verse los piés cual si contara sus lentos pasos; y yo interrumpí el silencio que guardábamos, diciéndola:

—A ver, que es lo que hay y con qué te tienen molida.

—Pues ahí verá que me da no sé qué contarle.

—Por qué?

—Si es que se me hace hoy como muy triste y.... ahora tan serio.

—Es que te parece. Empieza, porque despues no se ha de poder. Yo tambien tengo algo muy bueno que contarte.

—Sí? Usté primero, pues.

—Por nada, le respondí.

—Pues lo que sucede es que Tiburcio se ha vuelto un veleta y un ingrato y que anda buscando majaderías para darme sentimientos: ahora hace cosa de un mes que estamos de malas sin haberle dado yo motivo.

—¿Ninguno? ¿estás bien segura?

—Mire....se lo juro.

—Y ¿cuál te ha dicho él que tiene para estar así despues de haberte querido tanto?

—¿Tiburcio? Lambido que es: él no me quiere á mí nada: al principio no sabia yo por qué se ponia mal modoso cada rato, y despues caí en la cuenta de que todo era porque se figuraba que yo le hacia buena cara al primero que veia. Dígame usté, ¿eso se puede aguantar cuando una es honrada? Primero dió en creer una boberia y usté anduvo en la danza.

—¿Yo tambien?

—Cuándo se iba á librar.

—Y qué creia?

—Para qué es decirle si ya se lo figurará: todo porque lo vió venir unas veces á casa y porque yo le tengo cariño: cómo no se lo habia de tener, no?

—Y ¿se convenció al fin de que pensaba un disparate?

—Así me costó de lágrimas y buenas palabras para traerlo á razon.

—Créeme que siento haber sido causa de eso.

—No se le dé nada, porque si no hubiera sido con usté, no habria faltado otro de quien echar malos juicios. Oiga, que no le he dicho lo mejor. Mi taita le amansaba potros al niño Justiniano, y él tuvo que venir á ver unos terneros que tenian en trato: en una de las ocasiones en que el blanco vino, lo encontró aquí Tiburcio.

—Aquí?

—No se haga el bobo; en casa. Para castigo de mis pecados lo volvió á encontrar otra vez.

—Creo que van dos, Salomé.

—Ojalá hubiera sido eso solo: tambien lo encontró un domingo en la tarde que vino á pedir agua.

—Son tres.

—Nada mas, porque aunque ha venido otras veces, Tiburcio no lo ha visto; pero á mí se me pone que se lo han contado.

—Y ¿todo te parece nada en dos platos?

—Usté tambien da en lo mismo? Y agora! ¿Yo tengo la culpa de que ese blanco dé en venir? ¿Por qué mi taita no le dice que no vuelva, si es que se puede?

—Es que hay cosas sencillas, difíciles de hacer.

—Ah, pues: eso mismo le digo yo á Tiburcio, pero todo tiene su remedio, y de eso no me atrevo á hablarle yo.

—Que se case pronto, contigo; ¿no es esto?

—Si tanto me quiere....Pero él ya cuando....y es capaz de creer que yo soy alguna cualquiera.

Salomé tenia los ojos aguados, y despues de dar unos pasos mas, se detuvo á enjugarse las lágrimas.

—No llores, la dije: yo estoy cierto de que no cree tal: todo eso es obra de celos y nada mas; verás como se remedia.

—No lo piense; menos tibante habia de se ser. Porque le han dicho que es hijo de caballero, nadie le da al tobillo ya en lo fachendoso, y se figura que no hay mas que él... Caramba! como si yo fuera alguna negra bozal ó alguna manumisa como él. Ahora está metido donde las provincianas, y todo por hacerme patear, porque mucho que lo conozco: bien que me alegraria de que ñor José lo echara á la porra.

—Es necesario que no seas injusta. ¿Qué tiene de particular que esté jornaleando en casa de José? Eso quiere decir que aprovecha el tiempo; peor seria que pasara los dias tunando.

—Mire que yo sé quien es Tiburcio. Ménos enamorado habia de ser...

—Pero porque le parezcas bonita tú, en lo cual maldita la gracia que hace, ¿han de parecerle tambien bonitas cuantas vé?

—Por eso.

Yo me rei de la respuesta, y ella torciendo los ojos dijo:

—Velay! Y eso ¿qué cosquillas le hace?

—Pero ¿no ves que estás haciendo lo mismo con Tiburcio, exactamente lo mismo que lo que hace contigo?

—Válgame Dios! Yo qué hago?

—Pues estar celosa.

—Eso sí que no.

—No?

—¿Y si él lo ha querido? A mí nadie me quita de la cabeza que si ñor José lo consintiera, ese veleidoso se casaria con Lucía, y á no ser porque Tránsito es ajena ya, hasta con ámbas, si lo dejaran.

—Pues sábete que Lucía quiere desde que estaba chiquita á un hermano de Braulio que pronto vendrá; y no te quepa duda, porque Tránsito me lo ha contado.

Salomé se quedó pensativa. Llegábamos ya al fin del cacaotal, y sentándose en un tronco, me dijo meciendo con los piés colgantes una mata de buenastardes:

—Conque diga, qué le parece bueno hacer?

—¿Me das permiso para referirle á Tiburcio lo que hemos conversado?

—No, no. Por lo que usté mas quiera, no lo vaya á hacer.

—Si solamente te pregunto si lo consientes.

—Todito?

—Las quejas sin los agravios.

—Si es que cada vez que me acuerdo de lo que se figura él de mí, no sé ni lo que digo... Vea: se me pone que es mejor no contarle, porque si ya no me quiere, despues andará diciendo que me cansé de llorar por él, y que lo quise contentar.

—Entónces, convéncete, Salomé, de que no hay modo de remediar tus penas.

—Ah trabajo! esclamó poniéndose á llorar.

—Vamos, no seas cobarde, la dije apartándole las manos de la cara: lágrimas de tus ojos valen mucho para que las derrames á chorros.

—Si Tiburcio creyera eso, no me pasaria yo las noches llorando hasta que me quedo dormida, de verlo tan ingrato y ver que por él mi taita me ha cojido tema.

—¿Qué quieres apostar conmigo á que mañana en la tarde viene Tiburcio á verte y á contentarte?

—Ay! le confieso que no tendria con que pagarle, respondióme estrechándome la mano en las suyas, y acercándola á su mejilla. ¿Me lo promete?

—Muy desgraciado y tonto debo de ser si no lo consigo.

—Vea que le cojo la palabra. Pero por vida suya no vaya á contarle á Tiburcio que hemos estado asi tan solitos y... Porque vuelve á dar en lo del otro dia, y eso sí era echarlo todo á perder. Ahora, añadió empezando á subir el cerco, voltéese para allá y no me vea saltar, ó saltemos juntos.

—Escrupulosa andas; antes no lo eras tanto.

—Si es que todos los dias le cojo mas vergüenza. Súbase pues.

Mas como sucedió que Salomé, para caer al otro lado, encontró dificultades que no encontré yo, quedóse sentada encima de la cerca diciéndome:

—Miren al niño; diga ajoo. Pues ahora no he de bajar si no se voltea.

—Déjame que te ayude; vé que se hace tarde, y mi comadre.... . . . .

—Acaso ella es como aquel?.... Y asina ¿cómo quiere que me baje? ¿No vé que si me enredo...

—Déjate de monadas y apóyate aquí, le dije presentándole mi hombro.

—Haga fuerza, pues, porque yo peso como....una pluma, concluyó saltando ájilmente. Me voy á poner creidísima porque conozco muchas blancas que ya quisieran saltar así talanqueras.

—Eres una boquirubia.

—¿ Eso es lo mismo que piquicaliente ? Porque entonces voy á entromparme con usté.

—¿ Vas á qué ?

—Adios ....¿ Y no entiende ? pues que voy á enojarme. ¿ Qué hiciera yo para saber cómo es usté cuando se pone bien bravo ? Es antojo que tengo.

—¿ Y si despues no podias contentarme ?

—Ayayay ! No habré visto yo que se le vuelve el corazon un yuyo si me vé llorando.

—Pero eso será porque conozco que no lo haces por coquetería.

—Co-que-te-ría.

—Y eso ¿ qué quiere decir? Dígame, que de véras no sé....Sola que sea cosa mala...Entonces me la tiene muy guardadita, ya l'oye ?

—Buen negocio ! Mientras tú la desperdicias.

—A ver, á ver : de aquí no paso si no dice.

—Me iré solo, la respondí dando unos pasos.

—Jesus ! era yo capaz hasta de revolverle el agua. ¿ Y con qué sábana se secaba ?...nada, dígame qué es lo que yo desperdicio. Ya se me va poniendo qué es.

—Dí.

—¿ Será...será amor?

—Lo mismo.

—Y qué remedio ? porque quiero á ese creido ? Si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica...sí que lo queria á usté ; ¿ no ?

—¿ Te parece así ? Y qué haciamos con Tiburcio ?

—¿ Con Tiburcio ? Por amigo de tenderle el ala á todas, lo poniamos de mayordomo y lo teniamos aquí, dijo cerrando la mano.

—No me convendria el plan.

—¿ Por qué ? ¿ No le gustaria que yo lo quisiera ?

—No es eso, sino el destino que te agrada para Tiburcio.

Salomé rió con toda gana.

Habíamos llegado al riecito, y ella despues de poner la sábana sobre el césped que debia servirme de asiento en la sombra, se arrodilló en una piedra y se puso á lavarse la cara. Luego que acabó, iba á desatarse de la cintura un pañuelo para secarse, y le presenté la sábana diciéndole:

—Eso te hará mal si no te bañas.

—Casi...casi que vuelvo á bañarme; y que está el agua tan tibiecita; pero usté refrésquese un rato; y ora que venga Fermin, miéntras usté acapa, doy una zabullida yo en el charco de abajo.

En pié ya, se quedó viéndome y sonreia maliciosa mientras se pasaba las manos húmedas por los cabellos. Al fin me dijo:

—¿ Me creerá que yo me he soñado que era cierto todo eso que le venia diciendo?

—¿ Que Tiburcio no te queria ya?

—Malaya! que yo era blanca..Cuando desperté, me entró una pesadumbre tan grande, que al otro dia era Domingo y en la parroquia no pensé sino en el sueño mientras duró la misa: sentada lavando ahí donde usté está, cavilé toda la semana con eso mismo y...

Interrumpieron las inocentes confidencias de Salomé los gritos de «chiino, chiino» que hácia el lado del cacaotal daba mi compadre llamando los cerdos. Salomé se asustó un poco, y mirando en torno, dijo:

—Y este Fermin que se ha vuelto humo...Báñese pronto, pues: que yo voy á buscarlo rio arriba, no sea que se largue sin esperarnos.

—Espéralo aquí, que él vendrá á buscarte. Todo eso es porque has oido á mi compadre. ¿ Te figuras que á él no le gusta que conversemos los dos?

—Que conversemos sí, pero.... segun.

Saltando con suma ajilidad sobre las grandes piedras de la orilla, desapareció tras de los carboneros frondosos.

Los gritos del compadre seguian y me hicieron pensar que la confianza de él en mí tenia sus límites. Sin duda nos habia seguido de léjos por entre el cacaotal, y solamente al perdernos de vista, se habia resuelto á llamar la piara. Custodio ignoraba que su recomendacion estaba ya diplomáticamente cumplida, y que á los mil encantos de su hija, alma ninguna podia ser mas ciega y sorda que la mia.

Regresé á la casa al paso de Salomé y de Fermin, que iban cargados con zumbos de calabaza; ella habia hecho un rústico cántaro, que sin ser sostenido por mano alguna, no impedia al donoso cuerpo de la conductora ostentar toda su soltura y gracia de movimientos.

Luego que saltó Salomé como la vez primera, me dió las gracias con «un dios se lo pague» y su mas chusca sonrisa, añadiendo:

—En pago de esto le estuve echando del lado de arriba mientras se bañaba, guabitas, flores de carbonero y venturosas ¿no las vió?

—Sí, pero creí que alguna partida de monos estaria por ahí arriba.

—Lo desentendido que es usted: y que en ainas me doy una caida por subirme al guabo.

—¿Y eres tan boba que creas no caí en cuenta de que eras tú quien echaba rio abajo las flores?

—Como Juan Anjel me ha contado que en la hacienda le echan rosas á la pila cuando usted va á bañarse, yo eché al agua lo mejor que en el monte habia.

Durante la comida tuve ocasion de admirar entre otras cosas, la habilidad de Salomé y mi comadre para asar pintones y quesillos, freir buñuelos, hacer pandebono y dar temple á la jalea. En las idas y venidas de Salomé á la

cocina puse yo á mi compadre al corriente de lo que en realidad queria la muchacha y de lo que yo pensaba hacer para sacarlos á uno y otra de trabajos. No le cabia al pobre el gusto en el cuerpo; y hasta algunas chanzas sobre la buena voluntad con que me servia á la mesa, le dirijió á mi compañera de paseo, que era mucho lograr despues de su enojo contra ella.

Pasadas las horas de calor, á las cuatro de la tarde, era la casa una revuelta arca de Noé: los patos empezaron á atravesar por órden de familias la salita; las gallinas á amotinarse en el patio y al pié del ciruelo donde en horquetas de guayabo descansaba la canocita en que estaba comiendo maiz mi caballo; los pavos criollos se pavoneaban inflados y devolviendo los gritos de dos loras maiceras que llamaban á una Benita, que debia ser la cocinera, y los cerdos chillaban tratando de introducir las cabezas por entre los atravesaños de la puerta de golpe. A todo lo cual hay que agregar los gritos de mi compadre dando órdenes, y los de su mujer espantando los patos y llamando las gallinas.

Fueron largas las despedidas y las promesas que me hizo mi comadre de encomendarme mucho al Milagroso de Buga para que me fuera bien en el viaje y volviera pronto. Al despedirme de Salomé, que procuró en tal momento no estar cerca de los demás, me apretó mucho la mano, y mirándome tal vez mas que afectuosamente, me dijo:

—Mire bien que con usted cuento. A mi no me diga adios para su viaje de porra, por que aunque sea arrastrándome, al camino he de salir á verlo, si es que no llega de pasada. No me olvide.... vea que si no, yo no sé que haga con mi taita.

Hácia el otro lado de una de las quebradas que por entre las quingueadas cintas de bosque, bajan ruidosas el declivio, oí una voz sonora de hombre que cantaba:

Al tiempo le pido tiempo
Y el tiempo tiempo me dá,
Y el mismo tiempo me dice
Que él me desengañará.

Salió del arbolado el cantor, y era Tiburcio, quien con la ruana colgada de un hombro y apoyado en el otro un bordon de cuya punta pendia un pequeño lio, entretenia su camino cantando por instinto sus penas á la soledad. Calló y detúvose al divisarme, y despues de un risueño y respetuoso saludo me dijo luego que me acerqué:

—Caramba! que sube tarde y á escape... Cuando el Retinto suda... ¿ De donde viene asi sorbiéndose los vientos?

—De hacer unas visitas, y la última, para fortuna tuya, fué á casa de Salomé.

—Y hacia márras que no iba.

—Mucho lo he sentido. ¿Y cuánto hace que no vas tú?

El mozo, con la cabeza agachada, se puso á despedazar con el bordon una matita de lulo, y al cabo alzó á mirarme respondiendo:

—Ella tiene la culpa. Qué le ha contado?

—Que eres un ingrato y un celoso, y que se muere por tí: nada mas.

—¿Con que todo eso le dijo? Pero entonces le guardó lo mejor.

—Qué es lo que llamas mejor?

—Las fiestas que tiene con el niño Justiniano.

—Oyeme acá: ¿crees que yo pueda estar enamorado de Salomé?

—¿Cómo lo habia de creer?

—Pues tan enamorada está Salomé de Justiniano como yo de ella. Es necesario que estimes á la muchacha en

lo que vale, que para tu bien, es mucho. Tú la has ofendido con los celos, y con tal que vayas á contentarla, ella te le perdonará todo y te querrá mas que nunca.

Tiburcio se quedó meditabundo antes de responderme con cierto acento y aire de tristeza.

—Mire, niño Efrain, yo la quiero tantísimo que ella no se figura las crujidas que me ha hecho pasar en este mes. Cuando uno tiene su jénio como á mi me lo dió Dios, todo se aguanta menos que lo tengan á uno por cipote (perdóneme su mercé la mala palabra). Yo, que le estoy diciendo que Salomé tiene la culpa, sé lo que le digo.

—Lo que si no sabes es que contándome hoy tus agravios se ha desesperado y ha llorado hasta darme lástima.

—¿ De veras ?

—Y yo he inferido que la causa de todo eres tú. Si la quieres como dices ¿ por qué no te casas con ella ? Una vez en tu casa, ¿ quien habia de verla sin que tú lo consintieras ?

—Yo le confieso que sí he pensado en casarme, pero no me resolví : lo primero porque Salomé me tenia siempre malicioso, y el dos que yo no sé si ñor Custodio me la querria dar.

—Pues de ella ya sabes lo que te he dicho ; y en cuanto á mi compadre, yo te respondo. Es necesario que obres racionalmente, y que en prueba de que me crees, esta tarde misma vayas á casa de Salomé y sin darte por entendido de tales sentimientos, le hagas una visita.

—Caray con su afan. ¿ Con que me responde de todo ?

—Sé que Salomé es la muchacha mas honesta, bonita y hacendosa que puedes encontrar, y en cuanto á los compadres, yo sé que te la darán gustosísimos.

—Pues ahí verá que me estoy animando á ir.

—Si lo dejas para luego y Salomé se despacha y la pierdes, de nadie tendrás que quejarte.

—Voy patron.

—Convenido, y es inútil exijirte me avises cómo te va, por que estoy cierto de que me quedarás agradecido. Y adios que van á ser las cinco.

—Adios mi patron, dios se lo pague. Siempre le diré lo que suceda.

—Cuidado con ir á entonar donde te oiga Salomé ese verso que venias cantando.

Tiburcio rió ántes de responder.

—¿Le parece insultoso? Hasta mañana y cuente conmigo.

Capítulo L

El reloj del salon daba las cinco. Mi madre y Emma me esperaban paseándose en el corredor. María estaba sentada en los primeros peldaños de la grada y vestida con aquel traje verde que tan hermoso contraste formaba con el castaño oscuro de sus cabellos, peinados entonces en dos trenzas con las cuales jugaba Juan medio dormido en el regazo de ella. Se puso en pié al desmontarme yo. El niño suplicó que le paseara un ratico en mi caballo, y María se acercó con él en los brazos para ayudarme á colocarlo sobre las cañoneras del galápago, diciéndome:

—Apenas son las cinco, qué exactitud! si siempre fuera así.

—Qué has hecho hoy con tu Mimiya, le pregunté á Juan luego que nos alejamos de la casa.

—Ella es la que estado tonta hoy, me respondió.

—Cómo así?

—Pues llorando.

—Ah! ¿por qué no la has contentado?

—No quiso, aunque le hice cariños y la llevé flores; pero se lo conté á mamá.

—¿Y qué hizo mamá?

—Ella si la contentó abrazándola, porque Mimiya quiere mas á mamá que á mí. Ha estado tonta, pero no le digas nada.

María me recibió á Juan.

—¿Has regado ya las matas? le pregunté subiendo.

—No: te estaba esperando. Conversa un rato con mamá y Emma, agregó en voz baja, y así que sea tiempo, me iré á la huerta.

Temia ella siempre que mi hermana y mi madre pudiesen creer [illegible] mi afecto hácia las dos; y [illegible] con el suyo lo que del mio les habia quitado.

María y yo [illegible] de regar las flores. Sentados en un [illegible] casi á nuestros piés el [illegible] nos ocultaba á todas las [illegible] que cantando á su modo, [illegible] sobre hojas secas y cáscaras de [illegible] prisioneros.

[illegible] que se ocultaba tras las mon[illegible] por nubes cenicientas [illegible] luengas sombras de los [illegible] acariciaba el viento.

[illegible] de Cárlos y de sus rarezas, de mi [illegible] y los labios de María sonreian [illegible] sus ojos no sonreian ya.

[illegible]

[illegible] de la languidez que la embellecia [illegible] al lado del lecho de mi padre.

[illegible] agregué.

—¿[illegible]?

—[illegible] hoy...no lo llames...que [illegible] contentarte; ¿es cierto?

—[illegible] papá ibais á montar esta mañana, se

me ocurrió por un momento que ya no volverias y que me engañaban. Fuí á tu cuarto y me convencí de que no era cierto, porque ví tantas cosas tuyas que no podias dejar. Todo me pareció tan triste y silencioso despues que desapareciste en la bajada, que tuve mas miedo que nunca á ese dia que se acerca, que llega sin que sea posible evitarlo ya.... Qué haré? Díme, díme qué debo hacer para que estos años pasen. Tú durante ellos no vas á estar viendo todo esto. Dedicado al estudio, viendo paises nuevos, olvidarás muchas cosas horas enteras; y yo nada podré olvidar.... me dejas aquí, y recordando y esperando voy á morirme.

Poniendo la mano izquierda sobre mi hombro, dejó descansar por un instante la cabeza sobre ella.

—No hables así, María, la dije con voz ahogada y acariciándole con mi mano temblorosa su frente pálida; no hables así; vas á destruir el último resto de mi valor.

—Ah! tú tienes valor aun, y yo hace dias que lo perdí todo. He podido conformarme, agregó ocultando el rostro con el pañuelo, he debido prestarme á llevar en mí este afan y angustia que me atormentan, porque á tu lado se convertia eso en algo que debe ser la felicidad.... Pero te vás con ella, y me quedo sola....y no volveré á ser ya como antes era.... Ay! para qué viniste?

Sus últimas palabras me hicieron estremecer, y apoyando la frente sobre las palmas de las manos, respeté su silencio, abrumado por su dolor.

Efrain, dijo con su voz mas tierna despues de unos momentos, mira; ya no lloro.

—María, la respondí levantando el rostro, en el cual debió ella de ver algo estraño y solemne, pues me miró inmóvil y fijamente: no te quejes á mí de mi regreso; quéjate al que te hizo compañera de mi niñez; á quien quiso que te amara como te amo; cúlpate entónces de ser

Despues de lo cual entró á la casa llevando sobre la cabeza el socobe y mirándome al pasar picaramente al soslayo.

Yo desalojé de una orilla del arroyo una familia de gansos que dormitaban sobre el césped y me puse á hacer mi tocado de mañana conversando al mismo tiempo con Tránsito y Braulio, quienes tenian las piezas de vestido de que yo me habia despojado.

—Lucia, gritó Tránsito, tráete el paño bordado que está en el baulito pastuso.

—No creas que viene, le dije á mi ahijada; y les conté en seguida lo que habia conversado con Lucia.

Ellos reian á tiempo que Lucia se presentó corriendo con lo que se le habia pedido, contra todo lo que esperábamos; y como adivinaba de qué habiamos tratado, y que de ella reian sus hermanos, me entregó el paño volviendo á un lado la cara para que no se la viese ni verme ella, y se dirijió á Tránsito para hacerle la siguiente observacion:

—Ven á ver tu café, porque se me vá á quemar, y déjate de estar ahí riéndote á carcajadas.

—Ya está? preguntó Tránsito.

—Y! hace tiempos.

—¿Què es eso de café? pregunté.

—Pues que yo le dije á la señorita, el último dia que estuve allá, que me lo enseñara á hacer, porque se me pone que á usté no le gusta la gamuza; y por eso fué por lo que nos encontró afanadas ordeñando.

Esto decia colgando el paño, que ya le habia devuelto yo, en una de las hojas de la palma de helecho pintorescamente colocada en el centro del patio.

En la casa llamaban la atencion á un mismo tiempo la sencillez, la limpieza y el órden: todo olia á cedro, madera de que estaban hechos los rústicos muebles, y florecian en los alares macetas de claveles y narcisos con que

la señora Luisa habia embellecido la cabañita de su hija: en los pilares habia testas de venados, y las patas disecadas de las mismos servian de garabatos en la sala y la alcoba.

Tránsito me presentó entre ufana y temerosa, la taza de café con leche, primer ensayo de las lecciones que habia recibido de Maria; pero felicísimo ensayo, pues desde que lo probé conocí que rivalizaba con aquel que tan primorosamente sabia preparar Juan Anjel.

Braulio y yo fuimos á llamar á José y la señora Luisa, para que almorzasen con nosotros. El viejo estaba acomodando en jigras las arracachas y verduras que debia mandar al mercado el dia siguiente, y ella acabando de sacar del horno el pan de yuca que debia servirnos para el almuerzo. La hornada habia sido feliz, como lo demostraban no solamente el color dorado de los esponjados panes, sino la fragancia tentadora que despedian.

Almorzábamos todos en la cocina: Tránsito desempeñaba lista y risueña su papel de dueña de casa. Lucía me amenazaba con los ojos cada vez que le mostraba con los mios á su padre. Los campesinos con una delicadeza instintiva, desechaban toda alusion á mi viaje, como para no amargar esas últimas horas que pasábamos juntos.

Eran ya las once. José, Braulio y yo habiamos visitado el platanal nuevo, el desmonte que estaban haciendo y el maizal en filote. Reunidos nuevamente en la salita de la casa de Braulio, y sentados en banquitos al rededor de una atarrayas le poniamos las últimas plomadas, y la señora Luisa desgranaba con las muchachas maiz para apilar. Ellas y ellos sentian como yo, que se acercaba el momento temible de nuestra despedida. Todos guardámos silencio. Debia de haber en mi rostro algo que los conmovia, pues esquivaban mirarme. Al fin, haciendo una resolucion, me puse en pié, despues de haber visto

adios á cada uno de esos sitios, á cada árbol del sendero, á cada arroyo que cruzaba.

Sentado en la orilla del rio veia rodar sus corrientes á mis piés pensando en las buenas jentes á quienes mi despedida acababa de hacer derramar tantas lágrimas; y dejaba gotear las mias sobre esas ondas que huian de mí como los dias felices de aquellos seis meses.

Media hora despues llegué á la casa y entré al costurero de mi madre, en donde estaban solamente ella y Emma. Aun cuando haya pasado nuestra infancia, no por eso nos niega sus mimos una tierna madre: nos faltan sus besos, nuestra frente, marchita demasiado pronto quizá, no descansa en su regazo; su voz no nos aduerme; pero nuestra alma recibe las caricias amorosas de la suya.

Mas de una hora habia pasado allí, y estrañando no ver á María pregunté por ella.

—Estuvimos con ella en el oratorio, me respondió Emma; ahora quiere que recemos cada rato; despues se fué á la repostería: no sabrá que has vuelto.

Nunca me habia sucedido regresar á la casa sin ver á María pocos momentos despues; y mucho temí que hubiese vuelto á caer en aquel abatimiento que tanto me desanimaba, y para vencer el cual la habia visto en los últimos ochos dias hacer constantes esfuerzos.

Pasada una hora, durante la cual estuve en mi cuarto, llamó Juan á la puerta para que fuera á comer. Al salir encontré á María apoyada en la reja del costurero que caia al corredor.

—Mamá no te ha llamado, me dijo el niño riendo.

—Y quién te ha enseñado á decir mentiras? le respondí: María no te perdonará ésta.

—Ella fué la que me mandó, contestó Juan señalándola.

—Volvíme hácia María para averiguarle la verdad, pero

no fué preciso, porque ella misma se acusaba con su sonrisa. Sus ojos brillantes tenian la apacible alegria que nuestro amor les habia quitado; sus mejillas, el vivo sonrosado que las hermoseaba durante nuestros retozos infantiles. Llevaba un traje blanco sobre cuya graciosa falda ondulaban las trenzas al mas leve movimiento de su cintura ó de sus piés, que jugaban con la alfombra.

—¿Por qué estás triste y encerrado? me dijo: yo no he estado así hoy.

—Tal vez sí; la respondí por tener pretesto para examinarla de cerca aproximándome á la reja que nos separaba.

Ella bajó los ojos finjiendo anudar de nuevo los largos cordones de su delantal de gro azul; y cruzando luego las manos por detrás del talle se recostó contra una hoja de la ventana diciéndome:

—¿No es verdad?

—Lo dudaba, porque como acabas de engañarme...

—Vea qué engaño! ¿Y puede ser bueno estarte así encerrado para salir despues hecho una noche?

—Me gusta verte tan valiente. ¿Y será bueno dejarte ver una hora despues de que he llegado?

—¿Y las doce son horas de venir de la montaña? Tambien es que yo he estado muy ocupada. Pero te ví cuando venias bajando. Por mas señas no traias escopeta, y Mayo se habia quedado muy atrás.

—Conque, ¿muchas ocupaciones? ¿qué has hecho?

—De todo: algo bueno y algo malo.

—A ver.

—He rezado mucho.

—Ya me decia Emma que á todas horas quieres que te acompañen á rezar.

—Porque siempre que le cuento á la vírjen que estoy triste, ella me oye.

—¿En qué lo conoces?

—En que se me quita un poco esa tristeza y me dá menos miedo pensar en tu viaje. Te llevarás tu dolorosita, ¿no?

—Sí.

—Acompáñanos esta noche al oratorio y verás como es cierto lo que te digo.

—Qué es lo otro que has hecho?

—¿Lo malo?

—Si, lo malo.

—¿Rezas esta noche conmigo y te cuento?

—Sí.

—Pero no se lo dirás á mamá, porque se enojaria.

—Prometo no decírselo.

—He estado aplanchando.

—¡Tú!

—Pues yo.

—Pero ¿cómo haces eso?

—A escondidas de mamá.

—Haces bien en ocultarte de ella.

—Si lo hago muy rara vez.

—Pero ¿qué necesidad hay de estropear tus manos tan...

—¿Tan qué?...Ah si; ya sé. Fué que quise que llevaras tus mas bonitas camisas aplanchadas por mí. ¿No te gusta eso? Si me lo agradeces, no?

—Y quién te ha enseñado á aplanchar? ¿como se te ha ocurrido hacerlo?

—Un dia que Juan Angel devolvió unas camisas á la criada encargada de eso, porque diz que á su amito no le parecian buenas, me fijé yo en ellas y le dije á Marcelina que yo iba á ayudarle para que te parecieran mejor. Ella creia que no tenian defecto, pero estimulada por mi, le quedaron en lo sucesivo intachables, pues no volvió á suceder que las devolvieras, aunque yo no las hubiese tocado.

—Yo te agradezco muchísimo todos esos cuidados; pero no me imajiné que tuvieras fuerzas ni manos para manejar una plancha.

—Si es una muy chiquita, y envolviéndole bien el asa en un pañuelo, no puede lastimar las manos.

—A ver cómo las tienes.

—Buenecitas, pues.

—Muéstramelas.

—Si están como siempre.

—Quién sabe.

—Míralas.

Las tomé en las mias y les acaricié las palmas, suaves como el raso.

—¿Tienen algo? me preguntó.

—Como las mias pueden estar ásperas...

—No la siento yo así. ¿Que hiciste tú en la montaña?

—Sufrir mucho. Nunca creí que se aflijieran tanto con mi despedida, ni que me causaria tanto pesar decirles adios, particularmente á Braulio y á las muchachas.

—¿Que te dijeron ellas?

—Pobres! nada, porque las ahogaban las lágrimas: demasiado decian las que no pudieron ocultarse...Pero no te pongas triste. He hecho mal en hablarte de eso. Que al recordar yo las últimas horas que pasemos juntos, te pueda ver como hoy, resignada, casi feliz.

—Si, dijo volviéndose para enjugarse los ojos; yo quiero estar así...Mañana, ya solamente mañana!...Pero como es Domingo, estaremos todo el dia juntos: leeremos algo de lo que nos leias cuando estabas recien venido; y debieras decirme cómo te agrada mas verme, para vestirme de ese modo.

—Como estás en este momento.

—Bueno. Ya vienen á llamarte á comer...Ahora, hasta la tarde, agregó desapareciendo.

Así solia despedirse de mí, aunque en seguida hubiésemos de estar juntos, porque lo mismo que á mi, le parecia que estando rodeados de la familia, nos hallábamos separados el uno del otro.

Capitulo LIII

A las once de la noche del veintinueve me separé de la familia de María en el salon. Velé en mi cuarto hasta que oí al reloj dar la una de la mañana, primera hora de aquel dia tanto tiempo temido y que al fin llegaba; no queria que sus primeros instantes me encontrasen dormido.

Con el mismo traje que tenia me recosté en la cama cuando dieron las dos. El pañuelo de María, fragante aun con el perfume que siempre usaba ella, ajado por sus manos y humedecido con sus lágrimas, recibia sobre la almohada las que rodaban de mis ojos como de una fuente que jamás debia agotarse.

Si las que derramo aun, al recordar los dias que precedieron á mi viaje pudieran servir para mojar mi pluma al historiarlos; si fuera posible á mi mente tan solo por una vez, por un instante siquiera, sorprender á mi corazon todo lo doloroso de su secreto para revelarlo, las lineas que voy á trazar serian bellas para los que mucho han llorado, pero acaso funestas para mí. No nos es dable deleitarnos por siempre con un pesar amado: como las de dolor, las horas de placer se van. Si alguna vez nos fuese concedido detenerlas, María hubiera logrado hacer mas lentas las que antecedieron á nuestra despedida. Pero ay! todas, sordas á sus sollozos, ciegas ante sus lágrimas, volaron y volaban prometiendo volver!

Un estremecimiento nervioso me despertó dos ó tres veces en que el sueño vino á aliviarme. Entonces mis miradas recorrian ese cuarto ya desmantelado y en desór-

den por los preparativos de viaje, cuarto donde esperé tantas veces las alboradas de dias venturosos. Y procuraba conciliar de nuevo el sueño interrumpido, porque así volvia á verla tan bella y ruborosa como en las primeras tardes de nuestros paseos despues de mi regreso; pensativa y callada como solia quedarse cuando la hacia mis primeras confidencias, en las cuales casi nada se habian dicho nuestros labios y tanto nuestras miradas y sonrisas; confiándome con voz queda y temblorosa los secretos infantiles de su castísimo amor; ménos tímidos al fin sus ojos ante los mios para dejarme ver en ellos su alma á trueque de que le mostrase la mia... El ruido de un sollozo volvia á estremecerme: el de aquel que mal ahogado habia salido de su pecho esa noche al separarnos!

No eran las cinco todavia cuando despues de haberme esmerado en ocultar las huellas de tan doloroso insomnio, me paseaba en el corredor oscuro aun. Muy pronto ví brillar luz en las rendijas del aposento de María, y luego oí la voz de Juan que la llamaba.

Los primeros rayos del sol al levantarse, trataban en vano de desgarrar la densa neblina que como un velo inmenso y vaporoso pendia desde la crestas de las montañas extendiéndose flotante hasta las llanuras lejanas. Sobre los montes occidentales, limpios y azules, amarillearon luego los templos de Cali, y al pié de las faldas blanqueaban cual rebaños agrupados, los pueblecillos de Yumbo y Vijes.

Juan Anjel despues de haberme traido el café y ensillado mi caballo negro que impaciente ennegrecia con sus pisadas el gramal del pié del naranjo á que estaba atado, me esperaba llorando, recostado contra la puerta de mi cuarto, las espuelas en una mano y los zamarros colgados de un brazo: al calzármelas, su lloro caia en gruesas gotas sobre mis piés.

—No llores, le dije, dando trabajosamente seguridad á mi voz: cuando yo regrese, ya serás hombre, y no te volverás á separar de mí. Miéntras tanto, todos te querrán mucho en casa.

Era llegado el momento de reunir todas mis fuerzas. Mis espuelas resonaron en el salon; éste estaba solo. Empujé la puerta entornada del costurero de mi madre, quien se lanzó del asiento en que estaba á mis brazos. Ella conocia que las demostraciones de su dolor podian hacer flaquear mi ánimo, y entre sollozo y sollozo trataba de hablarme de María y de hacerme tiernas promesas.

Todos habian humedecido mi pecho con su lloro. Emma, que habia sido la última, conociendo qué buscaba yo á mi alrededor al desasirme de sus brazos, me señaló la puerta del oratorio, y entré á él. Sobre el altar irradiaban su resplandor amarillento dos luces: Maria sentada en la alfombra, sobre la cual resaltaba el blanco de su ropaje, dió un débil grito al sentirme, volviendo á dejar caer la cabeza destrenzada sobre el asiento en que la tenia reclinada cuando entré. Ocultándome así el rostro, alzó la mano derecha para que yo la tomase: medio arrodillado, la bañé en lágrimas; y la cubrí de caricias; mas al ponerme en pie, como temerosa de que me alejase ya, se levantó de súbito para asirse sollozante de mi cuello. Mi corazon habia guardado para aquel momento casi todas sus lágrimas.

Mis labios descansaron sobre su frente... María sacudiendo estremecida la cabeza, hizo ondular los bucles de su cabellera, y escondiendo en mi pecho la faz, extendió uno de los brazos para señalarme el altar. Emma, que acababa de entrar, la recibió inanimada en su regazo, pidiéndome con ademan suplicante que me alejase. Y obedecí.

Capitulo LIV

Dos semanas hacia que estaba yo en Lóndres, y una noche recibi cartas de la familia. Rompí con mano trémula el paquete, cerrado con el sello de mi padre. Habia una carta de María. Antes de desdoblarla, busqué en ella aquel perfume demasiado conocido para mí de la mano que la habia escrito: aun lo conservaba; en sus pliegues iba un pedacito de cáliz de azucena. Mis ojos nublados quisieron inútilmente leer las primeras líneas. Abri uno de los balcones de mi cuarto, porque parecia no sérme suficiente el aire que habia en él... Rosales del huerto de mis amores! montañas americanas, montañas mias!... noches azules! La inmensa ciudad rumorosa aun y medio embozada por su ropaje de humo, semejaba dormir bajo los densos cortinajes de un cielo plomizo. Una ráfaga de cierzo azotó mi rostro penetrando en la habitacion. Aterrado junté las hojas del balcon; y solo con mi dolor, al ménos solo, lloré largo tiempo rodeado de oscuridad.

Hé aquí algunos fragmentos de la carta de María:

«Miéntras están de sobremesa en el comedor, despues de la cena, me he venido á tu cuarto para escribirte. Aqui es donde puedo llorar sin que nadie venga á consolarme; aqui donde me figuro que puedo verte y hablar contigo. Todo está como lo dejaste, porque mamá y yo hemos querido que esté asi: las últimas flores que puse en tu mesa han ido cayendo marchitas ya al fondo del florero; ya no se vé una sola: los asientos en los mismos sitios: los libros como estaban, y abierto sobre la mesa el último en que leiste: tu traje de caza donde lo colgaste al volver de la montaña la última vez: el almanaque del estante mostrando siempre ese 30 de Enero, ay! tan temido, tan espantoso, y ya pasado! Ahora mismo las ra-

mas florecidas de los rosales de tu ventana entran como á buscarte, y tiemblan al abrazarlas yo diciendoles que volverás.

«Dónde estarás? Qué harás en este momento? De nada me sirve el haberte exijido tantas veces me mostraras en el mapa como ibas á hacer el viaje, porque no puedo figurarme nada. Me da miedo pensar en ese mar que todos admiran, y para mi tormento, te veo siempre en medio de él. Pero despues de tu llegada á Lóndres vas á contármelo todo: me dirás como es el paisaje que rodea la casa en que vives: me describirás minuciosamente tu habitacion, sus muebles, sus adornos: me dirás qué haces todos los dias, cómo pasas las noches, á qué horas estudias, en cuales descansas, como son tus paseos, y en qué ratos piensas mas en tu María. Vuélveme á decir qué horas de aquí corresponden á las de allá, pues se me ha olvidado.

« José y su familia han venido tres veces desde que te fuiste. Tránsito y Lucia no te nombran sin que se les llenen los ojos de lágrimas; y son tan dulces y cariñosas conmigo, tan finas sí me hablan de tí, que apénas es creible. Ellas me han preguntado si á donde estás tú, llegan cartas que se te escriban, y alegres al saber que si, me han encargado que te diga á su nombre mil cosas.

«Ni Mayo te olvida. Al dia siguiente de tu marcha recorria desesperado la casa y el huerto buscándote. Se fué á la montaña, y á la oracion cuando volvió, se puso á aullar sentado en el cerrito de la subida. Lo vi despues acostado á la puerta de tu cuarto: se la abrí, y entró lleno de gusto; pero no encontrándote despues de haber husmeado por todas partes, se me acercó otra vez triste, y parecia preguntarme por tí con los ojos, á los que solo les faltaba llorar; y al nombrarte yo, levantó la cabeza como si fuera á verte entrar. Pobre! se figura que te

escondes de él como lo hacias algunas veces para impacientarlo, y entra á todos los cuartos andando paso á paso y sin hacer el menor ruido esperando sorprenderte.

«Anoche no concluí esta carta porque mamá y Emma vinieron á buscarme: ellas creen que me hace daño estar aquí, cuando si me impidieran estar en tu cuarto, no sé qué haria.

«Juan se despertó esta mañana preguntándome si habias vuelto, porque dormida me oye nombrarte.

«Nuestra mata de azucenas ha dado la primera, y dentro de esta carta va un pedacito. ¿No es verdad que estás seguro de que nunca dejará de florecer? Así necesito creer, así creo que la de rosas dará la mas lindas del jardin.»

Capítulo LV

Durante un año tuve dos veces cada mes cartas de María.

Las últimas estaban llenas de una melancolia tan profunda, que comparadas con ellas, las primeras que recibí parecian escritas en nuestros dias de felicidad.

En vano habia tratado de reanimarla diciéndole que esta tristeza destruiria su salud por mas que hasta entónces hubiese sido tan buena como me lo decia; en vano.

«Yo sé que no puede faltar mucho para que yo te vea, me habia contestado: desde ese dia ya no podré estar triste: estaré siempre á tu lado... No, no; nadie podrá volver á separarnos.»

La carta que contenia esas palabras fué la única de ella que recibí en dos meses.

En los últimos dias de Junio, una tarde se me presenta el señor A***, que acababa de llegar de Paris, á quien no habia visto desde el pasado invierno.

—Le traigo á usted cartas de su casa, me dijo despues de habernos abrazado.

—¿De tres correos?

—De uno solo. Debemos hablar algunas palabras antes, me observó, reteniendo el paquete.

Noté en su semblante algo siniestro que me turbó.

—He venido, añadió despues de haberse paseado silencioso algunos instantes por el cuarto, á ayudarle á usted á disponer su regreso á América.

—Al Cauca! exclamé, olvidado por un momento de todo ménos de María y de mi pais.

—Sí, me respondió, pero ya habrá usted adivinado la causa.

—Mi madre! prorumpi desconcertado.

—Está buena, respondió.

—Quién pues? grité asiendo el paquete que sus manos retenian.

—Nadie ha muerto.

—María! María? exclamé como si ella pudiera acudir á mis voces, y caí sin fuerza sobre el asiento.

—Vamos, dijo procurando hacerse oir el señor A***. Para esto fué necesario mi venida. Ella vivirá si usted llega á tiempo. Lea usted las cartas, que ahí debe venir una de ella.

«Vente, me decia, ven pronto, ó me moriré sin decirte adios. Al fin me consienten que te confiese la verdad: hace un año que me mata hora por hora esta enfermedad de que la dicha me curó por unos dias. Si no hubiera interrumpido esta felicidad, yo habria vivido para tí.

«Si vienes.... sí, vendrás, porque yo tendré fuerza para resistir hasta que te vea; si vienes hallarás solamente una sombra de María; pero esa sombra necesita abrazarte antes de desaparecer. Si no te espero, si una fuerza mas poderosa que mi voluntad me arrastra sin que tu me ani-

mes, sin que cierres mis ojos, á Emma le dejaré para que te lo guarde, todo lo que yo sé te será amable: las trenzas de mis cabellos, el guarda pelo en donde están los tuyos y los de mi madre, la sortija que pusiste en mi mano en víspera de irte, y todas tus cartas.

«Pero ¿á qué aflijirte diciéndote todo esto? Si vienes, yo me alentaré; si vuelvo á oir tu voz, si tus ojos me dicen un solo instante lo que ellos solos sabian decirme, yo viviré y volveré á ser como antes era. Yo no quiero morirme; yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre.»

—Acabe usted, me dijo el señor A*** recojiendo la carta de mi padre caida á mis piés. Usted mismo conocerá que no podemos perder tiempo.

Mi padre decia lo que yo habia sabido ya demasiado cruelmente. Los médicos tenian solo una esperanza de salvar á María: la que les hacia conservar mi regreso. Ante esa necesidad mi padre no vacilaba; ordenaba mi marcha precipitada, y se disculpaba por no haberla dispuesto antes.

Dos horas despues salí de Lóndres.

Capítulo LVI

Hundíase en los confines nebulosos del mar de la India el sol del veinticinco de julio, llenando el horizonte de resplandores de oro y rubí; persiguiendo con sus rayos horizontales hasta las olas azuladas que iban como fujitivas á ocultarse bajo las selvas sombrías de la costa. La «Emilia Lopez» á bordo de la cual venia yo de Panamá, fondeó en la bahía de Buenaventura despues de haber jugueteado sobre la alfombra marina acariciada por las brisas del litoral. Para los que la veian desde la costa, la

bella goleta debia asemejarse á una linda campesina que en traje de lujo recorre presurosa el prado de su granja recojiendo flores para engalanarse en la fiesta de la noche.

Reclinado sobre el barandaje de cubierta, contemplé esas montañas á vista de las cuales sentia renacer tan dulces esperanzas. Diez y siete meses antes rodando á sus piés, impulsado por las corrientes tumultuosas del Dagua, mi corazon habia dicho un adios á cada una de ellas, y su soledad y silencio habian armonizado con mi dolor.

Estremecida por las brisas, temblaba en mis manos una carta de María que habia recibido en Panamá, la cual volví á leer á la luz del muribundo crepúsculo. Acaban de recorrerla mis ojos.... Amarillenta ya, aun parece húmeda con mis lágrimas de aquellos dias.

« La noticia de tu regreso ha bastado á volverme las fuerzas. Ya puedo contar los dias, porque cada uno que pasa acerca mas aquel en que he de volver á verte.

« Hoy ha estado muy hermosa la mañana, tan hermosa como esas que no has olvidado. Hice que Emma me llevara al huerto; estuve en los sitios que me son mas queridos en él; y me sentí casi buena bajo esos árboles, rodeada de todas esas flores, viendo correr el arroyo sentada en el banco de piedra de la orilla. Si esto me sucede ahora, ¿como no habré de alentarme cuando vuelva á recorrerlo acompañada por tí?

" Acabo de poner azucenas y rosas de las nuestras al cuadro de la Virjen, y me ha parecido que ella me miraba mas dulcemente que de costumbre y que iba á sonreir.

" Pero quieren que vayámos á la ciudad, porque dicen que allá podrán asistirme mejor los médicos: yo nó necesito otro remedio que verte á mi lado para siempre. Yo quiero esperarte aquí: no quiero abandonar todo esto que amabas, porque se me figura que á mí me lo dejaste re-

comendado y que me amarias ménos en otra parte. Suplicaré para que papá demore nuestro viaje, y miéntras tanto llegarás. Adios»

Los últimos renglones eran casi ilejibles.

El bote de la aduana, que al echar ancla la goleta habia salido de la playa, estaba ya inmediato.

—Lorenzo! exclamé al reconocer á un amigo querido en el gallardo mulato que venia de pié en medio del Administrador y del jefe del Resguardo.

—Allá voy, contestó.

Y subiendo precipitadamente la escala, me estrechó en sus brazos.

—No lloremos, dijo enjugándose los ojos con una de las puntas de su manta y esforzándose por sonreir: nos están viendo y estos marineros tienen corazon de piedra.

Ya en medias palabras me habia dicho lo que con mayor ansiedad deseaba yo saber: María estaba mejor cuando él salió de casa. Aunque hacia dos semanas que me esperaba en la Buenaventura, no habian venido cartas para mí sino las que él trajo, seguramente porque la familia me aguardaba de un momento á otro.

Lorenzo no era esclavo. Compañero fiel de mi padre en los viajes frecuentes que éste hizo durante su vida comercial, todos los de la familia le amábamos, y gozaba en casa fueros de mayordomo y consideraciones de amigo. Su fisonomía y talante mostraban su vigor y su franco carácter: alto y fornido, tenia la frente espaciosa y con entradas: hermosos ojos sombreados por cejas crespas y negras; recta y elástica nariz; bella dentadura, cariñosas sonrisas y barba enérjica.

Verificada la visita de ceremonia del Administrador al buque, la cual habia precipitado suponiendo encontrarme en él, se puso mi equipaje en el bote, y yo salté á este con los que regresaban, despues de haberme despedido

del capitan y de algunos de mis compañeros de viaje. Cuando nos acercábamos á la ribera, el horizonte se habia ya entenebrecido: olas negras, tersas y silenciosas pasaban meciéndonos para perderse de nuevo en la oscuridad: luciérnagas sin número revoloteaban sobre el crespon rumoroso de las selvas de las orillas.

El Administrador, sugeto de alguna edad, obeso y rubicundo, era amigo de mi padre. Luego que estuvimos en tierra, me condujo á su casa y me instaló él mismo en el cuarto que tenia preparado para mí. Despues de colgar una hamaca corozaleña, amplia y perfumada, salió, diciéndome ántes:

—Voy á dar disposicion para el despacho de tu equipaje, y otras mas importantes y urjentes al cocinero, porque supongo que las bodegas y repostería de la Emilia, no vendrian muy recargadas: me ha parecido hoy muy retozona.

Aunque el Administrador era padre de una bella é interesante familia establecida en el interior del Cauca, al hacerse cargo del destino que desempeñaba, no se habia resuelto á traerla al Puerto, por mil razones que me tenia dadas y que yo, á pesar de mi inexperiencia, halle incontestables. Las gentes porteñas le parecian cada dia mas alegres, comunicativas y despreocupadas; pero no encontraria grave mal en ello, puesto que despues de algunos meses de permanencia en la costa, el mismo Administrador se había contajiado convenientemente de aquella despreocupacion.

Despues de un cuarto de hora que yo empléе en cambiar por otro mi traje de á bordo, el Administrador volvió á buscarme: tenia ya en lugar de su vestido de ceremonia, pantalones y chaqueta de intachable blancura; su chaleco y corbata habian empezado una nueva temporada de oscuridad y abandono.

—Descansarás un par de dias aquí antes de seguir tu viaje, dijo llenando dos copas con brandi que tomó de una hermosa frasquera.

—Pero es que yo no necesito ni puedo descansar, le observé.

—Toma el brandi; es un excelente Martell; ¿ó prefieres otra cosa?

—Yo crei que Lorenzo tenia preparados bogas y canoas para madrugar mañana.

—Ya veremos. ¿Conque prefieres jinebra ó ajenjo?

—Lo que usted guste.

—Salud pues, dijo convidándome.

Y despues de vaciar de un trago la copa:

—¿No es superior? preguntó guiñando entrambos ojos, y produciendo con la lengua y el paladar un ruido semejante al de un beso sonoro, y añadió: ya se ve que habrás saboreado el mas añejo de Inglaterra..

—En todas partes abrasa el paladar. ¿Conque podré madrugar?

—Si todo es broma mia, respondió acostándose descuidadamente en la hamaca y limpiándose el sudor de la garganta y de la frente con un gran pañuelo de seda de India, fragante como el de una novia. ¿Conque abrasa, eh? Pues el agua y él son los únicos médicos que tenemos aquí, salvo morrudeda de vibora.

—Hablemos de véras: ¿qué es lo que usted llama su broma?

—La propuesta de que descanses, hombre. ¿Se te figura que tu padre se ha dormido para recomendarme tuviera todo preparado para tu marcha? Va para quince dias que llegó Lorenzo, y hace ocho que están listos los bogas y ranchada la canoa. Lo cierto es que he debido ser ménos puntual, y habria logrado de esa manera que te dejaras ajonjear por mí dos dias.

—Cuanto le agradezco su puntualidad!

Rióse ruidosamente impulsando la hamaca para darse aire, diciéndome al fin:

—Malagradecido.

—No es eso: usted sabe que no puedo, que no debo demorarme ni una hora mas de lo indispensable; que es urjente que llegue yo á casa muy pronto...

—Si, si; es verdad; seria un egoismo de mi parte, dijo ya serio.

—¿Qué sabe usted?

—La enfermedad de una de las señoritas... Pero ¿recibirias las cartas que te envié á Panamá?

—Si, gracias, á tiempo de embarcarme.

—No te dicen que está mejor?

—Eso dicen.

—¿Y Lorenzo?

—Dice lo mismo.

Pasado un momento de que ámbos guardamos silencio, el Administrador gritó incorporándose en la hamaca:

—Márces! la comida!

Un criado entró luego á anunciarnos que la mesa estaba servida.

—Vamos, dijo mi huesped poniéndose en piè: hace hambre; si hubieras tomado el brandi tendrias un buen apetito. Ola? agregó á tiempo que entrábamos al comedor y dirijiéndose á un paje: si vienen á buscarnos, dí que no estamos en casa. Es necesario que te acuestes temprano para poder madrugar, me observó señalándome el asiento de la cabecera,

El y Lorenzo se colocaron á uno y otro lado del mio.

—Diantre! exclamó el Administrador cuando la luz de la hermosa lámpara de la mesa bañó mi rostro: qué bozo has traido! Si no fueras moreno se podria jurar que no sabes dar los buenos dias en castellano. Se me figura

que estoy viendo á tu padre cuando él tenia veinte años; pero me parece que eres mas alto que él: sin esa seriedad heredada sin duda de tu madre, creeria estar con el judio la noche que por primera vez desembarcó en Quibdó. ¿No te parece, Lorenzo?

—Idéntico, respondió éste.

—Si hubieras visto, continuó mi huésped dirijiéndose á él, el afan de nuestro inglesito luego que le dijé que tendria que permanecer conmigo dos dias.... Se impacientó hasta decirme que mi brandi abrasaba no sé qué. Caracoles! temí que me regañara. Vamos á ver si te parece lo mismo éste tinto, y si logramos que te haga sonreir. Qué tal? añadió despues que probé el vino.

—Es muy bueno.

—Temblando estaba de que me le hicieras jesto, porque es lo mejor que he podido conseguir para que tomes en el rio.

La jovialidad del Administrador no flaqueó un instante durante dos horas. A las nueve permitió que me retirase, prometiéndome estar en pié á las cuatro de la mañana para acompañarme al embarcadero. Al darme las buenas noches, agregó:

—Espero que no te quejarás mañana de las ratas como la otra vez: una mala noche que te hicieron pasar les ha costado carísimo: les he hecho desde entónces guerra á muerte.

Capítulo LVII

A las cuatro llamó el buen amigo á mi puerta, y hacia una hora que le esperaba yo listo ya para marchar. El, Lorenzo y yo nos desayunamos con brandi y café miéntras los negros conducian á las canoas mi equipaje, y poco despues estábamos todos en la playa.

La luna, grande y en su plenitud descendia ya al ocaso, y al aparecer bajo las negras nubes que la habian ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de la ribera y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandones de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria.

—¿Y ahora hasta cuándo? me dijo el Administrador correspondiendo á mi abrazo de despedida con otro apretado.

—Quizá volveré muy pronto, le respondí.

—¿Regresas, pues, á Europa?

—Tal vez.

El alegre hombre me pareció melancólico en aquel momento.

Al alejarse de la orilla la canoa ranchada, en la cual ibamos Lorenzo y yo, gritó:

—Muy buen viaje!

Y dirijiéndose á los dos bogas:

—Cortico, Laurean.... Cuidármelo mucho, cuidármelo como cosa mia.

—Si mi amo, contestaron á duo los dos negros.

A dos cuadras estariamos de la playa, y creí distinguir el bulto blanco del Administrador inmóvil en el mismo sitio en que acababa de abrazarme.

Los resplandores amarillentos de la luna, velados á veces, fúnebres siempre, nos acompañaron hasta despues de haber entrado á la embocadura del Dagua.

Permanecia yo en pié á la puerta del rústico camarote, bóveda de techumbre cilíndrica formada con matambas, bejucos y hojas de rabiahorcado que en el rio llaman rancho. Lorenzo despues de haberme arreglado una especie de cama sobre tablas de guadua bajo aquella navegante gruta, estaba sentado á mis piés con la cabeza apoyada

sobre las rodillas, y parecia dormitar. Cortico (ó sea Gregorio, que tal era su nombre de pila) bogaba cerca de nosotros refunfuñando á ratos la tonada de un bunde. El atlético cuerpo de Laurean se dibujaba como el perfil de un gigante sobre los últimos celajes de la luna ya casi invisible.

Apenas si se oian el canto monótono y ronco de los bamburés en los manglares sombríos de las riberas y el ruido sigiloso de las corrientes, interrumpiendo aquel silencio solemne que rodea los desiertos en su último sueño, sueño siempre profundo como el del hombre en las postreras horas de la noche..

—Toma un trago, Cortico, y entona mejor esa cancion triste, dije al boga enano.

—Jesú! mi amo, ¿le parece triste?

Lorenzo escanció de su chamberga pastusa cantidad mas que suficiente de anisado en mate que el boga le presentó, y este continuó diciendo:

—Será que el sereno me ha dao carraspera; y dirigiéndose á su compañero: compae Laurean, el branco que si quiere despejá el pecho para que cantemo un baile alegrito.

—A probalo, respondió el interpelado con voz ronca y sonora: otro baile será el que va á empezá en el escuro. Ya sabe?

Po lo mesmo, señó.

Laurean saboreó el aguardiente como conocedor en la materia, murmurando:

—Del que ya no baja.

—Qué es eso del baile á oscuras? le pregunté.

Colocándose en su puesto entonó por respuesta el primer verso del siguiente bunde, respondiéndole Cortico con el segundo, tras de lo cual hicieron pausa, y continuaron de la misma manera hasta dar fin á la salvaje y sentida cancion.

Se no junde ya la luna;
Remá, remá,
¿Qué hará mi negra tan sola?
Llorá, llorá,
Me coje tu noche escura,
San Juan, San Juan.

Escura como mi negra,
Ni má, ni má.
La lú de su s'ojo mio,
Der má, der má.
Lo relámpago parecen,
Bogá, bogá.

Aquel cantar armonizaba dolorosamente con la naturaleza que nos rodeaba: los tardos ecos de esas selvas inmensas repetian sus acentos quejumbrosos, profundos y lentos.

—No mas bunde, dije á los negros aprovechándome de la última pausa.

—¿Le parece á su mercé mal cantao? preguntó Gregorio, que era el mas comunicativo.

—No, hombre, muy triste.

—¿La juga?

—Lo que sea.

—Alabao? Si cuando me cantan bien una juga y la baila con este negro Mariugenia.... Creame su mercé lo que le digo: hasta lo s'ángele del cielo zapatean con gana de bailala.

—Abra el ojo y cierre el pico, compae, dijo Laurean; ¿ya oyó?

—Acaso soy sordo?

—Bueno pué.

—Vamo á verlo, señó.

Las corrientes del rio empezaban á luchar contra nuestra embarcacion. Los chasquidos de los herrones de las palancas se oian ya. Algunas veces la de Gregorio daba un golpe en el borde de la canoa para significar que habia que variar de orilla, y atravesabamos la corriente. Poco á poco fueron haciéndose densas las nieblas. Del lado del mar nos llegaba el retumbo de una tronamenta lejana. Los bogas hablaban. Un ruido semejante al vuelo rumoroso de un huracan sobre las selvas, venia en nuestro alcance. Gruesas gotas de lluvia empezaron á caer despues.

Me recosté en la cama que Lorenzo me habia tendido. Este quiso encender luz, pero Gregorio, que le vió frotar un fósforo, le dijo:

—No prenda vela, patron, porque me deslumbro y se embarca la culebra.

La lluvia azotaba rudamente la techumbre del rancho. Aquella oscuridad y silencio eran gratos para mí despues del trato forzado y de la finjida amabilidad usada durante mi viaje con toda clase de jentes. Los mas dulces recuerdos, los mas tristes presentimientos volvieron á disputarse mi corazon en aquellos instantes para reanimarlo ó entristecerlo. Bastábanme ya cinco dias de viaje para volver á tenerla en mis brazos y devolverle toda la vida que mi ausencia le habia robado. Mi voz, mis caricias, mis ojos que tan dulcemente habian sabido conmoverla en otros dias ¿no serian capaces de disputársela al dolor y á la muerte? Aquel amor ante el cual la ciencia se consideraba impotente, al cual la ciencia llamaba en su auxilio, debia poderlo todo.

Recorria mi memoria lo que me decia en sus últimas cartas: «La noticia de tu regreso ha bastado á volverme las fuerzas...... Yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre.»

La casa paterna en medio de sus verdes colinas, sombreada por sauces añosos, engalanada con rosales, iluminada por los resplandores del sol al nacer, se presentaba á mi imajinacion: eran los ropajes de María los que susurraban cerca de mí; la brisa del Zabalétas la que movia mis cabellos; las esencias de las flores cultivadas por María, las que aspiraba yo...... y el desierto con sus aromas, sus perfumes y sus susurros era cómplice de mi deliciosa ilusion.

Detúvose la canoa en una playa de la ribera izquierda.

—¿Qué es? pregunté á Lorenzo.

—Estamos en el Arenal.

—Oopa! Un guarda, que contrabando vá, gritó Cortico.

—Alto! contestó un hombre, que debia estar en acecho, pues dió esa voz á pocas varas de la orilla.

Los bogas soltaron á duo una estrepitosa carcajada, y no hábia puesto punto final á la suya Gregorio, cuando dijo:

—San Pabro bendito! que casi me *pica* este cristiano. Cabo Ansermo, á busté lo va á matá un rumatismo metío entre un carrizar. ¿Quién le contó que yo subia, señó?

—Bellaco, le respondió el guarda, las brujas. A ver qué llevas?

—Buque de jente.

Lorenzo habia encendido luz, y el cabo entró al rancho, dando de paso al negro contrabandista una sonora palmada en la espalda á guisa de cariño. Luego que me saludó franca y respetuosamente, se puso á examinar la guia, y mientras tanto Laureano y Gregorio, en pampanilla, sonreian asomados á la boca del camarote.

El primer grito de Gregorio al llegar á la playa alarmó á todo el destacamento: dos guardas mas con caras de mal dormidos, y armados de carabinas como el que aguardaba agazapado bajo las malezas, llegaron á tiempo de libacion y despedida. La enorme chamberga de Lorenzo

tenia para todos, á lo cual se agregaba que debia estar deseosa de habérselas con otros menos desdeñosos que sus amos.

Habia cesado la lluvia y empezaba á amanecer, cuando despues de las despedidas y chufletas picantes sazonadas con risotadas y algo mas, que se cruzaban entre mis bogas y los guardas, continuamos viaje.

De allí para adelante las selvas de las riberas fueron ganando en majestad y galanura: los grupos de palmeras se hicieron mas frecuentes: veíase la pambil de recta columna manchada de púrpura; la mil-pesos frondosa brindando en sus raices el delicioso fruto; la chontadura y la gualte; distinguiéndose entre todas la chonta de flexible tallo é inquieto plumaje, por aquello de coqueto y virjinal que recuerda talles seductores y esquivos. Las mas con sus racimos medio defendidos aun por la concha que los habia abrigado, todas con sus penachos color de oro, parecian con sus rumores dar la bienvenida á un amigo no olvidado. Pero aun faltaban allí las bejucadas de rojos festones, las trepadoras de frájiles y lindas flores, las sedosas larvas y los aterciopelados musgos de los peñascos. El naguaro y el piáunde, como reyes de la selva, empinaban sus copas sobre ella para divisar algo mas grandioso que el desierto: la mar lejana.

La navegacion iba haciéndose cada vez mas penosa. Eran casi las diez cuando llegamos á Calle-larga. En la ribera izquierda habia una choza, levantada, como todas las del rio, sobre gruesos estantillos de guayacan, madera que como es sabido, se petrifica en la humedad: así están los habitantes libres de las inundaciones, y menos en familia con las víboras, cuya abundancia y diversidad son el terror y pesadilla de los viajeros.

Mientras Lorenzo, guiado por los bogas, iba á disponer nuestro almuerzo en la casita, permanecí en la canoa pre-

parándome para tomar un baño cuya excelencia dejaban prever las aguas de cristal. Mas no habia contado con los mosquitos, á pesar de que sus venenosas picaduras los hacen inolvidables. Me atormentaron á su sabor, haciéndole perder al baño que tomé, la mitad de su orientalismo salvaje. El color y otras condiciones de la epidérmis de los negros, los favorecen sin duda de esos tenaces y hambrientos enemigos, pues seguí observando que apenas se daban por notificados los bogas de su existencia.

Lorenzo me trajo el almuerzo á la canoa, ayudado por Gregorio, quien las daba de buen cocinero, y me prometió para el dia siguiente un tapado.

Debíamos llegar por la tarde á San Cipriano, y los bogas no se hicieron rogar para continuar el viaje, vigorizados ya por el puro tinto del Administrador.

El sol no desmentia ser de verano.

Cuando las riberas lo permitian, Lorenzo y yo, para desentumirnos, ó para disminuir el peso de la canoa en pasos de peligro confesado por los bogas, andábamos por algunas de las orillas cortos trechos, operacion que allí se llama *playear;* pero en tales casos el temor de tropezar con alguna guascama ó de que alguna chonta se lanzase sobre nosotros, como los individuos de esa familia de serpientes negras, rollizas y collarejas lo acostumbran, nos hacia andar por las malezas mas con los ojos que con los pies.

Era inútil averiguar si Laureano y Gregorio eran curanderos, pues apenas hay boga que no lo sea, y que no lleve consigo colmillos de muchas clases de víboras y contras para varias de ellas, entre las cuales figuran el guaco, los bejucos ataja-sangre, siempreviva, zaragoza y otras yerbas que no nombran y que conservan en colmillos de tigre y de caiman ahuecados. Pero eso no basta á tranquilizar á los viajeros, pues es sabido que tales remedios suelen ser ineficaces algunas veces, muriendo el que ha

sido mordido, despues de pocas horas, arrojando sangre por los poros, y con agonías espantosas.

Llegamos á San Cipriano. En la ribera derecha y en el ángulo formado por el rio que dá el nombre del sitio, y por el Dagua, que parece regocijarse con su encuentro, estaba la casa, alzada sobre postes en medio de un platanal frondoso. No habíamos saltado rodavía á la playa y ya Gregorio gritaba:

—Ñá Rufina! aquí voy yo. Y en seguida: ¿dónde cojió esta viejota?

—Buena tarde, ño Gregorio, respondió una negra jóven asomándose al corredor.

—Me tiene que da posada porque traigo cosa buena.

—Sí, señó; suba pué.

—¿Mi compañero?

—En la Junta.

—¿Tio Bibiano?

—Asina no ma, ño Gregorio.

Laurean dió las buenas tardes á la casera y volvió á guardar su silencio acostumbrado.

Mientras los bogas y Lorenzo sacaban los trastos de la canoa, yo estaba fijo en algo que Gregorio habia llamado *viejota*, sin hacer otra observacion: era una culebra gruesa como un brazo fornido, como de tres varas de largo, de dorso áspero, color de hoja seca y salpicada de manchas negras; barriga que parecia de piezas de marfil ensambladas, cabeza enorme y boca tan grande como la cabeza misma, nariz arremangada y colmillos como uñas de gato. Estaba colgada por el cuello en un poste del embarcadero, y las aguas de la orilla jugaban con su cola.

—San Pablo! esclamó Lorenzo fijàndose en lo que yo veia; qué animalote!

Rufina, que se habia bajado á *alabarme á Dios*, observó riéndose, que mas grandes las habian muerto algunas veces.

—¿Dónde encontraron esta? le pregunté.

—En la orilla, mi amo, allí en el chípero, me contestó señalándome un árbol frondoso distante treinta varas de la casa.

—Cuándo?

—A la madrugadita que se fué mi hermano á viaje, la encontró armaa, y él la trajo para sacale la contra. La compañera no estaba ahí, pero hoy la ví yo y él la topa mañana.

La negra me refirió en seguida que aquella víbora hacia daño de esta manera: agarrada de alguna rama ó bejuco con una uña fuerte que tiene en la estremidad de la cola, endereza mas de la mitad del cuerpo sobre las roscas del resto: mientras la presa que acecha no le pasa á distancia tal que solamente estendida en toda su lonjitud, la culebra pueda alcanzarla, permanece inmóvil, y conseguida esa condicion, muerde á la víctima y la atrae á sí con una fuerza invencible: si la presa vuelve á alejarse á la distancia precisa, se repite el ataque hasta que la victima espira: entonces se enrolla envolviendo el cadáver y duerme así por algunas horas. Casos han ocurrido en que cazadores y bogas se salven de ese jénero de muerte asiéndole la garganta á la vibora con entrambas manos y luchando contra ella hasta ahogarla, ó arrojándole una ruana sobre la cabeza; mas eso es raro, porque es difícil distinguirla en el bosque, por asemejarse armada á un tronco delgado en pié y ya seco. Mientras la verrugosa no halla de donde agarrar su uña, es del todo inofensiva.

Rufina, señalándome el camino, subió con admirable destreza la escalera formada de un solo tronco de guayacan muesqueado: y aun me ofreció la mano entre risueña y respetuosa cuando ya iba yo á pisar el pavimento de la choza, hecho de tablas picadas de pambil, negras y brillantes por el uso. Ella, con las trenzas de pazas esmeradamente atadas á la parte posterior de la cabeza, que no carecia de

cierto garbo natural, follado de pancho azul y camisa blanca, todo muy limpio, candongas de higas azules y gargantilla de lo mismo aumentada con escuditos y cavalongas, me pareció graciosamente orijinal, despues de haber dejado por tanto tiempo de ver mujeres de esa especie; y lo dejativo de su voz, cuya gracia consiste, en jentes de la raza, en elevar el tono en la sílaba acentuada de la palabra final de cada frase, lo movible de su talle y sus sonrisas esquivas, me recordaban á Remijia en la noche de sus bodas. Bibiano, padre de la núbil negra, que era un boga de poco mas de cincuenta años, inutilizado ya por el reumatismo, resultado del oficio, salió á recibirme, el sombrero en la mano, y apoyado en un grueso baston de chonta: vestia calzones de bayeta amarilla y camisa de listado azul, cuyas faldas llevaba por fuera.

Componíase la casa, como que era una de las mejores de rio, de un corredor, del cual, en cierta manera, formaba continuacion la sala, pues las paredes de palma de esta, en dos de los lados, apenas se levantaban á vara y media del suelo, presentando así la vista del Dagua por una parte y la del dormido y sombrío San Cipriano por la otra; á la sala seguia una alcoba, de la cual se salia á la cocina, y la hornilla de esta estaba formada por un gran cajon de tablas de palma repisado con tierra, sobre el cual descansaban las tulpas y el aparato para hacer el fufú. Sustentado sobre las vigas de la sala, habia un tablado que la abovedaba en una tercera parte, especie de despensa en que se veian amarillear hartones y guineos, y á la cual subia frecuentemente Rufina por una escalera mas cómoda que la del patio. De una viga colgaban atarrayas y catangas y estaban atravesadas sobre otras, muchas palancas y varas de pescar. En un garabato habia colgados un mal tamboril y una carrasca, y en un rincon estaba recostado el caréngano, rústico bajo en la música de aquellas riberas.

Pronto estuvo mi hamaca colgada. Acostado en ella veia los montes distantes no hollados aun, iluminados por la última luz de la tarde, y las ondas del Dagua pasar atornasoladas de azul, verde y oro. Bibiano estimulado por mi franqueza y cariño, sentado cerca de mí, tejia crezneja para sombreros fumando en su congola, conversándome de los viajes de su mocedad, de la difunta (su mujer), de la manera de hacer la pesca en corrales y de sus achaques. Habia sido esclavo hasta los treinta años, en la mina de Iró, y á esa edad consiguió á fuerza de penosos trabajos y de economías, comprar su libertad y la de su mujer, que habia sobrevivido poco tiempo á su establecimiento en el Dagua.

Los bogas, con calzones ya, charlaban con Rufina, y Lorenzo, despues de haber sacado sus comestibles refinados para acompañar el sancocho de nayo que nos estaba preparando la hija de Bibiano, habia venido á recostarse silencioso en el rincon mas oscuro de la sala.

Era casi de noche cuando se oyeron gritos de pasajeros en el rio. Lorenzo bajó apresuradamente y regresó pocos momentos despues diciendo qne era el correo que subia; y habia tomado noticia de que mi equipaje quedaba en Mondomo.

Pronto nos rodeó la noche con toda su pompa americana: las noches del Cauca, las de Lóndres, las pasadas en alta mar ¿por qué no eran tan majestuosamente tristes como aquella?

Bibiano me dejó creyéndome dormido, y fué á apurar la comida. Lorenzo encendió vela y preparó la mesita de la casa con el menaje de nuestra alforja.

A las ocho todos estaban, bien ó mal, acomodados para dormir. Lorenzo, luego que me hubo arreglado con esmero casi maternal en la hamaca, se habia acostado en la suya.

—Taita, dijo Rufina desde su alcoba á Bibiano, que dormia con nosotros en la sala: escuche su mercé la verrugosa cantando en el rio.

En efecto, se oia hácia ese lado algo como el cloqueo de una gallina mónstruo.

—Avísele á ño Laurean, continuó la muchacha; para que á la madrugada pasen con mañita.

—¿Ya oíte, hombre? preguntó Bibiano.

—Sí, señó, respondió Laurean, á quien debia de tener despierto la voz de Rufina, pues segun comprendí mas tarde, era su novia.

—¿Qué es esto grande que vuela aquí? pregunté á Bibiano, próximo ya á figurarme que seria alguna culebra alada.

—El murciélago, amito, contestó, pero no haya miedo que le pique durmiendo en la hamaca.

Los tales murciélagos son verdaderos vampiros que sangran en poco rato á quien llega á dejarles disponibles la nariz ó las yemas de los dedos; y realmente se salvan de su chupadura los que duermen en hamaca.

Capítulo LVIII

Lorenzo me llamó á la madrugada: vió mi reloj y eran las tres. A favor de la luna, la noche parecia un dia opaco. A las cuatro, encomendados á la Vírjen en las despedidas de Bibiano y de su hija, nos embarcamos.

—Aquí canta la verrugosa, compae, dijo Laurean á Cortico luego que hubimos navegado un corto trecho: aunque afuerita, no vaya á está armáa.

Todo el peligro para mí era que la víbora se entrase á la canoa, pues estaba defendido por el techo del rancho;

pero agarrado por ella alguno de los bogas, el naufrajio era probable.

Pasamos felizmente; mas, la verdad sea dicha, ninguno tranquilo.

El almuerzo de aquel dia fué copia del anterior, salvo el aumento del tapado, que Gregorio habia prometido, potaje que preparó haciendo un hoyo en la playa, y una vez depositado en él, envuelto en hojas de biao, la carne, plátanos y demás que debian componer el cocido, lo cubrió con tierra y encima de todo encendió un fogon.

Era increible que la navegacion fuese mas penosa en adelante que la que habiamos hecho hasta allí, pero lo fué: en el Dagua es donde con toda propiedad puede decirse que no hay imposibles.

A las dos de la tarde que tomábamos dulce en un remanso. Laurean lo rehusó, y se internó en el bosque algunos pasos para regresar trayendo unas hojas, que despues de estregadas en un mate lleno de agua, hasta que el líquido se tiñó de verde, coló este en la copa de su sombrero y se lo tomó. Era zumo de *hoja hedionda*, único antídoto contra las fiebres, temibles en la Costa y en aquellas riberas, que aceptan como eficaz los negros.

Las palancas, que cuando se baja el rio, sirven mil veces para evitar un estrellamiento jeneral, son menos útiles para subirlo. Desde Fleco, á cada paso caian al agua Gregorio y Laurean, siempre despues del consabido golpe de aviso, y entonces el primero cabestreaba la canoa asiéndola por el galindro, mientras el compañero la impulsaba por la popa. Así se subian los chorros ó cabezones inevitables; pero para librarse de los mas furiosos habia pequeños caños llamados arrastraderos, practicados en las playas, y mas ó menos escasos de agua, por los cuales subia la canoa rozando con el casco los guijarros del cauce y balanceándose algunas veces sobre las rocas mas salientes.

Los botaderos empeoraron de condiciones por la tarde: mas y mas descolgadas las corrientes á medida que nos acercábamos al Saltico, los bogas al cambiar de orilla, impulsaban simultáneamente la canoa subiendo al mismo tiempo de un salto sobre ella, para empuñar las palancas; y abandonándolas en el mismo instante, una vez atravesado el rio, impedian que nos arrebatara el raudal, enfurecido por haber dejado escapar una presa ya suya. Despues de cada lance de esta especie, se hacia necesario arrojar de la canoa el agua que le habia entrado, operacion que practicaban los bogas instantáneamente amagando dar un paso y volviendo á traer el pié avanzado hácia el firme, con lo cual salian de en medio de estos plumadas de agua. Tales evoluciones y portentos jimnásticos asombraban ejecutados por Laurean, aunque él por su estatura, con ceñirse una guirnalda de pámpanos, habria podido pasar por el dios del rio; pero hechas por Gregorio, quien salvo su cara risueña siempre, parecia representar la figura recortada de su compañero, con sus piernas que formaban al andar casi una *o*, y cuyos piés encorvados hácia dentro eran mas que piés, instrumentos de achicar, tales maromas causaban terror.

Pernoctamos aquel dia en el Saltico, pobre y desapacible caserío á pesar del movimiento que le daban sus bodegas. Allí habia un obstáculo para la navegacion, y es jeneralmente el término de viaje de los bogas que vienen del Puerto, así como los que salian del Saltico llegaban solamente al Salto, y á este punto, los que bajaban diariamente de Juntas.

La misma tarde arrastraron mis bogas por tierra la canoa, ya sin rancho, para ponerla en la playa donde debia embarcarme al dia siguiente. Del Saltico al Salto, los peligros del viaje salieron de la esfera de toda ponderacion.

En el Salto hubo de repetirse el arrastre de la canoa para vencer el último obstáculo que allí merece el honor de tal nombre.

Los bosques iban teniendo, á medida que nos alejábamos de la costa, toda aquella majestad, galanura, diversidad de tintas y abundancia de aromas que hacen de las selvas del interior un conjunto indescribible. Mas el reino vejetal imperaba casi solo: oíase muy de tarde en tarde y á lo lejos el canto del paují; muy rara pareja de panchanas atravesaba á veces por encima de las montañas casi perpendiculares que encajonaban la vega; y alguna primavera volaba furtivamente bajo las bóvedas oscuras, formadas por los guabos apiñados ó por los cañaverales, chontas, nacederos y chiperos, sobre los cuales mecian las guaduas sus arqueados plumajes. El martin-pescador, única ave acuática habitadora de aquellas riberas, rozaba por rareza los remansos con sus alas, ó se hundia en ellos para sacar en el pico algun pececillo plateado.

Desde el Saltico encontramos mayor número de canoas bajando, y las mas capaces de ellas tendrian ocho varas de largo, y escasamente una de ancho.

El par de bogas que manejaba cada canoa, balanceándose y achicando incesantemente el delantero, el de la popa sentado á veces, tranquilos siempre, apenas divisados al descender por enmedio de los chorros de una revuelta lejana, desaparecian en ella y pasaban muy luego velozmente por cerca de nosotros, para volver á verse abajo y distantes ya, como corriendo sobre las espumas.

Los peñascos escarpados de la Vibora, Delfina con su limpio riachuelo, que brotando del corazon de las montañas parece que mezcla despues tímidamente sus corrientes con las impetuosas del Dagua, y el derrumbo del Arrayan, fueron quedando á la izquierda. Allí hubo ne-

cesidad de hacer alto, para conseguir una palanca, pues Laurean acababa de romper su último repuesto. Hacia una hora que un aguacero nutrido nos acompañaba, y el rio empezaba á traer cintas de espuma y algunas malezas menudas.

—La niña tá celosa, dijo Cortico cuando arrimamos á la playa.

Crei que se referia á una música tristísima y como ahogada, que parecia venir de la choza vecina.

—Qué niña es esa? le pregunté.

—Pue Pepita, mi amo.

Entonces cai en cuenta de que se referia al hermoso rio de ese nombre que se une al Dagua abajo del pueblo de Juntas.

—¿Por qué está celosa?

—¿No ve su mercé lo que baja?

—No.

—La creciente.

—¿Y por qué no es Dagua el celoso? Ella es muy linda y mejor que él.

Gregorio se rió antes de responderme:

—Dagua tiene mal jenio. Creciente de Pepita é, porque el rio no baja amarillo.

Subí al rancho mientras los bogas se aparejaban, deseoso de ver qué clase de instrumento tocaban allí: era una marimba, pequeño teclado de chontas sobre tarros de guadua alineados de mayor á menor, y que se hace sonar con bolillos pequeños aforrados en vaqueta.

Una vez conseguida la palanca y llenada la condicion indispensable de que fuese de biguare ó cuero-negro, continuamos subiendo con mejor tiempo ya y sin que los celos de Pepita se hiciesen importunos.

Los bogas, estimulados por Lorenzo y la gratificacion que les tenia yo prometida por su buen manejo, esforza-

ron por hacerme llegar de dia á Juntas. Poco despues dejamos á la derecha la campiñita de Sombrerillo, cuyo verdor contrasta con la aspereza de las montañas que la sombrean hácia el Sur. Eran las cuatro de la tarde cuando pasamos al pié de los agrios peñascos de Media-luna. Salimos poco despues del temible Credo; y por fin dimos dichoso término á la inverosímil navegacion saltando á una playa de Juntas.

El amigo D*** antiguo dependiente de mi padre, me estaba esperando avisado por el correista que nos dió alcance en San Cipriano, de que yo debia llegar aquella tarde, Me condujo á su casa, en donde fuí á esperar á Lorenzo y á los bogas. Estos quedaron muy contentos con «mi persona,» como decia Gregorio. Debian madrugar al dia siguiente, y se despidieron de mí de la manera mas cordial, deseándome salud despues de apurar dos copas de coñac y de haberme recibido una carta para el Administrador.

Capítulo LIX

Al sentarnos á la mesa manifesté á D*** que deseaba continuar el viaje la misma tarde si era posible, suplicándole venciese inconvenientes. El pareció consultar á Lorenzo, quien se apresuró á responderme que las bestias estaban en el pueblo y que la noche era de luna. Le dí órden para que sin demora preparase nuestra marcha; y en vista de la manera como lo resolví, D*** no hizo observacion de ninguna especie.

Poco rato despues me presentó Lorenzo los arreos de montar, manifestándome por lo bajo cuánto le complacia el que no pernoctásemos en Junta.

Arreglado lo necesario para que D*** pagase la conduccion de mi equipaje hasta allí y lo pusiera en camino

nuevamente, nos despedimos de él y montamos en buenas mulas seguidos de un muchacho, que caballero en otra, llevaba al arzon un par de cuchugos pequeños con mi ropa de camino y algo de avío que se apresuró á poner en ellos nuestro huésped.

Habíamos vencido mas de la mitad de la subida de la Puerta cuando se ocultaba ya el sol. En los momentos en que mi cabalgadura tomaba aliento, no pude menos de ver con satisfaccion la hondonada de donde acababa de salir, y respirar con deleite el aire vivificador de la sierra. Veia ya en el fondo de la profunda vega la poblacion de Juntas con sus techumbres pajizas y cenicientas: el Dagua, lujoso con la luz que entonces le bañaba, orlaba el islote del caserío, y rodando precipitadamente hasta perderse en la revuelta del Credo, volvia á platear muy lejos en las playas de Sombrerillo.

Por primera vez despues de mi salida de Lóndres me sentia absolutamente dueño de mi voluntad para acortar la distancia que me separaba de María. La certeza de que solamente me faltaban por hacer dos jornadas para terminar el viaje, hubiera sido bastante á hacerme reventar durante ellas cuatro mulas como la que cabalgaba. Lorenzo experimentado de lo que resulta de tales afanes en tales caminos, trató de hacerme moderar algo el paso, y con justo pretesto de servir de guia, se me colocó por delante á tiempo que faltaba poco para que coronáramos la cuesta.

Cuando llegamos al Hormiguero, solamente la luna nos mostraba la senda. Me detuve, porque Lorenzo habia echado pié á tierra allí, lo cual tenia en alarma á los personas de la casa. Recostándose él sobre el cuello de mi mula, me dijo sonriendo.

¿Le parece bueno que durmamos aquí? Esta es buena gente y hay pasto para las bestias.

—No seas flojo, le contesté: yo no tengo sueño y las mulas están frescas.

—No se afane, me observó tomándome el estribo: lo que quiero es ventear estos júdas, no sea que se nos achajuanen por estar tan ovachonas. Justo viene con mis mulas para Juntas, continuó descinchando la mia, y segun me dijo ese muchacho á quien encontramos en la Puerta, debe toldar esta noche en Santa Ana, sino consigue llegar á Hojas. Donde lo encontremos, tomamos chocolate é iremos á dormir un ratico por ahi donde se pueda. ¿Le gusta así?

—Por supuesto: es necesario llegar á Cali mañana en la tarde.

—No tanto: dando las siete en San Francisco iremos entrando; pero yendo á mi paso, porque de no, daremos gracias en llegar á San Antonio.

Hablando y haciendo, bañaba los lomos de las mulas con buchadas de anisado. Sacó fuego de su eslabon y encendió cigarro; echó una reprimenda al muchacho, que venia *colgándose*, porque diz que su mula era *cueruda*, y emprendimos nuevamente marcha mal despedidos por los gozques de la casita.

No obstante que el camino estaba bueno, es decir seco, no pudimos llegar á Hojas sino pasadas las diez. Sobre el plano que corona la cuesta blanqueaba una tolda. Lorenzo fijándose en las mulas que ramoneaban en las orillas de la senda, dijo:

—Ahí está Justo, porque aquí andan el Tamborero y el Frontino, que nunca desmanchan.

—¿Qué jente es esa? le pregunté.

—Pues machos mios.

Un silencio profundo reinaba en torno de la caravana arriera: un viento frio columpiaba los cañaverales y mandules de las faldas vecinas, avivando las brasas amorti-

guadas de dos fogones inmediatos á la tolda. Junto á uno de ellos dormia enroscado un perro negro, que gruñó al sentirnos y ladró al reconocernos por estraños.

Avemaría! gritó Lorenzo, dando así á los arrieros el saludo que entre ellos se acostumbra al llegar á una posada. Calla, Barbillas! agregó echando pié á tierra y dirijiéndose al perro.

Un mulato alto y delgado salió de entre las barricadas de zurrones de tabaco que tapiaban los dos costados de la tolda por donde está no llegaba hasta el suelo: era el caporal Justo. Vestia camisa de coleta con pretensiones á blusa corta, calzoncillos bombachos, y tenia la cabeza cubierta con un pañuelo atado á la nuca.

—Ole! ñor Lorenzo, dijo á su patron reconociéndolo; y agregó: ¿éste no es el niño Efrain?

Correspondimos á sus saludos, Lorenzo con un pampeo en la espalda y una chanzoneta, yo lo mas cariñosamente que el estropeo me lo permitia.

—Apéense, continuó el caporal; traerán cansada alguna mula.

—Las tuyas serán las cansadas, le respondió Lorenzo, pues vienen á paso de hormiga.

—Ahí verá que no. Pero ¿qué andan haciendo á estas horas?

—Caminando, mientras tú roncas. Déjate de conversar y manda al guion que nos atice unas brasas para hacer chocolate.

Los otros arrieros se habian despertado así como el negrito que debia atizar. Justo encendió un cabo de vela, y despues de colocarlo en un plátano agujereado, tendió un cobijon limpio en el suelo para que yo me sentase.

—¿Y hasta dónde van ahora? preguntó mientras Lorenzo sacaba de sus cojinetes provisiones para acompañar el chocolate.

—A Santana, respondió. ¿Cómo van las muletas? el hijo de la García me dijo al salir de Juntas que se te habia cansado la Rosilla.

—Es la única maulona, pero ten con ten, ahí viene.

—No vayas á sacar carga de fardos en ellas.

—Tan fullero que era yo! Y qué buenas van á salir las condenadas: eso sí, la Manzanilla me hizo en Santarosa una de toditicos los diablos: quien la vé tan tasajuda y es la mas filática; pero ya vá dando: con los atillos la traigo desde Platanares.

La olleta de chocolate hirviendo entró en escena, y los arrieros á cual mas listo ofrecieron sus matecillos de cintura para que lo tomásemos.

—Válgame! decia Justo mientras yo saboreaba aquel chocolate arrieramente hecho y servido, pero el mas oportuno que me ha venido á las manos. ¿Quién iba á conocer al niño Efrain? Al reventon llevará á ño Lorenzo ¿no?

En cambio de su agua tibia de calabazo dimos á Justo y á sus mozos buen brandi, y nos dispusimos á marchar.

—Las once irán siendo, dijo el caporal alzando á ver la luna que bañaba con blanca luz las altivas lomas de los Chancos y Bitaco.

Ví el reloj y efectivamente eran las once. Nos despedimos de los arrieros, y cuando nos habiamos alejado media cuadra de la tolda, llamó Justo á Lorenzo: este me alcanzó pocos instantes despues.

Capitulo LX

Al dia siguiente á las cuatro de la tarde llegué al alto de las Cruces. Apeéme para pisar aquel suelo desde donde dije adios para mi mal á la tierra nativa. Volví á ver ese valle del Cauca, país tan bello cuanto desventurado

ya...... Tantas veces habia soñado divisarle desde aquella montaña, que despues de tenerlo delante con toda su esplendidez, miraba á mi alrededor para convencerme de que en tal momento no era juguete de un sueño. Mi corazon palpitaba aceleradamente como si presintiese que pronto iba á reclinarse sobre él la cabeza de María: y mis oidos ansiaban recojer en el viento una voz perdida de ella. Fijos estaban mis ojos sobre las colinas iluminadas al pié de la sierra distante, donde blanqueaba la casa de mis padres.

Lorenzo acababa de darme alcance trayendo del diestro un hermoso caballo blanco que habia recibido en Tocotá para que yo hiciese en él las tres últimas leguas de la jornada.

—Mira, le dije cuando se disponia á ensillármelo, y mi brazo le mostraba el punto blanco de la sierra al cual no podia yo dejar de mirar;—mañana á esta hora estarémos allá.

—Pero allá á qué? respondió.

—Cómo!

—La familia está en Cali.

—Tú no me lo habias dicho. ¿Por qué se han venido?

—Justo me contó anoche que la señorita seguia muy mala.

Lorenzo al decir esto no me miraba, y me pareció conmovido.

Monté temblando en el caballo que él me presentaba ensillado ya, y el brioso animal empezó á descender velozmente y casi á vuelos por el pedregoso sendero.

La tarde se apagaba cuando doblé la última cuchilla de las Montañuelas. Un viento impetuoso de occidente zumbaba en torno de mí en los peñascos y malezas desordenando las abundantes crines del caballo. En el confin del horizonte á mi izquierda no blanqueaba ya la casa de

mis padres sobre las faldas sombrías de la montaña; y á la derecha, muy lejos, bajo un cielo turquí se descubrian lampos de la mole del Huila medio arropado por brumas flotantes.

Quien aquello crió, me decia yo, no puede destruir aun la mas bella de sus criaturas y lo que él ha querido que yo mas ame. Y sofocaba de nuevo en mi pecho sollozos que me ahogaban.

Ya dejaba á mi izquierda la pulcra y amena vega del Peñon, digna de su hermoso rio y de mis gratos recuerdos de infancia.

La Ciudad acababa de dormirse sobre su verde y acoginado lecho como bandadas de aves enormes que se cernieran buscando sus nidos, divisábanse sobre ella, abrillantados por la luna, los follajes de las palmeras.

Hube de reunir todo el resto de mi valor para llamar á la puerta de la casa. Un paje abrió. Apeándome boté las bridas en sus manos y recorrí precipitadamente el zaguan y parte del corredor que me separaba la entrada del salon: estaba oscuro. Me habia adelantado pocos pasos en él cuando oí un grito y me sentí abrazado.

—María! mi María! exclamé estrechando contra mi corazon aquella cabeza entregada á mis caricias.

—Ay! no, no, Dios mio! interrumpióme sollozante.

Y desprendiéndose de mi cuello cayó sobre el sofá inmediato: era Emma. Vestia de negro, y la luna acababa de bañar su rostro lívido y regado de lágrimas.

Se abrió la puerta del aposento de mi madre en ese instante. Ella balbuciente y palpándome con sus besos, me arrastró en los brazos al asiento donde Emma estaba muda é inmóvil.

—¿Dónde está, pues! dónde está? grité poniéndome en pié.

—Hijo de mi alma! exclamó mi madre con el mas hon-

do acento de ternura y volviendo á estrecharme contra su seno: en el cielo!

Algo como la hoja fina de un puñal penetró en mi cerebro: faltó á mis ojos luz y á mi pecho aire. Era la muerte que me heria......... Ella, tan cruel é implacable, ¿por qué no supo herir?

Capitulo LXI.

Me fué imposible darme cuenta de lo que por mí habia pasado, una noche que desperté en un lecho rodeado de personas y objetos que casi no podia distinguir. Una lámpara velada, cuya luz hacian mas opaca las cortinas de la cama, difundia por la silenciosa habitacion una claridad indecisa. Intenté en vano incorporarme; llamé, y sentí que estrechaban una de mis manos; torné á llamar, y el nombre que débilmente pronunciaba tuvo por respuesta un sollozo. Volvíme hácia el lado de donde éste habia salido y reconocí á mi madre, cuya mirada anhelosa y llena de lágrimas estaba fija en mi rostro. Me hizo casi en secreto y con su mas suave voz muchas preguntas para cerciorarse de si estaba aliviado.

—¿Conque es verdad? la dije cuando el recuerdo aun confuso de la última vez en que la habia visto, vino á mi memoria.

Ella sin responderme, reclinó la frente en el almohadon uniendo así nuestras cabezas.

Despues de unos momentos tuve la crueldad de decirla:

Así me engañaron...... A qué he venido?

Y yo? me interrumpió humedeciendo mi cuello con sus lágrimas.

Mas su dolor y su ternura no conseguian que algunas corriesen de mis ojos.

Se trataba seguramente de evitarme toda fuerte emocion, pues poco rato despues se acercó silencioso mi padre, y estrechóme una mano entre las suyas, mientras se enjugaba los ojos sombreados por el insomnio.

Mi madre, Eloisa y Emma se turnaron aquella noche para velar cerca de mi lecho, luego que el doctor se retiró prometiendo una lenta pero positiva reposicion. Inútilmente agotaron ellas sus mas dulces cuidados para hacerme conciliar el sueño. Así que mi madre se durmió rendida por el cansancio, supe que hacia algo mas de veinticuatro horas que me hallaba en casa.

Emma sabia lo único que me faltaba saber: la historia de sus últimos dias, sus últimos momentos y sus últimas palabras. Sentia que para oir esas confidencias terribles me faltaba valor, pero no puede dominar mi sed de dolorosos pormenores, y le hice muchas preguntas. Ella solo me respondia con el acento de una madre que hace dormir á su hijo en la cuna:

—Mañana.

Y acariciaba mi frente con sus manos ó jugaba con mis cabellos.

Capítulo LXII

Tres semanas habian corrido desde mi regreso, durante las cuales me detuvieron á su lado Emma y mi madre aconsejadas por el médico y disculpando su tenacidad con el mal estado de mi salud.

Los dias y las noches de dos meses habian pasado sobre su tumba y mis lábios no habian murmurado una oracion sobre ella. Sentiame aun sin la fuerza necesaria para visitar la abandonada mansion de nuestros amores, para mirar ese sepulcro que á mis ojos la escondia y la negaba á mis brazos. Pero en esos sitios debia esperarme ella: allí esta-

ban los tristes presentes de su despedida para mí que no habia volado á recibir su último adios y su primer beso ántes que la muerte helara sus lábios.

Emma fué exprimiendo lentamente en mi corazon toda la amargura de las postreras confidencias de María para mí. Así, recomendada para romper el dique de mis lágrigrimas, no tuvo mas tarde como enjugarlas, y mezclando las suyas á las mias pasaron esas horas dolorosas y lentas.

En la mañana que siguió á la tarde en que María me escribió su última carta, Emma despues de haberla buscado inútilmente en su alcoba, la halló sentada en el banco de piedra del jardin: dejábase ver lo que habia llorado: sus ojos fijos en la corriente y agrandados por la sombra que los circundaba, humedecian aun con algunas lágrimas despaciosas aquellas mejillas pálidas y enflaquecidas, ántes tan llenas de gracia y lozanía: exhalaba sollozos ya débiles, ecos de otros en que su dolor se habia desahogado.

—¿Por qué has venido sola hoy? la preguntó Emma abrazándola: yo queria acompañarte como ayer.

—Sí, le respondió; lo sabia; pero deseaba venir sola: creí que tendria fuerzas. Ayúdame á andar.

Se apoyó en el brazo de Emma y se dirijió al rosal de enfrente á mi ventana. Luego que estuvieron cerca de él, María lo contempló casi souriente y quitándoles las dos rosas mas frescas, dijo:

—Talvez serán las últimas. Mira cuantos botones tiene: tú le pondrás á la Virgen las mas hermosas que vayan abriendo.

—Acercando á su mejilla la rama mas floreciente, añadió:

—Adios, rosal mio, emblema querido de su constancia! Tú le dirás que lo cuidé miéntras pude, dijo volviéndose á Emma, que lloraba con ella.

Mi hermana quiso sacarla del jardin diciéndola:

—¿Por qué te entristeces así? ¿No ha convenido papá en demorar nuestro viaje? Volveremos todos los dias. ¿No es verdad que te sientes mejor?

Estémonos todavia aquí, le respondió acercándose lentamente á la ventana de mi cuarto: la estuvo mirando olvidada de Emma, y se inclinó despues á desprender todas las azucenas de su mata predilecta, diciendo á mi hermana: Dile que nunca dejó de florecer. Ahora si vámonos.

Volvió á detenerse en la orilla del arroyo, y mirando en torno suyo apoyó la frente en el seno de Emma, murmurando:

—Yo no quiero morirme sin volver á verlo aquí!

Durante el dia se halló mas triste y silenciosa que de costumbre. Por la tarde estuvo en mi cuarto y dejó en el florero unidas con algunas hebras de hilo las azucenas que habia cojido por la mañana; y allí fué Emma á buscarla cuando ya habia oscurecido. Estaba reclinada de codos en la ventana, y los bucles desordenados de la cabellera casi le ocultaban el rostro.

—María, le dijo Emma despues de haberla mirado en silencio unos momentos, ¿no te hará mal este viento de la noche?

Ella, sorprendida al principio, le respondió tomándole una mano, atrayéndola á sí y haciendo que se sentase á su lado en el sofá:

—Ya nada puede hacerme mal.

—¿No quieres que vayamos al oratorio?

—Ahora no: deseo estarme aquí todavia; tengo que decirte tantas cosas......

¿No hay tiempo para que me las digas en otra parte? Tú, tan obediente á las prescripciones del doctor, vas así á hacer infructuosos todos sus cuidados y los nuestros: hace dos dias que no eres ya dócil como antes.

—Es que no saben que voy á morirme, respondió abrazando á Emma y sollozando contra su pecho.

—¿ Morirte ! ¿ morirte cuando Efrain va á llegar ?...

—Sin verle otra vez, sin decirle....morirme sin poderle esperar. Esto es espantoso, agregó estremeciéndose despues de una pausa ; pero es cierto : nunca los síntomas del acceso han sido como los que estoy sintiendo. Yo necesito que lo sepas todo antes que me sea imposible decírtelo. Oye : quiero dejarle cuanto yo poseo y le ha sido amable. Pondrás en el cofrecito en que tengo sus cartas y las flores secas, este guardapelo donde están sus cabellos y los de mi madre ; esta sortija que puso en mis manos en vísperas de su viaje ; y en mi delantal azul envolverás mis trenzas...No te aflijas así, continuó acercando su mejilla fria á la de mi hermana : yo no podria ya ser su esposa....Dios quiere librarle del dolor de hallarme como estoy, del trance de verme espirar. Ay ! yo podria morirme conforme dándole mi último adios. Estréchale por mí en tus brazos y dile que envano luché por no abandonarle... que me espantaba mas su soledad que la muerte misma, y...

María dejó de hablar y temblaba en los brazos de Emma ; cubrióla ésta de besos y sus lábios la hallaron yerta ; llaméla y no respondió ; dió voces y ocurrieron en su auxilio.

Todos los esfuerzos del médico fueron infructuosos para volverla del acceso, y en la mañana del siguiente dia se declaró impotente para salvarla.

El anciano cura de la parroquia ocurrió á las doce al llamamiento que se le hizo.

Frente al lecho de María se colocó en una mesa adornada con las mas bellas flores del jardin, el crucifijo del oratorio, y le alumbraban dos cirios benditos. De rodillas ante aquel altar humilde y perfumado, oró el sacerdote durante una hora ; y al levantarse, le entregó uno de los

cirios á mi madre y otro á Mayn para acercarse con ellos al lecho de la moribunda. Mi madre y mis hermanas, Luisa, sus hijas y algunas esclavas se arrodillaron para presenciar la ceremonia. El ministro pronunció estas palabras al oido de María:

—Hija mia, Dios viene á visitarte: ¿quieres recibirle?.

Ella continuó muda é inmóvil como si durmiese profundamente. El sacerdote miró á Mayn, quien, comprendiendo al instante esa mirada, tomó el pulso á María diciendo en seguida en voz baja:

—Cuatro horas lo ménos.

El sacerdote la bendijo y la unjió. Los sollozos de mi madre, mis hermanas y las hijas del montañes acompañaron la oracion.

Una hora despues de la ceremonia Juan se habia acercado al lecho y se empinaba para alcanzar á ver á María, llorando porque no lo subian. Tomóle mi madre en sus brazos y lo sentó en él.

—¿Está dormida, no? preguntó el inocente reclinando la cabeza en el mismo almohadon en que descansaba la de María, y tomándole en sus manitas una de las trenzas como lo acostumbraba para dormirse.

Mi padre interrumpió esa escena que agotaba las fuerzas de mi madre y que los asistentes presenciaban contristados.

A las cinco de la tarde, Mayn, que permanecia á la cabecera pulsando constantemente á María, se puso en pié, y sus ojos humedecidos dejaron comprender á mi padre que habia terminado la agonía. Sus sollozos hicieron que Emma y mi madre se precipitasen sobre el lecho. Estaba como dormida, pero dormida para siempre.... muerta! sin que mis lábios hubiesen aspirado su postrer aliento, sin que mis oidos hubiesen escuchado su último adios, sin que algunas de tantas lágrimas vertidas por

mí despues sobre su sepulcro, hubiesen caido sobre su frente!

Cuando mi madre se convenció de que María habia muerto ya, ante su cadáver, bañado de la luz de los arreboles de la tarde que penetraba en la estancia por una ventana que acababan de abrir, exclamó con voz enronquecida por el llanto besando una de esas manos ya yerta é insensible:

—María?... hija de mi corazon!... ¿por qué nos dejas así?... Ay! ya nunca mas podrás oirme... ¿Qué responderé á mi hijo cuando me pregunte por tí? ¿Que hará Dios mio?... Muerta! muerta sin haber exhalado una queja!

Ya en el oratorio, sobre una mesa enlutada, vestida de gro blanco y recostada en el ataud, habia en su rostro algo de sublime resignacion. La luz de los cirios brillando en su frente tersa y sobre sus anchos párpados, proyectaba la sombra de las pestañas sobre las mejillas: aquellos labios pálidos parecian haberse helado cuando intentaban sonreir; podia creerse que alentaba aun. Sombreábanle la garganta las trenzas medio envueltas en una toca de gasa blanca, y entre las manos, descansándole sobre el pecho, sostenia un crucifijo.

Asi la vió Emma, á las tres de la madrugada, al acercarse á cumplir el mas terrible encargo de María.

El sacerdote estaba orando de rodillas al pié del ataud, la brisa de la noche perfumada de rosas y azahares, ajitaba las llamas de los cirios gastados ya.

«Creí, decíame Emma, que al cortar la primera trenza iba á mirarme tan dulcemente como solia si reclinada la cabeza en mi falda, la peinaba yo los cabellos. Púselas al pié de la imágen de la Vírgen y por última vez le besé las mejillas. Cuando desperté dos horas despues, ya no estaba allí.»

Bráulio, José y cuatro peones mas condujeron al pueblo el cadáver, cruzando esas llanuras y descansando bajo aquellos bosques por donde en una mañana feliz, pasó María á mi lado amante y amada, el dia del matrimonio de Tránsito. Mi padre y el cura seguian paso entre paso al humilde convoy....., ay de mi! humilde y silencioso como el de Nay!

Mi padre regresó al medio dia lentamente y ya solo. Al apearse hizo esfuerzos inútiles para sofocar los sollozos que le ahogaban. Sentado en el salon, en medio de Emma y mi madre y rodeada de los niños que aguardaban inútilmente sus caricias, dió rienda á su dolor haciéndose necesario que mi madre procurase darle una conformidad que ella mismo no podia tener.

«Yo, decia él, yo autor de ese viaje maldecido, la he muerto. Si Salomon pudiera venir á pedirme su hija, ¿qué habria yo de decirle?... Y Efrain... Y Efrain... Ah! ¿para qué le he llamado? Así le cumpliré mis promesas?»

Aquella tarde dejaron la hacienda de la sierra para ir á pernoctar en la del valle de donde debian emprender al dia siguiente viaje á la ciudad.

Braulio y Tránsito convinieron en habitar la casa para cuidar de ella durante la ausencia de la famila.

Capitulo LXIII.

Dos meses despues de la muerte de María, el diez de setiembre, oia yo á Emma el final de aquella relacion que ella habia tardado en hacerme el mayor tiempo que le habia sido posible. Era de noche ya y Juan dormia sobre mis rodillas, costumbre que habia contraido desde mi regreso, porque acaso adivinaba instintivamente que yo

mí despues sobre su sepulcro, l
frente!

Cuando mi madre se conve
muerto ya, ante su cadáver, bañ
boles de la tarde que penetraba
ventana que acababan de abrir.
quecida por el llanto besando
é insensible:

—María?... hija de mi co
así?... Ay! ya nunca mas p
deré á mi hijo cuando me
Dios mio?... Muerta! mu
queja!

Ya en el oratorio, sobr
gro blanco y recostada
go de sublime resigna
en su frente tersa y
taba la sombra de la
labios pálidos pare
sonreir; podia cr
la garganta las
gasa blanca, y
pecho, sosten

Asi la vi
carse á cu

El sac
la brisa
las ll
a
ib
c

...e la colina. Dos años ántes, en una tarde como ... entónces armonizaba con mi felicidad y ahora ...nte á mi dolor, habia divisado desde allí mis... de ese hogar donde con amorosa ansiedad era ...aría estaba allí...... ya esa casa cerrada y sus ...olitarios y silenciosos: entónces el amor que ...el amor sin esperanza. Allí, á pocos pasos del ...ue la grama empezaba á borrar, veia la ancha ...e nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas ...des de lectura. Estaba al fin, inmediato al huerto ...de mis amores: las palomas y los tordos aletea...ndo y jimiendo en los follajes de los naranjos: el ...arrastraba hojas secas sobre el empedrado de la ...ia.

...té del caballo abandonándolo á su voluntad, y sin ...a ni voz para llamar, me senté en uno de esos escalo... desde donde tantas veces su voz agasajadora y sus ...amantes me dijeron adioses.

Rato despues, casi de noche ya, sentí pasos cerca de mí: ...a una anciana esclava que habiendo visto mi caballo ...uelto en el pesebre, salia á saber quien era su dueño. Seguíale trabajosamente Mayo: la vista de ese animal, amigo de mi niñez, cariñoso compañero de mis dias de mi felicidad, arrancó jemidos á mi pecho: presentándome su cabeza para recibir un agasajo, lamia el polvo de mis botas, y sentándose á mis piés aulló dolorosamente.

La esclava trajo las llaves de la casa y al mismo tiempo me avisó que Braulio y Tránsito estaban en la montaña. Entré al salon y dando algunos pasos en él sin que mis ojos nublados pudiesen distinguir los objetos, caí en el sofá donde con ella me habia sentado siempre, donde por vez primera la hablé de mi amor.

Cuando levanté el rostro, me rodeada ya una completa oscuridad. Abrí la puerta del aposento de mi madre, y

mis espuelas resonaron lúgubremente en aquel recinto frio y oloroso á tumba. Entonces una fuerza nueva en mi dolor me hizo precipitar al oratorio. Iba á pedírsela á Dios...... ni él podia querer ya devolvérmela en la tierra! Iba á buscarla allí donde mis brazos la habian estrechado. donde por vez primera mis labios descansaron sobre su frente...... La luz de la luna que se levantaba penetrando por la celosía entreabierta, me dejó ver lo único que debia encontrar: el paño fúnebre medio rodado de la mesa donde su ataud descansó; los restos de los cirios que habian alumbrado el túmulo..... el silencio sordo á mis jemidos, la eternidad muda ante mi dolor!

Ví luz en el aposento de mi madre: era Juan Angel que acababa de poner una bujía en una de las mesas; la tomé mandándole con un ademan que me dejase solo, y me dirijí á la alcoba de María. Algo de sus perfumes habia allí. Velando las últimas prendas de su amor, su espíritu debia estarme esperando. El crucifijo aun sobre la mesa: las flores marchitas sobre su peaña: el lecho donde habia muerto, desmantelado ya: teñidas todavía algunas copas con las últimas pociones que le habian dado. Abrí el armario: todos los aromas de los dias de nuestro amor, se exhalaron combinados de él. Mis manos y mis labios palparon aquellos vestidos tan conocidos para mí. Abrí el cajon que Emma me habia indicado; el cofre precioso estaba en él. Un grito se escapó de mi pecho, y una sombra me cubrió los ojos al desenrollarse entre mis manos aquellas trenzas que parecian sensibles á mis besos.

Una hora despues.... Dios mio! tú lo sabes. Yo habia recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela á los follajes que nos habian dado su sombra, y al desierto que en sus ecos solamente me devolvia su nombre. A la orilla del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las nieblas y tronaba el rio, un pensa-

miento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente.......

Alguien de quien me ocultaban los rosales, pronunció mi nombre cerca de mí: era Tránsito. Al aproximárseme debió producirle espanto mi rostro, pues por unos momentos permaneció asombrada. La respuesta que la dí á la súplica que me hizo para que dejase aquel sitio, le reveló quizá en su amargura, todo el desprecio que en tales instantes tenia yo por la vida. La pobre muchacha se puso á llorar sin insistir por el momento; pero reanimada, balbució con la voz doliente de una esclava quejosa:

—¿Tampoco quiere ver á Braulio ni á mi hijo?

—No llores, Tránsito y perdóname, la dije. ¿Dónde están?

Ella estrechó una de mis manos sin haber enjugado todavía sus lágrimas, y me condujo al corredor del jardin, en donde su marido me esperaba. Despues que Braulio recibió mi abrazo, Tránsito puso en mis rodillas un precioso niño de seis meses, y arrodillada á mis piés sonreia á su hijo y me miraba complacida acariciar el fruto de sus inocentes amores.

Capitulo LXIV

Inolvidable y última noche pasada en el hogar donde corrieron los años de mi niñez y los dias felices de mi juventud! Como el ave impelida por el huracan á las pampas abrasadas intenta en vano sesgar su vuelo hácia el umbroso bosque nativo, y ajados ya los plumajes, regresa á él despues de la tormenta, y busca inútilmente el nido de sus amores revoloteando en torno del árbol destrozado, así mi alma abatida va en las horas de mi sueño á vagar en torno del que fué el hogar de mis padres.

Frondosos naranjos, jentiles y verdes sauces que conmigo crecisteis, cómo os habreis envejecido! Rosas y azucenas de María ¿quién las amará si existen? aromas del lozano huerto, no volveré á aspiraros; susurradores vientos, rumoroso rio...... no volveré á oiros!

La media noche me halló levantado en mi cuarto. Todo estaba allí como yo lo habia dejado; solamente las manos de María habian removido lo indispensable, engalanando la estancia para mi regreso: marchitas y carcomidas por los insectos permanecian en el florero las últimas azucenas que ella habia puesto. Ante esa mesa abrí el paquete de las cartas que me habia devuelto al morir. Aquellas líneas borradas por mis lágrimas y trazadas por mí cuando tan léjos estaba de creer que serian mis últimas palabras dirijidas á ella; aquellos pliegos ajados en su seno fueron desplegados y leidos uno á uno; y buscando entre las cartas de María la contestacion de cada una de las que yo la habia escrito, compajiné ese diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza é interrumpido por la muerte.

Teniendo entre mis manos las trenzas de María y recostado en el sofá en que Emma la habia oido sus postreras confidencias, sonaron las dos en el reloj: él habia medido tambien las horas de aquella noche angustiosa, víspera de mi viaje, él debia medir las de la última que pasé en la morada de mis mayores.

Soñé que María era ya mi esposa: ese castísimo delirio habia sido y debia continuar siendo el único deleite de mi alma: vestía un traje blanco y vaporoso, y llevaba un delantal azul como si hubiese sido formado de un jiron de cielo: era aquel delantal que tantas veces le ayudé á llenar de flores, y que ella sabia atar tan linda y descuidadamente á su cintura inquieta, aquel en que habia yo encontrado envueltos su cabellos: entreabrió cuidadosamente la puerta de mi cuarto: y procurando no hacer ni

el mas leve ruido con sus ropajes, se arrodilló sobre la alfombra al pié del sofá, despues de mirarme medio sonreida, cual si temiera que mi sueño fuese finjido, tocó mi frente con sus labios suaves como el terciopelo de los lirios del Páez: ménos temerosa ya de mi engaño, dejóme aspirar un momento su aliento tibio y fragante; pero entónces esperé inútilmente que oprimiria mis labios con los suyos: sentóse en la alfombra, y mientras leia algunas de las pájinas dispersas en ella, tenia sobre la mejilla una de mis manos que pendia sobre los almohadones: sintiendo ella animada esa mano volvió hácia mí su mirada llena de amor sonriendo como ella sola podia sonreir: atraje sobre mi pecho su cabeza, y reclinada asi buscaba mis ojos miéntras le orlaba yo la frente con sus trenzas sedosas ó aspiraba con deleite su perfume de albahaca.

Un grito, grito mio, interrumpió aquel sueño: la realidad lo turbaba celosa como si aquel instante hubiese sido un siglo de dicha. La lámpara se habia consumido; por la ventana penetraba el viento frio de la madrugada; mis manos estaban yertas y oprimian aquellas trenzas único despojo de su belleza, única verdad de mi sueño.

Capitulo LXV

En la tarde de ese dia durante el cual habia visitado yo todos los sitios que me eran queridos, y que no debia volver á ver, me preparaba para emprender viaje á la ciudad, pasando por el cementerio de la parroquia donde estaba la tumba de María. Juan Anjel y Braulio se habían adelantado á esperarme en él, y José, su mujer y sus hijas me rodeaban ya para para recibir mi despedida. Invitados por mí me siguieron al oratorio y todos de rodillas, todos llorando, oramos por el alma de aquella á quien tanto ha-

biamos amado. José interrumpió el silencio que siguió á esa oracion solemne para recitar una súplica á la protectora de los peregrinos y navegantes.

Ya en el corredor, Tránsito y Lucía despues de recibir mi adios sollozaban cubierto el rostro y sentadas en el pavimento; la señora Luisa habia desaparecido: José volviendo á un lado la faz para ocultarme sus lágrimas, me esperaba teniendo el caballo del cabestro al pié de la gradería: Mayo meneando la cola y tendido en el gramal, espiaba todos mis movimientos como cuando en sus dias de vigor saliamos á caza de perdices.

Faltóme la voz para decir una postrera palabra cariñosa á José y á sus hijas; ellos tampoco la habrian tenido para responderme.

A pocas cuadras de la casa me detuve ántes de emprender la bajada á ver una vez mas aquella mansion querida y sus contornos. De las horas de felicidad que en ella habia pasado, solo llevaba conmigo el recuerdo; de María, los dones que me habia dejado al borde de su tumba.

Llegó Mayo entónces fatigado y se detuvo á la orilla del torrente que nos separaba: dos veces intentó vadearlo y en ambas hubo de retroceder: sentóse sobre el césped y aulló tan lastimosamente como si sus alaridos tuviesen algo de humano, como si con ellos quisiera recordarme cuanto me habia amado, y reconvenirme porque le abandonaba en su vejez.

A la hora y media me desmontaba á la portada de una especie de huerto, aislado en la llanura y cercado de palenque, que era el cementerio de la aldea. Braulio, recibiendo el caballo y participando de la emocion que descubria en mi rostro, empujó una hoja de la puerta y no dió un paso mas. Atravesé por enmedio de las malezas y de las cruces de leño y de guadua que se levantaban sobre ellas: el sol al ponerse lograba cruzar el ramaje en-

marañado de la selva vecina con algunos rayos que amarilleaban sobre los zarzales y los follajes de los árboles que sombreaban las tumbas. Al dar la vuelta á un grupo de corpulentos tamarindos, quedé enfrente de un pedestal blanco y manchado por las lluvias, sobre el cual se elevaba una cruz de hierro: acerquéme. En una plancha negra que las adormideras medio ocultaban ya, empecé á leer: «María......»

A aquel monólogo terrible del alma ante la muerte, del alma que la interroga, que la maldice..... que la ruega, que la llama..... demasiado elocuente respuesta dió esa tumba fria y sorda, que mis brazos oprimian y mis lágrimas bañaban.

El ruido de unos pasos sobre la hojarasca me hizo levantar la frente del pedestal: Braulio se acercó á mí y entregándome una corona de rosas y azucenas, obsequio de las hijas de José, permaneció en el mismo sitio como para indicarme que era hora de partir. Púseme en pié para colgarla de la cruz y volví á abrazarme de los piés de ella para darle á María y á su sepulcro un último adios......

Habia ya montado y Braulio estrechaba en sus manos una de las mias, cuando el revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dió un graznido siniestro y conocido para mí, interrumpió nuestra despedida: la ví volar hácia la cruz de hierro, y posada ya en uno de sus brazos, aleteó repitiendo su espantoso canto.

Estremecido, partí á galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecia la noche.

FIN

VOCABULARIO

DE LOS

PROVINCIALISMOS MAS NOTABLES QUE OCURREN EN ESTA OBRA

Llevan al lado una C los provincialismos privativos del Cauca y una A los de Antioquia.

Achajuanarse. Flaquear de fatiga.
Agregado, a. C. Arrendatario.
Alabar á Dios. Decir á guisa de saludo: "Alabado sea el santísimo sacramento del altar."
Alfandoque. C. Instrumento para acompañamiento de música: cañuto grande con semillas por dentro que se sacude á compas.
Angarilla. C. Fuste de montura de dos cabezas para carguío.
Aparta (ganado de) Destetado.
Arretranca. Retranca.
Atramojar. Atraillar.
Azafate. Cofaina pintada, de madera.
Balance. Negocito, ganancia.
Bambuco. V. p. 195, nota.
Bamburé. C. Sapo muy grande.
Barbear. Echar á tierra una caballería asiéndola de la oreja y mandíbula inferior.
Barbillas. El hombre de ruin barba. || Nombre que se dá á los perros y caballerías que tienen bajo la mandíbula inferior cierta clase de vello.
Bebeco, a. Albino.
Bimbo, a. C. Pavo comun.
Bolero. C. Arandela ancha que cae sobre la falda en traje de mujeres.
Botadero. V. p. 43, nota.
Bunde. C. Cierto baile de negros.
Cabi-blanco ó belduque. Cuchillo de cintura.
Cabuya. Fibra textil del alóes y el cordon con ella hecho.
Cagüinga. C. Mecedor.
Calzones. Pantalones.
Cambrun. C. Tela de lana.
Cangalla. C. Persona ó bruto enflaquecido.
Cansera (es) Es perder tiempo.
Canónigo, a. C. Irascible.
Carángano. C. Instrumento que en la música de negros de los Chocóes sirve de bajo; trozo de guadua de dos y media á tres varas de largo, con una cuerda casi de la misma longitud, sacada de la corteza y levantada sobre dos cuñas en las extremidades, la cual se golpea con un palillo.
Caray. Interjeccion.

Carrasca. C. Instrumento músico de negros: bordon muesqueado de chonta que se raspa á compas con un palillo.
Castruera. C. Instrumento músico campestre como el que atribuye la fábula al dios Pan.
Catanga. C. Canasta aparente para pescar.
Cazoleta (escopeta ó fusil de) De piedra.
Cipote. Zonzo.
Cochada. Cochura.
Cojinetes. Bizazas.
Coleta. Tela ordinaria de lino ó cáñamo.
Congola. C. Pipa. V. p. 299.
Conversa. Charla.
Crujidas (pasar) Trabajos.
Cuadra. V. p. 115, nota.
Cucarron. Escarabajo.
Cuchugos. C. Cajas de cuero ó madera que suelen llevarse al arzon.
Cuerudo, a. Lerdo, dícese de las caballerías.
Chagra. C. Haciendita.
Chamba. Zanja.
Chande, chandoso. Sarna, sarnoso.
Chapul. Langosta comun en los prados.
Desmanchar. Desmandarse.
Empecinarse. Encapricharse.
Empuntar. Echar encaminando
Esmeralda. V. p. 68, nota.
Fantasioso, a. C. Valenton.
Filático, a. Resabiado; se dice de las caballerías.
Filote (en) Que empieza á echar cabello; dícese del maiz.
Follado. C. Enagua exterior.
Fregar. Molestar: acepcion metafórica vulgar.
Friega. V. *fregar*.
Fuete. Foete, látigo.
Fufú. C. Masa hecha con plátano verde cocido y caldo sustancioso.
Fullero. Presumido.
Galindro. C. Atravesaño ó asidero que tiene la canoa á uno y otro extremo de su cavidad.
Gamuza. A. Chocolate con harina de maiz.
Garoso, a. C. Hambriento.
Gola. Arandela de traje de mujer que rodea el busto.
Guanábano. C. Papanátas.
Guango. C. Racimo.
Guaucho. C. Hijo abandonado por sus padres. || Expósito. || Animal aun no destetado que ha perdido á la madre.
Horrarse. C. De *horro*: se aplica á vacas y otras hembras cuando se les malogra la cria. || Entre jugadores, devolverse el tanto expuesto en la partida.
Hu turutas. Interjeccion de desaprobacion ó impaciencia.
Imposible (estar). Imposibilitado, enfermo.
Individual. Idéntico, muy semejante.
Jigra. C. Mochila grande de mallas de cabuya ó de correillas de cuero crudo.
Jilo (de). Derecho, resueltamente.
Joto. A. Maleta.
Lajero (perro). De alcance.
Lambido. C. Relamido, presuntuoso.
Mácula. Trampa, maña. || Secreto.
Machetona. C. Navaja grande de camino.
Manatí. C. Látigo.
Mandinga (el). Diablo.

Manea. Traba que se pone en las patas traseras á la vaca que se ordeña.
Maneto, a. Deforme de una ó ambas manos; se dice de los cuadrúpedos.
Mangon. Potrero pequeño. V. potrero.
Manta. Tela para pantalones fabricada en el país.
Manumiso, a. V. p. 19, nota.
Manzanillo, a. Color amarillo tiznado; se aplica á las caballerías.
Marimba. Instrumento músico. V. p. 304. || C. Coto muy voluminoso.
Mazamorra (de ceniza). Cierta sopa de maiz originaria de Antioquia.
Macha. Broma.
Mechoso, a. Haraposo.
Medalla. C. Onza de oro.
Melado (color). Variedad del rucio.
Mezquinar. C. Librar de un castigo.
Mocho, a. Caballería mala ó sin una oreja.
Mono, a. Alazan dorado, color de mono. || La persona de cabellos monos.
Montarron. Selva grande.
Montuno, a. Montaraz.
Mote ó mute. Maiz cocido despues de pelado.
Nuche. Gusano que se incuba en la carne. Véase D. Antonio de Ulloa, Viaje al Perú.
Ña. Abreviacion de *señora;* úsase solamente antepuesto á los nombres de la gente plebeya.
Ñanga. C. En balde.
Ñapango, a. C. Gente mestiza.
Ñor. Abreviacion de *señor;* se usa como el *Ña*.
Ojear. Hacer mal de ojo.
Orejero. Malicioso.
Orejonas (espuelas). V. p. 61, nota.
Ory verá. Corrupcion de *ahora verá*.
Pampear. Palmear.
Pancho. Zaraza ordinaria comunmente azul y mosqueada de amarillo ó blanco.
Panela. Panecillos, como de una libra, de azúcar sin purgar. || Persona impertinente ó antipática.
Pátas (el). Diablo.
Pegadura. Pegata.
Pial. Cuerda con que se enlazan las patas traseras de una res para echarla por tierra.
Pilar (maiz). Molerlo en pilon, (mortero grande apropósito.)
Pilon. Maza que suspendida de una cuerda ó de una cadena en las puertas; sirve para tenerlas cerradas. || Cilindro de madera, con un mortero labrado en la parte superior, en el cual comen caballerías. || Véase *pilar*. || *Tener ó poner una caballería en pilon*. Cuidarla en pesebre.
Pinton, a. Fruta que empieza á tomar el color de la madurez.
Potrero. Dehesa.
Potro de rienda. Potro que aun no lleva freno.
Pringamoza. C. Ortiga de hoja grande.
Provincia (la) Antioquia.
Punta. Partida, hablando de animales.
Que no. A. Sin igual. V. p. 139.
Quincha. C. Cerca de madera.

Rancharse. Obstinarse.
Ranga. Matalon.
Rapadura. Panela, en su primera acepcion. || Dulce de miel caña y leche.
Rayar. Excitar la cabalgadura con las espuelas.
Reino (el). Cundinamarca.
Rejo. Correa cruda torcida; sirve de lazo. || *Dar rejo.* Azotar.
Remache. Tenacidad.
Repostada. Patochada.
Retobo. C. Cosa ó persona despreciable.
Revuelta. Desyerba.
Ringlete (es ó parece un). Persona oficiosa que no descansa.
Rosillo, a. Color resultante de la mezcla de pelo rucio y castaño; dícese solo de caballerías.
Roza. V. p. 30, nota.
Sacatin. C. Alambique.
Sancocho. Sopa de plátano verde, carne y raices.
So. Partícula proclítica insultativa. V. p. 64.
Socobe. C. Vasija de calabaza.
Soche. Piel sin pelo, de cordero, chivo ó venado, curtida.
Tabaco de olor. V. p. 85, nota.
Tambarria. C. El hecho de acosar ó maltratar de seguida.
Tasajudo, a. Largo y flaco.
Temático, a. C. Que da en la tema de echar malos juicios.
Tembo, a. C. Aturdido.
Ten con ten. C. Poco á poco.
Tibante. C. Altanero.
Timanejo, a. C. Natural del valle de Neiva.
Tiricia. Corrupcion de *ictericia.*
Truncho, a. C. Cuadrúpedo que ha perdido la cola.
Tulpa. C. Una de las tres piedras sobre las cuales colocan los viandantes y la gente pobre la olla para cocinar.
Tumbadillo. C. La caida que forma la enagua exterior ciñéndola hácia adelante un poco mas abajo que las interiores. Tambien se llama así el bordado de la pretina de estas, visible por la caida de aquella.
Tuso, a. Carcomido de viruelas.
Valluno, a. C. Véase *timanejo.*
Velay. Interjeccion de extrañeza.
Yugo. C. Cierto guiso.
Zamarros. Especie de pantalones holgados de piel ó cauóho, que se ponen sobre los comunes para andar á caballo.
Zambo, a. Mulato.
Zorral. C. Importuno.
Zumbar. C. Salir despedido. || Despedir con enfado.
Zumbo. Calabazo.

POESIAS

DE

JORGE ISAACS

2.

POESIAS

DE

JORGE ISAACS

(AUTOR DE "MARIA")

PRECEDIDAS DE UNA INTRODUCCION

DE

S. Estrada

EDICION ADORNADA CON EL RETRATO DEL AUTOR

BUENOS AIRES
IGON HERMANOS, Libreros-Editores
CALLE BOLIVAR NUMEROS 60, 62 y 64.

1877



INTRODUCCION

Que la poesía no ha de servir solamente para producir sonidos agradables al oído, y que el verdadero poeta debe consagrarse á fines útiles, dejando al versista la tarea de concertar ruidos, son ideas que están en la mente de todos, y que todos los labios repiten.

La poesía, la mas elevada de las artes, dispone del instrumento de la palabra, que contiene la aptitud de los demás de que ellas se valen, llámense buril, pincel ó lira.

El poeta debe ser útil á la humanidad, no solo cuando le preocupen sublimes y filosóficos pensamientos, sino tambien cuando trate de asuntos puramente bellos. Si él incluyera la poesía en el número de los pasatiempos, sus obras moririan con el dia en que se imprimieran.

Los versos de esta coleccion dirán al lector cómo entiende Don Jorge Isaacs la mision del poéta.

Corria el año de 1864 cuando, en una noche del mes de Mayo, reuníanse en Bogotá, en casa de uno de los señores que vamos á nombrar, José María Samper, Manuel Marroquin, Ezequiel Uricochea, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamba, Diego Fallon, José María Quijano, Rafael Samper, Teodoro Valenzuela, José María Vergara y Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldan y Manuel Pombo, para oir leer los versos de un jóven desconocido que llamábase Jorge Isaacs.

La impresion que ellos causaron en los oyentes, ha quedado consignada en la Introduccion de las poesías de Isaacs, publicadas un mes despues.

Dice así esa Introduccion, que lleva al pié la firma de los literatos nombrados, pléyade selecta de la literatura de Colombia.

« En una de las últimas noches del mes de « Mayo, estábamos reunidos en casa de uno « de nosotros y esperábamos oir leer las poe- « sías de un jóven, cuyo nombre nos era hasta « entónces apenas conocido. Leida la primera

« composicion, (1) experimentamos dos senti-« mientos: de admiracion el primero, admira-« cion semejante á la que produce la vista de « una de las magníficas auroras del Cauca. De « temor el segundo, al pensar que aquellas ar-« monías que tan dulces nos habian parecido, po-« drian quizá desvanecerse, que la inspiracion « del poeta pudiera haber sido fugitiva. Pero « nuestra admiracion creció, y la lectura de las « otras composiciones disipó nuestro temor. En-« tusiasmados al fin, ofrecimos al inspirado jó-« ven las sinceras simpatías de nuestros corazo-« nes en fervorosos elogios. Dímosle cuanto « pudimos darle; devolvémosle ahora impresas « las poesías que entónces nos leyó manuscritas; « dámosle tambien nuestros nombres, firmando « no una recomendacion, que para tanto no nos « creemos competentes, sino una carta de intro-« duccion para el público: á este toca juzgar « el mérito del libro que le presentamos.»

Ignoramos que haya tenido lugar en América parecida manifestacion; pero entendemos que con dificultad pueden darse acto mas delicado, ni mas palpable prueba de acendrada fra-

1—La vuelta del recluta.

ternidad literaria. La sencillez y severidad del elogio, dignas son de los primeros escritores colombianos; y la riqueza del obsequio, apropiada á la persona á quien va dirigido, en quien la naturaleza hermanó inteligencia y corazon.

Las líneas que van en seguida, explicarán á los lectores la causa de la reproduccion, corregida y aumentada, de los versos de D. Jorge Isaacs. Al partir de Chile para Colombia, escribíanos el poeta: « Queria Vd. tener un ejemplar de « estos versos: aquí están. Consérvelos como « un recuerdo de quien muchos gratísimos lleva « de Vd. al suelo patrio. Cuando de tarde en « tarde hojeo estas páginas, me parece aspirar « los aromas del huerto de la casa de mis pa- « dres y vuelven á humedecer mis ojos lágri- « mas de niño. Mi dicha ha sido solo un sueño, « y el ruido del mundo me asusta, porque temo « despertar. » Contestámosle que no podriamos conservar ocultas sus sentidas estancias, porque á cada instante se nos venian á los labios, preguntábannos por el autor, sabíase que eran del que escribió *María*, y la mano se nos cansaba de sacar malas copias, que daban lugar á reproducciones truncas ó equivocadas. La respuesta que recibimos fué la autorizacion para

reimprimir los versos ya impresos y dar igualmente á la estampa los inéditos.

La presente coleccion está formada de composiciones escritas en diversas épocas y sobre asuntos diversos, y su mérito tal vez dimana de la constante agitacion y de las variadas emociones de la vida de Isaacs. Predominan en ellas el género descriptivo y el campestre, el paisaje y el idilio, y una pasion vivaz, alternada con ráfagas de profunda melancolía. Al través de estas páginas, vése pasar tambien el fantasma sangriento de la guerra civil que ha martirizado á Colombia. Evócale el lamento que al poèta arranca la contienda de los leones, y lo maldice el recluta que como una sombra baja de la montaña al valle, y vuelve á perderse ascendiendo lentamente la cuesta escabrosa de los Andes. Le acompañan los buitres, constantemente convidados al festin de la muerte, y rodéalo de pavoroso prestigio el lúgubre aullido del perro, echado sobre la rústica tumba del soldado heróico. En algunas de esas composiciones nótase cierta incorreccion; pero hemos preferido que el verso careciera de elegancia, á que el poeta sacrificara á la forma la ternura de las expresiones.

Ya hemos dicho que el autor de estos versos es el autor de *María*, conocida en América por todos los que cultivan la lectura, amada por todos los que en el Continente tienen afectos en el alma y lágrimas en los ojos.

María, á la vez que la nota mas alta, es el mas dulce quejido con que el Nuevo Mundo haya revelado á los hombres que tiene un corazon para sentir el amor y sus dolores, y una Musa para cantarlos. Esa nota resonará tambien en el concierto de las inteligencias, como armonía del órgano formado por las vírgenes selvas y las hojas rumorosas de los árboles de nuestra gran patria.

María será en todas partes un acto de presencia de la ignorada América. Impresa por la admiracion en la mente, y por el sentimiento impresa en el alma de los que la lean, circularan de *María* tantas ediciones como lectores la humedezcan con sus lágrimas.

El poeta Isaacs no pertenece exclusivamente á ninguna escuela literaria; pero sus castellanos versos tienen el sabor de la poesía sajona. El prefiere el laconismo conceptuoso á la grandilocuencia hueca. Desdeñando el alambicamiento de la imitacion, ha logrado emanciparse como

pocos escritores americanos, de la influencia mórbida de ciertas escuelas europeas, representacion genuina de sociedades enfermizas.

Habíamos dicho que en algunas de las poesías de D. Jorge Isaacs, descubríase la aficion de su autor al género campestre ó pastoril. Ahora agregaremos que no predomina en ellas el propósito de las *Geórgicas* del maestro latino, ni que, como las bucólicas de los rimadores realistas, huelen á magras y berzas. El poeta colombiano, aun cuando no profese del todo sus ideas filosóficas, sigue las huellas literarias de Bernardino Saint Pierre. El pinta la naturaleza tal cual la contempla el alma, con ojos sanos, en la hora del deliquio. Tiene la sencillez de los campesinos, y vé en ella una madre y no un refugio, como el filósofo descreido y alejado de los hombres.

El es el sujeto de sus composiciones: América el teatro de su accion.

Las luchas del poeta nos revelan al hombre; y donde se halla un hombre, existe un ciudadano; y un buen ciudadano ha sido siempre ornamento de la patria y del hogar. Por esto aprovechará al lector la biografía rimada de Don Jorge Isaacs.

Decíamos que él no estaba afiliado en ninguna

escuela literaria. Vamos á dar la razon. Isaacs es uno de tantos músicos de las selvas de América. Hijo de la naturaleza, él la ha cantado como en los diversos climas de la tierra la saludan las aves, como la celebran el ibiruajú del Paraguay y el turpial de Jamaica, obedeciendo á secretos impulsos y á inspiraciones misteriosas.

Entre las poesías de Isaacs y la generalidad de las escritas en la América del Sud, existe la diferencia que media entre el Valle de Chámounix y las decoraciones de *Linda*, bella vision del Monte Blanco, fantasma puro de la mente de Donizetti.

Si él describe el Cauca, sus perfilès son siluetas de los Andes; si él canta, sus armonías son acentos del Funza y del Amaime; si él llora, su quejido es melodía suavísima de la flauta del pastor ó querella sublime de la apasionada montañesa.

Isaacs escribe el idioma castellano sin hacer ostentacion de un purismo relamido: lo escribe bien, porque lo habla bien.

Pero este no es título que él, literato colombiano, pueda reclamar como propiedad exclusiva; porque es sabido que en su hermoso país la len-

gua castellana rechaza la union ilícita con los idiomas extranjeros, realizada en la mayor parte de las Repúblicas que fueron españolas. Colombia, incomunicada por su posicion en el continente, ha podido, antes de abrir sus puertas al europeo, formarse una literatura propia, acentuada y robusta, que servirá de maestra y de modelo á los que vengan, y de consuelo al castellano idioma, rudamente maltratado por el inmigrante y las malas traducciones con que suplimos nuestra pobreza intelectual, producida, hasta cierto punto, por la decadencia en que han estado sumergidas, en los últimos tiempos, las artes y las ciencias de la madre patria. (1)

La naturaleza y la imaginacion de sus hijos, han impreso á la lengua de Colombia y las Antillas, un sello de original belleza, superior, á nuestro juicio, al que le pusieron, allende los mares, atildados y clásicos escritores.

Hemos leido los versos de Isaacs en diversos lugares y en diversas situaciones, y en todas partes, y en todo estado del ánimo, los hemos admirado con efusion.

1—Véase el discurso pronunciado por D. J. Selgas al ingresar en la Academia Española.

Al pié de las montañas, en la hora del crepúsculo, hemos oido á su autor recitar, con la voz entristecida por la nostalgia, los mejores de esos cantos. En un lugar semejante al que describia, apenas perturbado el silencio de la soledad por el canto lejano del pastor, los balidos del rebaño, y el murmullo del agua, aquellos versos nos produjeron melancólico encanto.

Mas tarde, azotados por la tormenta del alma, ó amenazados por el desequilibrio momentáneo de los elementos, en el desierto de arena de la pampa ó en el desierto de agua del mar, hemos repetido esos cantos, unas veces para infundirnos aliento en la batalla, y otras para comunicar humana voz á la soledad ó acentuar la indecisa forma del vago pensamiento.

Conocimos á Isaacs en época triste. Con el alma y el cuerpo enfermos, pasábamos juntos los días y las noches, leyendo y escribiendo; narrando él sus aventuras de *pionner* y soldado, y nosotros escuchando enseñanza y muchas de las composiciones que formarán parte de este volúmen, y no figuran en la primera edicion de sus versos.

En aquel tiempo inolvidable, el ardoroso é inspirado caucano compartia sus ilusiones pre-

sentes y sus proyectos para el futuro, entre el hogar, las letras y la agricultura. Llamábalo constantemente esa amada y bella Felisa, de tez blanca, labios rojos y blondos cabellos, que entrevemos en las sentidas estrofas que el poeta dedica á su esposa. El anhelaba acudir al reclamo del dulce bien, que le mostraba desde la blanca y sombreada casita del valle del Cauca, el hijo primogénito ya crecido, y un pequeñuelo, bello como flor de la primavera colombiana, que incesantemente, y hácia el rumbo de Chile, proferia la primera palabra articulada, nombrando al padre que no conocia. Pero Isaacs no queria regresar á su país sin contar con los recursos necesarios para abandonar la vida pública, en cuyos afanes dió á conocer atinadas miras y disposiciones de estadista nada vulgares.

Llegó por fin el deseado momento; y en el ménos pensado de los dias, diónos su despedida, tan tierna como la de un hermano; tan sentida, que su recuerdo nos afecta todavía, como los amargos versos que escribiera cuando vagaba proscripto.

En una carta datada en el Cauca, Isaacs anúncianos que ha abandonado la lira, porque

su mano guía el arado y esparce la semilla en el surco que abre con el hierro.

La naturaleza, que es madre amorosa, recompensa con generosidad los afanes del poeta agricultor: el cual descríbese con el rostro tostado por el sol, siempre á caballo, en el campo siempre, compartiendo sus miradas con el cielo esplendoroso del Cauca, que inspira su mente, la sementera fecunda, que colmará sus graneros, y el sencillo hogar adornado con las virtudes de la esposa, que forma la principal delicia de su corazon, y la bulliciosa alegría de los hijos de su amor.

Miéntras él trabaja para sustentarlos y ponerse á cubierto de las privaciones y de las inclemencias de la fortuna, tendremos la honra de preocuparnos de la fama del poeta y del renombre de sus descendientes, dando á conocer al autor y sus obras, y especialmente estos versos tan amados.

Nuestros afanes quedarian sobradamente compensados, si las poesías de D. Jorge Isaacs estimularan a la juventud consagrada á las letras, á describir y cantar con preferencia los hombres, las costumbres, los rios y las selvas de América. Todas las secciones del continente co-

lombiano ocultan fuentes de desconocida poesía, que conviene descubrir y explotar en provecho de algo que todavía está en embrion, y que ya busca el extranjero con el nombre de Literatura Sud-Americana.

S. Estrada.

Océano Atlántico, 9 de Agosto de 1872.

I

Á MI PATRIA

Dos leones del desierto en las arenas,
De poderosos celos impelidos,
Luchan lanzando de dolor bramidos
Y roja espuma de sus fauces llenas.

—

Al estrecharse erizan las melenas,
Y tras nubes de polvo confundidos,
Vellones dejan al rodar, caidos,
Tintos en sangre de sus rotas venas.

—

La [illegible] allí los [illegible] brillando......
[illegible] aun...... Cadáveres la aurora
[illegible] sobre la pampa fria.

—

Delirante, sin fruto batallando,
El pueblo [illegible] se devora;
¡Y son [illegible] tus [illegible], patria mia!

II

LA VUELTA DEL RECLUTA

La tarde se apaga y abajo la aldea,
Blanquear entre sauces y pinos se vé;
Rebaños que bajan al valle vadean
El rio que lame del monte los piés.

—

Los écos repiten la voz quejumbrosa
Que dá el campanario llamando á oracion;
Y aquel caminante descúbrese y ora,
La frente en la mano que empuña el bordon.

—

Quién es? De su blusa los rojos girones
A un digno soldado disfrazan quizas:
Es Pablo el recluta: partió bello y joven,
Los soles le han vuelto morena la faz.

—

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
Mojaron, los campos natales al ver ......
Su amor y una madre dejó á la partida;
Ni madre ni amada le esperan tal vez!

—

Risueño y gozoso saluda encontrando
Al jóven amigo que nunca olvidó.
Ay! como los soles del Sur le cambiarón!
Tan solo responden: « Béndigate Dios »......

—

Teresa, la niña que tanto le amaba,
Que en lágrimas tibias bañóle al partir,
Hilando á la puerta de alegre cabaña
Jugar á sus niños contempla feliz.

—

Detiene el viajero la marcha y ahogan
Profundos sollozos su trémula voz;
Teresa, temblando, creé ver una sombra......
Su téz ha perdido de rosa el color.

—

Fué solo un recuerdo....Los niños la abrazan
Mirando al mendigo con miedo infantil;
Dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas
Volviendo en silencio la marcha á seguir.

—

Sus ojos nublados la choza paterna
Descubren. Es noche. Responde á su voz
El viento que cruza la estancia desierta:
La muerte ha dos años su hogar apagó.

—

La luna al ponerse le vió solitario
Subir la montaña camino del Sur......
En torno del fuego medrosos aldeanos
Que vieron su sombra refieren aún.

III

LA MUERTE DEL SARGENTO

Huyeron! Victoria! Ginetes, á ellos!
Cruzad la llanura, que falta ya el sol,
Volad! Quien al jefe me dé prisionero
La espada que empuño tendrá en galardon!"

—

Partieron veloces. El llano retumba;
Ya se oye lejana la voz del clarin:
Resisten....Combaten....Las armas relumbran;
La nube de polvo los vuelve á cubrir.

—

[illegible] sangrienta,
[illegible]
[illegible] ¡ Alerta ! "
—[illegible] Mi nombre ? ¡ Quien vá !

—

—[illegible] Jefe; el Sargento,
[illegible] encontré :
[illegible] Era el ruego,
[illegible] mujer.

—

—Sargento [illegible]—Morir mas tranquilo.
[illegible] Me llama ya Dios....
[illegible] nuestro hijo....
[illegible] los dos !

—

Y [illegible]—¡ Tu pátria, Sargento ?
—Mi [illegible] jamás volveré !
[illegible] el pan en su suelo......
Morir de la pátria distante es cruel.

—

Llegad! Abrigadme! mi cuerpo está helado.
Repíteme, esposa, tu santa oracion......
—Sus manos convulsas estrechan mis manos;
Su vista está inmóvil. No alienta....Espiró!

—

Tracé con mi espada su huesa en el césped;
De ramas de sauce forméle una cruz;
La hoguera nos daba su lumbre de muerte
Guardando entre brasas su llama ya azul.

—

La luna al alzarse, del bravo guerrero
Tendido en la huesa la frente bañó,
Despues......á la viuda faltóle el aliento,
Y á su hijo en mis brazos volvíle el calor.

IV

AMISTAD?

A la tierna amistad que así me juras,
Tu desden y tu olvido yo prefiero.
Solo amistad mis lábios te pedian ?
Solo amistad tus lábios me ofrecieron ?

—

De tu perjurio en cambio mi perjurio,
De tu cobarde amor mi amor en premio,
Demandas hoy, ahora que arrancarte
De mi humillado corazon no puedo ?......

—

Si no [illegible] que te amé y me amaste,
Si esa felicidad no ha sido un sueño,
Y nuestro amor fue crimen, ese crímen
A mi vida [illegible] con lazo eterno.

—

Cuando á la luz del arrebol dorado,
De la verde ribera en los [illegible].
Silvestres flores para mí cogias
Con que adornaba yo mis bucles negros;

—

Cuando en la cima del peñon, el rio
A nuestros piés rodando turbulento,
Libres como las aves que cruzaban
El horizonte azul con tardo vuelo,

—

Te oprimí temblorosa entre mis brazos
Y enjugaron tus lágrimas mis besos,
Solo amistad entonces me ofrecias?
Solo amistad mis lábios te pidieron? ......

V

LA ORACION

Grata memoria del hogar paterno
Que acaricia mi mente enamorada;
Voluptuosas creaciones del proscripto
Fragantes con las flores de mi patria.
Venid conmigo á la colina triste
Por arreboles pálidos bronceada,
Y escuchareis el canto lastimero
Que inspira la oracion al estranjero.

—

Sentado allí, sobre la piedra grande
Que va escalando la espinosa zarza,

Entre mis manos la cabeza débil
Melancólicamente reclinada,
Veo la noche que de Oriente impulsa
Sobre los cielos su brumosa gasa,
Y escucho del lejano campanario
El son en mi paraje solitario.

—

Acentos quejumbrosos de la tarde,
Suspiros que venis de la montaña,
Los balidos trayendo del rebaño,
Con los cantares que el labriego ensaya ;
Rumor confuso de sonora fuente,
Helado cierzo que silbando pasas......
Me alivia vuestra fúnebre armonia,
Murmullos que al morir modula el dia !

—

Oyeme ¡ oh sol ! tu vívida lumbrera
Bañe desde las cumbres azuladas,
Cual la antorcha de un féretro, los valles
Donde las sombras de la noche vagan,
La espuma argente del lejano rio,
Del templo abandonado la cruz parda,

Mientras llegando la tiniebla impura
Te arroja su enlutada vestidura.

—

En vano busco los hermosos sitios
Do las tardes pasaron de mi infancia,
Donde á la luz del arrebol lujoso
Las sencillas leyendas me contaron ;
No escucho la castruera melodiosa
Del labriego que vuelve á su cabaña,
El cuerno del pastor, ni los graznídos
De aves que buscan sus ocultos nidos.

—

Hora de arrobamiento doloroso,
Indiferente al lloro que derrama
En silencio ante tí la desventura,
En él tu velo de crespon empapas !
Toma tambien el llanto de mis ojos,
Y á saludarte volveré mañana,
Sobre el negro peñon de la colina
O entre los cardos de la triste ruina.

VI

LA VUELTA DE LA PALOMA

Paloma que dí á la aldeana
Que se goza en mi martirio,
Pronto vuelves á posarte
Sobre mi techo pajizo.

—

Triste vuelves, que tu arrullo
De dolor es claro indicio.
Ven y llora junto á mí,
Que así lloraré contigo.

—

Vén y cuéntame tus penas
Y causa de tu desvio;
Vén y pósate en mis hombros,
Que aun desdeñada te envidio.

—

El perfume de sus manos
Traerá tu plumaje lindo,
O bajo el ala de nieve
De sus cabellos un rizo.

—

¿Te ha guardado en su regazo
De los rigores del frio?
¿Sobre su seno turgente
Insensible habrás dormido?

—

Tú sabes cuán deliciosos
Son sus labios purpurinos,
Porque acaso muchas veces
Aprisionaron tu pico.

—

Paloma, vuélvete á ir
A contarle cómo vivo
En las ásperas montañas
Por su sombra perseguido;

—

Que he formado para ella
De *bellísimas* y mirtos
Una gruta, en que las flores
Que mas le agradan cultivo;

—

Que aquí el bosque es silencioso
Puro el cielo, manso el rio,
Embriag adoras las auras
Y los lagos cristalinos;

—

Que cuando la luna baña
Los follajes movedizos,
Oigo su voz en el viento
Y en las sombras su suspiro.

—

Ay! si tardas, cuando vuelvas
Harás de tu amor el nido
En el soto de cipreses
Do cavo el sepulcro mio.

—

Pero antes deja á mi boca
Besar tu rosado pico,
Y haz que pronto ella lo oprima
Con sus labios purpurinos.

VII

CUANDO LA VACA VIENE AL SESTEADERO

(Traduccion de Hogg)

Zagales alegres, cantores del campo,
Venid un secreto muy dulce á escucharme.
    Lo ignoran los señores:
    ¿ Me prometeis guardarle ?
    ¿ Cual es la mejor dicha
    Que puede ambicionarse ?
De una linda zagala mirar los ojos negros,
    Entre claro y oscuro
Cuando la vaca viene al sesteadero.

No dan esa dicha la régia corona
Brillante coraza ni lecho de plumas;
Está bajo los bosques
De abedules oculta,
En las frondosas vegas
Que la campiña surcan;
De la pastora amada en los lábios bermejos
Entre claro y oscuro,
Cuando la vaca viene al sesteadero.

—

Entónces el alma se asoma á los ojos
De aquella que amamos y ardiente nos mira.
De amor son los suspiros
De gozo las sonrisas......
Oh! quien una corona
Entónces cambiara
Por la pastora bella que le concede un beso
Entre claro y oscuro,
Cuando la vaca viene al sesteadero.

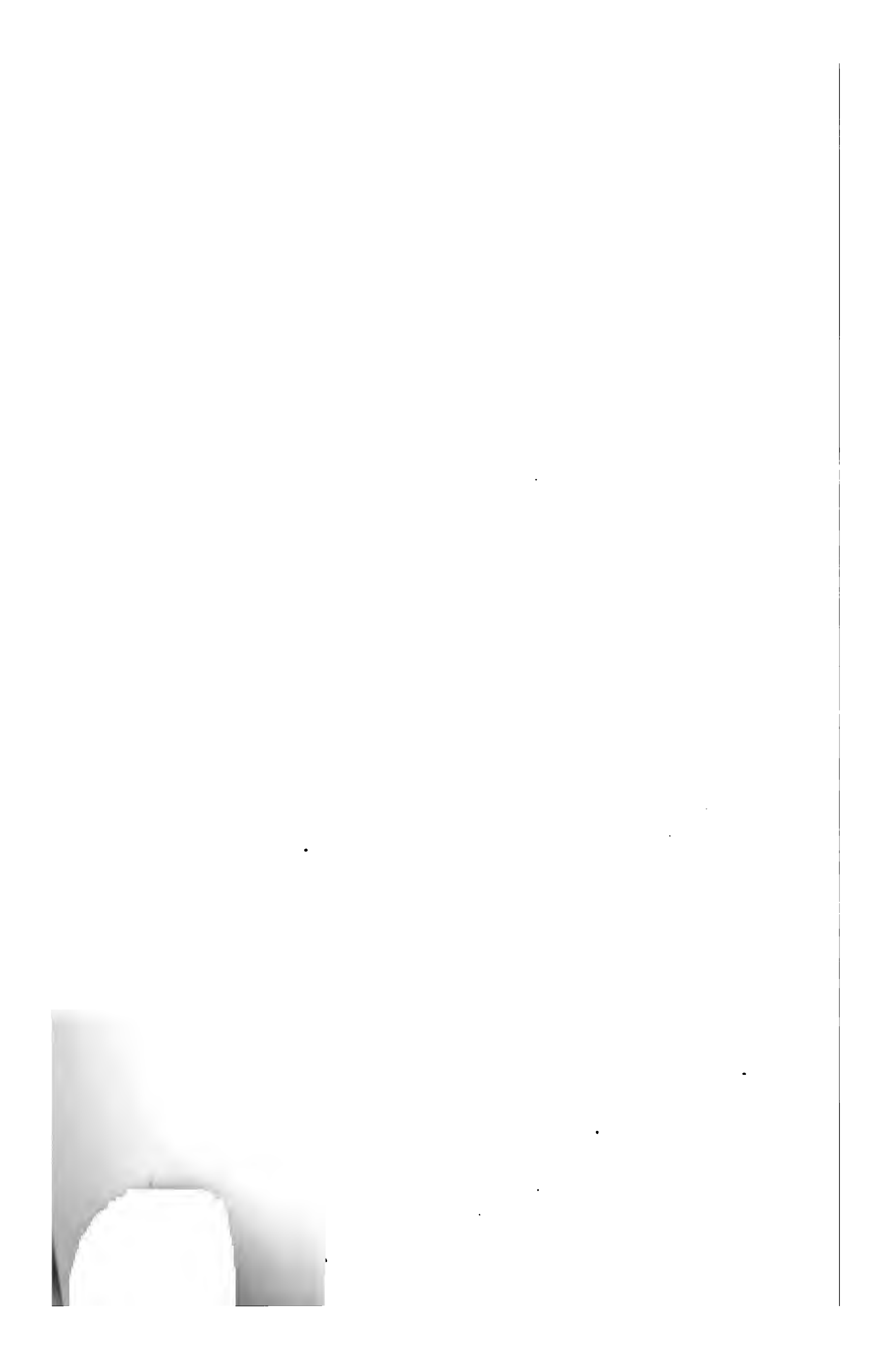
—

Ved ese mancebo que sube al collado:
Cuando ya en seguro redil las ovejas,
Sus corderillos duermen;

Dormir él no desea
Porque de amor se abrasa
Y á encontrar vá su bella,
Que lo aguarda temblando de amor, placer y miedo,
Entre claro y oscuro,
Cuando la vaca viene al sesteadero.

—

La fama y fortuna ¿ qué goces en pago
De tantos desvelos ofrecen al hombre?
Ni gloria ni oro quiero.
De los humanos goces
Dadme aquel con que sueñan
Amantes corazones,
Mi pastora querida, su talle y lábios frescos,
Entre claro y oscuro,
Cuando la vaca viene al sesteadero.



VIII

LÁGRIMAS DE FELICIDAD

Oh! dadme una glorieta perfumada y sombría
En la ribera verde de un rio murmurador,
Do ni un instante de la selva umbría
Penetre las techumbres altísimas el sol.

—

Allí aquellas canciones que en nuestro hogar perdido
Escuché tantas veces, alegres entonad;
Y aunque mireis mi rostro humedecido
Con lágrimas copiosas, de dicha son, cantad!

—

Há tiempo que implacable nos separó la suerte,
Que nos negó su sombra querida esa mansion;
Nuestros amigos de placer la muerte
Llevóse; somos otros...... la juventud pasó!

—

Corred, lágrimas dulces, entonces no lloradas!
Ay! ellos nuestros cantares á oir no volverán
Como en aquellas noches arjentadas:
No agotareis mis lágrimas.... de dicha son.... cantad!

IX

¿ SABEIS POR QUÉ LA AMO ?

¿ Sabeis por qué la adora mi corazon voluble,
Por qué ofrendé á su dicha, gozoso, un porvenir,
Por qué, como las chontas que el huracan sacude,
Combáteme la suerte sin humillarme ? Oid :

—

Su acento, sus sonrisas y su mirar humilde,
Su acento, sus sonrisas ni su mirada son :
Cuando esos ojos lloran, cuando ese pecho gime,
Es bella, pero hay algo mas bello que el dolor :

—

Sì en las estivas tardes retoza en los collados,
Hermana de mi hijo el labrador la cree;
Cuando á ponerlo viene, ufana, entre mis brazos,
Hay algo en sus miradas de nuestro oculto bien:

—

Solos, cuando reclino la sien sobre su hombro,
Y vienen sus cabellos mi frente á perfumar,
Y amortiguada á veces la lumbre de sus ojos,
De nuevo brilla...y huye cuando á ofuscarme vá:

—

Y casi ya sus lábios en mis lábios, modulan
Suspiros acallados que comprenderlos sé,
Lenguage de las ondas y brisas que se buscan
Bajo techumbres vastas de *dindes* y *copés*:

—

Entónces, solo entónces hay eso en sus miradas,
Hay eso en sus miradas y arrulladora voz,
Que el infortunio burla y al génio inmortaliza...
Castísimo deleite de un alma noble—Amor!



X

SOÑÉ........

Soñé feliz que á tu oriental morada
Penetraba en la noche lentamente:
Creí aspirar el delicioso ambiente
De moribunda lámpara velada:

—

Sobre muelles cojines reclinada
Dormir finjias voluptuosamente,
La cabellera de ébano luciente
Sobre el albo ropage destrenzada......

—

Trémulos de emocion, tus lábios rojos
Oprimí con mis lábios abrasados,
Pudorosa y amante sonreiste;

—

No vuelvas, por piedad, los dulces ojos;
Brillen, por el placer iluminados,
Haciendo alegre mi existencia triste!

XI

ELENA

En las colinas verdes
Del comarcano rio
Pasaba con Elena
La siesta del Domingo.
Jamás tan complaciente
Brindó á los lábios mios
De mi emocion gozosa
Sus lábios purpurinos.
Siguióme hasta la vega
Donde el raudal tranquilo
De las moreras moja
Los maduros racimos;
Huia de mi riendo

De mi amoroso ahinco,
Al rededor del soto
De naranjos y limos;
Mas su pié breve y agil
Hirió tallo escondido
Bajo la blanca alfombra
De azahares caidos.
La sonrosada planta
Por fin mostrarme quiso,
Mi cuello rodeando
Su brazo alabastrino;
Y el fuego de mis besos
Le dió tan pronto alivio,
Que el lloro en sus mejillas
Pasó como el rocio;
Pero su brazo débil
Quedó á mi cuello asido,
Y buscando sus ojos
Los encontré mas lindos.

....

Riberas solitarias
Del comarcano rio,
Vosotras sois las mismas,
Yo estoy envejecido!

XII

EN LA NOCHE DE BODA

Deja un instante que en tu lábio ardiente
Hallen mis besos el placer ansiado,
Y escuche palpitar enamorado
Tu jóven corazon bajo mi frente.

—

Siento que se estremece dulcemente
Tu talle por mi brazo circundado,
Y que busca tu lábio el lábio amado
Mi nombre murmurando balbuciente.

—

Aduérmame tu voz languidecida
Sintiendo que tu mano perfumada
Borra en mi frente del dolor el ceño;

—

Y viendo una vez mas la luz querida
Que puso el Hacedor en tu mirada,
Cierre mis ojos de la muerte el sueño!

XIII

LA TIERNA GUITARRA

(Traduccion.)

Dejemos los salones rebosados
De luz, de juventud, flores y aromas,
Y vamos á vagar por las florestas
En la noche azulada y silenciosa;
Al pálido fulgor de las estrellas,
Allí te cantaré las dulces trovas
De tardes felices, pulsando mi blanda,
Mi tierna guitarra.

—

Te pintaré el dolor de la doncella
Cuando espiró su noble caballero :
Cómo, herido en el alma, para siempre
Cerró sus ojos apacible sueño :
Te mostraré el corcel horrorizado
Al ver por tierra su jinete diestro......
Tendré, si suspiras, de nuevo templada
Mi tierna guitarra.

XIV

EL ÚLTIMO ARREBOL

Los sauces alineados del camino
Dejaban soñolientos
Sus blondos ramajes peinar á los vientos,
Jugar con sus sombras al sol mortecino.

—

Ya nada nuestros lábios se decian,
Mas sus ojos buscaban
Mis húmedos ojos, despues que miraban
Los últimos rayos del sol que morian.

—

Vencida por mi amor y su ternura
Reclinaba inocente
Entónces en mi hombro su pálida frente,
Turbando mi paso su marcha insegura.

—

Vegas del Medellin! ¿ Qué se juraron
Su corazon y el mio?...
Y aquel juramento de amor era impío......
Los hombres un crimen mi dicha llamaron!



XV

EL RETRATO DE FELISA

Hermosa imágen de mi amada ausente,
Pálida sombra detenida allí,
Es ella, es ella, su mirar doliente,
Sus formas de purísimo marfil.

—

Los mismos bucles que en dichoso instante
Mi aliento caluroso conmovió;
El nido rojo de mi lábio amante,
Esos sus lábios de corales son.

—

Inmóvil siempre! Su cristal helado
En mi pecho jamás calentaré,
Memoria deliciosa del pasado
Insensible á mi amor y á mi desden.

—

No eres ella: tu faz humedecieron
De mis ojos do quier lágrimas mil,
Sus manos perfumadas recojieron
Las que á su lado por mi mal vertí;

—

Ella reia voluptuosa y pura
Provocando mi amor en nuestro hogar,
Y tu ceño de incognita amargura
Ni el tiempo ni mis besos borrarán.

—

Ah! no eres tu la niña enamorada,
Que entre mis brazos se adurmió feliz,
De mi bosque nativo en la enramada
Viendo las ondas del Amaime huir.

—

Tiembla una vez al roce de mi aliento,
Sombra que avivas tan vehemente amor,
Si encadenas á tí mi pensamiento,
Si encadenas á tí mi inspiracion !

—

Oh Selfia ! Nunca ! En tu amoroso anhelo
Tu pureza y beldad amas por mí :
Campos nos brinda nuestro hermoso suelo
Horas de arrobamiento el porvenir !

—

Lentas como veloces las que huyeron,
Como estas de pesar llenas de amor,
Si el hogar do moramos destruyeron,
Queda la soledad, nos queda Dios !

—

Formaré para tí linda cabaña
Do nacen el naranjo y el jazmin,
Donde baje, saltando la montaña,
Cascada hirviente de cristal sutil.

—

No cuida la paloma de su nido
Velando el sueño de su dulce bien ?
No viaja por buscar grano escojido,
Amorosa y feliz hoy como ayer ?

—

Tiembla una vez al roce de mi aliento,
Sombra que avivas tan vehemente amor,
Si encadenas á tí mi pensamiento,
Si encadenas á tí mi inspiracion !

———

XVI

EL TURPIAL

De vuelta de Jamaica
Trajo mi padre
Un turpial de tan lindo
Canto y plumaje,
Que era la envidia
De todos los vecinos,
Segun decian.

Cuando el antiguo criado,
Mi amigo Pedro,
Siendo yo pequeñito

Me alzara á verlo,
Me horrorizaba
Ver sus ojos azules
Y grises alas.

—

Era viudo: en el buque
Murió la hembra:
Estrañaba sus bosques,
Le dió tristeza.
Nuestros cuidados
Fueron al compañero
Pronto alegrando.

—

A vivir á la hacienda
Fué mi familia,
Y su jaula fué adorno
De nuestra « Rita ».
Sus dulces trinos
De los sotos llamaban
Los pajarillos.

—

Cuando al sol en oriente
    Él saludaba,
Sus voces en el lecho
    Me despertaban......
    Infancia mia,
¿Porqué tan pronto huyeron
    Tus bellos dias?

—

El son de la campana
    Del reló en tanto,
Y del turpial los trinos
    Si, los contaron.
El ave medir quiso
    Mis dulces horas,
    El reló, todas!

—

Del Funza en la ribera
    Moré cinco años,
Al turpial de mis juegos
    Siempre estrañando;
    Volví á mi techo
Y cantó, al saludarlo,
    Gozoso y bello.

Mas ya no acariciaba
Tanto su pico,
Su plumaje oro y negro
No era tan lindo,
Yo fui un ingrato;
Otra voz y colores
Busqué soñando.

—

Fastidiado solia
Volver de caza,
Palomas y conejos
Ya no llevaba:
Iban los niños
Sin fruto á recibirme
Junto al camino.

—

Las noches eran largas,
Crueles los dias,
Y del turpial las plumas
Cayendo se iban:
Silbidos tristes
En la tarde exhalaba
Siempre al dormirse.



Volví á cuidarlo entonces,
Me amaba siempre !
Para mis besos tuvo
Ayes de muerte !
Que yo le oia
Como el adios lejano
Ay ! de mi dicha.

—

Buscando solo un sueño
Dejé la casa.
Al partir silenciosa
Sentí su jaula,
Y ni un acento,
Pudo dar á su amigo
De hermosos tiempos.......

—

Muchos años ausente
Se me pasaron ;
Mis padres habitaban
Su bello campo ;
El huerto y sotos
Estaban sin guardianes
Y en abandono.

Contemplé esos parajes
Meditabundo,
Que quizá por sus dueños
Guardaban luto;
Y el aposento
Recorri de mi madre
Oscuro y yerto.

—

Mis espuelas formaban
Sordo ruido
En aquel solitario
Vasto recinto,
Antes ruidoso
Do el ángel de la muerte
Vagaba solo.

—

Las seis pausadamente
Dió la campana
Del reló; su sonido
Vibraba en mi alma,
Del ave amiga
Busqué la jaula en vano......
Ya no existia.

En el jardin cubierto
    De alta maleza,
La encontré enmohecida,
    Casi deshecha......
    Besé las plumas
Que guardaba el alambre......
    Memorias suyas!

—

Las horas la campana
    Daba entre tanto;
Mas del turpial los trinos
    Espero en vano.
    Mis dulces horas
El ave medir quiso,
    El reló, todas.

XVII

EN LA NOCHE CALLADA

(Traduccion de Moor.)

Ay! cuantas veces en las lentas horas
De la noche callada, antes que el sueño
Venga á cerrar mis parpados, recorre
Mi memoria tenaz los bellos dias
De lloros y de risas infantiles
A que siguieron tan hermosos años:
Sus palabras de amor entonces oigo,
Sus votos de constancia no cumplidos......
Y vuelvo á ver la luz de esa mirada
Que hundióse en el ocaso de la vida
Para ya no lucir... ¡ay! para siempre.

Ah! cuantas veces los amigos caros,
Al corazon tan fuertemente asidos,
Que ya no existen, mi mėmoria evoca
Y hallo en torno de mi solo sus tumbas,
A do bajaron cual al soplo frio
Del invierno las hojas macilentas.
Imagínome entonces que recorro
Un salon de banquete ya desierto,
Do algunas luces oscilando mueren,
Donde se ven aquí y allá dispersas
Las guirnaldas marchitas... Lo han dejado
Todos excepto yo; y así en la vida
Ay! cuantas veces me contemplo solo!

XVIII

FELISA

Vi tardes de verano,
   Tardes del Cauca,
Voluptuosas, risueñas,
   Y engalanadas;
   Y muchos dias
Fueron menos hermosos
   Que mi Felisa.

—

Tu noche con turbante
   De azul y estrellas,
Bordando de cocuyos

Su falda negra,
Patria querida,
Nunca tuvo el misterio
De mi Felisa.

—

Vi el disco de la luna
Tras lindos sotos
De naranjos, palmeras
Y pomarosos :
Su luz tranquila
No tiene los encantos
De mi Felisa.

—

Temblar ví en los estambres
De la azucena,
Su caliz perfumando,
Gota de esencia :
Como ella brillan
En mi hogar las virtudes
De mi Felisa.

—

Errante, desterrado
  Del patrio suelo,
Un rizo y unas flores
  Ajan mis besos :
  Prendas unidas
Como están en mi mente
  Patria y Felisa.

—

En las vegas que el Cali
  Raudo humedece,
Nacieron estas flores,
  Son de *quereme.*
  Dichoso un dia
Las tomé de las trenzas
  De mi Felisa.

—

El bucle de su pelo
  Rubio—paloma,
Talisman de inocencia,
  Rizo de novia,
  Dulce y esquiva
Risueña y pudorosa
  Dióme Felisa.

No habrá tal vez quien guarde
  Si ausente muero,
Estas hebras preciosas
De sus cabellos,
  A mi mano asidas
Sin color ni perfume......
  Pobre Felisa!

XIX

EL GORRION

Ven á mi estancia
Triste avecilla
Del hombre huesped,
De su hijo amiga.
Cerca á su techo
Moras en climas
Do el sol las nieblas
Tarde disipa.
Ven á mi estancia,
Haz tus visitas,
Que aquí no hay niños
Que te persigan.

No tengo flores......
Mi mano cuida
Menudos granos
Para tu cria.
Vivo tan solo,
Tan pobre ! mira
La pobre alcoba
De mis vijilias ;
El techo humilde
Do se reclina
Mi sien, y olvida
Tanta desdicha.
Sube á mi mesa,
Curiosa trisca,
Pica las plumas,
Los libros mira...
Qué te sorprende ?
Hojas escritas
Ruido formaron
Con tus alillas.
Ay ! Esas flores
Que agora picas
A nada huelen,
Están sin vida !
No las conoces ?
Están marchitas,

Mas fueron bellas!
La esposa mia
Del suelo patrio
Cojiólas vivas;
De sus cabellos
Adorno un dia
Fueron, y cuando
Tiernas caricias
Fué á prodigarme
Tomélas. Brillan
Algunas gotas
Hora caidas
En sus corolas
Antes tan lindas.
No te envenenes,
Ténte, no sigas.......
Son hiel de mi alma
Lágrimas mias!
Partes? la noche
Lenta y sombria
Del monte baja;
Véte, avecilla!
Si acaso truena,
Si el viento silba,
Haz que yo escuche
Tu cancioncilla.

Cuenta las horas
Mi dulce amiga,
Que el desterrado
Pasa en vigilia!

XX

LA CASA PATERNA

Desierta la campiña...... El sol poniente:
Azuladas las cumbres del oriente:
La selva umbrosa, el límpido raudal......
Al fin bajo tus bosques te diviso,
Paterno hogar, hermoso paraiso
Que sin culpa perdí! ¡cuán bello estás!

—

Sobre el azul turquí de la montaña
La techumbre destácase, que baña
Con amarilla luz el arrebol,

Como en las gayas tardes de verano
En que del fruto de mi siembra ufano
Vine á buscar aquí sombra y amor.

—

¿A quién le rogaré me dé la entrada,
Si estraño y pobre vuelvo á la morada
Donde mi infancia y juventud pasé;
Si no querrá su poderoso dueño
Que espante los lebreles con mi leño
Ni que le deje el polvo de los pies?

—

Muchas veces llamé, mas no responden....
¿Porqué, cual las palomas que se esconden
En sus sotos, hogar no encuentro yo?
Son los mismos de entonces sus arrullos,
Los mismos de la selva los murmullos,
El mismo de los prados el olor......

—

Selfia? do fuiste nuestros pobres hijos,
Despues de padeceres tan prolijos,
A ocultar cuando todo lo perdí?

Tú cuya mano recogió en mi frente
El sudor en mi afan...... niña inocente,
Ay! con tu lloro le mezclaste al fin.

—

¿En donde estás que el conocido acento
No te ha llevado de la tarde el viento?
¿Dónde ocultas mis hijos...... dónde estan?
Óyeme y ven con ellos presurosa:
¿No ves que vuelve de la amante esposa
El viajero los brazos á buscar?

—

¿No ves que herido por las zarzas vengo,
Que sufro sed y de reposo tengo
Necesidad, y alivio junto á tí?
El ruido de sus pasos...... fué una sombra
La que cruzaba del gramal la alfombra......
Deliras corazon...... sueña, infeliz!

—

Hé aquí el guardian que mi camino guia:
Dormido hallóme en la arboleda umbría
Y el techo que le abriga me ofreció.

Descansa, y solo recorrer ya puedo
La oscura estancia do le infunde miedo
La sombra de su antiguo morador.

—

Tiemblo al crujir en el dintel la puerta:
Mi luz invade la morada yerta......
Mis pasos repercute el arteson;
Siento que vaga en torno de mi frente
El aire de las tumbas...... Indolente
La péndola se mece del reloj.

—

Oh padre! padre!...... solo y combatido
Por el genio del mal, tu hogar querido
Impotente por fin abandoné......
No me preguntes por la madre mia
Ni por sus hijos...... Mi indigencia haria
Tu lábio, al contemplarme, enmudecer!

—

Ya tu la viste abandonar cristiana
La mansion do tu afecto soberana
Hízola; el mundo la miró feliz......

Digna y humilde vive en la pobreza;
No era su galardon esa riqueza
Que el mundo le envidió, llora por tí!

—

Díme, ¿desde ese cielo donde moras
La aciaga suerte de tus hijos lloras,
Y me viste por ellos batallar?
Dí? no es un crímen que mi orgullo de hombre
Se revele al saber cómo tu nombre
Denigran los autores de mi mal......
....

—

Perdóname, perdona; ya la esposa,
La vírgen que me diste ruburosa
Por compañera del altar al pié,
Abriga tu mimada descendencia
En mendigado hogar, y en larga ausencia
Apuró de sus lagrimas la hiel.

—

Recorro enamorado su aposento;
Le engalana mi loco pensamiento
Cual ella lo adornaba para mí;

Aspiró de su hermosa cabellera
El grato aroma que aspirar quisiera
Sostenido en sus brazos al morir.

—

Encontrábala aquí festiva y pura
Como el aura del alba en la llanura,
Bella como mi mente la soñó....
Menos hermosa en su radiante coche,
En el ardiente Julio, era la noche
Que [illegible] en su inocencia con su amor.

—

Cuando gozosa me mostró y ufana
Su hija primera, cual la flor lozana
Deja el botón que oculta al sol besar,
Nuestras almas á ese ángel contemplaron,
Y en sus labios purpúreos se juntaron
Con el beso de amor el paternal.

—

Ah! velando columpié su cuna,
Y contaba feliz con mi fortuna,
Las monótonas horas del reloj;

Ahora su meláncolico sonido
Marca el presente como el tiempo ido,
Golpeando en mi doliente corazon.

—

Dios de Israel! ¡Oh Dios cuya mirada
No deja al peregrino en su jornada!
Héme cual niño me postré ante tí:
Con el pobre y humilde me igualaste
Mi fortuna y mi gloria disipaste......
Lejos de esta mansion voy á morir

—

Ah! Cuántas veces bañará la lumbre
Del sol al ocultarse, tu techumbre;
Y en tus bosques de ceibas ese sol
Cuántos veranos tostará las hojas,
Hogar querido que de tí me arrojas,
Antes que vuelva á verte......Adios! Adios!

XXI

MAYO (*)

De la niñez los dias
Tienen encantos
Que nunca la memoria
Rinde á los años:
Viven conmigo,
Mas risueños y puros
Siempre los mios.

—

Estanque solitario
De agua tranquila

(*)—Nombre de un perro.

Que el roce de los vientos
    Teme y esquiva,
    Al sol adora
    Porque exhalan sus flores
    Por él aromas.

—

Entonces nos asusta
    El viejo *coco*,
Que se lleva á su choza
    Los niños tontos.
    ¡ Felices miedos
Que calman de una madre
    Los dulces besos !

—

Cuando yo ya fuí hombre
    De usar caballo,
Varios tuve en mis cuadras,
    Pero de palo.
    De arma ofensiva
Me sirvieron á veces
    En las guerrillas.

—

Bien hubiera podido
Montar en Mayo,
Cachorro á todas luces
Noble y honrado;
Mas cierto dia
Que le probaba un freno,
Tuvimos riña.

—

Se acabó, dije, y luego......
Era mi amigo,
Compañero de viajes
Y de conflictos
Muy mal pagados,
Pues los hombres son hombres
Desde muchachos.

—

Tuve lo que se llama
Un buen maestro,
Pero malos amigos,
Pues tuve un perro;
Con él al campo
Me fuí cuando contaba
Siete ú ocho años.

Mayo era, segun muchos,
Un perdiguero,
Pero nunca perdices
Vió ni de lejos.
Gansos y pollos
Atrapaba en el aire
Que era un asombro.

—

Persiguió como un blanco
Su propia raza,
Y como un aristócrata
Las negras caras.
Pobre mi perro!
De su renta hoy viviera....
Nació en mal tiempo.

—

En cambio fué el juguete
De mis caprichos:
Llevaba mi maleta
Cuando iba al rio;
Por bien ó fuerza
Nadaba tiritando
Horas enteras.

Cedí al fin los caballos
De mi potrero,
Porque me dieron uno
De carne y hueso,
Que á pocas vueltas
Medir logró conmigo
La dura tierra.

—

La equitacion á pechos
Tomé, y á Mayo
Hice víctima dócil
De mi entusiasmo.
Quise que un *mico*
Cabalgara en el perro,
Mas él no quiso.

—

De mi furor salvóle
Siempre María :
Yo era tan malicioso
Y ella tan linda !
Tal fué mi estrella......
Buscar desde chicuelo
Uvas y Evas.

Cuando en mil ochocientos
Cuarenta y ocho,
De la casa paterna
Salí lloroso,
En mis mejillas
Llevando de mi madre
Lágrimas tibias;

—

Se abrazó de mis botas
El pobre Mayo,
Y siguióme en silencio
Hasta el collado;
Su triste aullido
Se oyó cuando se ahogaba
El son del rio.

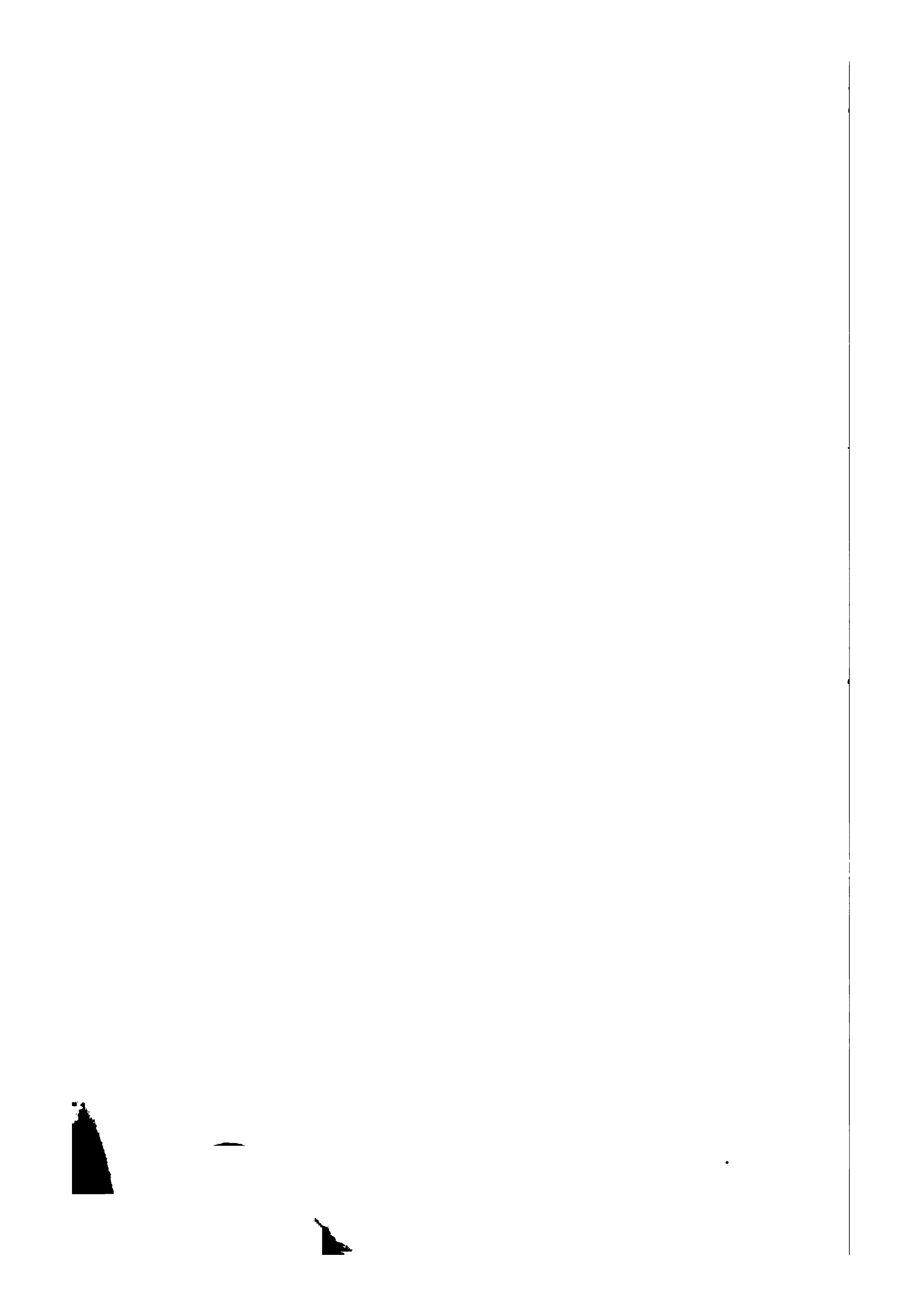
—

Tras un lustro de ausencia
Volví: ya viejo
Y perezoso estaba
El noble perro.
Tan pocos dias!
Tambien eran ya esposas
Clara y Lucía.

Tullido y sordo puso
      El tiempo á Mayo,
Mas de llorar dejaba
      Viendo á sus amos;
      Y aun en sus ojos
Al verme, moribundo,
   Leíase el gozo.

—

Tropecéme una noche
      Con su cadáver,
Que lamer parecia
      Nuestros umbrales.
      Su último aullido
De muerte no escucharon
      Ni sus amigos!



XXII

DE ANTIOQUIA Á MEDELLIN

Al fin te diviso,
Hermosa ciudad,
Respiro tus aires
Que vida me dan;
La vega contemplo
Que moja al pasar
La onda revuelta
Del manso Aburrá.
Morir es dejarte,
No vuelvo á viajar.

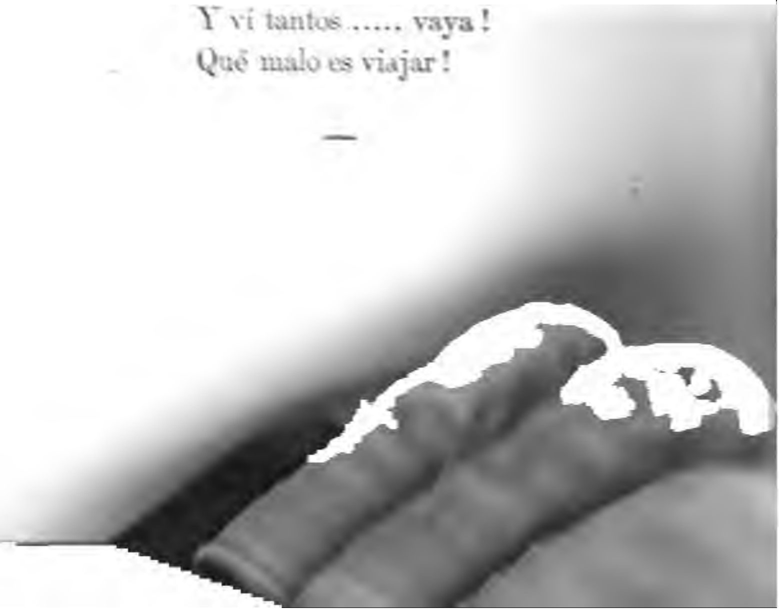
—

Penoso recuerdo
Me sigue tenaz.
Qué sol! qué camino!
Qué mula! qué afan!
Calor del infierno!
Me voy á asfixiar;
El brandí envenena
Y el agua hace mal.
Me muero, me ahogo:
Qué insano es viajar!

—

Gerónimo horrible
(Te niego hasta el San)
Tus llanos son crueles,
Tu pueblo infernal.
De tí fatigado,
Llegué á Sopetran,
Al Cauca jadeante,
A Antióquia mortal;
Y ví tantos...... vaya!
Qué malo es viajar!

—



Critiquen palurdos
La vida oriental;
Me place tendido
Sobre ancho sofá,
Dormir una siesta
Despues de fumar,
Mujeres y flores,
La mesa, la paz,
Todo lo que brinda
Voluptuosidad.
¿Con tales instintos
Se puede viajar?

—

No dejes, bagaje,
Tu suave compás,
Galopa, galopa......
Llegamos á Aná.
Las cuestas cesaron,
Cesó el pedregal.
Bendita alameda!
Juro por san Blás
Que en mula y por lomas
No vuelvo á viajar.

———



XXIII

LA MONTAÑESA

De Salamina
Cabe la cuesta,
Corre espumosa
La Frisolera.
De las cabañas
Las humaredas
Lánguidas flotan
Sobre sus selvas.
Ví muchas tardes
A su ribera,
Bajar por agua
Una morena,
De grandes ojos

Y largas trenzas,
Siempre llorosa......
Pobre Gabriela!

—

Cuando sentada
Sobre las peñas
El sol hundirse
Vé tras la sierra,
Por sus mejillas
Lágrimas ruedan,
Y en sus sollozos
Un nombre suena,
Como un suspiro,
Como una queja.
Rasgan sus manos
Las azucenas
Que las corrientes
Jugando llevan:
Tal fué su dicha!
Pobre Gabriela!

—

Feliz fué un tiempo,
¿Quien no lo fuera,
Siendo tan pura,

Siendo tan bella?
Al pueblo iba
Todas las fiestas;
Flores hermosas
Tuvo su huerta.
Ay! tuvo un novio,
Que en vano espera:
En sus sembrados
Crece hoy maleza,
No adornan fusias
Su cabellera,
Y vive triste:
Pobre Gabriela!

—

Hace dos meses
Que á la ribera
Bajó una tarde.
Sus piés ni huellas
Dejaban leves
Sobre la arena;
Pálida estaba,
Llorosa, inquieta......
En la de Pablo
Sus manos tiemblan:
Enternecido

[illegible] contempla :
[illegible]
[illegible] llenan.
Pobre muchacho !
Pobre Gabriela !

—

Desde ese día
La montañesa
Llora sentada
Sobre las peñas,
Y en sus sollozos
Un nombre suena,
Como un suspiro,
Como una queja.
Ayer de tarde
La [illegible]
Pasó un recluta
Cantando *vueltas*.
« Pablo ! » le dijo,
« Murió en la guerra ! »
Pobre muchacho !
Pobre Gabriela !

XXIV

NIMA

Mora en las grutas
Que forma el Nima
Bajo las lianas
De sus orillas,
Sobre los musgos
Adormecida,
Tan voluptuosa,
Tan bella ondina,
Como los sueños
Del alma mia.

—

Cuando en sus bosques,
Siendo yo niño,
De las palomas
Espiaba el nido,
Hallé sus huellas
Su aroma rico;
Por ella el viento
Bordaba el rio,
Con flores rojas
De los cachimbos.

—

Sus limpias aguas
No hiende el cisne,
Ni han reflejado
Luz de jardines
De mármol y oro
Que Europa viste;
Pero en el valle
Do rueda humilde,
Es grande todo,
Todo, hasta el crímen!

—

En los veranos,
Cuán dulces horas
Pasé en sus bosques
Bajo la sombra,
Viendo perderse
Las tersas ondas,
De los guadales
Las verdes copas
Meciendo raudas
O perezosas!

—

La leve garza
De blancas plumas
Al monte viene
De la llanura;
Asustadizas
La selva oscura
En donde tristes
Quejas modulan
Dejan, y al rio
Van las cuncunas.

—

En los ramajes
Medio velada
Murmura á veces
La guacamaya,
Y los rumores
De hojas y agua
La voz domina
De la chicharra,
Que al sol estivo
Gozosa canta.

—

Cuando en la tarde
Los arreboles
El valle tiñen
Con luz de bronce,
Y silenciosa
Viene la noche;
Crujen asidos
Los altos robles,
Y mil perfumes
Exhala el bosque.

—

He visto entónces
La ondina bella
Bordar sus bucles
En la ribera,
Con los cocuyos
Que errantes vuelan ;
Gasas de espuma
Por manto lleva,
Que temblorosas
Las flores besan.

—

Gratas memorias
De dulces tiempos,
En vano sigue
Mi pensamiento !
Perdido há mi alma
Su humor risueño,
Ay ! y mis ojos
El patrio suelo ;
Está sin lumbre
Mi hogar desierto !

XXV

RIO MORO

El incesante rumor vine escuchando
Desde la cumbre de lejana sierra ;
Los écos de los montes repetian
Tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal, fingíme
Tras vaporoso velo tu belleza,
Y ya sobre tu espuma suspendido,
Gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

—

Qué mísera ficcion ! Quizá en mis sueños
He recorrido tus hermosas playas,
En esas horas en que el cuerpo muere

Y adora á Dios en su creacion el alma;
Que solo dejan en la mente débil
Pálidas tintas y memorias vagas;
Pero te encuentro grande y majestuoso,
Rey ponderado del desierto hermoso!

—

Bajo el techo de musgos y de pancas,
Abrigo del viajero solitario,
El rudo y fatigoso movimiento
De tus ondas veloces contemplando,
Del fondo de las aguas me traian
Las auras tus perfumes ignorados,
Mezcla del azahar y del canelo,
Gratos perfumes de mi patrio suelo.

—

Entónces una lágrima rebelde
Humedeció mi pálida mejilla,
Dulce como esas que á los ojos piden
Caros recuerdos de felices dias;
Elocuente, si hay lágrimas que encierran
La historia dolorosa de una vida,
Aquí llevóla indiferente el rio,
Murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor; del monte
Lanzado en tu carrera tortuösa,
Vas sacudiendo la melena cana
Que los peñascos de granito azota;
Y detenido, de coraje tiemblas,
Columpiando al pasar la selva añosa;
Las nieblas del abismo son tu aliento
Que en leves copos despedaza el viento.

—

¿ De do vienes así desconocido
Con tu lujo y misterios? ¿ Gente indiana
Hácia el Oriente tus orillas puebla,
En verdes bosques y llanuras vastas,
Cuyo límite azul borran las nubes
Que en el confin del horizonte vagan?
Dime, ¿ esas tribus que do naces moran,
Viven felices ó miseria lloran?

—

Pienso que á orillas del raudal velado
Por grupos de jazmines y palmeras,
Púdica vírgen de esmeralda ciñe
Su negra y abundante cabellera;
Y acaso el homicidio sangre humana

A los cristales de tus linfas mezcla,
Y al ódio y al amor indiferente
Confunde sus despojos tu corriente.

—

Ví al pescador de los lejanos valles
Tus peñas escalando silencioso,
La guarida buscando de la nutria
Y el pez luciente con escamas de oro;
Contóme hazañas de su vida errante
Sentado de mi hoguera sobre el tronco;
Le ví dormir el sueño de la cuna
Y envidié su inocencia y su fortuna.

—

La fúnebre viragua repetia
Sus trinos que saludan al invierno,
Y luces de topacio y de diamante
Te daba del relámpago el reflejo;
En las cavernas tu rumor ahogando
Tristes gemidos modulaba el viento:
Así admiré tu pompa y hermosura
Entre la sombra de la noche oscura.

—

Viajero de regiones ignoradas,
Ay! ni una sola de tus ondas crespas
A encontrar volveré, ni de mis pasos
En tus orillas durará la huella......
Mas celosa que el tiempo que convierte
Ricas ciudades en llanuras yermas,
Guarda natura su secreto al hombre
Y do escribirle osó, borra su nombre.

—

Como burbujas en tu manto llevas,
Irán los soles sobre tí pasando,
Y te hallarán los de futuros siglos
Como hoy undoso, trasparente y raudo;
No existirá ni la ceniza entónces
De mí, que rey de la creacion me llamo,
Y si guarda mi nombre el mármol frio,
Le hollará con desden el hombre impío.

—

Mas felices las flores de tu orilla,
Nacen, al aire su perfume exhalan,
Marchitas ya, se mecen en la espuma;
Y mil mas bellas sus capullos rasgan;

Mas felices tus ondas al Océano
Van á gemir en estranjeras playas ;
Y yo con mi ambicion, pobre y proscrito,
De mi raza infeliz (*) purgo el delito !

(*) La hebrea.

XXVI

LA REINA DEL CAMPAMENTO

Oronda como un sargento
Que han ascendido á oficial,
Tormento de coroneles,
Tarcila pasando vá.
Su *rebozo* oculta á medias
Un rostro lleno de sal,
Con unos ojazos negros
Incendiarios por demas,
Compañeros de una boca
Que es forzoso castigar,
Por ser mas roja y maligna
Que un jefe dictatorial.
Con su lindo zagalejo

Juega la brisa quizá,
Se luce el diablo si vuelve
Viento la oficialidad;
Y deja ver maliciosa
Piés tan pequeños y tan......
Que caben en una mano
Sus talones de coral.
Su camisa trasparente
Yo no sé que hace temblar,
Cuando finje que se arropa
Por descobijarse más;
En sus bordados y encajes
Lo negro y la nieve van
Humillados por un seno
De belleza tropical.
—Oye *Tarcila*, te ruego
Conmigo no rias ya,
Porque me aflojas de modo
Que no podré pelear.
—Y esa con él? tan creido!
—Pero escucha—Capitan!
—Por ser tu rosario un dia
Me convirtiera en cristal.
—Míra que lindo teniente!
—Cóndores vé, si los hay......
—Y como tengo tanto hambre!...

—Por un beso dos—Ajá!
—Por uno á mi gusto cuatro,
O por la fuerza......—Velay!
Dejemir por mi camino.
—Ay! *Tarcila*, ven acá,
Oye una cosa—Ni *riesgo!*
Se lo digo al General......
—Con los dados no echo suerte;
Contigo......—*Asina* le irá.
Adios! suélteme el *rebozo.*
—Mira, negra, ¿adonde vas?
—Le importa?—Porque te quiero
Mas que ninguno.—Hace mal.
—¿Conque dejas que me maten
Sin......?—¿Quien lo quiere matar?
—Si tengo presentimiento!
—Pues qué hacer? Lo enterrarán.
—Di que sí, porque no hay paso;
Si dices no, al Principal......
—No parecen caballeros!
Ay, señor! qué necedad!
Y sigue la ardiente criolla
Volviendo á ver hácia atras,
Con ojos que dicen: peca!
Y una risa criminal.
Andaluzas no han tenido

Ese garbo en el andar,
Lo picante de su gesto
Ni su lánguido ademan.
Dónde vive, no se sabe;
Si tiene dueño......jamás:
Caucana de nacimiento,
En Manizales está;
Y no vale al paisanaje,
Ser godo ni liberal,
Que con un «mi riesgo» alela
Al mas altivo galan.
Si hay constantes en seguirla
Es en mofarlos tenaz:
A un «adios!» tuerce los ojos,
Y á un «me muero» cura dá
La puntita de la lengua
Mostrando con gracia tal,
Que si á morder no provoca
Yo no sé qué es provocar.
Y sigue la ardiente criolla
Volviendo á ver hácia atras,
Con ojos que dicen : pena!
Y una risa criminal.

XXVII

LA VISION DEL CASTILLO (*)

Vuelve á mi lado tan risueña y pura
Como otras veces te miré ó fingí,
Como vagabas en la selva oscura
Lujosa con las flores del pensil.

—

Ya no te puedo amar, pero la historia
De mil noches de amor te contaré,
En que amando tu ideal amé la gloria
Y presentí en tus besos la mujer.

(*)—Hacienda situada pintorescamente sobre la falda de la cordillera central, en el valle del Cauca.

Oh ! muy mas bella que el radiante cielo
Que tiñe el arrebol en mi país,
Mas perfumada que su verde suelo
Te tuve, te adoré, te comprendí.

—

Te hallaba retozando con las brumas
Que iba en las cumbres deshaciendo el sol,
O cubierta de cándidas espumas
Dormida sobre el musgo del peñon.

—

De la cascada el iracundo acento
Arrullándote, oí languidecer;
Doradas nieblas agrupaba el viento
Velando en el arcángel la mujer.

—

La noche con su falda vagarosa
Y su turbante de argentado azul,
No tuvo tu belleza misteriosa,
Tus galas, tus perfumes, ni tu luz.

—

La luna iluminaba por instantes
El soto de naranjos del jardin,
Y ornada de topacios y diamantes
En la alta noche te esperaba allí.

—

Sobre el gramal cubierto de azahares
En horas de impaciencia dormité,
Y soñaba contigo cruzar mares,
Ciudades y hombres de otro mundo ver.

—

Pasado el sueño te encontraba bella,
Mi sien de tu regazo al levantar
Tanto amor y misterio......No eres ella !
Emanacion de mi alma ¿ dónde estás ?

—

Oh ! basta de tinieblas y porvenir sin nombre,
Si tantos han vencido luchando, lucharé !
Yo quiero que á los génios mi voluntad asombre,
Dejar un sol por faro donde el escollo hallé.

—

Parásita ya seca de un tronco envejecido,
Lanzado por los vientos á un piélago sin fin,
A sus melenas canas en la tormenta asido
Quemándome sus rayos la tempestad seguí.

—

Oh! diosa de mis sueños de juventud! en vano
Ya exánime y sin rumbo de nuevo te invoqué,
Y errante en las tinieblas, buscándote mi mano,
Creí besar la tuya, y alzóme una mujer.

—

Tan bella, tan amante, brindóme su pureza;
Dichoso fuí su esclavo, pagué su compasion;
Le dí mi hogar por trono; por lujo mi pobreza;
Calmó mi sed de réprobo su inagotable amor!

—

¿Me olvidarás por siempre, vision de mis encantos
Diosa de mi dicha, de tan mundano bien?
Oh, vuelve y dicta al vate los inmortales cantos!
Tus versos con mis lágrimas y sangre escribiré.

XXVIII

¡ DESCANSA, GUERRERO !

(Traduccion.)

Viene desde los campos de batalla,
Y alumbra su camino la tormenta;
Pide un rincon en la pajiza choza,
Busca el calor de la chispeante hoguera;

—

Desencajado y lívido el semblante,
Suelta sobre los hombros la melena,
No es ya su busto el que cubrió de besos
En el terrible ¡ adios ! su madre tierna.

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible] Duerme guerrero!
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible].....

[illegible] no despiertes!
[illegible] sueña! ¡sueña!
[illegible] y siempre
[illegible] la ausencia!

XXIX

LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre
Salvó de la montaña;
Y en el ya solitario campamento
Que de lívida luz la tarde baña,
Del negro « Terranova, »
Compañero jovial del Regimiento,
Resuenan los aullidos,
Por los écos del valle repetidos.

—

Llora sobre la tumba del soldado,
Y bajo aquella cruz de tosco leño

Lame el cesped aún ensangrentado,
Y aguarda el fin de tan profundo sueño.

—

Meses despues, los buitres de la sierra
Rondaban todavía
El valle, campo de batalla un dia......
Las cruces de las tumbas ya por tierra....
Ni un recuerdo, ni un nombre....
Oh! no, sobre la tumba del soldado,
Del negro « Terranova »
Cesaron los aullidos,
Mas del noble animal allí han quedado
Los huesos sobre el cesped esparcidos!

NOTAS

INTRODUCCION

I

Hemos advertido al lector con entera franqueza que hallamos incorrectos ciertos versos de Jorge Isaacs. Tampoco queremos ocultarle que algunos críticos tachan de parecidos *El Gorrion* y *La Vuelta de la Paloma*, *El Turpial*, *Mayo* y *la Tumba del Soldado*. No lo desconocemos, pero parécenos que por bellas deben ser perdonadas esas reminiscencias.

II

« *María*, á la vez que la nota mas alta, es el « mas dulce quejido con que el Nuevo Mundo « haya revelado á los hombres que tiene un co- « razon para sentir el amor y sus dolores, y una « Musa para cantarlos. »

En el ejemplar con que Jorge Isaacs nos obsequió, leénse estas palabras, escritas de su puño y letra:

« Leer este libro es deternerse á contemplar « un sepulcro, (¡tal es mi corazon!) sobre cuyo « mármol, roto y enmohecido, la maleza ha de- « jado caer sus hojas retostadas por el sol, años « y años!»

III

« Y en el menos pensado de los dias, diónos « su despedida, tan tierna como la de un her- « mano; tan sentida, que su recuerdo nos afecta « todavía como los amargos versos que escri- « biera cuando vagaba proscripto. »

Entrando ese dia en la casita que Isaacs habitaba en Santiago de Chile, le hallamos rodeado de sus baules, ya dispuestos para enviarlos á la Estacion del camino de hierro de Valparaiso, y de los libros de su pequeña pero escojida biblioteca, próximos á salir de su poder, para pasar al del literato que los habia comprado. Apenas se habia reservado una media docena, entre los cuales se hallaban las Coplas de Jorge Manrique. Confesamos con cierto orgullo que creimos que el poéta compartia su afliccion entre nosotros y los libros que iba á abandonar. Despues de un momento de elocuente silencio, Jorge tomó una de las obras que habia separado, escribió en ella algunas palabras, nos la entregó y exigió que no la abriéramos hasta despues de despedirnos, tal vez para siempre, en aquel triste dia. Al llegar á nuestra casa, leimos estas palabras:

« Solo tú has sido para mi tan buen amigo

«como esos libros; y cuando voy á separarme
« de ellos, tambien te digo adios!»

El libro era las Coplas de Jorge Manrique.

LA ORACION

La Castruera se compone de veinte tubos de caña brava ó silvestre, cortados de mayor ó menor, desde ocho hasta dos pulgadas, y de un diámetro decreciente tambien, unidos con cera, un palito y una cuerda. El palito sirve para mantenerlos fijos.

El músico los hace sonar deliciosamente, pasandolos rápidamente por la boca y soplando en cada canuto, arreglado por la escala cromática, y cada nota con uno ó dos sostenidos.

En ella se toca toda clase de música, y es el mas dulce de todos los instrumentos eólicos, despues de la marimba, que es una castruera de mayores dimensiones. (*Nota del A.*)

FELISA

El Quereme es arbusto pequeño, y sus flores pequeñitas y coloradas, en forma de ramillete. El olor es tan suave, tan poderoso y tan constante, que una ramita seca perfuma un baul con ropa por todo el tiempo que esté en él. El nombre es de etimolojía inaveriguable; su flor debiera ser con preferencia al mirto y á la rosa, el emblema del amor caballeresco, fervoroso y constante.

Nace solamente en el valle del Salado, á siete leguas distante de Cali, cuidad del valle del Cauca. Las hojas son pequeñas y de verde muy subido. (*Nota del A.*)

NIMA

I

En el valle del Cauca, donde todo es grande, todo, hasta el crímen, tierra de los hermosos rios, apénas figura como potencia de tercer órden el pintoresco y apacible *Nima*, que en cualquier suelo ménos privilejiado seria mirado como una belleza digna de encomio.

Nace en la cordillera central, corre hácia el Occidente, entre Palmira y Buga, siguiendo fértiles y verdes praderas, y cortejado por mil árboles galantes que lo florean al pasar, y por todas las aves de la zona tórrida que cantan en sus orillas. De poco caudal, pero de aguas cristalinas y rumorosas, no se atreve á entrar en el Cauca, sinó que se junta timidamente con el Amaime, y perdido entre sus aguas, entra por fin en aquel caudaloso rio.

II

Entre las inmensas y variadas arboledas del valle del Cauca, el *Cachimbo* es mirado como árbol vulgar: y sin embargo, ¡cuán hermoso es! La madera no es fina, ni su follage produce frutos; pero es el árbol amado de las alegres y republicanas guacamayas, que hablan todas á un tiempo y no dicen nada. Las guacamayas consideran el cachimbo como su pátria nativa, como su municipio, y tienen razon en amarlo.

Posadas en los otros árboles de tupido ramaje, como el madroño, el caimo ó el naranjo, no podrian ver ni ser vistas, lo que constituye la desesperacion de las coquetas.

Pero el cachimbo al florear (y siempre está florido) brota todas sus hojas y se cubre de flores rojas, entre las cuales se ponen las guacamayas á hablar horas enteras y á coquetear. El cachimbo es desconocido en la botánica, á Dios gracias, porque así se ha librado de que los botánicos, en su perro latin, le pongan algunos de esos nombres con que solo ellos saben despoetizar el lujoso reino vege-

tal. A buen seguro que si hubieran cojido el cachimbo por su cuenta, le hubieran puesto *cachymbus vulgaris*, cachymbea oficinalis, ó cachyhumbolea duplex: y de esas lindas flores rojas que están cayendo como lluvia incesantemente de las ramas, hubieran dicho que eran lancifolias, trifolias, etc. etc. (*Nota del A.*)

III

Las Cuncunas son unas palomitas tornasoladas, que andan en bandadas, tal vez será por familias, ó por grupos de amigas de colegio, porque no se vé en ellas que los machos tengan modales libres con sus compañeras. Son tan pequeñas y delicadas, que aunque tienen sus alitas en buen estado de servicio, no alzan el vuelo, como las vírgenes de quince años que por timidez no salen solas ni se alejan mucho de su casa. Las cuncunas, por pudor ó por vergüenza, no suben al aire libre, que es donde está el gran mundo de los pájaros. Ellas buscan la sombra y granitos perdidos. Su canto es de arrullo como el de toda la gran familia de las vergonzosas palomas; pero el de las cuncunas no es lastimero. (*Nota del A.*)

DE ANTIOQUIA Á MEDELLIN

El Rio Aburrá, ó sea Medellin, corre al Sur de esta ciudad y recibe entre otros pequeños tributarios, la quebrada de Medellin que atraviesa la ciudad. El Aburrá dió su nombre al Medellin en el primer período de su fundacion; pero la ingrata ciudad no solo no respondió á ese nombre, sinó que se lo quitó al Rio. El Aburrá es de poco caudal, pero tiene el suficiente para ser Rio. (*Nota del A.*)

EL RIO MORO

I

El Rio Moro es hermoso y caudaloso; se encuentra entre Sonson y Victoria, en el camino de Antioquía al Magdalena, en medio de la naturaleza mas salvage y pintoresca. Baja salvage y airado de la cordillera central, buscando la hoya del Magdalena.

II

La Panca pertenece á la poética familia de los helechos y es arborescente.

Sus hojas larguísimas sirven para improvisar techos de cabañas en los contaderos, sitios donde se reunen las caravanas para contar sus hombres ó animales.

Llega la caravana al contadero, corta hojas de pauca, y arma un hogar con tanta comodidad como en su propia casa.

III

La Viragua es de la familia de las palomas y de las torcazas, y produce un arrullo tan lastimero como ellas. Los zoólogos no la conocen aún, como no conocen unas dos mil especies de la zona tórrida. *(Nota del A.)*

LA REINA DEL CAMPAMENTO

El vestido de la ñapanga caucana, (la ñapanga es la muger del pueblo) es de lo mas pintoresco y oriental que puede verse. Unas enaguas de muselina, que llaman fallao, un poco caidas hácia adelante, formando abajo del pecho una media luna, que se llama tum-

badillo, por dondese alcance á ver las blanquísimas enaguas interiores.—Hácia atrás se divisa el encage de las enaguas blancas, acariciando los piés siempre limpios de la ñapanga. La camisa, que deja descubierta la garganta y parte del pecho, lleva triple hilera de encajes, escalonados para hacer mas opaco el velo que cubre la otra parte del pecho.

En el cuello brilla una gargantilla y un rosario de oro, y en las orejas las *candongas*, de oro tambien, que son unos aretes muy grandes. El pelo va alisado en dos bandas y termina en dos trenzas, cuyas puntas no vân trenzadas sinó peinadas simplemente. Los brazos y piés desnudos. Para salir á la calle, se echa encima el *rebozo*, que es un pedazo de paño negro de vara y media de largo, tal como fué cortado de la pieza, y se pone un sombrerito fino de paja. (*Nota del A.*)

OPINIONES SOBRE LAS POESIAS DE JORGE ISAACS

Sr. D. Santiago Estrada.

Estimado amigo:

Gracias por las horas de dulcísima lectura que ha tenido V. la bondad de enviarme en las Poesias de Jorge Isaacs.

Como lo he dicho ya en un juicio sobre "Maria", su bella novela, en las producciones del vate neo-granadino palpita y vive toda la grande América de Colon. Allí están nuestras jigantescas montañas; nuestros valles pintorescos; nuestras vírgenes selvas; nuestros caudalosos rios; nuestras llanuras inmensurables.

Leyendo estas deliciosas páginas héme sentido siempre en la tierra natal; y mas de una vez, allá en los amargos dias del destierro, he regado con lágrimas los encantados mirajes de la patria.

Felicito á V. por haber recogido en una esmerada edicion esos tesoros de la inteligencia y del sentimiento, y le envio un voto de gratitud en nombre de nuestra literatura continental.

De V. amiga y servidora.

JUANA M. GORRITI.

Buenos Aires, 11 de Noviembre de 1877.

Sr. D. Santiago Estrada.

Mi querido amigo: he leido las poesías de Jorge Isaacs y te escribo para espresar la impresion que me ha dejado esa lectura.

[illegible] oportuna, porque el verso [illegible] graba en el alma con rasgo in- [illegible] como alguno de los arroyue- [illegible] silvestres y las pardas nu- [illegible] franco y ardiente, rara vez [illegible] los cuadros luminosos [illegible] lujoso de la vida, y [illegible] majestuosas, hallamos solo [illegible] de tristes en una gui- [illegible] armonía con la natura- [illegible] sino sombreada por [illegible] y muestra, una vez [illegible] todos los cielos. La [illegible] se convierten cuando [illegible] paciente el consuelo [illegible] maestra insensible del [illegible] no hay para qué [illegible] de nosotros. Pero [illegible] amorosa, especialmente [illegible] y tropical ya que no [illegible] poetas queridos del [illegible] que se revela, acá y [illegible] mas que delicado; si [illegible] su poesía es precisa- [illegible] hogar.

[illegible] coleccionar y publicar [illegible] que cultivan las bellas [illegible] porque las calidades de [illegible] deben presentarse [illegible] escritores, apasionados ge- [illegible] demasiado vivos.

PEDRO GOYENA

Estrada:

Recibo los versos de Jorge Isaacs; estrofas desoladas, relámpagos de esperanza, dolores infinitos, alegrias fugaces, hé ahi lo que mi espíritu ha visto en ellos. De tiempo en tiempo, un paisage delicioso, robado á la naturaleza en un momento de abandono; pero siempre, sobre las ondas del rio ó las galas de la llanura, la sombra triste del alma del poeta.

El que ha escrito *Maria*, ha muerto para la esperanza; quiera la naturaleza, á cuyo seno fecundo se ha acogido Isaacs, devolver á su vida esa faz celeste de los primeros años, por la que tan amargamente llora en la "Casa Paterna".

La vuelta del recluta es un nocturno de Chopin; la misma sencillez, la misma intensidad de sentimiento, y cuando el último verso se ha disipado, la misma lágrima en los párpados, el mismo peso en el corazon.

V. que es amigo de Isaacs y que le ha llevado su palabra de consuelo en los momentos amargos, dígale que á él le ha cabido la gloria de iniciar el movimiento fraternal de las letras americanas, con su poema *Maria*, el único libro escrito en América, que haya hecho llorar del Cauca al Plata.

Suyo aftmo.

MIGUEL CANE.

Noviembre 3 de 1877.

Sr. D. Santiago Estrada.

Dice la Fábula, que allá en la Edad de Oro los Habitantes del Cielo hacian frecuentes visitas á la Tierra, donde se asociaban familiarmente con el hombre, porque este era todavia puro, y vivia dichoso sin conocimiento del mal. Pero llegó un dia en que la raza humana se apartó de su primitiva inocencia, y los Dioses para castigar su ingratitud se retiraron indignados á su celestial morada. Solo quedó en la Tierra la Piedad. Renunció todos los placeres del Olimpo, porque le dió lástima ver al hombre abandonado, víctima de sus propias y perversas pasiones.

La compasiva Diosa tenia una mision que cumplir, y con la aprobacion de Júpiter empezó á recorrer el mundo socorriendo á los desvalidos y sanando á los que tenian el alma despedazada. En esta larga jornada vino un dia á las aguas del Helicon, el corazon palpitante de fatiga, el vestido destrozado por las zarzas, y los piés ensangrentados por la aspereza del camino. Sumergida en la mas profunda melancolía, ahí reconoció cuán desesperada era su mision, y prorumpiendo en lágrimas algunas gotas cayeron en las aguas, y desde aquel momento la Fuente de las Musas conserva para siempre el fuerte sabor de la infusion.

La profunda tristeza que Isaacs manifiesta en sus escritos, llegando casi hasta la desesperacion, no proviene, segun creo, de ciertas y determinadas causas, sino de la misma naturaleza del hombre. Este rasgo distintivo, unido á otras no menos características manifestaciones de su alma, me inclina á creer que el poeta no ha enamorado la Musa que mas le quiere.

Sus versos por ejemplo " A mi Patria ", que tan lindos son, me hacen formar un juicio especial á este respecto; porque sugiriendo mucho mas de lo que dicen, formarian, sin mucha amplificacion, la base de una verdadera trajedia. Colombia por su naturaleza, por su historia, por su clima, por sus interminables luchas civiles y eclesiásticas, es la Musa Trágica otra vez encarnada; y el mismo poeta revela á cada paso que Melpómene seria el verdadero y adecuado símbolo de su patria.

Estos poemas son ciertamente muy buenos, pero para ser líricos no están suficientemente pulidos.

El autor descuida la forma; y esta es al género lírico lo que es el cuerpo al alma.

La " Vuelta del Recluta " es delicadamente concebida, y los sentimientos que encierra son tan tiernos, como los lamentos que desgraciadamente, segun me imagino, se han hecho oir muchas veces en los valles colombianos. Me recuerda "The Soldier's Dream" de Campbell. Ambos pintan los fúnebres males de la guerra; pero el [illegible] es diferente, y si los dos conmueven igualmente, el poeta inglés supera al otro en melodía.

Isaacs, en efecto, pertenece á la escuela inglesa, pero ésta mas

adiestrada como se ve en Moore y Campbell, jamás descuida la forma; conoce cuanto vale el pensamiento artísticamente revestido, porque sus versos al leerse quedan resonando en el oido como las notas de un hermoso trozo de música bellamente tocado. La rima y el ritmo son indispensables en la poesia lírica. Aun cuando Ovidio dice en sus tristes "*ibis et incultus*", lo decia por lujo, porque el poeta romano nació versificador. Esto vale el precepto de Horacio, porque aconseja el uso asíduo de la lima.

Por otra parte, Isaacs comprende bien el valor del contraste, ó el arte de espresar mas vivamente las pasiones, poniéndolas en situaciones opuestas; y de esta figura, hábilmente manejada, depende, como dice Goldsmith, toda la fuerza de lo patético.

Seria largo entrar en una crítica detallada de los diferentes poemas de la coleccion, y por lo mismo he preferido dar mi juicio sobre su mérito colectivamente.

"La Casa Paterna" es una composicion conmovedora. Cárlos Lamb, que era maestro en su línea, no ha espresado en términos mas dolientes el regreso al hogar tras una larga y desastrosa ausencia.

Pero de todos estos poemas, "El Moro" me parece el mas perfecto, porque reune en mayor grado todos los requisitos de la poesia lírica: es decir, el poeta espresa en él bellos pensamientos, en lenguaje elevado y armonioso.

Tal es en pocas palabras la opinion que he formado de las obras que V. ha tenido la fineza de someter á mi juicio; y repito que me sugieren que el autor puede adquirir igual fama y tal vez mayor en otro género muy distinto.

El hombre que ha escrito un idilio como "Maria", no debe ni puede dejar su pluma. Comprendo como él la dulzura de la vida de familia; pero el mundo es una familia mucho mas vasta; y ésta tambien tiene sus derechos y reclamos sobre Isaacs. Mal hizo en captarse su amor si la deja luego en la privacion, en la miseria y en la orfandad.

D. Lewis.

[illegible]

[illegible] cantos de Isaacs son nuevos en América [illegible] amargura incurable que ensaya sus [illegible] en las lágrimas de las cosas. *lacrimæ rerum.* [illegible] trágico: pero se trasmite la melan[illegible] desde la verde edad. Se me figuran los [illegible] poeta para cantar las delicias y [illegible] como nadie canto en el Continente un amor [illegible] remordimientos.

José Manuel Estrada.

[illegible]

INDICE







